UN MISTERIO DE MIRANDA'S RIGHTS - LIBRO 1

LA HIJA DE OTRA PERSONA



LINSEY LANIER

LA HIJA DE OTRA PERSONA

Un misterio de Miranda's Rights - Libro 1

Linsey Lanier

Felicity Books

Copyright © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor. La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

Felicity Books ISBN: 978-1-966699-24-8

CONTENTS

Title Page
Copyright
Resumen
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho

RESUMEN

Hace trece años, el esposo abusivo de Miranda Steele le arrebató a su hija recién nacida y la entregó en adopción.

Ahora Miranda cree que por fin está cerca de encontrarla.

Hasta que descubre el cuerpo de una adolescente en el bosque.

¿Será su hija?

¿Y el atractivo detective que investiga el caso podrá ayudarla… o volverla loca? Él cree que Miranda también tiene lo necesario para ser investigadora privada.

Ella tiene que encontrar a su hija.

Él tiene que encontrar a un asesino.

¿Podrán, juntos, salvar a una joven perdida?

La hija de otra persona, libro #1 de la serie de misterio Los derechos de Miranda, la precuela de la serie Miranda y Parker, que continúa en curso.

PRÓLOGO

Algunas mujeres se sientan en bares elegantes después de que las dejan, quejándose de los idiotas que las trataron como si fueran la basura de ayer.

Miranda Steele no iba a bares elegantes. En realidad, casi no salía, salvo para ir al supermercado o de vez en cuando al hospital. Tampoco tenía amigas con quienes quejarse. Pero sí tenía al idiota que la golpeaba una y otra vez en casa: su marido.

Hasta que un frío día de invierno, ese idiota decidió echarla a la nieve.

Desde el suelo donde Leon la había dejado tirada, Miranda levantó una mano temblorosa hasta su boca para detener la sangre que le corría por el labio partido.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que debí haber hecho la noche en que tu bastardo fue concebido. Lo que he querido hacer desde hace meses —su voz temblaba de una furia silenciosa.

Cerró la maleta a la fuerza, la agarró otra vez por la muñeca y la arrastró escaleras abajo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Miranda esta vez, mientras él forcejeaba con la puerta principal.

—Purgando mi casa.

Lanzó la maleta hacia la nieve del jardín delantero. Se abrió y la ropa de ella cayó sobre el césped cubierto de nieve. Luego le dio un fuerte empujón.

Miranda salió tambaleando al porche de concreto frío. Estaba descalza. Aún llevaba puesta la bata de baño.

—Leon —suplicó—. Déjame entrar. ¿Qué van a pensar los vecinos?

—Están en el trabajo. Además, a nadie le importas. Todos saben lo que eres —la empujó otra vez.

Ella tropezó y cayó de bruces junto a su ropa.

Él tomó el bolso de Miranda de una silla y lo lanzó a la nieve, junto a ella.

—Toma eso y vete, Miranda. Aléjate de mí —sus palabras latían de rabia oscura—. No quiero volver a verte nunca más.

Dio media vuelta y azotó la puerta tan fuerte que le hicieron vibrar los tímpanos. Miranda escuchó cómo giraba la llave.

Con el pecho agitado, intentó recuperar el aliento. Sentada en el suelo, en el jardín de su casa en Oak Park, Illinois, vestida solo con su pijama y la bata, mirando la alegre casa rosada de dos pisos donde había vivido siete años, Miranda no se preguntaba si su "Señor y Amo" la había golpeado y echado porque no había planchado bien el uniforme de policía o porque él se quejó anoche de que el bistec estaba un poco quemado.

Sabía perfectamente por qué lo había hecho. Porque ella había osado abalanzarse sobre el gran, poderoso y sagrado Leon Groth… con las uñas por delante.

¿Y por qué lo había hecho? No porque le hubiera dicho estúpida. No porque la hubiera llamado puta asquerosa. No porque le hubiera dicho que estaba manchada, arruinada. A eso ya estaba acostumbrada.

Fue porque esa mañana temprano, él se había escabullido de la casa con su hija de tres semanas y la había entregado en adopción.

Adopción.

—No te preocupes. Me aseguraron que irá a un buen hogar. A una familia que jamás sabrá su verdadero origen. Después de todo, no soy un monstruo.

Amy. Su bebé.

¿Cómo había logrado Leon hacerlo? Debió falsificar la firma de Miranda en los documentos necesarios. Como policía, tenía contactos. Amigos en el cuerpo que harían la vista gorda a cambio de un favor. Conocía a los secretarios del juzgado, los jueces.

El frío comenzó a colarse en los huesos de Miranda. Lágrimas de rabia se le acumularon en la garganta.

Amy. Su bebé.

Recupérala. Quiero recuperarla.

Se ha ido, Miranda. Se la llevaron y ninguno de los dos sabrá nunca adónde fue. Nunca la volverás a encontrar.

Debería haber sabido que Leon haría algo así. La había estado presionando para que diera al bebé en adopción desde que se enteró del embarazo. Debería haber comprendido que hablaba en serio cuando dijo que no podía seguir viviendo bajo el mismo techo con "eso". La odiaba. Decía que Miranda no tenía derecho a conservarla.

Después de todo, Amy no era su hija. Leon no podía tener hijos desde que, durante su primer año de matrimonio, tuvo sarampión. La niña provenía del "incidente desafortunado", como él lo llamaba. La pesadilla del pasado febrero, cuando Miranda había salido tarde por la noche a comprarle helado.

El recuerdo de esas manos que la sujetaban, de ese rostro encapuchado y sin nombre inclinándose sobre ella, haciéndole daño, todavía llenaba sus noches de terror y vacío.

El médico del hospital había dicho que tuvo suerte. Difícil creer que alguien pudiera tener tanta suerte cuando se trataba de hombres.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de borrar la imagen de la cuna vacía que había visto esa mañana.

Su bebé. ¿Dónde estaba? ¿Tenía hambre? ¿Tenía frío?

Apoyó la cabeza sobre las rodillas, deseando llorar. Desafiando a las lágrimas calientes a correr por su rostro y quemarle las mejillas. Quería sollozar para siempre. La nariz le corría, el estómago se le revolvía, pero las lágrimas no salían. Saldrían después.

Alzó la cabeza y se pasó la manga por los labios húmedos.

La mandíbula le dolía del golpe de Leon. Pronto tendría un feo moretón en la mejilla. Tenía las muñecas y los hombros adoloridos de haber sido arrastrada por las escaleras y por el piso. Pero también le había dejado un buen rasguño en el mentón antes de que él la atrapara de nuevo y la golpeara con furia.

Enfrentarse a Leon, aunque fuera solo por un momento, se había sentido bien. Le gustaría volver a sentirse así.

Miró el porche de concreto por donde él la había empujado, la puerta por donde él la había cargado el día que se casaron.

Los dedos de sus pies empezaban a arder. Sus cosas estaban esparcidas por todo el jardín. Encontró un par de calcetines en la nieve y se los puso. De rodillas, recogió su ropa y la volvió a meter en la maleta que Leon había arrojado. No quiso cerrar; el broche estaba roto. Resignada, se puso de pie con esfuerzo.

Entonces empezó a nevar. Los copos suaves caían sobre sus mejillas, empapando su cabello oscuro y enredado.

Vuelve. Te perdonará. Siempre lo hace.

Leon pronto se iría al trabajo. Ella podría entrar, calentarse, empezar a preparar su guiso favorito de res. Las mujeres como ella siempre volvían. Al menos eso había escuchado en Oprah. Él regresaría del trabajo, se sentarían a la mesa, todo estaría bien.

Las mujeres como ella siempre volvían.

Ella debía hacer algo para cambiar eso. Lentamente, negó con la cabeza. ¿Volver?

Esta vez no.

Desorientada, entumecida por el dolor, tomó la maleta rota y bajó por la entrada. Su madre estaba muerta, su padre se había ido cuando era niña. No tenía hermanos, ni amigas cercanas, ni idea de qué hacer o adónde ir. Pero, en ese momento, una semilla de determinación comenzaba a abrirse camino entre los años de sufrimiento.

¿Echaría raíces? ¿Crecería? ¿Por qué no? Con veintitrés años, su vida estaba lejos de haber terminado.

Sí, esa semilla crecería.

De una forma u otra.

De una forma u otra, sobreviviría.

De una forma u otra, aprendería a no tener miedo.

De una forma u otra, se volvería tan fuerte que ningún hombre volvería a lastimarla.

Y, de una u otra manera, ella recuperaría a su hija.

CAPÍTULO UNO

Trece años después

—Vamos. Vamos. Vamos. Vamos.

No hay nada como un coro de corpulentos compañeros de construcción animándote para aumentar tu ego. Miranda miró alrededor del edificio semiderruido, con su fondo de rascacielos modernos y estructuras más antiguas contra el cielo gris de Pittsburgh, luego tomó el chile jalapeño verde brillante del plato de papel que estaba junto a los sándwiches de jamón y las latas de refresco sobre la tabla de madera que servía como mesa de almuerzo del equipo.

Lo agitó bajo la nariz de Dombroski. —Número cinco, Dumbo.

—Así es, *biatch* —se burló él—. Número cinco. Te digo que no puedes hacerlo.

Dumbo. Ese era su nombre cariñoso para este fortachón calvo con orejas grandes que le había hecho la vida imposible en el equipo de demolición durante los tres meses que llevaba en la Ciudad del Acero.

Miranda tiró de su chaqueta de cuero, respiró el fresco aire de marzo y torció el labio hacia Dombroski. —¿Ah, sí?

—Así es.

Se inclinó sobre la mesa. —Debí haberte tumbado anoche en Luigi's.

El Pequeño Jake se interpuso entre ellos. —Hey, vamos, hicimos un trato.

Había sido el flacucho veinteañero quien la convenció de no golpear a este imbécil en el bar cuando empujó a Jake y lo llamó maricón sin huevos.

En ese momento, Miranda no podía recordar qué la había hecho aceptar este concurso de comer chiles en su lugar. Algunas cosas valían la pena pelear. Ah, sí. No quería arriesgarse a que la llevaran a la cárcel y perder este trabajo.

—Número cinco —repitió Miranda.

—Ese es el récord —dijo Nye, el tipo negro y callado con bíceps del tamaño de un jamón al que ella admiraba.

Cassidy, el grandulón residente del equipo con más de ciento sesenta kilos, sacudió sus papadas. —Naa, el récord es siete. Un tipo en Chambersburg lo estableció.

Miranda asintió hacia su oponente. —No importa. Dumbo ya está fuera.

—No me llames así —gruñó—. ¿Quieres decir que *tú* estás fuera, no, Steele?

—Ni en tus sueños. —Años atrás, había descubierto que tenía una alta tolerancia a la capsaicina. Dumbo no tenía idea de con quién estaba hablando. Ni por lo que había tenido que pasar para aprender a defenderse a sí misma. Y a otros.

De manera dramática, levantó el chile hasta sus labios, abrió la boca y lo mordió con fuerza.

La piel cruda se quebró entre sus dientes, quemando como el Lago de Fuego. Dio un par de mordiscos más, luego se lo metió entero en la boca. Luchó contra las ardientes semillas, contuvo las lágrimas que amenazaban con salir y finalmente logró tragarlo.

Escupió el tallo y levantó las manos hacia el resto del equipo. —Pan comido. —Menos mal que pudo pronunciar esas palabras antes de que su lengua comenzara a hincharse.

Le dieron una ronda de aplausos entusiastas por sus esfuerzos.

Hizo una reverencia y luego empujó el plato hacia Dombroski. —Tu turno.

Sus ojos destellaron como una sirena policial mientras tomaba su quinto jalapeño. —Trágate esto, perra.

Miranda necesitó todo su autocontrol para no tumbarlo. Quizás valiera la pena pasar una noche en la cárcel.

Se inclinó sobre la mesa improvisada. —Adelante, Dumbo. Muéstrame lo que tienes.

—Te dije que no me llames así. —Parecía que ya salía humo de sus orejas de elefante. Pero mordió con fuerza su chile.

Por un momento, Miranda pensó que podría tragárselo. Luego él se agarró la garganta y comenzó a escupir como un aspersor de césped descompuesto.

—Diablos. Mierda —tosió, poniéndose de pie. Su cara se volvió del color de un semáforo en rojo. Agarró una lata de refresco y comenzó a beberla desesperadamente.

El Pequeño Jake le dio palmaditas en la espalda con alarma.

Nye se rio. —Parece que perdiste, Dombroski.

Dumbo intentó responder, pero todo lo que pudo emitir fue un sonido bajo y gorgoteante.

Miranda no pudo mantener la compostura. Estalló en carcajadas. Cassidy soltó una risita y pronto todo el equipo estaba muerto de risa. Todos menos Dombroski, que seguía ahogándose y tragando refresco.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

La cara grande de Cassidy se volvió inexpresiva. —Ay no. El Super.

Avanzando hacia ellos, el hombre de dos metros con traje y casco azul parecía un crucero a vapor. Se hacía llamar Sherlock. Sí, en serio.

—Solo estábamos jugando un poco durante el almuerzo, jefe —dijo Cassidy mientras el hombre se acercaba.

—Se acabó la hora del almuerzo —ladró Sherlock, mirando fijamente a Dombroski—. ¿Qué le pasa a este?

—Estará bien —dijo Nye.

Miranda recogió su casco y regresó disimuladamente al balde que había estado llenando con escombros de concreto.

Sherlock la alcanzó y le dio un toque en el hombro. —Un momento, Steele.

Ella se volvió para mirarlo. —Cielos, jefe, solo nos estábamos divirtiendo un poco. —¿La iban a despedir otra vez?

Él negó con la cabeza. —Olvida eso. Hay una llamada para ti.

Ella lo miró fijamente, tomada por sorpresa. —¿Una llamada? —Nadie la llamaba nunca.

—Puedes tomarla en la oficina. —Señaló hacia el pequeño tráiler que estaba en la esquina del terreno—. O ignorarla y volver al trabajo.

Mejor averiguar quién era. —La tomaré. Gracias. —Trotó hacia la improvisada construcción.

Dentro, el espacio reducido estaba vacío de personas y solo contenía un par de archivadores y un escritorio metálico lleno de papeles.

Con cautela, Miranda tomó la línea. —¿Hola?

—¿Es usted Miranda Steele?

—La misma.

Hubo una pausa, luego lo que sonó como un resoplido decidido. —Señorita Steele, mi nombre es Barbara Thomas. Trabajo con *Los Buscadores*. ¿La organización de reencuentros de adopción? ¿Se registró con nosotros en línea?

Las rodillas de Miranda temblaron. ¿*Los Buscadores*? Sí, se había registrado con ellos. Junto con todas las demás agencias de reencuentros de adopción que pudo encontrar. Lo había hecho hace trece años por consejo de una consejera del refugio para mujeres maltratadas al que había huido después de que León la echara. Y actualizaba sus datos cada vez que se mudaba para que pudieran contactarla. Pero nadie lo había hecho nunca. Después de todo este tiempo, Miranda había perdido la esperanza de encontrar a Amy.

Sonrió con incredulidad. —¿Quiere decir que ustedes realmente revisan esa información?

Después de dejar a León, había tratado de encontrar a Amy. Con todo lo que tenía. Habló con consejeros, trabajadores sociales y clérigos. La mayoría pensaba que estaba mintiendo sobre lo que él había hecho. Creían que había dado a su hija en adopción y luego se arrepintió. Incluso había solicitado a los tribunales abrir los registros de Amy. El juez pensó lo mismo que los demás y lo denegó.

La mujer en el teléfono dudó un momento, como si no supiera qué decir. —Señorita Steele, mi gerente quisiera que hable con usted.

Miró el auricular. —Está hablando conmigo ahora.

—Me refiero en persona. ¿Está disponible este sábado?

El corazón de Miranda comenzó a acelerarse. Pensó que podría hiperventilar. ¿Tenía esta desconocida información sobre Amy? ¿Sabían Los Buscadores dónde estaba su hija? —¿Qué tiene de malo ahora mismo? —Sherlock le daría una hora o así. Eso esperaba.

Hubo una pausa. —Soy voluntaria. No estaré en la oficina hasta el fin de semana.

Era apenas martes. Miranda no iba a esperar toda la semana para escuchar lo que esta mujer tenía que decir sobre Amy. —¿No podemos encontrarnos en algún lado? ¿Una cafetería tal vez?

Otra pausa. Miranda no estaba segura si era lástima o molestia lo que se oía en la respiración de la mujer. —Puede venir a mi apartamento. No tengo que estar en mi trabajo regular hasta dentro de una hora.

Exhaló con alivio. —Gracias... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Solo llámeme Barbara. —Le dio su dirección a Miranda.

—Estaré allí en quince minutos.

CAPÍTULO DOS

Con los nervios revoloteando por su columna, Miranda llamó a la puerta del apartamento de Barbara. Escuchó un ruido de pasos y luego la puerta se abrió.

—¿Señorita Steele?

—Así es.

—Por favor, pase, señorita Steele —la ocupante abrió la puerta completamente—. ¿Puedo tomar su abrigo?

—Claro —Miranda entró en la alegre sala de estar, medio esperando ver a una niña de trece años de pelo oscuro parada en medio de ella. Pero eso eran solo jugarretas de su mente.

Se quitó la bufanda y la chaqueta de cuero y se las entregó a la mujer pequeña y delgada. Probablemente en sus cincuenta, Barbara tenía el cabello castaño con canas cortado en un estilo corto y recatado, y ojos castaños inquisitivos. Vestía un traje de lana color melocotón que tenía un aspecto estéril.

Su lugar estaba limpio y bien cuidado, con plantas, almohadones bordados, y bonitas cortinas en una ventana por donde se derramaba la luz del sol de la tarde. Tenía una especie de ambiente de abuela. Al igual que su ocupante, que iba de un lado a otro, enderezando cosas que no necesitaban ser enderezadas, como si Miranda fuera la Reina de Saba.

—Gracias por recibirme. No se moleste demasiado —se sentía un poco culpable por haberse impuesto a la mujer.

—Oh, no es molestia, señorita Steele. ¿No quiere tomar asiento? —Barbara señaló un sofá floreado con una pequeña mesa de café enfrente.

—Gracias —Miranda se sentó. Después de colocar cuidadosamente su abrigo en el respaldo de una silla del comedor, la

mujer se acomodó junto a ella.

No había señales de otra presencia. Barbara debía vivir sola. Miranda esperaba que su razón para la soledad no fuera como la suya. No le desearía eso ni a su peor enemigo, mucho menos a alguien que podría saber algo sobre Amy.

La mujer alcanzó una pila de archivos en la mesa de café y comenzó a revisarlos. —Me disculpo por estar un poco desorganizada. Como dije por teléfono, mi gerente quería que hablara con usted, señorita... ¿puedo llamarla Miranda? Oh, ¿le gustaría un poco de té?

—Sí, puedes llamarme Miranda. Y no, no quiero té —esta señora podría necesitar un curso de autoconfianza. O quizás un turno con el equipo de demolición.

Barbara asintió y siguió ordenando carpetas, su expresión solemne.

Miranda la observó por un momento. No iba a esperar hasta que toda la pila estuviera alfabetizada. —¿Qué es lo que tienes que decirme, Barbara?

Dejó de revolver y le dio a Miranda una mirada afligida, sus ojos castaños moviéndose de un lado a otro, como si estuviera buscando algún secreto perdido. —Lo siento, Miranda. Soy nueva en la agencia y tu expediente acaba de llegar a mí. Tengo que realizar algunas, eh, formalidades.

Miranda cambió de posición. —Está bien.

Barbara seleccionó una de las carpetas, sacó un papel de ella, y tomó un bolígrafo de la mesa de café. —Veamos. Te has registrado con nosotros varias veces —su voz adquirió la cualidad cantarina de una entrevistadora.

—Sí, cada vez que me mudaba —tal vez eso no era lo mejor para decir.

Barbara leyó de su hoja. —Eres originalmente de Oak Park, Illinois.

—Es correcto.

Volteó una página. —Pero has trabajado en varios estados. Y en varios empleos.

Sí. ¿Y qué? Desde que dejó a Leon, había soldado vigas en un rascacielos en Nueva York, cosechado cangrejo en un barco pesquero en Maine, realizado trabajos ocasionales en una plataforma petrolera en Texas.

Se frotó las manos contra sus jeans y lo minimizó con una risa y un encogimiento de hombros. —Algunas personas piensan que soy obsesiva con los trabajos físicos. No solo te da músculos, sino que también te endurece la piel —una terapeuta le dijo una vez que estaba sublimando sentimientos reprimidos sobre su afectuoso ex-marido y que debería hablar de ellos. ¿Qué sabían los loqueros?

Barbara pareció interesada. —Oh, ¿eso es importante para ti?

¿La estaban evaluando? ¿Barbara estaba tratando de determinar si era apta para conocer a su hija? —Ya sabes cómo es, Barbara. Una mujer nunca puede hacerse demasiado fuerte o resistente —se rió incómodamente y agitó una mano hacia el archivo en el regazo de su anfitriona—. La mayoría de los trabajos de construcción son por temporada. Todos saltamos de un empleo a otro.

Pero eso no explicaba ese impulso inquieto que la había hecho levantar campamento e irse, vagando sin rumbo por el país, tomando trabajos aquí y allá, haciendo conocidos casuales, dejándolos atrás. Siempre en movimiento. No quería admitir que el espectro de Leon todavía la acosaba después de tantos años. Se había dicho a sí misma que Amy podría estar en cualquier parte, así que ¿por qué no ir a un lugar nuevo? Nada de eso la hacía... inadecuada.

Barbara sonrió dulcemente. —Y ahora estás aquí en Pittsburgh, trabajando para la Compañía Norris Wrecking.

—Correcto —Miranda resistió el impulso de golpetear con el pie —. Llevo con ellos aproximadamente tres meses.

Los ojos de Barbara se suavizaron. —¿Dices que tu hija fue colocada hace trece años?

¿Colocada? Miranda asintió. Había sido deliberadamente vaga sobre la adopción. La mayoría de la gente no creía lo que León había hecho. Pensaban que simplemente había cambiado de opinión después de firmar los papeles.

Barbara frunció los labios, sacudiendo la cabeza. —Una historia tan triste. Entonces tu hija sería menor de edad, ¿no es así?

Molesta por el comentario, Miranda se tensó. —Siendo la mayoría de edad a los dieciocho o veintiún años, dependiendo del estado, eso la haría menor de edad, sí.

—Oh, querida. No estoy haciendo esto muy bien. Me disculpo — Barbara colocó la carpeta encima del montón—. Déjame traerte un poco de té.

—No quiero ningún... —pero la mujer ya se dirigía a la cocina.

Con el corazón encogido, Miranda se recostó y escuchó a su anfitriona hacer ruido durante unos minutos mientras luchaba contra las estúpidas lágrimas que de repente le escocían los ojos.

Inclinándose hacia adelante para tomar un pañuelo de la mesa de café, divisó la esquina de un sobre que sobresalía de la carpeta que Barbara había estado leyendo. Miró hacia la cocina. La mujer seguía haciendo ruido. No haría daño echar un vistazo. Después de todo, era su expediente.

Deslizó un dedo bajo una esquina y lo empujó hacia fuera. Era una carta dirigida a la sede de Los Buscadores aquí en Pittsburgh. La caligrafía no parecía la de un adulto. No había dirección del remitente. El matasellos era de Buckhead, Georgia, dondequiera que estuviera ese lugar.

Con cautela, miró dentro y encontró un trozo de papel de cuaderno. Con los dedos temblorosos, lo sacó y lo desdobló. Se quedó mirando la infantil caligrafía. Todo su cuerpo se puso rígido.

Queridos Buscadores:

Tengo trece años. Nací en noviembre en Oak Park, Illinois. Ahora vivo en una gran mansión en Buckhead, Georgia. Mi mamá es ejecutiva y mi papá siempre está fuera. Nunca están en casa.

Creo que soy adoptada. ¿Pueden ayudarme a encontrar a mis verdaderos padres?

La Hija de Otra Persona

Miranda jadeó en voz alta.

—Oh, cielos —Barbara estaba en medio de la sala, como si estuviera a punto de dejar caer su bandeja de té. Rápidamente, se

apresuró hacia la mesa de café y dejó la porcelana, sacudiendo la cabeza—. No debías ver eso.

Miranda la miró fijamente. —¿Por qué no?

Con un suspiro, Barbara se llevó una mano a su cabello castaño grisáceo. —Oh, Miranda. Mi gerente quería que te dijera en persona que no hay nada que podamos hacer por ti. No manejamos situaciones como la tuya.

Miranda la miró parpadeando. —¿En serio? —Extendió la carta—. ¿Y qué hay de ella? ¿Pueden ayudarla?

Barbara negó con la cabeza tristemente. —Tampoco hay nada que Los Buscadores puedan hacer para ayudar a esa niña. Es menor de edad. Trabajamos con hijos adultos. Adoptados que son mayores de edad y buscan a sus padres biológicos.

Por un momento, Miranda ni siquiera pudo hablar. Sabía que las agencias de reunificación de adopción solo trabajaban con adoptados adultos. ¿Qué había esperado? Ciertamente no esto. Agitó la carta de la niña. —¿Qué ibas a hacer con esto?

—Pues, mantenerla en el archivo en caso de que la niña nos contactara de nuevo —Barbara se arrastró hasta el sofá y se sentó con cansancio—. La recibimos hace varios meses. Cuando te registraste con nosotros, la emparejamos con tus registros. Pero no hay nada que podamos hacer hasta que sea adulta. Incluso entonces, no hay mucha información allí.

Miranda sostuvo la página. —La niña que escribió esto tiene trece años. La edad de mi Amy. Y nació en noviembre. En Oak Park. Como Amy.

Barbara se alisó la falda. —Sí, pero... —Levantó las manos—. Solo estaba en tu archivo porque no sabíamos qué más hacer con ella.

Miranda soltó el aliento que estaba conteniendo y pasó la mano por su cabello oscuro y áspero que algunas personas llamaban rizado. —¿Qué estás diciendo?

Barbara exhaló lentamente. —Una adoptada no necesariamente conocería su verdadero lugar de nacimiento.

—Podría saberlo. Algunos padres son muy sinceros sobre esos detalles.

—Es cierto, pero solo algunos de tus datos coinciden con esta carta. Podría ser una coincidencia. No queríamos darte falsas esperanzas. Por eso mi gerente insistió en que no te mostrara esa carta. Oh, cielos. Va a estar muy disgustada.

Falsas esperanzas. ¿Había otro tipo? Pero las falsas esperanzas eran mejores que ninguna esperanza. Miranda extendió la mano y le dio unas palmaditas a la mujer. —No te preocupes, Barbara. No le diré nada a tu gerente.

—No lo entiendes. Va contra la política.

Ignorándola, Miranda leyó la carta de nuevo.

Mi mamá es ejecutiva y mi papá siempre está fuera. Nunca están en casa.

¿Habría escrito Amy esas palabras? ¿Estaba siendo descuidada? Miranda siempre se había dicho a sí misma que su hija estaba en un hogar amoroso y protector. Se volvería loca si se permitía pensar lo contrario.

—Lo siento mucho, Miranda —gimió la mujer suavemente—. No tenemos ninguna autoridad legal aquí. No podemos hacer nada para ayudarte a encontrar a tu hija.

Lentamente, Miranda volvió a meter la carta en el sobre. —Tal vez tú no puedas, Barbara. Pero yo sí —señaló el matasellos—. Buckhead, Georgia. ¿Dónde queda eso?

—Es una zona cerca de Atlanta.

—Atlanta. —¿Podría su hija estar viviendo realmente en una mansión en algún lugar llamado Buckhead? Debía ser algún pueblo perdido cerca de la ciudad. ¿Cuántas mansiones podría haber en un lugar llamado Buckhead? Incluso tenía el código postal.

Se puso de pie.

Los ojos de Barbara se desorbitaron. —¿Qué vas a hacer? No estarás pensando...

—No te preocupes por mí, Barbara. No quisiera que tu gerente se molestara. Por cierto, suena como una bruja. —Si tuviera tiempo, bajaría a la oficina y se lo diría en su cara.

—Pero, Miranda, acabas de llegar a Pittsburgh. ¿No quieres establecerte aquí?

Ella se burló. —¿Establecerme? —¿Qué significaba eso?

—Tal vez podrías conocer a un buen hombre. Podrías enamorarte y tener... —se detuvo.

—¿Hijos propios? —No era la primera vez que Miranda escuchaba eso—. Amy *es* mi hija, Barbara. —Y en cuanto a enamorarse, sería un día helado en el infierno antes de que se permitiera ser tan vulnerable de nuevo.

La mujer comenzó a tartamudear. —Pero no hay dirección de remitente en esa carta. No tenemos nada más que las palabras en ese papel. No tenemos idea de quién es esta niña, quiénes son sus padres adoptivos.

—Como dije, Barbara. No te preocupes por eso.

—No entiendes.

—Creo que sí. —Cruzó hacia el comedor donde la esperaba su abrigo.

Barbara se levantó de golpe y la siguió. —Miranda, piensa. Esa carta podría ser una broma. Alguna niña solitaria enojada con sus padres, que decidió llamar su atención fingiendo ser adoptada.

Miranda se volvió hacia la mujer, ese familiar entumecimiento de desilusión rodeando su corazón.

—Los niños hacen eso, especialmente con su acceso a Internet hoy en día. —La voz de Barbara era suave, maternal ahora, pero sus palabras dolían como cuchillas.

Tenía razón. Cualquier niño podría buscar en Google agencias de reunión de adopción, encontrar el sitio web de The Seekers y escribirles. Pensó un momento. —¿Reciben muchas cartas como esta?

—No. Pero eso no significa que debas hacerte ilusiones. Temo que terminarás muy decepcionada.

Miranda sonrió con ironía. ¿Decepcionada? Sus esperanzas habían sido destrozadas muchas veces durante los últimos trece años. Estaba acostumbrada. Además, existía la posibilidad de que la carta fuera real. Podría ser Amy. Tenía que intentarlo.

Tomó su chaqueta y bufanda. —Gracias, Barbara. —Levantó la carta—. ¿Puedo quedármela?

La mujer agitó una mano como si se diera por vencida. —Oh, supongo que sí. Tengo una copia.

Con ternura, Miranda guardó la carta en su bolsillo y se dirigió a la puerta. Tenía un par de cientos en su cuenta bancaria. Eso debería ser suficiente para llegar a Buckhead y mantenerse hasta que pudiera conseguir otro trabajo. Empacaría hoy, le diría adiós a Sherlock y al equipo de demolición y se iría.

—Gracias, Barbara. —Extendió una mano hacia la mujer.

Como si estuviera tomando la mano de un sacerdote para pedir perdón, Barbara la estrechó. —No sé por qué. No pude hacer nada por ti.

—Has hecho más que cualquier otra persona hasta ahora. —Miranda resistió el impulso de abrazarla.

La mujer sonrió a medias. —Llámame si quieres hablar.

—Claro. —Miranda se dio la vuelta y salió por la puerta.

Miró su reloj. Casi las dos. Pasaría por el sitio de demolición y luego iría a su casa. Si el casero no le ponía problemas por su depósito, podría estar en la carretera antes de la hora pico. Abrazando la carta en su bolsillo, corrió por el pasillo hacia las escaleras.

¿Estaría finalmente cambiando la marea? Después de años de frustración, decepción y callejones sin salida, ¿podría este pedazo de papel llevarla hasta su bebé? ¿La niña que Leon le había arrebatado? ¿La hija que él dijo que no tenía derecho a conservar?

La terca esperanza que había surgido de las cenizas de su corazón tantas veces antes comenzó a elevarse de nuevo. De repente, se sintió más viva de lo que había estado en meses.

CAPÍTULO TRES

La música era clásica, de buen gusto, serena. El vino era un Burdeos blanco. Seco, poco común. El caviar era Negro Ruso. Crujiente, con sabor a océano. Y las mujeres... ah, las mujeres. Glamurosamente vestidas con sus más recientes vestidos de diseñador, las damas eran tan seductoras como hermosas.

Wade Parker se apoyó contra una alta columna jónica cerca de la gran escalinata de la mansión del Gobernador de Georgia y dio un sorbo a su copa de champán. Bajo la araña italiana, una pelirroja elegantemente peinada le sonrió. Cerca del retrato de George Washington, una rubia le guiñó un ojo. Bajo el arco que conducía al pasillo, una morena le lanzó una mirada coqueta.

Parker se rio para sus adentros. ¿Todas andaban detrás del hombre que aquel audaz reportero de *The Atlanta Journal-Constitution* había apodado el soltero de cuarenta y cuatro años más codiciado de la ciudad?

Su bandada de admiradoras lo divertía y lo cansaba al mismo tiempo. Por hermosas y tentadoras que fueran, ninguna podía reemplazar a Sylvia, el amor de su vida. Habían pasado tres años desde que el cáncer se la arrebató. Su corazón dolía ante ese pensamiento como si hubiera sido ayer.

Pero, después de todo, no estaba aquí esta noche para coquetear. Ni por la recaudación de fondos de mediados de abril.

Su mirada se deslizó por la habitación hasta un hombre delgado y pálido que permanecía solo cerca de la gran chimenea, jugueteando nerviosamente con una bebida. Su nombre era Thomas Jameson. El comité directivo del Gobernador lo habría echado si Parker no los hubiera persuadido de respetar la invitación que él había conseguido con dificultad de uno de los miembros.

Sin un pelo fuera de lugar, Jameson vestía impecablemente un fino traje de Gucci, pero todo era una fachada. El canalla era más bajo y repulsivo que los excrementos de pájaros que los sirvientes tenían que sacar de la fuente del jardín delantero.

Esta noche, Parker lo probaría atrapándolo en el acto.

Una de las devotas de Parker se deslizó por el suelo hacia él, y se preparó mientras su perfume asaltaba su nariz.

—Pareces aburrido, Wade —dijo la atractiva pelirroja, con una risa baja en su voz.

—¿En serio? *Concentrado* sería una palabra más acertada.

Ella inhaló. —Estos eventos pueden ser tan secos como el champán.

Él asintió y dio un sorbo a su copa. —Eso es quedarse corto, Patricia.

Ella hizo un gesto hacia la multitud de las personas más influyentes de Atlanta. —A todos les encanta venir a esta histórica casa de estilo neoclásico griego con sus amplios jardines, salones y su fino mobiliario de época federal. Pero yo preferiría estar al aire libre.

Parker sonrió. —Estoy seguro de que sí —Patricia criaba caballos y lo hacía bastante bien. Habían cabalgado juntos cuando eran adolescentes.

Ella dio un pequeño bostezo. —Además, si has visto una casa lujosa de Buckhead, las has visto todas. De hecho, es un poco más pequeña que aquella en la que creciste, ¿no es así?

La alarma de cazafortunas de Parker habría sonado si no supiera que Patricia era económicamente independiente. —Mi padre estaría encantado de escuchar esa observación.

—Ah, sí. —Arrugó la cara y fingió la voz de un presentador de noticias—. "Wade Russell Parker, junior, el promotor inmobiliario más próspero de Atlanta e hijo de Wade Russell Parker, senior, uno de los jueces más renombrados de nuestra ciudad".

Él negó con la cabeza. —Ojalá nunca hubiera concedido esa entrevista.

—Pero ahora todos saben que eres 'el detective estrella de Atlanta'.

Sintió que se le tensaba un músculo de la mandíbula. No quería admitir que se había sentido complacido cuando leyó eso. —Todos conocían bien mi profesión antes de que se publicara el artículo —Muchos de sus colegas allí presentes se habían convertido en clientes a lo largo de los años.

Su risa era musical. —Eres demasiado sensible al respecto, Wade. ¿Cómo está tu padre? —Sus hermosos ojos azules se agrandaron—. ¿Por qué no está aquí?

Parker se alegró de cambiar de tema, aunque fuera para hablar de su padre. —Tuvo un ataque al corazón recientemente. Ha tenido que mudarse a un hogar de ancianos —Aunque el viejo caballero había parecido estar bien la última vez que habló con él. El hombre era un notorio conquistador y Parker sospechaba un motivo ulterior.

—Lamento oír eso. Sé que debe lamentar perderse esta recaudación de fondos.

—Me lo imagino —Y lamentando no poder encantar a las damas lejos de su hijo, como si fuera una competencia. Su padre prosperaba en los eventos sociales. Mientras que para Parker, eran meras obligaciones. Pero había aprendido a aprovechar tales ocasiones para su propio beneficio. Como "el detective estrella de Atlanta".

Algunos lo llamaban obsesivo. Él prefería el término "minucioso". No se veía a sí mismo como una especie de salvador. Simplemente había descubierto a temprana edad que estaba en su naturaleza corregir injusticias, proteger a los inocentes y atrapar a los culpables. Era su vocación. Una vocación que lo impulsaba, nacida de una profunda y sombría necesidad, un oscuro episodio de su pasado que lo había precipitado a una carrera que tanto su padre como su abuelo habían desaprobado.

Patricia sonrió con coquetería, pasando un dedo por el borde de su copa. —Es una noche tan hermosa. Los cornos y cerezos están en plena floración. Tal vez podríamos dar un paseo.

¿Yendo para el golpe final? —Quizás más tarde.

—O —su voz adoptó un tono sensual—, podríamos irnos temprano y tomar una copa en mi casa.

Parker sonrió, notando el escote pronunciado de su vestido de lentejuelas rojo rubí, sus redondos senos subiendo y bajando bajo la tela. Tentador. Pero tenía un asunto que atender. Volvió su mirada hacia Jameson de nuevo. El hombre no se había movido.

Parker observó cómo los ojos hundidos de Jameson escudriñaban cuidadosamente la habitación. Sus rasgos rectos, su labio curvado le daban un aspecto hosco que lo hacía aún más desagradable.

Hace aproximadamente un mes, una joven llamada Elizabeth Kinkade había contactado a la firma de Parker después de que alguien saqueara su lujoso apartamento, robándole miles de dólares en joyas. Recientemente había terminado una relación con Jameson y juraba que él la había robado por venganza. Después de seguir al sospechoso durante varios días, Parker descubrió que la venganza no era el motivo de Jameson. Era simple codicia.

Jameson tenía una serie de ex novias por toda la ciudad. Su modus operandi era enamorar a las damas hasta que bajaran la guardia, luego huir con sus objetos de valor. Había estado en su juego durante unos seis meses, siendo responsable de una serie de robos que la policía no había podido resolver. Esta noche, Parker sospechaba, intentaría algo aún más desvergonzado.

Parker había reunido abundante evidencia contra el hombre, pero no la suficiente para un arresto. Esta noche, esperaba cerrar el caso. Su mandíbula se tensó cuando Jameson dejó su copa en la repisa de la chimenea y se dirigió por la pared hacia la gran escalinata, que ahora estaba desierta.

Parker lo observó subir.

—¿Qué dices, Wade? ¿Deberíamos disculparnos con nuestra anfitriona?

Parker se volvió, forzando una sonrisa. —Quizás en otra ocasión, Patricia. Si me disculpas —No le agradó la expresión de sorpresa en el rostro de ella ante su comportamiento descortés, pero no tenía alternativa. Se dirigió hacia las escaleras.

El tercer piso de la mansión estaba silencioso y la iluminación era tenue. Parker alcanzó a ver la cola del traje de Jameson justo cuando este se deslizaba por la entrada de la habitación principal. El insolente bastardo. Silenciosamente, se acercó a la puerta y pegó su

oído. Nada. Esperó un momento, y luego abrió la puerta lentamente, apenas una rendija.

Movimiento. Apenas perceptible. Una pulgada más y la figura oscura de Jameson quedó a la vista. Estaba de pie frente al tocador, de espaldas a la puerta, con un puñado de joyas resplandecientes en cada mano codiciosa. Evidentemente, durante su corta carrera, el ladrón había aprendido que las mujeres adineradas tendían a mantener sus objetos de valor a simple vista, sintiéndose seguras en sus propios aposentos.

Parker se deslizó dentro de la habitación, llevó la mano al prendedor de su solapa y tomó varias fotos con la cámara microscópica oculta en él. Jameson seguía sin percatarse de su presencia.

Se aclaró la garganta. —¿Robando a la esposa del gobernador? Qué políticamente incorrecto.

Jameson se dio vuelta de golpe, con la sorpresa marcada en su rostro. —¿Quién eres tú?

Parker sonrió con naturalidad. —Una muy, muy mala pesadilla.

Tambaleándose con las gemas, Jameson intentó colocarlas de vuelta donde las había encontrado. —No estoy haciendo nada malo. Yo... perdí mi lente de contacto.

Parker se rio entre dientes. —¿En el tocador de una dama cubierto de joyas? Qué conveniente.

—Es verdad. Lo juro.

—¿Y cómo explicas las cosas que tomaste de Elizabeth Kinkade? ¿Sarah Smith? ¿Tamara Johnson?

Jameson parecía que sus ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas.

—Me temo que tu carrera como ladrón de joyas ha llegado a un abrupto final.

Jameson miró hacia la ventana.

—No lo intentaría si fuera tú —Parker deslizó una mano en su bolsillo.

El ladrón se quedó inmóvil. Sus ojos se agrandaron aún más mientras Parker sacaba lentamente un pequeño objeto metálico.

Parker no pudo contener una risita mientras abría su teléfono celular y marcaba la marcación rápida. —Hosea, ¿sigues abajo, verdad? ¿Pasándola bien? Bueno, tengo algo en el tercer piso que hará tu noche. Sí. La habitación principal —Cerró su celular y se volvió hacia su objetivo—. Ese era el Teniente Hosea Erskine del Departamento de Policía de Atlanta.

Jameson dio un paso hacia la ventana.

—Ah, ah —Parker lo reprendió—. No querrás arriesgarte a descubrir qué tengo en mi otro bolsillo.

Pareciendo que podría ensuciarse los pantalones, Jameson se quedó sin hacer otro movimiento hasta que Hosea y varios otros miembros del DPA que estaban abajo irrumpieron en la habitación.

Mientras sus hombres esposaban a Jameson, Hosea entrecerró los ojos mirando a Parker. —¿Has estado entrometiéndote en asuntos policiales otra vez, Señor Detective?

Parker se rio. A Hosea le molestaba cuando lo superaba. —Simplemente sirvo a mi cliente —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Cuidado! —gritó Jameson, forcejeando contra las esposas—. ¡Tiene una pistola!

—Nuestro perpetrador parece un poco paranoico —Parker sacó un trozo de papel y se lo entregó a Hosea—. Creo que encontrarás los bienes robados en esta caja de seguridad del Banco Freedom en la calle Peachtree.

Con un bufido, Erskine le arrebató el papel de la mano.

Satisfecho, Parker salió de la habitación y avanzó por el pasillo, preguntándose si Patricia seguiría abajo. Un caso cerrado merecía una celebración.

Antes de llegar al primer escalón, sonó su celular. Lo abrió de nuevo. —Parker.

—Wade, gracias a Dios que pudimos comunicarnos contigo.

La urgencia en la voz de su amigo hizo que Parker se detuviera en seco. —Jackson. Pensé que estarías aquí esta noche.

—¿Aquí?

—En la mansión del Gobernador. La recaudación de fondos...

—Lo olvidé por completo. Ha sucedido algo terrible... —Su voz se quebró.

La columna de Parker se tensó. Conocía a Jackson Taggart desde la preparatoria. Como Jefe de Personal del Hospital Saint Benedictine, no era ajeno a las emergencias. Nunca entraba en pánico. —¿Qué sucede?

—Es Madison. Nuestra niña.

Dios, no. Parker conocía ese tono desesperado. —¿Qué pasa con Madison?

—Ha desaparecido —Se interrumpió, ahogando un sollozo que desgarró el corazón de Parker.

Sabiendo que debía mantener la calma, Parker se forzó a entrar en modo profesional. —¿Qué te hace pensar que ha desaparecido, Jackson?

Hubo una pausa. Parker pudo sentir la ofensa a través del teléfono, y luego las palabras angustiadas brotaron. —Anoche Madison se quedó a dormir en casa de Tiffany Todd. Debía regresar esta mañana. Nunca llegó a casa. Cuando verificamos con Tiffany, dijo que Madison se había ido hace horas y caminado a casa. Nunca llegó.

La noticia lo golpeó como un martillo neumático. Madison tenía solo trece años. Primer paso, evitar que los padres entren en pánico. O mejor dicho, evitar que el pánico se agrave. —Cálmate, Jackson —dijo con toda la suavidad que pudo—. ¿Hay algún otro lugar donde podría estar?

—Llamamos a todos sus amigos. Nadie la ha visto. Simplemente desapareció. Cloris está fuera de sí.

La madre siempre sufre más. —¿A qué hora salió de casa de Tiffany?

—A las once de la mañana.

—¿Han discutido con ella recientemente? —Era una pregunta difícil, pero importante.

—No. Hemos estado más unidos que nunca.

La mente de Parker recorrió todas las posibilidades. Fuga. Secuestro. Posiblemente por dinero. Si ese fuera el caso, quizás

contactarían pronto a los Taggart. —¿Has llamado a la policía? A la Unidad de Crímenes Especiales...

—Sí, pero no han hecho nada. Te queremos a ti, Wade. Tanto Cloris como yo. Sabemos que puedes encontrarla.

Se sintió halagado, humillado por la confianza de sus amigos. Haría lo mejor posible. —Muy bien, Jackson —dijo—. Voy para allá.

Colgó, miró su reloj mientras bajaba corriendo las escaleras, con el corazón hundiéndose. Sería una larga noche. Doce horas desde la última vez que alguien vio a Madison Taggart y ninguna palabra de posibles secuestradores. No era bueno. Tendría mucho trabajo por delante, pero haría todo lo posible por encontrarla.

Con todo su corazón, deseaba poder traer a la niña a casa con Jackson y Cloris esta noche. Pero la experiencia le decía que podrían pasar días o semanas antes de que eso sucediera. Si es que seguía con vida. El mundo podía ser un lugar peligroso para los jóvenes, incluso en el refugio del acaudalado Buckhead.

CAPÍTULO CUATRO

Miranda estaba sentada en una pequeña mesa de granito en uno de los clubes nocturnos de moda a lo largo de la zona de Buckhead, llamado The Gecko Club, bebiendo una cerveza. Echó Tabasco sobre el patético intento de rollito tailandés que había pedido y le dio un mordisco.

Buckhead, Georgia, había descubierto, no era un pueblo pueblerino. Ni siquiera era un suburbio común. No, Buckhead, Georgia resultó ser uno de los lugares más elegantes de toda la nación. El maldito Beverly Hills del Sur. No había solo un par de mansiones en Buckhead, Georgia. Todo el lugar estaba repleto de ellas. Urbanizaciones lujosas escondidas entre exuberantes árboles y colinas onduladas, con nombres pretenciosos como Mount Paran, Brookhaven, Peachtree Heights West y Tuxedo Park. Todos llenos de casas elegantes.

Entonces, ¿en cuál vivía "La Hija de Otra Persona"?

Después de tres semanas, Miranda no tenía ni idea. Conducir por esos vecindarios exclusivos no había revelado nada. Tratar de conseguir trabajo en una de esas escuelas intermedias de alta categoría, para conocer a los niños de la zona, había sido un fracaso. Su enfoque actual de iniciar conversaciones con niñas de trece años en el centro comercial tampoco había funcionado. Había aprendido mucho sobre los estilos de ropa más modernos, los peinados más geniales y los cantantes de rap más populares, pero nada sobre una niña adoptada que hubiera escrito una carta anónima a Los Buscadores.

Su primer golpe de suerte —si se le podía llamar así— había ocurrido hoy. Era el final de las vacaciones de primavera y había estado deambulando por Phipps Plaza antes de tener que ir a su

nuevo trabajo del segundo turno en una cuadrilla de construcción local, cuando notó a un grupo de adolescentes holgazaneando cerca de una fuente. Escuchó disimuladamente su conversación y descubrió que uno de los chicos tenía novia.

La novia tenía una hermana. La hermana estaba en la escuela intermedia y tenía una mejor amiga. La mejor amiga... era adoptada. Su nombre era Ashley Ingram. Vivía en una urbanización llamada Mockingbird Hills. Bingo.

Y mejoraba.

La novia estaba peleada con sus padres. Los habían sorprendido a ella y al novio muy apasionados en el sofá de la sala, la habían castigado y le habían prohibido al chico volver. Esta noche, la novia se escaparía para encontrarse con su novio después de dejar a su hermana y a Ashley en casa de los Ingram.

Miranda dejó su cerveza y miró el mapa que había impreso desde su laptop esa tarde. Gracias a Dios por internet.

Mockingbird Hills. 111 Sweet Hollow Lane. Una estrella roja marcaba el lugar donde vivía una familia apellidada Ingram.

¿Una oportunidad llamando a la puerta? ¿O una posibilidad remota?

Tantas cosas podían salir mal. La novia podría cambiar de opinión. Los padres podrían descubrir su plan y detenerlo. Pero si los chicos aparecían, si Miranda pudiera echarle un vistazo a la niña adoptada, aunque fuera por un momento... Demonios, si tuviera mucha suerte, esa niña podría resultar ser... ¿Reconocería a su Amy después de todos estos años?

—¿Quieres otra? —un mesero vestido de negro señaló su cerveza, sacándola de sus pensamientos.

Miranda le dio un último trago y le entregó la botella. —No, gracias —. Él la tomó junto con su plato vacío y se fue. Miró su reloj. Los dos jóvenes amantes debían encontrarse en casa de los Ingram a medianoche. Tenía casi cuarenta minutos para llegar allí a través del tráfico nocturno de Buckhead. No podía llegar tarde.

Mientras se levantaba y buscaba algo de efectivo en su bolsillo, una voz femenina de la mesa detrás de ella flotó por encima de la

música de jazz y el ruido de la multitud. —¿No es terrible lo de esa niña desaparecida?

Miranda se puso rígida. *¿Niña desaparecida?*

—Es lo más espantoso que he oído en mi vida —concordó otra voz—. Apenas es una adolescente.

Aturdida, Miranda se dio la vuelta y vio a una mujer delgada, de mediana edad, con grandes aretes color verde limón, que sacudía la cabeza.

—Has estado siguiendo la historia en las noticias, ¿verdad? —le dijo a su compañera de cena—. Lleva casi una semana desaparecida.

La pelirroja bajita que estaba a su lado frunció el ceño solemnemente. —Sus padres deben estar desesperados.

¿Una adolescente de Buckhead llevaba desaparecida toda una semana? Rayos. ¿Por qué no había oído nada al respecto antes? Eso es lo que pasa cuando vives en tu auto durante dos semanas y luego alquilas un minúsculo estudio sin televisión. No había notado ningún volante cuando recorrió los vecindarios, pero eso fue cuando recién llegó aquí.

La mujer de los aretes abrió su bolso para dejar una propina, luego dio unas palmaditas en la mano de su amiga. —La encontrarán. Wade Parker está en el caso. Es el mejor.

La amiga sonrió, tranquilizada. —Sin mencionar el más sexy —. Se levantaron de la mesa.

¿Wade Parker? ¿Quién demonios era Wade Parker? Miranda metió su mapa en el bolsillo, se puso de pie y siguió a las mujeres hacia la puerta.

—Disculpen —las llamó, abriéndose paso entre los meseros y los clientes que esperaban para sentarse—. ¿Qué estaban diciendo sobre esa niña desaparecida?

Pero las mujeres ya se habían ido.

Disgustada, Miranda se dio vuelta y escudriñó el salón. Un piano estaba en una esquina oscura y vacía. Por contraste, una ruidosa mezcla interracial de yuppies con ropa de diseñador, empresarios y estudiantes universitarios locales adinerados estaban apretujados a

lo largo de una reluciente barra color salmón que recorría la pared opuesta.

Tenía unos minutos libres. Tal vez el bartender podría decirle algo. Se apresuró y trató de llamar su atención, pero él se movió hacia el otro extremo, más ocupado que un malabarista manco con psoriasis, manteniendo llenos los vasos de todos.

Qué fastidio. Bueno, esa niña desaparecida no tenía nada que ver con Amy. ¿Verdad?

—Disculpe —dijo una suave voz sureña. Pertenecía a una joven de aspecto elegante delicadamente posada en el siguiente taburete, agitando una mano con gracia—. ¿Señor?

El barman ni siquiera la notó.

—¡Qué idiota, ¿no?

La delicada mujer se volvió y miró a Miranda con sus grandes ojos azules. Aparentaba unos veinticinco años. Unos veinticinco años protegidos, en contraste con los treinta y tantos desprotegidos de Miranda. Su cabello platinado le daba una especie de aspecto a lo Jessica Simpson y estaba vestida de punta en blanco con un ceñido vestido negro escotado. —¿Disculpa?

Miranda hizo un gesto. —Ese cantinero. Nos está ignorando.

—Oh. Sí, así es —pareció decepcionada por el hecho.

Alguien dejó libre el asiento detrás de ella, y Miranda se deslizó en el taburete. —Oye, ¿has escuchado algo sobre una chica desaparecida?

La mujer rubia pensó un momento. —¿Te refieres a la que han estado mencionando en las noticias?

—Esa misma. Es de por aquí, ¿verdad? —Miranda intentó no sonar como una recién llegada sin televisor.

—Sí. Es de Buckhead. Su padre trabaja en uno de los hospitales.

Así que sí venía de una familia adinerada. Las palabras de la carta resonaron en su cabeza. *Mi papá siempre está ausente.* —¿Qué edad dijeron que tenía?

—No estoy segura. Bastante joven, creo.

Hmm. Eso podría ser desde los doce hasta los dieciséis. Y nadie dijo que fuera adoptada. No, esa chica no tenía nada que ver con

Amy, aunque Miranda sentía lástima por sus pobres padres. Deben estar pasando por un infierno.

Justo entonces, un brazo musculoso se deslizó alrededor del hombro de la rubia. —Discúlpeme —dijo el dueño del brazo—, pero la señorita y yo estábamos conversando.

La rubia se puso un poco pálida.

Le dio un apretón, como una pitón. —Vamos, dulzura. Déjame invitarte una copa —arrastraba las palabras, su acento era marcado, casi artificial. Pero claro, todos los sureños en Atlanta tenían un acento que sonaba falso para Miranda.

La rubia volteó la cabeza.

—Dime qué te gustaría, cariño. El cielo es el límite —la Pitón Sureña era joven. Lo suficientemente grande como para ser un jugador de fútbol americano. Llevaba jeans de diseñador y una camiseta con el logo de un equipo deportivo local. Probablemente algún niño mimado de universidad con una beca deportiva y un papito rico para sacarlo de cualquier problema en el que se metiera.

La rubia se movió nerviosamente en el asiento, como un conejo asustado atrapado por un lobo. —No, gracias. No quiero una copa.

¿No gracias? ¿Qué pasaba con estos modales? Dile que se vaya a la mierda.

El Sr. Jugador de Fútbol no captó la indirecta. —Ay, ¿por qué no, pequeña preciosura? ¿No sabes que te he estado esperando toda mi vida? —En lugar de quitar su mano indeseada, la deslizó por el brazo de la rubia. Luego le acarició el pelo con su nariz. —¿Qué tal si tú y yo nos vamos a mi casa?

La alarma bailaba en los ojos de la rubia. —No, gracias —repitió.

¿Gracias, otra vez? Dile que se muera. Miranda asintió hacia el tipo. —¿Está contigo?

La rubia negó con la cabeza.

Miranda miró al idiota directamente a los ojos. —¿Tienes algún problema de audición, amigo?

Él la estudió con el ceño fruncido y ebrio por un momento, luego estiró la mano y la puso sobre su rodilla. —Cariño, no estés celosa. Podemos hacer un trío.

El estómago de Miranda se anudó. Habló en un tono tranquilo y amenazante. —Quita tu maldita mano de encima antes de que te la rompa.

Él se rio. —Me gustan las mujeres con carácter.

El familiar terremoto retumbó dentro de ella. Este tipo no sabía con quién estaba hablando. —Tienes tres segundos para mover tu mano.

—Nena, te ves linda cuando hablas rudo.

—Bien, te lo advertí —agarró su dedo medio, lo dobló hacia atrás con fuerza, arrancando su mano de su pierna.

—Ayyyyyy —el pervertido saltó hacia atrás, acunando su dedo palpitante como si fuera un balón que estuviera llevando a la zona de anotación.

Miranda apuntó con el pulgar hacia la puerta. —Ahora lárgate.

Su dolor se convirtió en insulto. —¿Quién demonios te crees que eres?

—La policía de pervertidos —se burló Miranda.

Los ojos azul claro de la rubia brillaban de asombro, como si nadie hubiera salido en su defensa antes en su vida.

De la nada, dos jóvenes más se acercaron al bar, como tiburones oliendo sangre. Ah sí. Los amigos. También eran grandes. Igualmente del tipo beca deportiva, con los reglamentarios jeans de cien dólares y camisetas. El más grande tenía una gorra de béisbol puesta de lado. —¿Vas a aguantar eso, Bobby Lee?

—Me parece que no.

El amigo robusto negó con la cabeza mirando a Miranda. —Esta es descarada. Necesita que le enseñen una lección.

Ella puso los ojos en blanco. Dios mío, ahora no. Tenía que estar en lo de los Ingram en unos minutos. —Mira, imbécil, no estamos interesadas, así que ¿por qué tú y tus amigos no van a jugar a la calle?

—Uuuuh —entonaron los tres al unísono.

—¡Dios mío! —la rubia parecía que iba a desmayarse.

Lentamente, Bobby Lee cruzó los brazos sobre su ancho pecho. —Esta vaquilla no sabe cuál es su lugar, ¿verdad?

Los pelos de la nuca de Miranda se erizaron. ¿Vaquilla? ¿Su lugar? Ahora estaba presionando sus botones. Giró en el taburete para enfrentarlos y los fulminó con la mirada. —¿Te gusta comparar a las mujeres con animales? Bastante irónico, viniendo de un burro como tú.

El rostro de Bobby Lee se volvió sombrío. Involuntariamente, sus manos se cerraron en puños. Como él, eran grandes. Lo suficientemente grandes como para sostener un par de balones. Ella lo midió de arriba a abajo. Un metro noventa. Unos ciento veintisiete kilos. Bastante borracho.

Apretó los dientes y observó su pelo color arena con puntas, su cuello grueso y musculoso. Tenía cara de bebé pero estaba tan musculoso como Arnold Schwarzenegger en su mejor momento. Llevaba una pequeña pero elegante funda de cuchillo en su caro cinturón de piel de caimán. Probablemente no lo había usado para nada más que cortarse las uñas de los pies.

Ella podía con él.

Su acento se volvió plano. —Yo que tú me retractaría, zorra.

Miranda se deslizó del taburete y miró con desdén a Bobby Lee. —Oblígame, imbécil.

La rubia chilló y se apartó del camino justo cuando el cretino lanzó un puñetazo a la cabeza de Miranda, gruñendo como un gorila intoxicado.

Miranda se agachó y el grande y sólido puño de Bobby Lee se arrastró por la barra, derribando bebidas. Un gancho. Estaba demasiado borracho para tener buena puntería.

Los clientes gritaron en protesta y se apartaron para no mojarse.

El alboroto llamó la atención del cantinero. —Oigan, ya basta. Este es un lugar elegante.

Ya no lo es. Miranda se alejó de la barra, agachándose en una posición favorita que había aprendido hace años. Más de treinta segundos para una pelea, solía decir uno de sus instructores de defensa personal, y algo anda mal. Examinó nuevamente el tamaño de los puños del Señor Jugador de Fútbol. Este podría llevar un poco más de tiempo.

Levantando sus manos, le hizo un gesto. —¿Quieres un poco de esto, imbécil? Ven y tómalo. —Hombre, se sentiría bien destrozar su ego inflado.

Él embistió, la atacó de nuevo, esta vez con su izquierda.

Miranda se hizo a un lado, y él pasó de largo. Cuando se detuvo y dio la vuelta, ella se acercó y le dio al idiota un fuerte empujón con ambas manos. Con una expresión aturdida que hizo bailar su corazón de alegría, él tropezó hacia atrás y cayó contra la barra como una bola de boliche derribando un juego de pinos. Más copas elegantes se estrellaron en el suelo, junto con un par de brillantes taburetes, mientras el aire se nublaba con el olor a cerveza importada y whisky fino.

Las mujeres en la multitud chillaron. El pánico del cantinero retumbó sobre el alboroto. —¿Qué demonios les pasa? ¿Dónde está Earl? Le dije a Frankie que necesitábamos más de un guardia. ¡Earl!

Por el rabillo del ojo, Miranda vio a los clientes voltearse hacia ella. —Llévense eso afuera —gritó alguien desde una mesa.

¿Y terminar con esa hoja de navaja en su garganta?

Bobby Lee recuperó el equilibrio. Nuevamente, se abalanzó hacia ella. Sus brazos la rodearon, intentando un abrazo de oso.

Ella aplastó su talón con fuerza sobre su dedo del pie. Había apuntado al empeine, pero el dedo serviría en este caso.

Él gritó de dolor, aflojó su agarre y comenzó a saltar como un canguro borracho.

Miranda se apartó, sonriendo.

—Carajo. ¿Vieron ese movimiento? —dijo alguien—. La chica es una verdadera luchadora.

La multitud ya se había reunido alrededor, y Miranda creyó escuchar a alguien haciendo apuestas.

Bobby Lee dejó de saltar y la miró fijamente, sus ojos brillando como Godzilla. —Maldita seas, perra.

Apretó los dientes y se lanzó hacia ella, golpeando con fuerza. Miranda giró, pero esta vez, no fue lo suficientemente rápida. Maldición. Había dejado que la multitud la distrajera. No fue un golpe perfecto, pero sus dientes crujieron cuando su jab derecho

conectó con su mandíbula. Ella tropezó hacia atrás, y él sacó su pie y la hizo caer. Podría haber sabido que sería un luchador sucio.

Se estrelló contra el suelo cerca del escenario donde estaba el piano. Antes de que pudiera pensar, él estaba encima de ella, con su navaja en su garganta.

Sus pulmones se contrajeron y su corazón comenzó a latir con fuerza. —Quítate de encima, imbécil.

Su aliento a cerveza sopló sobre su barbilla palpitante. —Tu viejo debería ponerte en tu lugar, perra.

—No tengo viejo —escupió entre dientes.

—Entonces tendré que hacerlo yo. —La pequeña hoja de la navaja brilló en su garganta.

—Te enseñaré una lección que no olvidarás. —Lentamente, levantó su arma.

Una mujer en la multitud chilló. —¡Que alguien haga algo!

El dolor de la caída sobre el duro suelo atravesó la espalda de Miranda, apretándose alrededor de su martilleante corazón como un puño apretado. El tiempo pareció detenerse. Los espectadores sin habla parecían fantasmas en un sueño.

Vamos, vamos. No era como si esta fuera la primera pelea de bar en la que había estado. O la primera vez que había tenido una navaja en su garganta. Ya había pasado por esto, ya lo había hecho, había limpiado la sangre con la camiseta.

Aun así, el pánico la atravesó. Un pánico antiguo. Ese miedo agudo y punzante que solía sentir años atrás cuando León se le acercaba, ese terror que sintió la noche que Amy fue concebida. Ese miserable reflejo de impotencia que podía asomar su fea cabeza en los peores momentos. Maldición.

Bobby Lee movió la navaja un milímetro más cerca, provocándola.

Estaría muerta si sus viejas emociones la dominaban ahora. Más de un entrenador, junto con varios psicólogos, le habían dicho que esos sentimientos reprimidos y no resueltos eran su mayor debilidad. Podían derribarla como Superman cerca de la Kriptonita.

La voz del cantinero vibraba a través del ruido de la multitud, como si ella estuviera bajo el agua. —Earl. ¿Dónde demonios está

Earl? Maldita sea, estoy llamando al 911. ¿Me oyen?

Miranda escuchó perfectamente. La policía. No sería la primera vez que la arrestaban por meterse en una pelea. Si llegaban a tiempo. Entonces recordó Mockingbird Hills. La mansión Ingram. Sería condenada si iba a la cárcel esta noche.

Por pura voluntad, conjuró su poder. Ese núcleo duro que había pasado años forjando, nutriendo, moldeando. Reprimió su miedo, su dolor. Miranda Groth, la esposa de León, podría haber sido demasiado cobarde para defenderse, pero Miranda Steele no iba a dejar que este hijo de puta adolescente la venciera.

Mostró los dientes. —No necesito una lección tuya. Y no necesito un viejo.

Agarró la muñeca de Bobby Lee, apartando la navaja de su cara. Empujó sus caderas hacia arriba con fuerza, desequilibrándolo. Mientras él caía hacia adelante, su boca se abrió estúpidamente por la sorpresa. Al instante siguiente, a través de la abertura que había hecho entre ellos, llevó ambas rodillas a su barbilla y pateó contra su pecho con toda la fuerza que pudo. La adrenalina le dio a sus piernas una dosis extra de poder.

Él salió volando.

Con la mirada de un salmón recién pescado, cayó a través del escenario y se estrelló contra el piano vacío con un estruendo de notas desafinadas.

La multitud atónita permaneció en silencio por un momento, y luego estalló en aplausos.

Demasiado tarde, el cantinero salió de detrás de la barra blandiendo un bate de béisbol sobre su cabeza. —Ustedes van a pagar por este daño. La policía estará aquí en cualquier momento.

Una sirena sonó afuera. Policías. Hora de largarse.

Mientras los espectadores aún vitoreaban, antes de que alguien pudiera descifrar qué hacer, ella se puso de pie y salió disparada por la puerta.

###

Tranquila. Lenta y fácil. La adrenalina palpitaba en sus venas, pero Miranda se obligó a no correr mientras se mezclaba con la multitud en la acera. El estruendo de las sirenas puso sus nervios de punta. Se obligó a ignorarlas. Si mantenía la cabeza, nadie vendría tras ella. Llegaría a su auto, se alejaría y estaría en camino a Mockingbird Hills en unos minutos. En camino a la casa de los Ingram.

Los débiles gritos de los policías irrumpiendo en El Gecko Club se mezclaron con la música y las risas de los festejantes que abarrotaban las calles. La atmósfera festiva se sentía extraña después de una pelea a puñetazos.

No mires atrás. Sigue caminando. Mantente alejada de los problemas. No te metas en líos.

Para cuando encontró su auto en la siguiente cuadra, el ritmo cardíaco de Miranda se sentía casi normal de nuevo. Su viejo y maltrecho Lumina azul, parcheado con masilla, parecía brillar como un carruaje real junto a la acera. Cuando extendió la mano hacia la manija, alguien le rozó el brazo.

Lista para atacar, giró rápidamente.

—Lo siento mucho, señora.

Apretó los puños pero se contuvo al reconocer la figura. ¿Señora? Debió imaginarlo. Era la Rubia.

Miranda puso los ojos en blanco. —¿Qué quieres?

—No quise asustarte.

Miranda se erizó. —No me asustaste.

Ella ladeó su cabeza rubia y alcanzó el brazo de Miranda. —Sí lo hice. Estás temblando.

Miranda se apartó. —No es cierto. —Había intentado sonar más suave, pero la mujer aún parecía herida por su reacción. De cerca, con su pelo esponjoso y su vestido negro ajustado, parecía más joven e incluso más frágil de lo que había parecido en el bar.

Cambió el peso de un tacón alto al otro. —Yo... solo quería agradecerte.

Miranda metió las manos en sus bolsillos con un encogimiento de hombros. No había querido herir sus sentimientos. —No necesitas agradecerme.

Sus grandes ojos azules se agrandaron aún más. —Sí, tengo que hacerlo. Me salvaste de Dios sabe qué allá atrás.

Miranda sabía exactamente de qué la había salvado. Del tipo de cosas que a los hombres brutales les gusta hacerle a las mujeres. Cosas que pueden arruinarte la vida. —Sí, ¿y qué? —No era como si dieran medallas por enfrentarse a imbéciles en un bar.

—Te debo una.

Miranda agitó una mano y bufó. —No, no me debes nada.

—Pero sí. ¿Qué puedo hacer por ti?

¿Era esto algún tipo de variante de la hospitalidad sureña? Puedes irte a casa, pensó Miranda, mirando su reloj y observando la fila de autos a lo largo de la avenida. Tenía menos de veinte minutos para llegar a la mansión Ingram.

La mirada lastimera en los ojos de la mujer le tocó el corazón. —Mira, no tienes que pagarme nada. Pero deberías tomar un curso de defensa personal o algo así si vas a frecuentar lugares como ese. Incluso los de alta clase pueden ser peligrosos a esta hora cuando estás sola y, bueno, toda arreglada. —Miranda no quiso mencionar que la mayoría de los hombres verían su atuendo como una provocación.

La mujer la miró con ojos muy abiertos. Parecía totalmente ingenua sobre el mundo que acababa de dejar. —Oh, no podría hacer eso. Dexter nunca lo aprobaría.

—¿Dexter?

—Mi esposo.

¿Tenía esposo? —¿Entonces qué hacías sola en El Gecko Club? —Tal vez habían tenido una pelea.

Parecía abatida. —No estaba haciendo nada malo. Solo buscaba trabajo.

—¿Trabajo?

—El Gecko Club es un lugar de moda. Soy pianista, cantante. Una artista. —Rebuscó en su bolso y sacó un CD—. Estaba tratando de conseguir que el cantinero escuchara mi demo para que me contratara para tocar su piano y cantar. Toma. —Metió la mano en el bolso otra vez—. Mi tarjeta.

—Genial. —Miranda la tomó. Rosa y esponjosa, con notas musicales adornándola, gritaba "niña femenina". Leyó el nombre en ella—. Coco.

—Ese es mi nombre artístico. Mi verdadero nombre es Cora Beth, pero eso es tan aburrido. Así que lo cambié a Coco. ¿Te gusta?

—Claro. Es lindo. —Si Coco conseguía un trabajo en ese salón, necesitaría un guardaespaldas. Miranda guardó la tarjeta en su bolsillo y miró su reloj nuevamente. Tenía que irse—. Bueno, Cora Beth, eh, Coco, solo ve a casa y mantente a salvo. Aquí hay un consejo. En el futuro, hasta que puedas defenderte, yo me mantendría alejada de lugares como ese. Alguien como tú no pertenece ahí.

—Suenas como Dexter.

—¿En serio?

—Él no quiere que toque el piano. Especialmente no en un bar. Y no por dinero. Estaría muy molesto si supiera que estoy aquí. Pero la música es mi vida.

—No quise decir que no deberías tocar el piano. Solo necesitas tener cuidado. —Espera un momento—. ¿Dexter no sabe que estás aquí?

Negó con la cabeza. —Está trabajando hasta tarde. Lo hace mucho. —Rió suavemente—. Es cuando salgo a buscar trabajo.

—Ya veo. —Algo sonaba sospechoso en ese arreglo. Así de pronto, Miranda podía pensar en varias cosas. Pero no era asunto suyo.

Coco cambió su peso de un pie al otro. —Bueno, será mejor que regrese a casa antes que Dexter. —Se estremeció y se frotó los brazos—. No quiero enfrentar su mal genio esta noche.

—¿Dexter tiene mal genio, eh? —¿Qué tipo de tipo era este esposo suyo?

Coco se llevó una mano a la boca como si hubiera dicho algo que no debería. —No usualmente. La mayoría del tiempo, es bastante dulce. Ya sabes a lo que me refiero.

—Claro. —Miranda estaba familiarizada con el patrón. Leon también podía ser dulce a veces.

Se dio vuelta para irse, luego se detuvo. —Mi número está en mi tarjeta. Llámame si piensas en algo que pueda hacer para pagarte lo de esta noche.

Miranda bufó. —Realmente no tienes que—

—O simplemente podemos charlar alguna vez. Ya sabes, cosas de chicas.

¿Quería ser amigas? Miranda no acostumbraba hacer amigas. —Claro.

—Bueno, entonces. Adiós.

Miranda levantó la mano. —Adiós. —Observó a Coco contonearse por la acera y desaparecer entre la multitud de fiesteros. Así que su esposo tenía tan mal genio que ella tenía que escabullirse por la noche para buscar un trabajo tocando el piano. Eso no sonaba bien. Miranda tuvo el impulso de seguir a Coco a casa y darle un pedazo de su mente al tal Dexter. Y quizás una muestra de lo que le había dado a Bobby Lee en el bar.

Pero a las personas casadas no les gusta que otros metan sus narices en sus asuntos. Había intentado eso unas cuantas veces y se había quemado. Además, esta noche tenía su propia agenda. Sacudiendo la cabeza, subió a su auto y se dirigió a Mockingbird Hills.

CAPÍTULO CINCO

Una tras otra, majestuosas, imponentes mansiones aparecían a la vista. Había de todos los estilos imaginables. Tradicional, Colonial, Tudor, Renacimiento Griego. De ladrillo, estuco, piedra. Eran verdaderos castillos sureños. Trasatlánticos arquitectónicos navegando sobre olas de jardines ondulantes, igual de impresionantemente hermosos. Bajo las farolas y la iluminación de seguridad, una profusión de árboles, arbustos y flores se mecían suavemente con la brisa, todos perfectamente cuidados, artísticamente dispuestos en los terrenos inclinados. Elegantemente intimidantes.

Miranda avanzaba lentamente por las sinuosas calles. Había visto bastantes de estas magníficas casas durante el último mes, pero todavía le quitaban el aliento.

Aquí estaba.

Mockingbird Hills. Uno de los vecindarios más ricos en una de las zonas más adineradas de todo el país. Casi podía oler el dinero.

Miró su mapa, dobló una esquina y leyó el número en el buzón. 111 Sweet Hollow Lane. La residencia Ingram. Bingo.

Estacionó junto a la acera y detuvo el auto. Por un momento, lo único que pudo hacer fue contemplar.

La casa era un impresionante edificio de estuco blanco, decorado con elaboradas chimeneas, balaustradas y elegantes ventanas arqueadas. Un camino ondulante conducía a una escalinata de piedra y una ornamentada puerta principal que podría haber venido de alguna catedral europea. Las ventanas inferiores tenían un toque práctico. Estaban cubiertas con rejas de seguridad. Ornamentales, por supuesto, pero mantendrían alejados a los intrusos no deseados. No había cerca alrededor del extenso jardín.

Nadie de su clase vivía en estas casas. ¿Podría Amy realmente haber terminado en un lugar como este? El pensamiento la llenó de alegría y consternación al mismo tiempo. Si su hija estaba acostumbrada a este estilo de vida, ¿qué pensaría de ella?

Miró su tablero. Dos minutos antes de la medianoche.

Con un resoplido nervioso, tomó unos binoculares y examinó los jardines. No necesitaba el modelo infrarrojo que el tipo de la tienda de excedentes militares había intentado venderle esa tarde. Había suficiente iluminación artificial alrededor de las casas para distinguir bastantes detalles, pero no había nadie afuera. Todo el vecindario estaba completamente quieto.

¿Los habría perdido?

Miranda se movió en su asiento. Una extraña sensación la invadió. Como si alguien la estuviera observando. Se dio la vuelta y miró por la ventana trasera. Nada. Se tocó la mandíbula.

Auch. Le palpitaba donde Bobby Lee la había golpeado. Bajando la visera, examinó su barbilla en el espejo. No estaba tan mal, aunque tendría un feo moretón para mañana. Se tocó el cuello. Sangre.

Maldita sea. El bastardo debió haberla cortado con su cuchillo cuando la tenía sometida. Buscó en la guantera un paño o un pañuelo. Nada. Empujando la visera hacia arriba, enrolló la parte inferior de su camiseta sin mangas y se limpió la sangre. No era un corte muy grave. Se ocuparía de él cuando llegara a casa.

La carta de los Seekers hizo un ruido crujiente en su bolsillo. Se limpió las manos en sus jeans y la sacó, la alisó con ternura sobre su regazo, la leyó de nuevo. *Creo que soy adoptada. ¿Puedes ayudarme a encontrar a mis verdaderos padres?*

¿Sería remotamente posible que Ashley Ingram fuera Amy?

Una cosa podría decírselo. Una marca de nacimiento que Miranda había visto cada vez que bañaba y vestía a su bebé. Una pequeña marca oscura en su cuello. La recordaba claramente. Si Ashley tenía esa marca... Miranda podría conocer a su Amy esta noche. Una oleada de emoción la recorrió.

No era inteligente hacerse ilusiones.

Guardó la carta en su bolsillo y miró de nuevo a través de los binoculares. Todo estaba tranquilo, excepto por una suave brisa primaveral que susurraba entre las magnolias y los cornejos. Pronto podría llover.

Miró el tablero de nuevo. Pasada la medianoche. Si se hubiera perdido a los chicos, regresaría y mataría a ese imbécil del Club Gecko con sus propias manos.

Tamborileó con los dedos en el volante. Quizás el novio era solo un fanfarrón. Quizás la novia castigada fue lo suficientemente inteligente como para decirle que olvidara escabullirse para encontrarse. Quizás sus padres la habían descubierto. Quizás Miranda estaba loca por estar sentada aquí en medio de la noche esperando hablar con una niña rica adoptada. La desesperación podía hacerte hacer... casi cualquier cosa.

Calle abajo, un motor ronroneó. Se incorporó cuando un brillante Porsche plateado pasó junto a ella y entró en el camino de los Ingram. Sonrió.

No estaba tan loca después de todo.

Resplandeciente bajo las luces de la casa, el Porsche se detuvo frente al imponente garaje, el motor se apagó y las puertas se abrieron. Risitas resonaron en la noche mientras tres chicas saltaban fuera. Miranda ajustó sus binoculares para un primer plano. Se concentró primero en la más alta. Dieciséis o diecisiete años. Cabello rubio recogido en una cola de caballo. Llevaba una minifalda de mezclilla y una camiseta oscura con una corona de lentejuelas en el frente.

La novia, Felicia Todd. Miranda había conseguido ambos nombres durante la conversación del novio con sus amigos en el centro comercial hoy. Su nombre era Jason.

Movió los binoculares hacia las dos más jóvenes. Ambas vestían jeans elegantemente deshilachados con flores y mariposas bordadas en los bolsillos. La camiseta rosa de la rubia decía "La favorita de todos". Tenía que ser la hermana pequeña de Felicia. La otra chica estaba medio oculta detrás de la hermana, pero tenía que ser Ashley Ingram. Miranda contuvo la respiración. No podía ver su cuello en absoluto.

Durante varios minutos, las chicas permanecieron hablando en el camino de entrada.

Oportunidad de oro. Dejando los binoculares en el asiento, Miranda abrió silenciosamente la puerta de su auto. Del lado del pasajero, agarró la correa para perros que había comprado en una tienda de mascotas en el centro comercial ese día. Su coartada. Salió a la calle, cerró suavemente su puerta y se metió la parte manchada de sangre de su camiseta sin mangas dentro de los jeans. Respirando hondo, se abrió paso por el césped.

Cuando se acercaba al trío en el camino de entrada, se detuvo. El elegante follaje y los árboles en el jardín del vecino la ocultaban de la vista. También camuflaban bastante su destartalado auto. Golpe de suerte. Las chicas estaban absortas en su conversación. Tal vez podría obtener algunas pistas más de la esencia de la charla antes de intentar hablarles.

Felicia se apoyó contra el capó de su Porsche y gimió. —Dios mío. Qué humillante tener que hacer de niñera de mi propia hermana y su amiga. —Su acento era ese sofisticado sureño que Miranda había escuchado en las pretenciosas escuelas secundarias donde había solicitado trabajo de conserje o cocina.

La pequeña rubia miró con desprecio a su hermana. —No necesitamos una niñera, Felicia. Mamá solo te está enseñando a no andar con tu novio. —Chica astuta.

El bonito rostro de Felicia se torció en una mueca. —Cállate, Tiffany Todd. Lo que Jason y yo hagamos no es asunto tuyo. Entren ya.

Ashley frunció el ceño. No era tan bonita como las otras dos, pero seguía siendo linda como un botón. La chica miró hacia la gran casa. —¿Por qué me trajiste a casa, Felicia? No hay nadie aquí.

Felicia puso los ojos en blanco. —Te lo dije. Tu mamá llamó y dijo que te llevara a casa.

Mentirosa, pensó Miranda. Lo hizo para poder decirle a sus padres que no había llevado a Jason a su casa después de que se lo habían prohibido.

La confusión se reflejó en el pequeño rostro de Ashley. —Pero ella no está aquí. Se supone que voy a dormir en tu casa.

—Sí —añadió Tiffany—. No hay nadie en casa. Los hermanos de Ashley están fuera con sus amigos. Sus padres están en una fiesta.

—O sea, me llamó desde la fiesta, tontita. Vendrá en cualquier momento. —Estaba jugando con fuego.

Ashley metió las manos en sus bolsillos y negó con la cabeza. —Pero mamá no me dio la llave.

Felicia gruñó. —Eres una pequeña llorona. Busca debajo del tapete o algo.

Tiffany y Ashley cruzaron corriendo la entrada y subieron saltando las majestuosas escaleras frontales de la mansión. Miranda estudió el cabello rubio rojizo intenso de Ashley mientras rebotaba arriba y abajo. Su corazón se hundió. El rojo era dominante. Nadie que ella conociera en su familia tenía el cabello de ese color. Pero el cabello podía teñirse.

En el escalón superior, la niña se agachó y levantó un tapete. Se apartó el cabello hacia atrás y Miranda pudo ver bien su cuello. Sin marca. Se mordió el labio. Las marcas de nacimiento podían eliminarse. Y aunque no fuera Amy, una niña adoptada podría conocer a otra niña adoptada.

—No hay nada aquí —gritó Ashley a Felicia.

Felicia estaba de espaldas hablando por su celular. Conversando con su cómplice, sin duda, a juzgar por el sonido de sus suaves risitas infantiles.

En las escaleras, Tiffany se volvió hacia Ashley. —Felicia se está escapando para ver a Jason.

Niña muy inteligente.

Le sacó la lengua a su hermana. —Vamos, Ashley. Vamos a ver qué está haciendo Wendy. —Tiffany bajó saltando las escaleras y cruzó el jardín hacia la mansión vecina. Ashley dejó el tapete en su lugar y la siguió.

¿Adónde iban? Mejor vigilar a estas niñas. Agachándose detrás de los arbustos, Miranda se escabulló por el césped para seguir sus movimientos.

Cuando llegaron a la casa del vecino, Tiffany se detuvo y miró hacia una ventana donde brillaba una luz.

Ashley la alcanzó. —¿Crees que Wendy está en casa?

Tiffany rió con altanería. —¿Dónde más estaría? Nadie la invita a ningún lado. —Se llevó las manos a la boca y gritó hacia la ventana —. Oh, Wendy. Wendy Van Aarle. Pelo enredado.

Ashley se unió. —Wendy hamburguesa. ¿O es Wendy *mocosa*?

Estallaron en risas incontrolables.

Tiffany gritó más fuerte. —Oh, Wendy. ¿Te estás haciendo una mascarilla allá arriba? No te servirá de nada. —Recogió una piedrecilla y la lanzó a la ventana. La pequeña piedra rebotó contra el lado de la casa. Una silueta apareció en la ventana por un instante, y luego cerró las cortinas.

Miranda se agachó entre los arbustos. Eso fue cruel. ¿Por qué estaban provocando a algún vecino? ¿Qué clase de pequeñas arpías eran estas niñas?

—Wendy es una perdedora —dijo Tiffany a Ashley—. Madison siempre dijo que era patética.

Ashley giró, con miedo en sus ojos. —No hables de Madison. Me da miedo. Ha estado desaparecida casi una semana y nadie sabe dónde está.

Tiffany extendió los brazos y abrazó a su amiga. —No te preocupes, Ashley. La encontrarán pronto. El padre de Madison contrató a su amigo, el Sr. Parker. Es el mejor detective del estado. Tal vez de todo el país.

Miranda se quedó inmóvil. Estaban hablando de esa chica desaparecida de la que había oído hablar en el club esta noche. *¿Eran amigas de ella? ¿Conocían al detective que habían contratado para encontrarla?* Miranda contuvo la respiración, su mente acelerada. ¿Una niña adoptada podría conocer a otra niña adoptada? No, esa chica desaparecida no podía ser Amy. No podía ser. Por favor Dios, no.

Ashley asintió, reconfortada. —Apuesto a que Madison se escapó. Siempre decía que quería ir a Hollywood y convertirse en estrella de cine.

Felicia cerró su teléfono de golpe. —Oigan, ustedes dos tontas. O sea, encuentren la llave y entren. Me voy. —Se dirigió hacia el Porsche.

¿No iba a dejarlas aquí solas realmente?

Las dos niñas más pequeñas corrieron a través del jardín. —Oye, no puedes dejarnos aquí solas.

—¿Por qué no? —Nunca subestimes el egoísmo de una adolescente dominada por las hormonas.

—No podemos encontrar la llave.

Ahora era el momento de hacer su movimiento. Estas niñas necesitaban supervisión adulta. Miranda respiró profundo, se enderezó y comenzó a caminar hacia la entrada como si acabara de venir del camino.

—Hola, chicas —dijo con la voz más amigable que pudo reunir—. ¿Alguna ha visto un perro? —Sostuvo la correa.

Las tres se quedaron inmóviles. Miranda miró tres pares de ojos azulados claros, tan atónitos como si las hubieran pillado robando las Joyas de la Corona. Las hermanas Todd se acercaron una a la otra. En un gesto nervioso, Ashley encogió los hombros y se recogió el cabello. Sin marca. Definitivamente no era Amy.

Felicia fue la primera en recuperarse, dándose cuenta de que no la estaban atrapando por escabullirse. —¿Qué tipo de perro, señora? —De repente rebosaba cortesía sureña.

—Un labrador negro —decidió Miranda. Señaló a la distancia—. Lo estaba paseando por allá y se me escapó. Supongo que tendré que conseguir uno de esos collares de ahorque.

Ashley sonrió. —Me gustan los perros.

El corazón de Miranda se derritió ante la inocente reacción de la niña. Su viejo recurso de fingir ser dueña de una mascota siempre ablandaba a los niños.

Felicia la miró con sospecha. —No vi ningún perro.

Miranda sonrió, luciendo lo más amigable que pudo. —Estaba segura de que corrió por aquí. Está demasiado oscuro para saberlo con certeza.

Felicia se frotó los brazos. —Nunca la he visto por aquí antes. ¿Quién es usted?

El factor de confianza estaba disminuyendo. Esto iría mucho mejor si fuera de día. De noche, la gente más amigable podía parecer sospechosa. Miranda pensó rápido. —En realidad, estoy

perdida. Soy de fuera de la ciudad. Me estoy quedando con una amiga que vive en una urbanización exactamente como esta.

Felicia cruzó los brazos. —¿Ah sí? ¿Dónde?

Era cautelosa. Eso era bueno, de hecho. Miranda de repente se sintió culpable por engañarlas para que hablaran con una extraña en medio de la noche. Pero todo lo que quería era un poco de información sobre Ashley. Y tal vez sobre la chica desaparecida, Madison.

Se rascó la cabeza. —¿Dónde?

—¿En qué calle vive su amiga?

Buena pregunta. Miranda empezó a pensar un poco mejor de la adolescente. Su mente volvió rápidamente a su investigación sobre Buckhead. —Holly Lane.

Felicia ladeó la cabeza. —Eso está en Crawford Chase. Está a unos tres kilómetros de aquí.

Progreso. —¿Es así? ¿Puedes darme indicaciones? —Sonriendo más ampliamente, dio un paso hacia la luz.

De repente, Felicia la miró fijamente y retrocedió. —No deberíamos hablar con extraños.

—Es cierto —añadió Ashley, sonando un poco asustada. Se llevó una mano a la boca y susurró a Tiffany—. Madison hablaba con extraños.

Tiffany frunció el ceño. —No es cierto.

—Sí lo es. Ese hombre raro que andaba por el patio de la escuela. Ella y Wendy pasaban el rato con él.

¿Su amiga habló con un hombre extraño que rondaba su patio escolar? Eso no sonaba bien. —Escuché sobre esa niña desaparecida —dijo Miranda, tratando de sonar reconfortante y maternal—. ¿Ustedes la conocen?

Tiffany pisoteó el suelo de la entrada con su zapatilla rosa. —Ella no lo hizo. Madison no andaría con Wendy.

—Sí que lo hizo —insistió Ashley—. Ella me lo dijo.

Felicia gimió. —Cállense las dos.

—Oigan. Todas calmadas —dijo Miranda. Nadie la estaba escuchando.

Entonces Ashley miró a Miranda con una cara agria y llena de miedo. —Tengo miedo, Felicia —gimoteó—. Haz algo.

Felicia abrió su celular. —Voy a llamar a la policía.

Miranda levantó las manos. —No hay necesidad de eso, chicas. Solo escúchenme un minuto.

Tiffany señaló hacia la calle. —Miren, ahí hay un policía ahora.

Miranda miró hacia el camino. Efectivamente, un coche patrulla se dirigía hacia acá. Mierda.

—¡Oficial! —Tiffany agitó sus manos.

—No, por favor no hagas eso. —Pero era demasiado tarde. El policía ya había detenido el coche.

Maldición, este encuentro había tomado un mal giro. Lo último que Miranda necesitaba era un policía. Los policías entrometidos siempre hacían preguntas cuando ella buscaba a Amy, como si fuera algún tipo de pervertida. Abandonaría esta idea y se iría ahora mismo, pero eso se vería realmente mal.

El policía salió del coche y subió por el largo camino de entrada. —¿Cuál parece ser el problema, señoras? ¿Qué hacen ustedes, niñas, afuera tan tarde?

Felicia señaló a Miranda. —Esta mujer... simplemente se nos acercó. Como de la nada.

El oficial miró a Miranda con ojos serios y separados. Parecía bastante joven. ¿Recién salido de la Academia? Un cabello corto y rizado se asomaba por debajo de su gorra. Con la barbilla metida y el ceño fruncido inclinado hacia adelante como si estuviera a punto de hacer una pregunta.

Una operadora crepitó a través de una radio en su cadera. Él bajó el volumen. —¿Es eso cierto, señora?

Miranda se encogió de hombros. ¿Qué podía decir que no la metiera en peores problemas?

Él hizo un gesto hacia ella. —¿Para qué es esa correa?

—Me detuve para que mi perro hiciera sus necesidades, y se soltó y escapó.

No parecía que le creyera. —Animamos al uso de recogedores de excremento. —Frunció el ceño—. ¿Qué hace en este vecindario? No me parece familiar.

Ella se rascó la cabeza. Mejor seguir con la historia que les había contado a las niñas. —La verdad es que estoy perdida. Soy de fuera de la ciudad. Estoy visitando a una amiga por unos días.

—¿Una amiga?

—Alguien que conocí en la preparatoria. Vive en una urbanización como esta. Debo haber tomado un giro equivocado. Soy muy mala con las direcciones. —No era inteligente mentirle a un policía, pero ¿qué otra opción tenía?

Él se frotó la barbilla. Como un soldado en su uniforme recién almidonado, parecía bastante novato. Si acababa de salir de la Academia, probablemente estaría ansioso por probarse a sí mismo. Con una de las jóvenes del vecindario desaparecida, ella debía parecerle terriblemente sospechosa.

Miró hacia la calle. —¿Es ese su vehículo?

Miranda se volvió. No podía distinguir su cacharro desde aquí. Él debió haberlo visto cuando se detuvo. —Sí. —Cambió su peso, intentó sonar como si no importara—. Estaba tratando de encontrar la casa de mi amiga cuando Scruffy tuvo que usar el baño. Eh, conseguiré un recogedor de excremento mañana.

—¿Puedo ver su licencia y registro?

—Eh, en realidad, es el coche del hermano de mi amiga. Mi Mercedes está en el taller. —Miranda reprimió un gesto de dolor al darse cuenta de que él probablemente ya había consultado su matrícula en su base de datos. Sabría su dirección entonces. Y que acababa de mentir. Y que tenía antecedentes. Solo algunas detenciones aquí y allá por peleas en bares, pero aun así, una niña del vecindario estaba desaparecida y una mujer extraña con antecedentes penales estaba hablando con sus amigas a solas por la noche. Un policía nuevo estaría encima de eso, solo por los derechos de presumir en la comisaría.

Él levantó una linterna, cegándola.

¿Qué era esto? ¿El tercer grado? Ella se cubrió los ojos con las manos. —Oye, hombre. No hay necesidad de eso.

La cara del policía se volvió de piedra. —¿Qué es eso? —señaló su camisa.

Oh no. La cola de su camisa se había salido cuando se escabulló junto a las niñas. El oficial estaba mirando la sangre que se había limpiado del cuello en el coche.

—¿Cómo se hizo ese corte? ¿Y ese moretón en la mandíbula?

¿Moretón? Se tocó el cuello. El corte estaba sangrando de nuevo. Debía verse terrible. No era de extrañar que las niñas se asustaran cuando la vieron. Si tan solo hubiera tenido tiempo de limpiarse antes de venir aquí.

Nerviosamente, se rio, comenzó a retroceder. —Scruffy debe haberme arañado. Puede ser feroz cuando quiere salir a caminar.

Él bajó la luz. —Quédese ahí mismo, señora.

Con la visión aún cegada, se quedó inmóvil. ¿Iba a llevarla detenida? Si descubrían que estaba buscando a su hija, podrían ponerle una orden de alejamiento, o incluso acusarla de acosar a niños. Ya había sucedido antes. Nadie hablaría con ella sobre el clima entonces, y mucho menos sobre niños adoptados. Nunca descubriría quién era "La Hija de Otra Persona".

De repente, un chillido ensordecedor vino del otro lado del garaje de los Ingram.

Todos saltaron. Las niñas gritaron al unísono.

—¿Qué fue eso? —gritó Ashley.

La vista de Miranda se había aclarado. O al menos eso pensaba, mientras señalaba hacia el otro lado de la entrada. —Algo se movió detrás de ese arbusto. —Tenía que ser algo peor que una mujer extraña con una correa, incluso una con un poco de sangre encima.

El policía la señaló de nuevo. —No se mueva. —Luego se volvió hacia el sonido y dirigió su luz hacia el garaje mientras alcanzaba su radio para pedir refuerzos.

Era todo lo que necesitaba. Más policías.

El sonido resonó de nuevo. Esta vez, sonaba como un animal. De repente, Tiffany corrió hacia el costado del garaje y desapareció por la esquina.

—Vuelva aquí. —El policía corrió tras ella.

Miranda dudó. Esta era su oportunidad. Su chance de escapar. Pero no podía dejar que estas niñas resultaran heridas. Ella también comenzó a dirigirse hacia la esquina.

Entonces el chirrido se convirtió en... un maullido desaliñado. La risa infantil de Ashley resonó en el aire nocturno. —Son solo los gatos de los Oglethorpe. Pelean todo el tiempo.

—No lo recojas —advirtió Tiffany.

Estaban bien. Las niñas estaban bien. Y ella también estaría bien.

Miranda se detuvo. Silenciosamente, dio la vuelta y se dirigió de regreso a través del césped. El policía vería que las niñas regresaran a la casa de los Todd. Todo estaría bien, y ella simplemente desaparecería.

Llegó a los arbustos justo pasando la ventana del vecino donde había visto a las niñas burlándose de su compañera de escuela, Wendy Van Aarle. ¿Podría llegar a su coche? Era una caminata bastante larga. Demasiado arriesgado. Simplemente se agacharía en estos arbustos y follaje hasta que el policía se fuera con las niñas.

Encontró un lugar donde las ramas no se le clavarían en el trasero y dobló las rodillas.

Una voz bramó detrás de ella. —¿Adónde cree que va? Deténgase. —Su luz destelló en su dirección. Comenzó a cruzar el césped, viniendo directamente hacia ella.

Mierda. El pánico la invadió mientras se enderezaba. Su corazón latía con fuerza. No podía permitir que él la detuviera. Era una estupidez, pero no podía pensar con claridad. Se dio la vuelta y corrió.

—¡Deténgase! —gritó él.

Miró por encima del hombro. El joven policía venía tras ella como el Terminator. ¿Por qué dejó solas a esas chicas? Pero no podía decirle que regresara a cuidarlas. Tenía que escapar. No podía ir a la cárcel. Perdería su trabajo, su apartamento. Nunca encontraría a Amy.

Corrió directamente a través del amplio jardín delantero de los Van Aarle, esquivando macizos de flores, setos esculpidos, árboles en miniatura. Si tan solo el paisajista hubiera sido un poco menos creativo. Si tan solo pudiera llegar a su auto, pero eso era imposible ahora. Podía oír al policía detrás de ella, escuchar sus bufidos enojados mientras corría. De repente, tuvo una visión de Leon en su

antigua sala de estar, resoplando y maldiciendo hacia ella, golpeando su puño contra la pared cerca de su cabeza.

Se sacudió ese pensamiento y aceleró. Tenía que perder a este tipo. Su corazón golpeaba en su pecho. Vamos, puedes resistir. Estás en buena forma. Pero el policía también lo estaba. Miró hacia arriba y vio que estaba en el lado más alejado de la mansión de los Van Aarle. Debería detenerse. Evaluar la situación. Pero él la estaba alcanzando.

En cambio, se lanzó por la esquina del edificio y corrió hacia la parte trasera, esperando no encontrarse con una cerca. Sintió alivio cuando el terreno se abrió en un amplio patio, libre de flores y arbustos. Estaba más oscuro aquí, pero a lo lejos, podía distinguir una zona arbolada que bordeaba la propiedad. La alegría le recorrió el estómago. Un gran lugar para perderse, si podía llegar hasta allí.

Empezó a bajar la colina hacia los árboles justo cuando el policía llegaba a la esquina y se detenía. Él encendió su linterna nuevamente, pero ella estaba a la derecha del haz de luz.

Podía llegar a los árboles. Estaba demasiado lejos para que él la alcanzara ahora. Comenzó a llover. Una lluvia suave. Del tipo, alguien le había dicho, que a menudo aparecía en Georgia sin previo aviso. Debajo de ella, el suelo descendía abruptamente mientras el césped se mojaba. Se resbaló, intentó ahogar un grito, pero se le escapó de los labios.

El policía la escuchó. Su luz la encontró. —¡Deténgase! —gritó.

Vaya, estaba teniendo una mala noche.

Pero la lluvia también lo ralentizó a él. Podía oírlo gruñir y maldecir detrás de ella mientras luchaba por bajar la resbaladiza pendiente. Llegó al fondo, y el terreno se volvió plano de nuevo. Casi había llegado. Corrió a través de un parche de césped hasta el primer grupo de árboles. Vacilando, se detuvo para recuperar el aliento.

La lluvia cesó, y a través de las nubes, la luna proyectaba un resplandor espeluznante sobre las rocas y la vegetación salvaje. Nunca le habían gustado las zonas boscosas. Pensó en los asesinatos en las reservas forestales donde había crecido. Pensó en

las historias que había escuchado sobre serpientes en los bosques de Georgia. Miró detrás de ella.

La luz del policía se balanceaba aproximadamente a mitad de camino colina abajo.

No había alternativa.

Apretando los dientes, se preparó y dio un paso hacia la hierba alta.

Su pie descendió sobre una superficie blanda de agujas de pino y hierba aplastada. Una ramita crujió, pero aguantó. Dio otro paso, extendiendo la mano, y sintió corteza de árbol frente a ella.

Dio un paso lateral y se movió alrededor.

El terreno era irregular y fangoso. La llovizna caía contra las hojas con un sonido como de címbalos suaves. El aire olía fresco y recién lavado. La maleza se enredaba alrededor de sus espinillas. Su pelo y ropa estaban mojados, pero no podía pensar en eso ahora.

Miró hacia atrás otra vez, apenas podía distinguir al policía. Eso significaba que él tampoco podía verla. Lo había logrado. Había escapado. Pero pronto él la estaría buscando en estos bosques. Probablemente también llamaría a la caballería. Tal vez podría llegar al otro lado. Era parte de una urbanización, después de todo. No podía recordar la disposición del bosque en su mapa.

Mejor moverse más rápido. Dio un paso rápido, luego otro. Encontró un lugar donde los árboles se abrían. Comenzó a correr. Movimiento equivocado. Algo le atrapó el pie.

Se cayó.

Intentó sujetarse a un árbol, pero su mano se raspó contra la corteza. Sus palmas se deslizaron por el suelo fangoso.

Rayos. No necesitaba esto ahora. ¿Con qué se había tropezado? Se apartó el cabello de los ojos, esperando no haber caído sobre una serpiente deslizándose.

Entonces se quedó paralizada.

A centímetros de su cara, yacía una forma.

Una forma familiar. La miró fijamente, respirando entrecortadamente.

¿Estaba alucinando? Parecía una zapatilla de niño. Asomando de un montón de ramitas húmedas y agujas de pino, como si se hubiera

perdido allí. O enterrado. Extendió la mano y apartó parte de los restos que lo cubrían.

Su pecho se tensó.

La zapatilla tenía un pie dentro.

Se puso de rodillas para quitar más tierra. Un tobillo. Un calcetín. Un dobladillo de mezclilla. Oh, Dios. Era una pierna. Una pierna humana. Pequeña. La pierna de un niño. La pierna de una niña. Una adolescente joven.

Encontró la otra zapatilla. Ya estaba temblando por completo.

Con el corazón ahogándole la garganta, gateó hacia el lado de lo que ahora se daba cuenta era un montículo. Desesperadamente, apartó el lodo y las sucias agujas de pino, los desperdicios que alguien había usado para... ni siquiera podía pensarlo... ¿para enterrar a alguien?

Dos piernas aparecieron bajo sus manos, vestidas con un par de jeans de diseñador. Del tipo que les gusta usar a las chicas jóvenes a la moda. Siguió avanzando y encontró el dobladillo inferior de una camiseta elegante, juvenil. Luego dos manos jóvenes... atadas con una cuerda gruesa, juntas como en oración. Oh, Dios. Esto no podía estar pasando. Las lágrimas le quemaban los ojos. No pudo detenerse. Frenéticamente, apartó el resto de la tierra, y al fin, apareció el rostro. Joven. Bonito. Más que bonito. Hermoso. Y perfectamente inmóvil.

Muerta.

La mente de Miranda daba vueltas. Esta era la chica desaparecida de la que todos hablaban. Esta era Madison. Tenía que serlo. Pero ¿cómo llegó *aquí*?

Todo su cuerpo temblando, se llevó las manos a la cabeza. Había visto la muerte antes, conocía la apariencia de un cuerpo en un ataúd. Un tío que apenas conocía y que había fallecido cuando ella era niña, un oficial caído que había sido amigo de Leon, su propia madre yaciendo tan quieta en su ataúd con su rostro duro y pétreo. Pero nunca había visto la muerte así.

Tan cerca, tan cruda, tan... innegable.

El aire tenía un olor húmedo. El cabello largo y oscuro yacía húmedo y enmarañado en el suelo. Jejenes y moscas zumbaban

alrededor del rostro hinchado, brillando con las gotas de lluvia que caían sobre él. En lugar de una expresión infantil de inocencia, había el susurro de una sonrisa. Un aire de superioridad, como si se hubiera sentido muy por encima de quien la había dejado así.

Fueron los ojos los que la afectaron. Abiertos, fijos, sin vida. Al mirarlos, Miranda sintió como si un puño hubiera alcanzado dentro de su pecho y le hubiera arrancado el corazón.

Apartó la mirada de los ojos a la fuerza. Su respiración se detuvo mientras su mente se aclaraba. El cuello de la chica. Tenía que mirar el cuello de la chica.

Se acercó sigilosamente y vio que una cinta ancha y blanca había sido atada alrededor de la garganta de la joven. ¿Para qué era eso? No lo sabía, pero tenía que mirar debajo. No debería tocarla. Era evidencia. Pero tenía que saberlo.

Lentamente, estiró sus dedos temblorosos y levantó la suave tela, húmeda por el agua de lluvia. Sus manos temblaban tanto que apenas pudo deslizarla, pero de alguna manera lo logró.

Y entonces lo vio. La marca en su cuello. Oscura, redonda, inconfundible.

Volvió a colocar la cinta empapada en su lugar. Sus manos temblaron violentamente, volaron hacia su boca, su cabeza. Sentía que su pecho iba a estallar. Las lágrimas corrían por sus mejillas, mezclándose con la lluvia, cayendo al suelo del bosque.

Esta era Amy. Esta era su bebé.

No, oh, Dios. No. —Por favor, por favor, no —sus oídos resonaron con su propio grito.

Se arrastró más cerca, levantó el cuerpo, apartó más tierra. Sostuvo a su hija en sus brazos, la meció como a la bebé que no había sostenido en trece años. —Oh, Amy. Cariño, es tu mamá. Estoy aquí. Por fin estoy aquí.

La lluvia caía con fuerza sobre ellas, lavando más tierra, convirtiendo el suelo en un charco de lodo, empapando la ropa de la niña, así como la de Miranda. Siguió meciéndola. El tiempo pasaba. Se detuvo. Minutos. Horas.

Un destello de luz.

Detrás de ella, escuchó un grito ahogado. El policía. Abrazó el cuerpo con fuerza. No podían llevarse a su bebé. No podían arrebatársela otra vez.

—Levante las manos y salga de ahí.

No estaba cerca. Tenía que estar al menos a quince metros y del otro lado, más cerca de la casa.

No podía quedarse aquí. La encerraría por asesinato. Miró alrededor y vio que estaba justo al borde de la línea de árboles. Había dado un círculo. Si pudiera salir y pasar esa colina sin que el policía la viera, podría llegar a su auto.

Con suavidad, volvió a colocar el cuerpo en el suelo. No podía conservar a su bebé, ni siquiera ahora.

—Adiós, mi amor —susurró, puso una mano temblorosa en su boca, la besó y tocó su rostro una vez más.

Luego se levantó lentamente y se dio la vuelta, con el corazón agonizando.

Intentó moverse silenciosamente, pero una rama gruesa se quebró bajo su pie antes de que pudiera evitarlo.

—No se mueva. Ponga las manos sobre su cabeza.

Miranda se volvió, levantó el brazo contra el rayo de la linterna. La silueta uniformada estaba bajo los árboles como un fantasma. Había estado más cerca de lo que pensaba, o se había movido rápido. No tenía su arma desenfundada.

Bajó la luz y vio el cuerpo. —Está bajo arresto, señora.

Y una mierda que lo estaba. Se dio vuelta y salió disparada del bosque, atravesó tambaleándose el césped, dirigiéndose hacia la colina.

—Deténgase. Quédese donde está.

Corrió tan rápido como sus piernas le permitieron. El terreno se elevaba bajo sus pies. Trastabilló, resbaló. Si pudiera llegar a la cima de esta colina. Si tan solo pudiera llegar a su auto.

—Deténgase, le dije. —La alcanzó. La agarró por detrás.

Esas manos. Gruesas, ásperas, codiciosas. Manos de policía. Manos de León. Las manos del atacante que la habían agarrado por detrás.

De repente, estaba trece años atrás, luchando por su vida.

Un flashback. TEPT, le había dicho algún psiquiatra. Hace tiempo había estado indefensa. Ahora podía luchar.

Frenéticamente, giró, levantó la pierna en una fuerte patada.

Su pie golpeó el pómulo del policía y él cayó hacia atrás, aturdido. Tambaleándose, él trató de alcanzarla. Ella giró hacia el otro lado, lo golpeó en el lado opuesto. Antes de que pudiera recuperarse, se dio vuelta y trepó más arriba en la colina. Su auto estaba estacionado junto a la calle. Si tan solo pudiera llegar a la calle.

La lluvia caía a torrentes ahora, haciendo el suelo aún más resbaladizo. Se deslizó por el césped y el barro, tropezó.

Detrás de ella, el policía recuperó el equilibrio. En dos pasos, la alcanzó de nuevo. Sus manos mojadas resbalaron sobre sus brazos. Ella se giró bruscamente, golpeándolo cerca del ojo. Él casi cayó encima de ella mientras la agarraba y ambos cayeron al suelo.

—Suélteme. Déjeme en paz. —Su garganta dolía de tanto gritar.

—Está resistiéndose al arresto. La llevaré detenida.

—No me va a llevar a ningún lado. —Pateó, luchando por darse vuelta. Esta vez, él bloqueó su embestida con la rodilla.

Empujó y gimió. El terror la invadió. —Déjeme en paz —gritó. No podía quitárselo de encima.

—Tendré que inmovilizarla, señora. —El policía la volteó, jaló sus manos hacia atrás.

—No. Pare.

La ignoró. —Está arrestada —repitió, como un maldito disco rayado.

Un plástico delgado y mojado se deslizó alrededor de sus muñecas, apretándose. Enterró su frente en el césped, jadeando por aire.

La puso de pie, comenzó a arrastrarla por el jardín.

Ella se retorció y pateó. No podía arrastrarla a la cárcel. No se lo permitiría. Luchó como un animal salvaje durante todo el trayecto por el patio, de regreso a través del laberinto de arbustos, de vuelta a la calle y el coche patrulla. No dejó de luchar hasta que él le empujó la cabeza hacia abajo y la metió en el asiento trasero.

Cerró la puerta. Ella se quedó allí recuperando el aliento, empapada, su mente dando vueltas, un borrón agonizante. Las sirenas gemían en el aire. Lentamente, se dio cuenta de que habían sonado minutos antes. Las luces azules destellaban.

Miró por la ventana.

Había gente por todas partes. Una horda de policías se dirigía colina abajo, donde había encontrado el cuerpo. Los vecinos estaban en el jardín, algunos sosteniendo paraguas, otros en pijamas mojados, con el pelo empapado por la lluvia, exigiendo frenéticamente saber qué estaba pasando. Más policías los mantenían alejados de la escena. ¿De dónde habían salido?

Bajo los aleros de la mansión Van Aarle, la pequeña Ashley Ingram, Tiffany y Felicia Todd estaban llorando histéricamente.

Miranda se recostó. Había tenido razón. Sus instintos habían dado en el blanco. Esas chicas conocían a Amy. Habían sido sus amigas. Habían conocido a su bebé.

La puerta se abrió y el policía se deslizó en el asiento delantero. Se dio vuelta. Tenía un corte en la cara donde ella le había pateado. —La llevo a la jefatura para interrogarla, señora.

Aturdida, lo miró fijamente. Su rostro juvenil de repente parecía demasiado inocente para esta escena. —Tiene derecho a guardar silencio y negarse a responder preguntas. Todo lo que diga puede ser usado en su contra en un tribunal... —Mientras él seguía monótonamente, un dolor palpitante le hizo tomar conciencia de lo duro que había peleado contra él.

Por fin, terminó su discurso. —¿Comprende?

Ella asintió.

Él anunció su destino en la radio que chirriaba y arrancó. La escena de horror y conmoción frente a la mansión se desvaneció en la noche.

Sí, ella conocía esas líneas. Los llamados "Derechos Miranda", nombrados por un violador que había quedado libre gracias a ellos. Como una broma enferma que la vida le había jugado. Era gracioso que ella no hubiera tenido derechos cuando se trataba de Amy. Ningún derecho la noche que el extraño la violó. Ningún derecho

cuando León se llevó a Amy y la echó de la casa por ello. Ningún derecho sobre los años que había perdido con su hija.

Derechos Miranda. León le dijo una vez que se merecía su nombre.

CAPÍTULO SEIS

Miranda levantó la cabeza y miró el rostro robusto del hombre negro corpulento al otro lado de la mesa. Sus ojos oscuros brillaban como canicas negras. Canicas amenazantes.

—Una vez más. ¿Qué estaba haciendo en Mockingbird Hills a las 12:20 de esta madrugada?

Levantó las manos esposadas y apartó sus rizos húmedos y rebeldes de los ojos con la toalla que le habían dado. Su cabello y su ropa seguían húmedos por la lluvia. La habitación era estrecha, sofocante, iluminada con un resplandor azul diseñado para poner los nervios de punta. Dos oficiales permanecían a cada lado de la puerta como soldados obedientes.

Se estremeció.

—¿Señorita Steele? —La voz inquietante resonó como la de Darth Vader.

Ella desvió la mirada. Había estado ahí durante horas. La habían hecho esperar en una larga fila de supuestos proxenetas, traficantes de drogas y delincuentes callejeros antes de tomarle las huellas dactilares y fotografiarla.

El hombre inhaló lentamente. —Señorita Steele, ¿por qué estaba en la mansión Ingram esta noche?

Esa pobre niña que había sostenido en sus brazos esta noche. Pobre niña muerta. Mientras le tomaban las huellas, su mente se había aclarado y había decidido que esa niña no podía ser Amy. Esa marca en su cuello no era una marca de nacimiento. Tenía que ser otra cosa. Probablemente algo que dejó el asesino, pensó con un escalofrío. Amy no podía haberse ido antes de que siquiera llegara a conocerla.

—Conteste la pregunta, señorita Steele.

Miranda giró la cabeza y miró fijamente esos ojos amenazantes. —Creía que tenía derecho a guardar silencio.

Él se reclinó con expresión disgustada. —Sí, lo tiene.

Pero parecía más culpable a cada segundo. —Ya le dije lo que estaba haciendo. Buscaba a mi perro.

—Su perro.

Ella se quedó mirando la brillante placa plateada en su uniforme azul, que parecía tan luminosa como la linterna que aquel oficial le había apuntado a los ojos. Su placa de identificación decía "Teniente Erskine". Este tipo no era ningún novato. Tenían que traer a los peces gordos para un caso como este.

—Así es. Scruffy.

—Mmm-hmm. —Entrecerró sus ojos negros.

—Me perdí camino a la casa de mi amiga.

—Una amiga cuya dirección exacta no puede recordar.

Miranda cambió de posición. Era mejor fingir olvidar el nombre de la calle que darles algo que pudieran verificar en un par de minutos.

—¿Cómo se llama su amiga?

—Ya se lo dije. Jane. —Tuvo una mejor amiga llamada Jane cuando era niña. No la había visto en años.

—¿Su apellido?

Pensó un momento. —Solía ser Anderson. No recuerdo su apellido de casada. —Supuso que ya estaría casada a estas alturas.

El sudor perló la frente de Erskine. Con rigidez, abrió una carpeta. —Este informe dice que ha vivido en el apartamento 1520 de Colonial Towers en Peachtree Street durante las últimas dos semanas. Ha trabajado para la Compañía de Construcción Johnston en una cuadrilla de carreteras durante ese tiempo.

Atrapada.

Se frotó las manos esposadas. Había un gran espejo a lo largo de la pared. Tenía que ser de doble vista. Se preguntó quién estaría observando. —Es cierto. Me mudé aquí recientemente y me conecté con mi amiga hace unos días. Me pidió que pasara la noche en su casa.

El teniente se inclinó hacia adelante. No se estaba tragando esta sarta de mentiras. —¿Sabe lo que pienso, señorita Steele?

Ella se aclaró la garganta.

—Creo que la razón por la que estaba en Mockingbird Hills tiene algo que ver con la muerte de esa joven.

Estudió las paredes lisas, miró a Tweedledee y Tweedledum en la puerta. *Mantén la boca cerrada. Solo te incriminarás si hablas.*

—¿Comenzó como un secuestro y se salió de control? ¿Tal vez tiene un novio y querían dinero? Los Taggart están forrados, ¿no es así? ¿Es por eso que eligieron a su hija?

¿Taggart? ¿Ese era el apellido de la niña muerta? —Está loco.

—Quizá sea parte de una red de secuestros. Ya sabe, pornografía infantil. Trata de blancas.

Contuvo una maldición. —Tiene una gran imaginación.

Erskine no se inmutó. Se reclinó y cerró la carpeta. —Veamos. Secuestro. Cómplice de asesinato. Yo diría que está mirando a quince o veinte años. Y si usted es quien cometió el asesinato... —se inclinó hacia adelante—. Tal vez no sepa que tenemos la pena de muerte en este estado.

Miranda apretó la mandíbula. Estaba fanfarroneando. No tenía suficiente para acusarla de la muerte de la niña. Le dirigió una mueca burlona. —Váyase al infierno.

Sus ojos ardieron. Hizo un gesto a los dos soldados. —Llévensela.

Los oficiales se movieron hacia ella. Miranda retrocedió, tratando de esquivar su agarre. —No pueden detenerme. No hice nada.

Erskine golpeó la mesa con las manos. —Piénselo de nuevo, señorita Steele. La tenemos por allanamiento de morada, agresión a un oficial y resistencia al arresto. Veremos si el juez piensa que hay motivos para retenerla por más cargos.

—No soy culpable de asesinato.

Su labio se curvó con desdén. —Cuénteselo al juez. —Si Erskine estaba haciendo de policía malo, ¿dónde estaba el bueno?

Se levantó y salió de la habitación. Su mente daba vueltas mientras los dos oficiales la tomaban por los brazos, la levantaban

de su asiento y la conducían por la puerta hacia un pasillo institucional incoloro.

—No soy una asesina. —Ella nunca podría matar a nadie, y menos a una chica que podría ser Amy.

—Como dijo el Teniente, cuénteselo al juez. —El policía a su derecha tiró de su brazo para maniobrarla alrededor de una esquina.

Ella se retorció en su agarre. —Oye, ten cuidado, imbécil.

El rostro del oficial se sonrojó de ira mientras intentaba controlarla con un agarre firme e inflexible. —No me pruebe, Steele. No voy a tolerar las estupideces que le hizo al Oficial Chambers.

¿Oficial Chambers? —¿Era ese el tipo que me trajo? —Parece que había arruinado su reputación con sus compañeros de la fuerza.

—El novato no sabía cómo manejar a una prisionera. Nosotros sí. —Le dio un tirón al brazo y golpeó un moretón. Le dolió como el infierno.

La rabia la invadió. —Déjalo ya, idiota, si no quieres que te denuncie por brutalidad. —Luchó para levantar una pierna y le dio una patada fuerte.

—Le dije que no me probara.

En ese momento, el Teniente Erskine emergió por otra puerta y se plantó frente a los hombres. —Sargento Reed.

—Sí, señor. —El oficial aflojó la presión sobre su brazo.

Erskine se inclinó hacia ella con las manos en las caderas. —¿Quiere otra oportunidad para contarme lo de esta noche, señorita Steele?

¿No iba a reprender a su oficial? Ya la habían juzgado y condenado, ¿verdad?

Le dio su mirada más amarga. —Váyase al diablo.

El corpulento cuerpo de Erskine se tensó de ira.

—Excelentes métodos de interrogatorio, Teniente.

Erskine, los dos oficiales y Miranda se volvieron hacia la dirección de la voz.

Un hombre alto y bien vestido estaba apoyado contra la pared opuesta, con los brazos despreocupadamente cruzados sobre el pecho. Llevaba una confianza sublime, como si fuera el jefe de todo el departamento de policía. O presidente del mundo entero. Parecía

tener unos cuarenta y tantos años. Cabello oscuro, con toques de canas en las sienes. Cejas a juego, gruesas y expresivas. Ojos color acero. Un rostro de infarto. Justo ahora, ese rostro mostraba líneas de desaprobación.

Un par de mujeres policías pasaron por allí. Sus cabezas giraron en su dirección, como programadas.

El pecho de Erskine retumbó como un silenciador dañado. —Wade Parker. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

¿Wade Parker? Era la tercera vez que escuchaba ese nombre esta noche. Así que este era el investigador del que todos hablaban.

El hombre le dio a Erskine una mirada penetrante. Era evidente que no le gustó el intercambio que acababa de presenciar. —Negocios —dijo secamente.

—No tienes asuntos aquí.

Su labio se curvó en una mueca irónica. —Por supuesto que los tengo, Hosea. Sabes que estoy investigando el caso Taggart.

Por supuesto. Lo habían contratado para encontrar a la chica desaparecida. ¿Pero por qué estaba vestido con un elegante traje negro? Más que un traje. Camisa clásica. Cuello de ala. Chaleco de satén. Un esmoquin. Un maldito esmoquin. ¿Qué tipo de hombre usaba un esmoquin en una estación de policía? Un hombre rico. Un excéntrico.

—Pensé que podría ayudar, ya que tu progreso en la sala de interrogatorios fue tan... mínimo. —Su acento sureño era suave como la seda, pero estaba cargado de desprecio.

A ella le agradó eso.

Erskine mostró sus dientes blancos. —¿Cómo sabes qué tipo de progreso hice en la sala de interrogatorios?

Los ojos gris acero brillaron con encanto y cinismo. —El comportamiento de la sospechosa es una vaga pista. Pero en realidad, te observé a través del espejo bidireccional.

Erskine se puso rígido. —¿Ah, sí? ¿A quién sobornaste para obtener ese privilegio?

El hombre bien vestido sonrió. —Todos tienen su precio, como dicen. ¿Cuál es el tuyo por un momento con esta dama?

¿Quería hablar con ella?

Lentamente, giró la cabeza y fijó esos sensuales ojos grises en ella, absorbiéndola como refresco por una pajilla, como si pudiera ver directo hasta su alma. Ella se estremeció. Realmente se estremeció.

—Vete al infierno, Parker —ladró Erskine—. Te dije en la escena del crimen que este era mi caso.

Con un suspiro, metió las manos en sus bolsillos y negó con la cabeza. —Hosea, ¿no somos viejos amigos? Me parece recordar que te salvé la vida recientemente.

El Teniente frunció el ceño. —Eso es cuestión de interpretación. Desde mi punto de vista, perdí un ascenso por tu culpa.

Él dio un paso adelante. —Eso también es cuestión de interpretación.

Erskine levantó una mano. —No te debo nada. Lárgate de aquí, blanquito hijo de puta.

Imperturbable, el hombre se rio. —Tienes un don con las palabras. Solo necesito un momento con ella.

—Habla con el fiscal.

Inspiró lentamente. —Lo haré. Me debe un favor.

Con una mirada más penetrante a Miranda, el extraño hombre se dio la vuelta y caminó por el pasillo, desvaneciéndose entre la multitud cerca del escritorio, tan misteriosamente como había aparecido.

Erskine estaba realmente furioso ahora. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido. —Enciérrenla —les dijo a sus hombres.

CAPÍTULO SIETE

La pesada puerta se cerró con estrépito y los guardias se alejaron arrastrando los pies. Miranda contempló las paredes de concreto, la cama de hierro, el inodoro sucio.

Había estado encerrada antes. Una noche o dos en el calabozo por "conducta desordenada", lo cual se había merecido. Su arresto, seguido de servicio comunitario, después de vengarse de los tribunales. Pero nunca por algo como esto.

Desesperada por golpear algo, agarró una almohada endeble de la cama, le dio un par de puñetazos y la arrojó de vuelta sobre la manta mugrienta. No ayudó.

Se dejó caer en el delgado colchón, su cuerpo adolorido por puro cansancio. Pasó las manos por su espeso cabello y deseó tener una liga para recogerlo.

La cabeza le palpitaba con los cargos que el Teniente Erskine había soltado en la sala de interrogatorios. Allanamiento. Agresión a un oficial. Resistencia al arresto. ¿Secuestro? ¿Asesinato?

Se limpió la cara con las manos. ¿Cómo podían acusarla de asesinato? Era inocente.

Miró fijamente los barrotes.

Las personas inocentes eran acusadas de crímenes todo el tiempo. Una chica rica había sido asesinada. Estaba en las noticias. Este era un caso de alto perfil. Necesitaban a alguien a quien culpar. Ella no tenía a nadie que respondiera por ella. Sin testigos de carácter. Si los policías de Atlanta no eran muy exigentes con los detalles, podría terminar cumpliendo cadena perpetua, o algo peor.

Se levantó y caminó hasta la pared, presionó su cara contra el hormigón húmedo y duro. La frustración estalló dentro de ella. —Maldición —golpeó con el puño los bloques de cemento.

Se frotó el brazo. Todavía le dolía por los abusos del Oficial Reed. Cerró los ojos con fuerza. Aún podía sentir el peso de aquella pobre niña muerta en sus brazos. Oler la humedad y descomposición en su cuerpo. Su mente corría. Esa niña no podía haber sido Amy. La mancha oscura en su cuello no era una marca de nacimiento. ¿O sí lo era? La duda le apuñaló el corazón. Si la condenaban por asesinato, podría ir a la muerte sin saberlo nunca.

Viejos recuerdos aparecieron en su mente. Aquel horrible día en que despertó y encontró que Amy había desaparecido. Los gruesos nudillos de Leon contra su cara. El violento portazo de la puerta principal. La fría suavidad de la nieve contra sus mejillas. Su antigua vida. Su antiguo yo. La mujer débil y quejumbrosa de la que había luchado por escapar durante trece años. Se había hecho fuerte y valiente, pero no había hecho mucho más consigo misma. Una verdadera carrera, una familia. No eran para ella.

¿Pero terminaría así su vida?

Golpeó con el puño los bloques de cemento. —¡Maldición! —gritó, deseando poder abrir un agujero en la piedra—. Maldición. Maldición.

—No creo que golpeándola logres derribar esa pared.

Con un jadeo, giró y vio la figura parada en la puerta de su celda. El investigador loco con el esmoquin.

La irritación se anudó en su estómago. —¿Qué haces aquí?

—Visitándote —Le sonrió con su aspecto demasiado hermoso, exudando esa confianza despreocupada que parecía llevar consigo, incluso dentro de una prisión. Había dicho que iba a ver al fiscal. Debía ser rápido en su trabajo.

Ella mostró los dientes. —Piérdete.

Líneas de risa seductoras se formaron alrededor de sus ojos. —Primero, mi amigo Hosea me dice que me vaya al infierno. Ahora tú me dices que me pierda. ¿Qué he hecho para merecer saludos tan cálidos esta noche?

Miranda curvó un labio. —Apareciste.

Él se rio y descansó casualmente un pie calzado con costoso cuero en el travesaño inferior de su jaula. —Tengo un trabajo que hacer.

Él era el mejor, había dicho la mujer en el bar. —Estás investigando el asesinato.

—Es correcto —Sus hermosos ojos gris acero brillaban como el destello afilado de un Magnum, taladrándola como si pudiera leer todos sus secretos. Sus secretos no eran asunto suyo.

Hizo un círculo con el dedo. —Bueno, señor Detective Elegante, puede dar la vuelta y regresar de donde vino. No tengo que hablar con usted.

Él se encogió de hombros. —Por supuesto que no. Pero pensé que te gustaría algo de compañía.

¿Compañía? Esa sí que era buena. Puso una mano en la cadera y lo miró con incredulidad. Unos pocos mechones sueltos de su cabello estilizado caían coquetamente sobre su frente, haciendo que el aire de repente crepitara con la sensualidad cruda de un sofisticado hombre sureño en un fino traje negro. Cambió de peso, haciendo que la bien formada complexión física bajo el corte elegante de su ropa de lujo fuera demasiado evidente.

—¿Crees que quiero compañía? —No iba a sacarle nada más que lo que los policías habían conseguido.

—¿No sería más agradable pasar el tiempo con alguien que estar sola? —Su tono suave goteaba melaza dulce.

Ella soltó una risa burlona. —¿Como visitar a una tía enferma? Aquí va una noticia de última hora. No nací ayer —Dio un paso hacia él—. Aquí va otra. No asesiné a nadie. Así que, ¿por qué no sales y encuentras al verdadero asesino? —Señaló pasillo abajo.

Él estudió sus uñas un momento. —No necesita estar a la defensiva, Srta. Steele. Quizás pueda ayudarle.

Ayudarla a llegar a la silla eléctrica. Soltó un resoplido y se rascó la cabeza. ¿Qué tenía que hacer para deshacerse de este tipo? La curiosidad pudo más que ella y señaló su elegante esmoquin. —¿Para qué estás tan arreglado?

—¿Esto? —Se tocó la solapa de su chaqueta de etiqueta—. Es la temporada social de primavera. Estaba asistiendo a un evento benéfico cuando recibí la llamada de que habían encontrado el cuerpo de Madison Taggart.

Madison Taggart. El nombre le envió una onda expansiva por la columna. —Si no vas a encontrar al asesino, deberías volver a tu fiesta.

—Creo que ya terminó —Arqueó una ceja oscura, perversamente hermosa—. Además, prefiero tu compañía justo ahora.

¿Estaba tratando de seducirla? Arrogante imbécil. Si tan solo no fuera un imbécil tan guapo. Si tan solo sus palabras no acabaran de provocar un estremecimiento en su estómago. —Mira, no voy a hablar. Ni contigo. Ni con la policía. Ni con nadie.

Parker respiró hondo mientras observaba aquellos exuberantes ojos azul profundo que lo miraban con ferocidad. Estaban enmarcados por pestañas negras como la noche. Pestañas que lo señalaban como dagas afiladas sobre ojos que rebosaban vitriolo. Había océanos de sentimientos detrás de esos ojos. Estudió el cabello negro enmarañado, aún húmedo por la lluvia, que caía en rizos enredados alrededor de su rostro anguloso. La ropa desgarrada y manchada con arcilla de Georgia. Le recordaba a un caniche que se hubiera revolcado en un pozo de alquitrán.

Y sin embargo, la mujer combativa le producía una extraña sensación. Curiosidad, quizás. O fascinación. No era la impresión que normalmente experimentaba mientras interrogaba a una sospechosa de asesinato. La distracción le molestaba. Estaba seguro de que ella no actuaba sola. Era cómplice del verdadero asesino. Sus tácticas habituales no funcionaban con ella. Ella las veía claramente. Pero le sacaría la verdad. Aunque le llevara toda la noche.

Inhaló lentamente, cambiando su peso. —Muy bien, señorita Steele. Seré directo.

Estaba visiblemente irritado, ¿no? Miranda sintió un pequeño escalofrío de victoria. —Ya era hora.

—Cuando hablé con el Oficial Chambers en la escena del crimen, me dijo que la vio tocar el cuerpo.

Ella se frotó los brazos al recordar a la niña que había sostenido. Luego contuvo la respiración. Quizás él podría ayudar después de todo. —Es correcto. Erskine dijo que usted estuvo allí esta noche. ¿Vio el cuerpo?

—Por supuesto.

—¿La... examinó?

—Vi al médico forense examinarla. ¿Por qué?

Su corazón pulsaba y su mente corría. —Había una cinta alrededor de su cuello.

—Sí. —Sus ojos se entrecerraron con sospecha—. ¿Qué sabe sobre eso?

—Había una marca debajo de la cinta. —Su voz tembló al pronunciar las palabras.

—Sí.

—Una marca de nacimiento.

Su expresión se tornó confusa. —No era una marca de nacimiento.

—¿No? —Su corazón se detuvo.

Su mirada furiosa la penetró como un láser. —Si usted la mató, debería saber qué eran las marcas alrededor de su cuello.

Marcas. Plural. *Alrededor* de su cuello. El dolor y el alivio la desgarraban. —El asesino la estranguló.

Con una violencia repentina, él agarró los barrotes, acercándose bruscamente a ella. —Estrangulación por ligadura, señorita Steele. Estrangulamiento sin usar los dedos o mediante ahorcamiento. —Su voz era oscura, llena de emoción—. Fue hecho con una cuerda. Probablemente apretada con un palo. Muy rápido. Muy limpio. Las marcas rodeaban todo su cuello. Eran moretones, señorita Steele. *Moretones*.

Miranda se estremeció ante la repugnante descripción, se llevó una mano a la boca, mareada con la imagen que cruzaba por su mente. —Oh, Dios.

—Sé que usted no hizo esas marcas. ¿Quién fue?

Ella parpadeó mirándolo. No la estaba acusando de asesinato, como Erskine. La estaba acusando de ser cómplice. Bueno, ser investigadora privada no estaba muy lejos de ser policía. Con toda la fuerza que tenía, obligó a su mente a despejarse. Solo porque esos moretones fueran del asesino no significaba que no hubiera una marca de nacimiento debajo. Esa niña todavía podría ser Amy.

De repente, él pareció agotado hasta los huesos, su rostro enrojecido por su arrebato. La muerte de la niña era algo personal

para él.

—Usted la conocía, ¿verdad? —dijo ella.

Sus cejas se elevaron sorprendidas antes de que pudiera controlarse. Hizo una pausa, sopesando sus palabras, y luego asintió lentamente. —Sus padres son amigos míos.

Ella quería saber más. —¿Amigos?

Sus ojos gris acero se entrecerraron por un instante mientras consideraba si ser abierto o exigente. Ella exhaló cuando la apertura ganó la partida. —Fui al instituto con Jackson Taggart, el padre de Madison. Estuve en la boda cuando se casó con Cloris.

—¿Cloris es la... madre de Madison?

—Sí.

Miranda se acercó a él, temblando. —Ellos lo contrataron.

—Sí. Veo que mira las noticias.

Ella ignoró el comentario y respiró hondo. Era hora de apostar fuerte. —Le diré lo que sé si usted me dice algo.

—¿Qué? —La sospecha había vuelto a su tono.

—¿Madison Taggart fue adoptada?

Ante eso, él dio un paso atrás, como si los barrotes le hubieran dado una descarga eléctrica. La confusión salpicó su expresión por un instante, antes de volverse de piedra.

—Háble me primero de su asesinato.

Con un gruñido, ella se apartó el pelo de la cara y marchó hacia la esquina de su celda. —No hay trato.

El investigador la siguió, inclinándose cerca de los barrotes, sus palabras una súplica exasperada. —Señorita Steele, si sabe algo sobre lo que le pasó a Madison Taggart, dígamelo. Piense en sus padres. Si hubiera visto la cara de Cloris esta noche cuando le dije que su hija se había ido. La ira y la desesperación en los ojos de Jackson. Si hubiera escuchado sus sollozos.

Sollozos. Ella se volvió, lo miró fijamente, inundada de angustia. ¿*Él* fue quien tuvo que decírselo a los padres? Casi sintió lástima por él. Esa pobre gente. Debían estar pasando por un infierno. Sabía que él la estaba manipulando, pero esos hermosos ojos grises estaban llenos de un dolor genuino. Él también sentía su dolor. Profundamente.

Si esa niña fuera Amy, la mataría. Pero tenía que saberlo. —No puedo decirle nada hasta que responda mi pregunta.

La frustración retumbó en la respiración profunda que tomó. —No hasta que responda la mía. —Esperó un momento, luego en un tono suave y bajo, jugó su carta de triunfo—. ¿Estranguló usted a esa niña, señorita Steele?

Imbécil. La rabia la atravesó. Agarró los barrotes y se acercó a su apuesto rostro, queriendo escupirle.

—Váyase al carajo —siseó.

Su labio se crispó de ira.

Con un gruñido, ella se apartó de los barrotes, cruzó la celda hasta la cama y se quedó de pie dándole la espalda, con las manos en la cabeza.

Si hubiera habido un reloj en la celda, podría haber escuchado el paso de los minutos. Entonces, suavemente, su voz rompió el silencio.

—Madison no fue adoptada.

Lentamente se volvió y lo miró fijamente. —¿En serio?

Él abrió las palmas en un gesto que, de alguna manera, la hizo creerle. —Estuve en el hospital la noche que nació.

Sus piernas cedieron bajo su peso. Se desplomó sobre la dura cama y puso la cabeza entre las manos. No era Amy. La niña muerta no era Amy. —Gracias a Dios. Oh, gracias a Dios.

—Mi turno —dijo él en voz baja.

Estaba agotada. Su determinación se desmoronó en pedazos. —No tuve nada que ver con la muerte de esa niña. Nunca había estado en ese vecindario antes en mi vida.

—¿Por qué estaba allí esta noche? —La pregunta fue un suave empujón.

—Estaba buscando a mi hija. —Se llevó las manos a la cara. Maldición. Estaba llorando. Odiaba sentirse débil y vulnerable, pero no podía contenerse.

Sollozó.

¿Hija? De repente, todo tenía sentido. Parker la observó mientras se mecía de un lado a otro en el colchón desgastado y lloraba. Hace un momento, se había sorprendido a sí mismo contemplando su

cuerpo esbelto y delgado, su figura bien formada, y un deseo crudo y primitivo lo había recorrido. Ahora, su corazón se llenaba de ternura por ella. Había visto una reacción similar en muchos clientes cuando encontraban con vida a un hijo perdido. Evidentemente, Miranda Steele había dado a su hija en adopción y ahora la estaba buscando. Por alguna razón, había pensado que Madison era su hija.

Aun así, eso no explicaba todo. No podía dejar que la compasión anulara su juicio.

—¿Por qué la buscaba en Mockingbird Hills? ¿Después de medianoche? —Cruzó los brazos—. ¿Espera que crea que fue a la residencia de los Ingram por casualidad? ¿Que eligió al azar la zona donde estaba el cuerpo de Madison?

Miranda jadeó en voz alta y se aferró a su cabello, sintiéndose como si estuviera perdiendo la razón. Él lo quería todo, ¿no? Las palabras defensivas comenzaron a salir atropelladamente antes de que pudiera detenerlas. —Estaba viviendo en Pittsburgh el mes pasado cuando una mujer de *The Seekers* se contactó conmigo.

Él arqueó una ceja. —¿La compañía independiente de reuniones por adopción?

En su línea de trabajo, sabría de ellos. —Esa misma. La mujer tenía una carta de una chica más o menos de la edad de mi hija. Decía que vivía en Buckhead en una mansión. La carta estaba firmada como "La Hija de Otra Persona". Por eso vine a Atlanta.

—¿Vino hasta Atlanta solo por una carta?

Ella levantó las manos. —Era todo lo que tenía.

—Eso no explica qué hacía en la mansión de los Ingram.

Se limpió la cara, se puso de pie y se rodeó la cintura con los brazos. —He estado recorriendo los barrios elegantes de Buckhead por más de un mes buscando a la chica que escribió esa carta. —Comenzó a caminar por la celda—. Esta tarde, escuché a unos adolescentes en Phipps Plaza hablando sobre sus novias. Uno de ellos, sus amigos lo llamaban Jason, tenía un plan para encontrarse con su novia a medianoche en la casa de los Ingram.

—Felicia Todd.

—Sí. El chico dijo que la amiga de su hermana era adoptada. Que todas estarían allí. Busqué la dirección en mi computadora. Por eso

estaba allí. Solo quería hablar con esas chicas. Con la chica que fue adoptada. —Reprimió otro sollozo. ¿Cuándo terminaría esta pesadilla?

—Esa chica adoptada sería Ashley Ingram.

—Ese es el nombre que escuché.

La madre de Felicia se había quejado a menudo de los intentos de su hija por escabullirse para ver a su novio, Jason. No había forma de que la señorita Steele pudiera haber sabido eso. Estaba diciendo la verdad.

Dejó escapar un suspiro de alivio. —Usted es inocente.

Miranda dejó de caminar y lo miró fijamente. ¿Le creía, por fin? ¿Qué lo había convencido? Entonces lo entendió. —No me diga. También creció con sus padres.

Él le dedicó una sonrisa que de repente se volvió tierna. —Soy cercano a los Ingram y los Todd. Ashley y la hermana menor de Felicia, Tiffany, eran las mejores amigas de Madison.

Ella asintió. —Estaban hablando de ella esta noche. Pensaban que Madison había huido a Hollywood para convertirse en estrella de cine.

—A mí también me dijeron eso —dijo con tristeza en el rostro—. Ashley es adoptada, pero fue una adopción abierta —añadió—. Su madre biológica la visita cada semana.

Miranda negó con la cabeza. —No pensé que fuera Amy después de verla. Su cabello es demasiado rojo. Y no tiene la marca.

—¿La marca?

Cruzó los brazos con fuerza, como si eso pudiera detener el dolor. —Amy, mi bebé, tenía una marca oscura justo aquí en el cuello. —Se tocó la garganta—. Una marca de nacimiento.

—¿El nombre de nacimiento de su hija es Amy?

—Sí. —La voz de Miranda casi se quebró.

—Su marca de nacimiento es lo que estaba buscando en el cuerpo de Madison. Debajo de la cinta.

Ella asintió. —No sabía que el cuerpo de Madison estaba allí. Si el oficial Chambers no me hubiera perseguido colina abajo, no lo habría encontrado. Juro que es la verdad. Nunca podría lastimar a un niño. Sus pobres padres. Su pobre madre. —Cloris Taggart era la

verdadera madre de Madison. Solo podía imaginar lo que esa mujer debía estar sintiendo ahora. Las estúpidas lágrimas comenzaban de nuevo. Se limpió la nariz con la manga.

Él metió la mano en un bolsillo y le ofreció un pañuelo. —¿Cuánto tiempo lleva tratando de encontrar a su hija biológica?

¿Cómo podía ver a través de ella de esa manera? El término "hija biológica" le decía que él lo entendía todo. Tomó el pañuelo y se limpió la cara. —Mucho tiempo. Años.

Miranda levantó la mirada y frunció el ceño. El investigador privado la estaba mirando, sus ojos llenos de ternura y admiración. Nadie la había mirado así antes. Él le creía. Por fin, alguien le creía. Lástima que no fuera un juez.

—Frustrante, ¿verdad? —Su voz era baja, suave.

—Mucho más que frustrante. —Miró la cama sucia y quiso desplomarse sobre ella. Estaba exhausta.

—Los casos de adopción son de los más difíciles de resolver. —Su ternura parecía genuina—. Tal vez pueda ayudar.

Ella se puso tensa. Vuelta a la realidad. Hace un minuto, estaba a punto de acusarla de asesinato y ahora ¿quería ayudar? Pensó en el detective que le había estafado tres mil dólares cuando comenzó a buscar a Amy. Sí. Sabía cómo trabajaban los detectives.

—No, gracias —extendió el pañuelo hacia él—. ¿Lo quiere de vuelta?

Él negó con la cabeza, esbozando una media sonrisa. —Por favor, quédeselo. ¿Vio o escuchó algo extraño cuando estuvo en casa de los Ingram esta noche?

Ella lo pensó un momento. Todo el incidente había sido extraño, pero era confuso. —No realmente.

Él se frotó la cara y señaló los barrotes. —Necesitamos sacarla de aquí.

¿Necesitamos? —¿Qué tiene en mente? ¿Una fuga de prisión?

Sus ojos de repente brillaron. —Algo mejor. Conozco varios buenos abogados penalistas. La causa probable es débil, en mi opinión. Y si usted les explica por qué estaba en Mockingbird Hills...

—Diablos, no —espetó ella—. No quiero que nadie sepa eso. —Nadie creía la historia sobre lo que León había hecho. Todos

pensaban que había entregado a su bebé en adopción voluntariamente—. Me impedirían intentar encontrar a Amy. Como mínimo, me impondrían una orden de alejamiento.

Él se frotó la barbilla un momento. —Quizás tenga razón. ¿Cuándo es su audiencia preliminar?

Erskine había mencionado que comparecería ante un juez. —El lunes a las nueve de la mañana.

—Llamaré a un abogado cuando salga.

—No necesito su ayuda.

—Usted es inocente. No quiero que la policía pierda tiempo con usted.

—Gracias, pero puedo cuidarme sola. —Se negaba a estar en deuda con un detective, sin importar cuán desesperada estuviera.

Parker le sonrió con absoluto deleite. Testaruda, obstinada, implacable. Además de astuta y determinada. Su rostro tenía un tipo de belleza curtida.

Perdida en sus pensamientos, Miranda se apartó de él. ¿Debería decir la verdad en su juicio? Tal vez parte de la verdad. Si podía convencer a este detective de que era inocente, quizás podría convencer a un juez. Si tan solo no le impusiera una orden de alejamiento. Por su experiencia, los jueces no eran amables con las madres biológicas que intentaban acercarse a sus hijos. Aun así, una orden de alejamiento era mejor que una acusación de asesinato.

Se volvió hacia el investigador privado. —No les diga a sus amigos policías que estoy buscando a mi hija. Intentarán detenerme.

Él asintió y la estudió una vez más. Algo ocurría detrás de esos ojos gris acero, pero ella estaba demasiado cansada para descifrarlo. —Muy bien, señorita Steele. Lo haremos a su manera. Su secreto está a salvo conmigo. —Metió la mano en su bolsillo—. Si cambia de opinión, aquí tiene mi tarjeta.

—No, gracias.

—Complázcome.

A regañadientes, la tomó y le echó un vistazo. *La Agencia Parker. Wade Russell Parker III, Presidente, Investigador Principal*. —¿El Tercero, eh?

—Vengo de una ilustre familia sureña. Me pusieron el nombre de mi padre, quien llevaba el nombre de su padre.

Qué bien por él. Metió la tarjeta en su bolsillo. —¿Qué pasa con los habitantes de Atlanta y sus elegantes tarjetas?

Él frunció el ceño. —¿A qué se refiere?

—Esta es la segunda que recibo esta noche.

—¿La segunda?

Ella sonrió con ironía. —Antes de ir a Mockingbird Hills, me detuve en un lugar nuevo en Buckhead llamado The Gecko Club. Conocí a una mujer allí que estaba tratando de conseguir trabajo como pianista. Ella también me dio su tarjeta.

—¿Ah sí? ¿La tiene? —Ahí estaba esa mirada astuta otra vez.

—Los guardias se la llevaron, junto con mis otras cosas, cuando me arrestaron. —Le dio al investigador una media sonrisa—. Un tipo la estaba molestando, y le di su merecido.

Él ladeó la cabeza. —¿Perdón?

—Me peleé con él en el club. Le di unos buenos golpes antes de que el cantinero llamara a la policía. Casi termino aquí antes. Supongo que eso hubiera sido mejor.

—Ya veo. —Cierto. Ella podía pelear como los mil demonios. Había escuchado al personal hablar sobre la batalla que le había dado al Oficial Chambers esta noche. Se acarició la barbilla. Ella acababa de darle los datos que necesitaba—. ¿Está segura de que no quiere mi ayuda?

Ella suspiró profundamente. Este tipo no aceptaba un no por respuesta, ¿verdad? —Sí, señor Wade Russell Parker Tercero. Estoy segura.

Su sonrisa se volvió formal. Asintió. —Muy bien, señorita Steele. Como guste. Buena suerte el lunes. —Le hizo un saludo y se dio la vuelta.

Vaya, eso fue abrupto. ¿Pensaba que ella le suplicaría que regresara, como una damisela en apuros? Ni hablar. Pero mientras escuchaba el sonido de sus zapatos caros desvanecerse por el pasillo de concreto, la inquietud se apoderó de ella.

Se dejó caer en la cama y presionó las manos contra su rostro. ¿Realmente podría convencer a un juez de que era inocente? Wade

Parker acababa de decir que la causa probable era débil. Eso significaba que el policía no tenía realmente motivos para arrestarla en primer lugar, ¿no? Aun así, los policías y jueces solían imponer sus propias opiniones sobre las cosas.

¿Y si no podía persuadir al juez...? Perdería su trabajo. Su minúsculo apartamento. Todo. Cumpliría condena... o algo peor.

Sacó la tarjeta de Parker de su bolsillo y pasó los dedos sobre las letras en relieve. Una sensación de atracción revoloteó en su interior. Su apuesto rostro había parecido tan lleno de preocupación. Eso la asustaba más que la idea de ir a la cárcel. Hacía mucho tiempo que había aprendido que era fatal depender del género masculino. No cuando importaba.

Se levantó y fue al inodoro. Rompió la tarjeta en pequeños pedazos, los dejó caer en el agua sucia y tiró de la cadena con el pie. Observó cómo los fragmentos blanquecinos giraban y desaparecían. Luego regresó a la cama y se acostó para intentar dormir un poco.

Ya pensaría en algo que decirle al juez el lunes. No necesitaba la ayuda del señor Elegante Wade Russell Parker Tercero, Investigador Privado. Podía cuidarse sola.

Miranda Steele no necesitaba a un hombre.

CAPÍTULO OCHO

—Todos de pie y presten atención. Preside el honorable Juez Orville Knight.

Lunes por la mañana. Nueve en punto. Una fría sala de audiencias en el Centro de Justicia del Condado de Fulton.

No era el aire acondicionado lo que producía los escalofríos que recorrían la columna de Miranda mientras un oficial la conducía por la puerta con el elegante uniforme naranja del estado y las esposas. Era el murmullo de la multitud mientras se ponían de pie y cuchicheaban sobre la sospechosa bajo custodia.

—Esta corte entra en sesión —vociferó un alguacil—. El Pueblo contra Miranda Steele.

Miró a los rostros que la observaban. Estaban allí para ver a la asesina de Madison Taggart. Probablemente ya la habían juzgado y sentenciado en sus mentes, igual que Erskine y sus hombres.

Cuando llegaron al estrado, se volvió para concentrarse en el juez. No era mucho mejor. Suspendido entre dos altas banderas sobre una brillante estructura de madera, se sentaba un hombre corpulento. Sus cejas eran espesas, su cabello completamente blanco y peinado en una mezcla entre Elvis y un televangelista nocturno. Con el sello dorado del condado sobre su cabeza, el anciano parecía Dios mismo.

Carajo, estaba metida en un gran problema.

Él hojeó los papeles frente a él. Hectáreas de madera pulida cubrían el espacio detrás suyo. Toda la pared estaba revestida con ella, como la sala de estar de un hombre adinerado. Intimidante.

Miranda estudió las líneas en el rostro del juez. ¿Eran esos surcos grabados por gestos de simpatía hacia los acusados a lo largo de los

años? ¿O por muecas de condena mientras repartía duras sentencias?

Por fin, levantó la cabeza. —Este procedimiento es una lectura de cargos, no un juicio —explicó a la asamblea con un marcado acento —, una audiencia preliminar para determinar si hay causa probable.

La miró desde arriba, con una expresión cansada en sus ojos hundidos. —¿Tiene representación legal?

Ella negó con la cabeza. —No.

—¿Solicita un abogado de oficio?

¿Estaba bromeando? Un peón mal pagado del estado le costaría la vida. —No.

El juez la observó un momento, como pensando que quien se representa a sí mismo en la corte tiene a un tonto por cliente.

—Muy bien. —Acomodó su cuerpo y revisó algunos papeles más —. Señorita Steele, fue arrestada el viernes por la noche en Mockingbird Hills cerca del cuerpo de Madison Elizabeth Taggart, de trece años. Víctima de asesinato. Allanamiento, agresión a un oficial, resistencia al arresto. Posible sospecha de homicidio. —Dio vuelta a una página—. Antes esa noche, el oficial Chambers la vio hablando con tres niñas del vecindario que, debo añadir, estaban fuera más tarde de lo debido. Usted le dijo al oficial que buscaba un perro perdido. ¿Es eso correcto?

Miranda movió los pies incómoda. —Bueno, no exactamente, Su Señoría.

—¿Puede decirme qué estaba haciendo allí?

Respiró profundamente. Había pensado mucho durante el fin de semana. Había analizado todas las posibilidades en su mente varias veces. Al final, había decidido que solo había una opción.

Era hora de la verdad. —Bueno, Su Señoría, yo estaba...

De repente, hubo una conmoción detrás de ella. La multitud jadeó. Miranda se dio la vuelta cuando las puertas de la sala se abrieron y un hombre entró.

Parecía tener poco más de treinta años. Alto y delgado, vestía impecablemente un traje azul oscuro, Armani o algo similar, con una camisa blanca almidonada que resaltaba su piel morena. Su cabello era negro como el ónix. En contraste con su ropa formal, lo llevaba

en una cola de caballo larga y brillante que le llegaba hasta la cintura.

—Me disculpo, Su Señoría —dijo con acento hispano cuando llegó al estrado—. Llego tarde esta mañana. El tráfico de Atlanta, ya sabe.

El juez lo fulminó con la mirada como un león listo para devorar a su presa. —He escuchado esa excusa de usted al menos una docena de veces antes, señor Estavez. ¿Qué está haciendo en mi sala?

Sonrió con encanto y señaló hacia Miranda. —Pues defendiendo a mi cliente, por supuesto.

—Un momento. —Ella miró con desconfianza a este... este tal Estavez. Era condenadamente atractivo, rebosante de confianza. ¿De dónde diablos había salido?

—¿Está representando a la señorita Steele?

—Así es.

Y un carajo que lo estaba. Ni siquiera lo conocía. —Yo no pedí un abogado.

Él se inclinó hacia ella y le susurró al oído con ese delicioso acento. —Ahora tiene uno. Si es inteligente, aceptará el regalo, mantendrá la boca cerrada y me dejará hablar a mí.

—¿Regalo? —se burló.

Él se volvió hacia el juez. —Su Señoría, necesito un momento para consultar con mi cliente.

El juez entrecerró los ojos en un gesto feroz. —Esto es muy irregular, señor Estavez.

Estavez se llevó una mano al pecho con mirada suplicante. —Su Señoría, por favor perdóneme si he ofendido a la corte. —Si el juez hubiera sido una mujer, podría haber pensado que el abogado era un latin lover intentando seducirla.

El juez negó con la cabeza con incredulidad, aunque su cabello no se movió. —Muy bien. La corte entra en receso por cinco minutos. —Su martillo bajó, se levantó y abandonó la sala.

—¿Vamos? —Estavez tomó a Miranda por el codo y señaló hacia la mesa de la defensa como si la estuviera invitando a cenar con él.

Caminó alrededor y se sentó. —¿Quién te envió? —Como si no lo supiera ya.

El abogado abrió su maletín y sacó algunos papeles. —Un conocido mutuo. —Metió la mano en su bolsillo para sacar una pluma y colocó los papeles sobre la mesa—. Solo necesito su consentimiento en este formulario.

Ella observó a la multitud. Todos estaban chismorreando, tratando de averiguar qué estaba pasando. Tensa, miró la pluma. —¿Le importaría decirme primero quién es usted?

Él se rio. —Por supuesto. Antonio Estavez. Abogado defensor criminal. Mi tarjeta.

Otra tarjeta. La tomó y echó un vistazo al nombre del bufete de abogados. *Chatham, Grayson, y McFee*. Se encogió de hombros. —¿Es bueno?

Él mostró una sonrisa muy blanca. —Los abogados no somos conocidos por nuestra humildad, así que simplemente diré que soy uno de los mejores abogados defensores de la ciudad. Noventa y ocho por ciento de tasa de absolución.

Carajo. Ella cruzó los brazos. —¿Así que solo pasaba casualmente por la sala del tribunal y decidió entrar?

Él se rio. —Escuché sobre su caso en las noticias.

¿Había salido en las noticias? Genial. Nada como un poco de notoriedad para darle la bienvenida a una extraña en la ciudad. Miró a los espectadores nuevamente. Eso es lo que eran la mayoría. Reporteros ansiosos por una historia. Miró a Estavez con sospecha. —Wade Parker te envió, ¿verdad?

Él sonrió de nuevo. —Muy astuta, Sra. Steele. Sí. El Señor Parker me mencionó que podría necesitar mi ayuda.

—¿*Señor* Parker? ¿Y mencionó esto... cuándo?

—Hablé con él por teléfono el viernes por la noche.

¿El viernes por la noche? Parker había estado en su celda en la madrugada. Debía ser al menos las tres de la mañana cuando llamó a este tipo. Y se había marchado serenamente, como si no fuera a hacer nada en absoluto. Astuto diablo. —Usted y Parker deben ser muy cercanos.

—Podría decirse eso. El Señor Parker me salvó la vida.

—¿Uno de sus clientes le apuntó con una pistola o algo así?

—No. No me gusta hablar de ello.

Ella exhaló. —Creo que me debe un poco de información.

Él apretó los labios, luego asintió rápidamente. —El Señor Parker me sacó de las calles cuando era un adolescente que asaltaba tiendas de conveniencia para conseguir dinero para drogas. Me acogió, me enderezó, me ayudó a terminar la universidad. Si no hubiera sido por el Señor Parker, hoy no estaría de este lado de la sala.

Miranda parpadeó. ¿Parker había hecho todo eso? Bastante filantrópico de su parte.

La multitud comenzó a murmurar de nuevo, y el alguacil pidió orden mientras el juez se dirigía al estrado una vez más.

Estavez señaló los papeles. —¿Me quiere o no, Sra. Steele?

Miranda dejó escapar un suspiro. Supuso que un ex pandillero reformado con un noventa y ocho por ciento de tasa de absolución no era una mala elección. Como si tuviera otra. Incluso si decía la verdad, podría quedar encerrada por mucho tiempo sin una buena representación. Sintiéndose como si estuviera firmando su vida, revisó rápidamente el papel y garabateó su nombre.

Él lo tomó, lo metió en su maletín y se volvió hacia el estrado. El oficial le indicó que lo siguiera. Ella tomó su lugar a su lado.

Era bueno. Realmente bueno. Continuó hablando, intercambiando comentarios con el juez sobre hábeas corpus, causa probable, registro e incautación.

Pero el juez no se inmutó. —Presenta un buen caso, Sr. Estavez, pero nada de lo que ha dicho explica por qué la acusada fue encontrada de pie sobre la víctima en medio de la noche. —Escaneó a la multitud. Querían sangre. No perjudicaría sus perspectivas electorales dársela.

Estavez levantó una mano. —Tengo un testigo de carácter, Su Señoría.

—¿Testigo de carácter, Sr. Estavez? Esto es solo una audiencia.

—Tengo a alguien que puede proporcionar una coartada. ¿Puedo proceder?

Las orejas de Miranda comenzaron a arder. *¿Coartada?* Ella no tenía coartada.

El juez suspiró. —Muy bien, Sr. Estavez. Pero más le vale no estar haciendo perder mi tiempo.

El abogado se volvió y gesticuló dramáticamente hacia los oficiales cerca de la parte trasera. Abrieron las puertas, y el testigo entró en la sala.

Miranda contuvo la respiración cuando la figura rubia, vistiendo un ajustado vestido de fiesta rojo semáforo y tacones a juego de trece centímetros, se contoneó por el pasillo.

Era Coco. De El Club Gecko.

Pasó entre los espectadores atónitos, ignorando a las mujeres con la boca abierta y los hombres con las lenguas colgando hasta la barbilla. Cuadró los hombros y continuó hacia el estrado con determinación en su bonito rostro.

Cuando se acercó, Estavez se iluminó como un petardo del Cinco de Mayo. Miranda realmente necesitaba hablar con esa chica sobre su ropa.

—Su Señoría —continuó Estavez—. Esta es Cora Beth Hinsley. Puede testificar que una hora antes de su arresto, Miranda Steele estaba con ella en un establecimiento de Buckhead llamado El Club Gecko donde ocurrió una... altercación y se llamó a la policía. —Le entregó un papel a un oficial, quien lo llevó al juez—. Por favor, note la hora en el informe policial.

Las cejas del juez se retorcieron con sospecha. —¿Es eso cierto, Srta. Hinsley?

—Es Sra. Hinsley. —Asintió—. Oh sí, Su Señoría. ¿Hay una Biblia o algo sobre lo que pueda jurarlo? Lo haré.

Ahora lo entendía. Parker debió haber conseguido la tarjeta de Coco de entre sus cosas. Las cosas que los policías habían confiscado. Le susurró a Estavez: —Parker tiene buenas relaciones con la policía, ¿verdad?

Él sonrió. —El Señor Parker puede conseguir todo lo que quiera. —Se volvió hacia el juez—. El informe de la autopsia indica que el algor mortis, el enfriamiento del cuerpo, señala que Madison Taggart fue asesinada no más de una hora y media antes de ser encontrada. Eso sería alrededor de las once de la noche. Era viernes por la noche. La Sra. Steele no podría haber atravesado el tráfico en la

zona de Buckhead y haberse encontrado con la Sra. Hinsley en El Club Gecko a tiempo. Es altamente improbable que ella matara a la chica después de salir del club.

Estuvo cerca, pero no lo suficiente.

El juez se llevó una mano a la cabeza como si tuviera una terrible migraña. No iba a ser quien enviara a prisión al asesino de Madison Taggart. Al menos no esta mañana. Furioso, golpeó su mazo contra el estrado. —Evidencia insuficiente. Caso desestimado —luego señaló con un dedo a Miranda—. Asegúrese de no abandonar la ciudad mientras continúa esta investigación.

Ella asintió. —Sí, señor —No tenía intención de hacerlo.

###

En una pequeña habitación al final del pasillo, Miranda se quitó el mono naranja y volvió a ponerse los jeans sucios y la camiseta manchada de sangre que había usado el viernes por la noche. Si hubiera sabido que Coco vendría, le habría pedido un cambio de ropa. Aunque seguramente estaría cubierta de lentejuelas.

Terminó rápidamente, salió al pasillo, y apenas tuvo tiempo de frotarse las muñecas, ahora libres de las esposas, antes de que Estavez las apresurara a ella y a Coco por una puerta lateral y por otro pasillo para evitar a los hambrientos reporteros. La llevó a Procesamiento, donde le devolvieron su mapa, la correa del perro y, lo más importante, su carta de Los Buscadores.

Era libre.

Su nuevo abogado las escoltó a ambas por una puerta lateral hasta el estacionamiento donde alguien había aparcado su viejo y destartalado Lumina azul.

Sintiéndose un poco aturdida, se volvió hacia él. —No sé qué decir.

Los ojos oscuros de Estavez brillaron. —No necesita decir nada, señorita Steele. El placer fue mío.

Supuso que le gustaba ganar, pero ella estaba agradecida por la magia que había obrado. —Gracias. De verdad.

—De nada.

—Ah, y agradézcale también a ese conocido mutuo nuestro.

Él sonrió. —Me aseguraré de hacerlo.

Ella se rascó el cuello. —¿No le debo dinero por esto, verdad?

—Ni un centavo. Pro bono.

Ella entrecerró un ojo. —Eso es jerga de abogados para "sin cargo", ¿cierto?

Él se rio. —Está en lo correcto.

Tenía que asegurarse. Se volvió hacia Coco, extendió la mano para estrecharla. —Supongo que es mi turno de dar las gracias.

Con lágrimas en los ojos, la mujer ignoró su mano, la abrazó y le dio un beso en la mejilla. —Oh, Miranda. Me alegra tanto poder ayudarte. Siempre puedes contar conmigo. ¿Necesitas algo más?

Caramba, no hacía falta ponerse tan emotiva. Miranda se apartó. —Eh, está bien. Supongo que ahora estamos a mano.

Ella pareció un poco decepcionada.

Miranda hizo una mueca. No quería herir sus sentimientos. Especialmente después de lo que acababa de hacer. —Quizás te llame alguna vez.

Se animó. —¿Todavía tienes mi tarjeta?

Miranda se encogió de hombros. No estaba con sus cosas. Parker la tenía.

Coco sacó otra de la pequeña cartera que llevaba. —Aquí tienes.

Miranda la tomó. —Gracias.

—¿Puedo llevarla a algún lado, señora Hinsley? —preguntó Estavez con su ardiente acento latino.

Coco lo miró por un momento como si hubiera olvidado dónde vivía. Luego reaccionó. —Oh, no, gracias. Tengo mi auto. Tengo que regresar. Dexter tiene la tarde libre. Me va a llevar de compras.

Ahora fue el turno del abogado de parecer decepcionado. —Ya veo. Espero que lo disfrute.

—Lo haré.

—Gracias por ayudarnos hoy —Le extendió la mano.

Con delicadeza, ella la estrechó. Volvía a tener esa mirada soñadora. —No hay de qué. Cuando quiera —Se volvió hacia Miranda con sus grandes ojos azules y se rio—. No es que vayas a ser arrestada de nuevo ni nada por el estilo —Miró a Estavez una vez más, luego se alejó de la acera—. Bueno, tengo que irme. Dexter estará en casa pronto. Adiós.

—Adiós —dijeron Miranda y Estavez al unísono.

Miranda miró a Estavez. Él tenía el mismo tipo de mirada distante. Hmm. Más le valía tener cuidado. Si lo que Coco le había contado sobre el temperamento de Dexter era cierto, no le gustaría que un abogado latino de sangre caliente mirara así a su esposa. Podría desquitarse con ella.

—Gracias de nuevo —le dijo.

—No hay de qué —Seguía mirando a Coco.

Mientras Miranda caminaba hacia su auto, la invadió una sensación de vacío. Había escapado de una acusación de asesinato, pero en lo que respectaba a Amy, estaba de vuelta en el punto de partida. Y ahora la policía la estaría vigilando.

Tendría que ser cuidadosa al buscar a la niña que escribió esa carta. Si alguien en el vecindario descubría quién era, podría terminar de nuevo en la cárcel por hablar con niños. Pero deseaba poder hablar de nuevo con Ashley Ingram. Quizás debería comprar un perro de verdad.

¿Y qué pasaba con la pobre Madison Taggart? Si tan solo pudiera ayudar de alguna manera. Le encantaría hacer algo para atrapar a ese asesino. Pero, ¿qué sabía ella sobre cómo perseguir a los asesinos?

Al llegar a su auto, miró su reloj. Era lunes. El segundo turno en la cuadrilla de carreteras comenzaría en unas horas. Mejor irse a casa, ducharse, dormir un poco y volver a su trabajo de mierda. Al menos su momento era bueno. Nadie en la cuadrilla sospecharía nada sobre su loco fin de semana.

CAPÍTULO NUEVE

Jamás en sus más locos sueños Miranda hubiera pensado que se alegraría tanto de ver al grupo de tipos rudos con los que trabajaba en la cuadrilla de carreteras. Pero cuando abordó el transporte esa tarde para ir al sitio de trabajo y se dejó caer junto a Dupree, el corpulento operador de rodillo, quería besarlo. Quería darle a cada uno de sus compañeros de trabajo un gran y jugoso beso.

Ahora que su fin de semana de terror y sus quince minutos de fama habían terminado, se alegraba de volver a su habitual anonimato cotidiano. Una ducha, una siesta y un sándwich la habían hecho sentir humana de nuevo.

Eso fue, hasta que notó al flaco Lester, el operador de enrasadora más viejo, en el banco opuesto leyendo el *Atlanta Journal Constitution*.

Profundas líneas surcaban su frente oscura mientras se rascaba la barba castaña desaliñada. —Maldita vergüenza —murmuró con su marcado acento sureño.

A su lado Gibbs, el pavimentador, un tipo grande y fornido con tatuajes de rosas y tibias cruzadas en los brazos, frunció el ceño. —Si no estuvieras acaparando el periódico, tal vez sabríamos de qué estás hablando, viejo.

Lester le dio un manotazo con el periódico y luego se lo entregó. —Estoy hablando de lo que le pasó a esa niña rica el viernes por la noche.

Gibbs abrió el periódico y Dupree miró por encima de su hombro, levantando sus pobladas cejas. —¿Esa chica que encontraron fuera de la mansión?

—Sí —Lester sonrió con sarcasmo—. Todos los ricachones encopetados de Buckhead están alborotados. Peor que cuando

hicieron campaña para cerrar los bares temprano.

—¿Atraparon al asesino? —preguntó Dupree.

Lester golpeó la página con el dedo. —Dice aquí que se llevaron a una mujer.

Gibbs se subió las gafas de sol sobre su cabeza calva con el brazo de las rosas. —¿Una *mujer* la mató?

—Horrible —murmuró Dupree.

Oh, no. Miranda se encogió y rogó a Dios que el periódico no hubiera mencionado su nombre. Parece que no era exactamente al anonimato a lo que estaba volviendo. Debía vigilar lo que decía. Nunca podría explicarles a este grupo que estaba buscando a su hija.

Joan Fanuzzi, una madre soltera bajita y de pelo oscuro de Nueva York con tres hijos, y la única otra mujer en el turno además de la capataz, se sentó al otro lado de Miranda. Sacudió un dedo hacia Lester. —Esa mujer no lo hizo —dijo con su acento de Brooklyn—. La soltaron esta mañana. Yo recibo *mis* noticias por la radio. Lo escuché mientras conducía hacia acá.

Dupree sacudió la cabeza. —Esa es la justicia para ti. Atrapan a la asesina y luego la dejan ir.

Miranda miró fijamente las tablas que cubrían el suelo del camión. Ciertamente había muchos nudos en ellas.

—Ella no lo hizo —repitió Fanuzzi—. El alcalde dio una conferencia de prensa al respecto. Creo que fue uno de los vecinos. Algún pervertido, probablemente.

Gibbs dobló el periódico y lo colocó en el banco. —¿Dijo por qué la dejaron ir?

Fanuzzi resopló y puso los ojos en blanco. —Ella. No. Lo. Hizo. Todo lo que dijo el alcalde fue que la tasa de criminalidad en Atlanta es la más baja en una década.

—Estupideces políticas —Gibbs cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Pensarías que harían más en un lugar como Mockingbird Hills.

El rostro de Fanuzzi adoptó una expresión preocupada. —Sí, es malo cuando ni siquiera los hijos de los ricos están seguros. Me hace preocuparme aún más por mis tres.

—Maldita vergüenza —dijo Lester nuevamente.

—Maldita vergüenza.

Todos se volvieron hacia la esquina donde un tipo negro alto y delgado de unos veinte años estaba sentado solo. Su nombre era Truman. Todos decían que la empresa constructora lo había contratado porque tenían que hacerlo. Tenía algún tipo de discapacidad.

—¿Eso crees, Truman? —preguntó Lester.

Todos decían que era lento, pero Truman sabía de qué hablaban sus compañeros. Sacudió la cabeza. —Maldita vergüenza —murmuró en voz baja—. ¿En qué se está convirtiendo este mundo?

A su lado, Fanuzzi le dio un codazo a Miranda. —¿Qué piensas, Murray? —Toda la cuadrilla la llamaba Murray.

Miranda tragó saliva. —Eh, soy nueva en la ciudad, así que no conozco el lugar. Pero creo que es horrible. —Pensó en el cuerpo de Madison Taggart en sus brazos.

Fanuzzi agarró el periódico del banco y lo hojeó, luego mostró una amplia sonrisa. —Han puesto a lo mejor de Atlanta en el caso.

—¿La policía? —dijo Gibbs.

—Diablos, no. Wade Parker. El investigador privado más famoso de Atlanta. Es guapo, ¿verdad, Murray? —Fanuzzi le dio otro codazo y señaló su foto.

Miranda miró la imagen de Wade Russell Parker Tercero. Su cabello pulcramente peinado, entrecano, sus ojos conocedores, su aire confiado y su rostro atractivo, todo tan cautivador como el viernes por la noche en su celda. Distraídamente, se preguntó si él había tenido algo que ver con mantener su nombre fuera de los periódicos. —Está bien.

—Rico como Salomón, ese. No tiene que trabajar. Su familia está forrada. Aun así lo hace para luchar contra el crimen. Todas las mujeres lo quieren. —Le sonrió a Miranda.

Miranda simplemente puso los ojos en blanco.

—¿Te calienta el detective privado, Murray?

Miranda levantó la vista y vio a la capataz de la cuadrilla mirándola lascivamente desde la cabina con aire acondicionado. A la jefa le gustaba sentarse allí con el conductor en los días calurosos,

pero mantenía la ventana trasera entreabierta para escuchar la conversación de su cuadrilla. Paranoica.

Su nombre era Clark, pero todos la llamaban Gorda Mama. Era una mujer enorme. Un metro ochenta de altura. Casi igual de ancha. Sus brazos eran como jamones y sus piernas como troncos de árboles. Cuando se movía por el lugar de trabajo con el paso de un rinoceronte en estampida, todos se apartaban de su camino.

Miranda observó su enmarañado cabello rojo que rara vez peinaba, sus ojos ardientes que casi hacían juego con su pelo, la enorme boca que le gustaba usar para intimidar a su equipo. Era la típica jefa tirana. Podría haber tomado lecciones de Hitler.

Giró la cabeza y miró por la ventana trasera. —No yo. Prefiero mantenerme sola.

Mamá Gorda sonrió con malicia. —¿Una solitaria, eh? Quizás te gustan otras chicas. O tal vez te gustaría hacerlo con Truman.

El joven asintió con entusiasmo. —A Truman le gusta Miwanda.

Miranda se volvió y fulminó con la mirada a su jefa. ¿Por qué la perra siempre se metía con el pobre tipo? Sí, me pregunto cómo serán tus citas típicas. Pero mantuvo la boca cerrada.

—No, señor. Wade Parker no es ningún pez gordo —dijo Fanuzzi, aún mirando fijamente la foto—. Siempre está ayudando a resolver algún crimen que la policía no puede manejar.

—Es bueno —confirmó Gibbs—. Malditamente bueno.

El camión levantó una nube de polvo de arcilla roja mientras entraba al sitio de trabajo y se detuvo con un chirrido. Miranda sintió una ola de alivio.

—¿Crees que atrapará al asesino, Les? —preguntó Dupree, poniéndose de pie.

—Espero que sí. La policía no lo hará.

###

Miranda agarró su casco y chaleco reflectante del gancho y saltó al pavimento. Detrás de ella, Mamá Gorda salió de la cabina y comenzó a ladrar órdenes. Todos tomaron herramientas o subieron a las grandes máquinas amarillas y se pusieron a trabajar.

El título oficial de Miranda era Operaria de Rastrillo. Eso significaba que tenía que reparar cualquier imperfección en el asfalto

con un rastrillo antes del aplanado, que era la tarea de Dupree.

Bajo la dirección de Fanuzzi, el camión pavimentador de Gibbs rugía sobre la superficie, colocando la mezcla caliente, mientras Lester, Miranda y los otros alisaban el espeso y maloliente brea negra antes de que Dupree pasara siseando por detrás, encaramado en el pesado y lento rodillo.

Era un trabajo de mierda. Caluroso, sucio, pero pagaba las cuentas y además ejercitaba sus músculos de los brazos, manteniéndolos delgados y fuertes, igual que cualquier elegante gimnasio de Buckhead. El sudor le corría por la espalda mientras trabajaba con su rastrillo sobre la pegajosa masa, y se preguntaba por qué siempre aceptaba los peores trabajos, nunca volvía a la escuela, nunca intentaba superarse. Había tomado algunos cursos en la universidad comunitaria años atrás después de dejar el refugio para mujeres, pero había perdido el interés después de un tiempo. Era inquieta, no quería estar atada a un trabajo de nueve a cinco. Quería libertad.

Mientras tuviera algo de dinero en el banco, podía dejar un trabajo de mierda como este en cualquier momento que le diera el impulso. Podía seguir adelante e ir a cualquier parte del país. Y lo había hecho. Ahora mismo, por supuesto, estaba sin dinero. Se quedaría quieta por un tiempo. Esta vez, tenía una razón para quedarse.

El sol de Georgia trabajaba tan duro como el equipo. La ola de calor de principios de primavera aún no había terminado y la humedad estaba bien por encima del sesenta por ciento. Todo estaba cubierto con un fino polvo amarillo de polen de los pinos locales que le hacía picar la nariz —un símbolo anual de la primavera en Atlanta— había aprendido Miranda.

Después de una hora más o menos, ella y Lester se detuvieron para limpiarse la cara con trapos y beber agua de las botellas plásticas en sus caderas.

Su mente divagó hacia el sexy detective que había visitado su celda el viernes por la noche. Fanuzzi parecía pensar que era el mejor investigador privado del planeta. Si Wade Parker era tan bueno como todos decían, tendría al verdadero asesino tras las rejas

en un abrir y cerrar de ojos. Después de eso, podría buscar a Ashley Ingram y a las chicas Todd para explicarles qué estaba haciendo en la mansión Ingram el viernes por la noche. Se imaginó a todas riéndose juntas sobre eso y a la pequeña Ashley recitando una lista de amigos que habían sido adoptados.

Bueno, no podrían estar tan alegres tras la muerte de Madison Taggart.

¿Qué había pasado con la pobre chica cuyo cuerpo sin vida había sostenido en sus brazos? Habiéndolo visto, tocado, Miranda estaba aún más indignada por el asesinato que su equipo. Si hubiera algo... cualquier cosa en el mundo que pudiera hacer para ayudar a encarcelar al asesino, lo haría. Pero no lo había.

Deslizó su botella de nuevo en su lugar y se volvió hacia Lester. —¿Estás listo para volver al trabajo?

—En un minuto. —Se pasó el flaco brazo por la bronceada frente y miró fijamente hacia la carretera.

Ella siguió su mirada. Estaban repavimentando un tramo de la I-85 justo al sur de Freedom Parkway. La interestatal era una de las más transitadas y peligrosas de Atlanta. Tenían que reducir el tráfico a dos carriles para trabajar, y a los conductores no les gustaba ni un poco. Los coches comenzaban a acumularse, luego aceleraban cuando la carretera se despejaba. No era la forma más segura de conducir cerca de un equipo de carretera.

—Los automovilistas están inquietos hoy.

Miranda se encogió de hombros. —No los culpo por estar irritables. —Pero estaba preocupada por Truman, que cojeaba de un lado a otro junto al área de trabajo, con un palo naranja en la mano. Como Abanderado, trataba de hacer que los conductores redujeran la velocidad. Debido a su discapacidad, tenía un trabajo aún peor que el de ella y Lester.

Podía oírlo murmurar para sí mismo, lo que hacía cuando estaba nervioso. —Mamá Gorda dice Truman, sostén la bandera. Truman, haz que esos coches vayan más despacio. Es pelig'oso aquí afuera.

Pobre tipo. Era inofensivo y siempre había sido amable con ella.

Un coche pasó zumbando. Truman agitó sus manos arriba y abajo tratando de hacer que redujera la velocidad. No lo hizo. Era

pelig'oso tratar de controlar a los conductores de Atlanta. Conducían como almas que lleva el diablo. Otro coche se acercó a los trabajadores, vacilando a través del carril cuando el conductor se dio cuenta de que estaba en una zona de construcción.

Miranda pensó en las historias de accidentes fatales que había escuchado. —¡Cuidado, Truman! —le gritó.

Mientras el auto pasaba, alcanzó a ver rápidamente a los ocupantes. El conductor le gritaba a una mujer en el asiento del pasajero. Creyó reconocer la cabeza rubia. ¿Coco? No, el sol debía estarle afectando.

La voz de Truman se elevó por encima del ruido del tráfico. —¡Más despacio! Los coches no quieren ir más despacio. Truman tiene miedo.

Miranda le entregó su rastrillo a Lester y trotó hacia él. —¿Estás teniendo un mal día, Truman?

Su cabeza se balanceaba arriba y abajo. Estaba nervioso. —Los coches no reducen la velocidad. Truman tiene que sentarse un minuto.

Miranda echó un vistazo al tramo de césped junto a la carretera donde los habían dejado. Normalmente, Mamá Gorda hacía rondas para vigilar a todos, pero hoy estaba absorta en una conversación con el tipo que conducía el camión de refrigerios. ¿Discutiendo el tamaño de sus sándwiches?

Se volvió hacia Truman. —¿Por qué no te tomas un descanso? Yo sostendré la bandera un rato.

—No, Miwanda —siempre tenía problemas con su nombre.

—Vamos. Dame la bandera.

Meneó la cabeza de un lado a otro. —A Mamá Gorda no le gusta.

—Yo me encargo de Mamá Gorda. No te preocupes. Todo estará bien.

Dudó otro momento, luego le entregó el palo. —Gracias, Miwanda, gracias —murmuró y se alejó arrastrando los pies hacia un lado, sentándose en el divisor de cemento al borde de la carretera.

Gibbs dijo que nació con esa pierna lisiada. Su corazón se conmovió por él.

Se volvió hacia el tráfico y agitó la bandera de un lado a otro con grandes movimientos, pero los coches solo redujeron un poco la velocidad. Debe ser el nivel de polen o el calor que está volviendo extra locos a los conductores hoy. No le prestaban mucha más atención a ella que a Truman. Luego notó que un par de señales de la zona de trabajo se habían caído más adelante. Diablos.

Agitando la bandera agresivamente hacia los conductores, trotó hasta las señales y las volvió a colocar una por una.

Listo, pensó, regresando a su puesto. Los conductores comenzaron a reducir la velocidad ahora. Tal vez eso haría las cosas más fáciles para Truman. El pavimento se estaba secando, y ella tenía que volver a su rastrillo.

—¿Estás listo para volver, Truman?

No respondió.

Le daría otro minuto más. Entonces vio una sombra detrás de ella. Se dio la vuelta.

Mamá Gorda estaba de pie con sus grandes puños en las caderas, mirándola fijamente, con ojos rojos ardiendo. —¿Qué demonios estás haciendo, Murray?

—Solo estoy ayudando. Truman necesitaba un descanso.

Las venas en su cuello sobresalían. Una bocanada de humo podría haber salido disparada de su nariz. Definitivamente no estaba contenta. Se golpeó el pecho. —Yo soy quien ordena los descansos aquí.

Miranda respiró profundo para contener su temperamento. —Estaba nervioso. Un coche casi lo atropella.

—¿Y qué? Si no puede soportar el calor, no debería estar trabajando aquí.

¿Y tú eres un brillante ejemplo de cualificación? Le costó todo su esfuerzo no escupir las palabras. A la mujer le encantaría despedir a Truman, pero con su discapacidad, atraería una demanda contra la compañía constructora. Así que se conformaba con hacer su vida un infierno. La perra.

Mamá Gorda hizo un gesto hacia Lester. —Vuelve a tu rastrillo. El asfalto se está secando.

Se secaría en unos minutos, pero todavía había un poco de tiempo. —Solo dale a Truman un segundo o dos más.

Un rugido salió de su pecho. —¿Quién crees que es la jefa en este turno?

—Mira, él solo necesita...

Sus ojos llamearon. —No necesito que una buena para nada como tú me diga cómo hacer mi trabajo —estiró el brazo y la empujó—. Dije, vuelve a tu rastrillo.

El puño de Miranda se echó hacia atrás instintivamente. Hizo todo lo posible para evitar atravesar el cráneo de la mujer. Pero necesitaba este cheque de pago. Se obligó a entregar la bandera a Mamá Gorda.

La mujer corpulenta hizo un gesto a Truman. —Oye, imbécil. Vuelve al trabajo, si quieres conservar tu empleo.

Truman parecía un cachorro perdido mientras se apresuraba hacia el costado de la carretera. Mamá Gorda le puso la bandera en la mano. —No vuelvas a abandonar tu puesto.

—Sí, señora —asintió—. Truman no se irá.

Ella se paró sobre él, vigilando cada uno de sus movimientos.

Rechinando los dientes, Miranda regresó a su lugar y recuperó su rastrillo de Lester, quien solo negó con la cabeza.

Con el calor quemándole la nuca, rastrillaba el asfalto, tratando de controlar su rabia. Su cabello estaba recogido en su habitual cola de caballo, pero su espesa melena se pegaba a su cuello. Irritada, se la apartó. Si tan solo pudiera atrapar a esa perra a solas en un callejón alguna noche.

Todo estuvo bien por un rato. Gibbs avanzaba poco a poco en la pavimentadora rugiente, Dupree silbaba y rodaba. Estaban progresando. El tráfico se acumuló y los conductores tuvieron que reducir la velocidad.

Pero después de unos minutos más, se despejó y aceleraron de nuevo. Un chico en un Buick pasó zumbando. Truman saltó.

—Cobarde —Mamá Gorda estaba detrás de él, todavía microadministrando.

—Truman asustado, Mamá Gorda —suplicó.

Ella cruzó sus grandes brazos y sacudió las papadas. —Demuestra lo inadecuado que eres para este trabajo.

Con aspecto herido, Truman agachó la cabeza y agitó débilmente la bandera. Otro coche pasó zumbando.

—¿Qué clase de cobarde eres? —marchó hacia él y le dio un empujón.

Él tropezó y pisó el carril. Un Audi que se acercaba tocó la bocina y lo esquivó.

Miranda dejó de rastrillar.

Mamá Gorda debió sentir su mirada. Lentamente, giró la cabeza. —Vuelve al trabajo, Murray. Este no es asunto tuyo. Rastrilla esa mezcla caliente. Me gustaría verte hacer algo bien por una vez.

Miranda enderezó la espalda. Ya era suficiente. Algunos habrían informado del incidente a los superiores, pero ella nunca fue de las que seguían los canales convencionales. —¿Sabes qué me gustaría ver, Mamá Gorda?

Los ojos de la mujer se entrecerraron y su gran nariz se arrugó como una ciruela podrida. —¿Qué?

Miranda ladeó la cabeza y levantó la herramienta en su mano. —Cuánto puedo meterte este rastrillo por el culo.

Lentamente, la montaña de perra giró, el Monte Vesubio entrando en erupción en sus ojos. —¿Quieres enfrentarte a mí, Murray?

—Sí, creo que sí.

Ella se rio. —Me gustaría ver eso.

Miranda sonrió. —Es tu día de suerte.

El camión pavimentador de Gibbs frenó con un chirrido. Dupree detuvo la aplanadora y saltó. —Oye, ¿qué está pasando?

Con un eructo gutural, la enorme mujer se quitó el chaleco naranja y se lo entregó. —No te metas en mi camino.

Lester retrocedió, mientras Miranda arrojaba su rastrillo, se quitaba su propio chaleco y lo lanzaba a un lado. Adiós a este trabajo.

La Mamá Gorda se acercó y se agachó. Miranda dobló las rodillas y se puso en cuclillas en su versión favorita del *mabu*, la postura del

caballo que cada sensei con el que había entrenado le había inculcado. Levantó los puños hacia su cara.

Durante varios momentos se miraron fijamente.

Todos en la cuadrilla dejaron de trabajar y se reunieron en círculo. Nadie dijo una palabra. El único sonido era el tráfico que circulaba por la carretera.

De repente, chillando como La Criatura de la Laguna Negra, Mamá Gorda arremetió. Precipitándose hacia ella, extendió sus manos gruesas y fornidas como dos grandes cangrejos, apuntando directo a la garganta.

Miranda mantuvo la mirada en la masa enorme, se obligó a permanecer quieta, a respirar. Luego, justo cuando la mujer-monstruo la alcanzó, deslizó sus brazos entre las garras y las separó como un cascanueces.

Ja. Defensa personal básica. Se apartó y el impulso llevó a Mamá Gorda más allá de ella, directo hacia una fila de barriles naranjas de carretera. La mujer cayó con un ruidoso estrépito y un "¡uf!".

—¡Caramba! —exclamó Lester.

Gibbs trotó para recoger los barriles. —¿Por qué no lo dejas ya, Mamá Gorda? —dijo, ayudándola a ponerse de pie—. Tenemos trabajo que hacer. —Siempre había sido un lameculos.

Mamá Gorda lo empujó. —Cállate, Gibbs. —Miró fijamente a Miranda—. Te haré pagar por eso, Murray.

Ella curvó un labio. —No lo creo.

—¿Ah, no? —Con su rostro llenándose de un grado imposible de odio, pisoteó el suelo como un toro en un ruedo español. Luego cargó de nuevo.

Miranda intentó otro paso lateral, pero Mamá Gorda había aprendido la lección. Esta vez, ajustó su puntería y su gruesa palma golpeó a Miranda en el hombro con toda su fuerza.

Con la clavícula ardiendo, Miranda tropezó hacia atrás hasta el carril de tráfico. Sabía que era demasiado pronto para celebrar. Un sedán se detuvo con un chirrido a solo unos pies de distancia. A esa perra no le importaba si mataba a alguien, ¿verdad? Con el corazón latiendo con fuerza, Miranda recuperó el equilibrio y miró fijamente

al auto. El conductor se marchó, sin querer formar parte del caos que se avecinaba.

Se centró. *La fuerza, la fuerza mental, era la clave*. Ya no era la mujer débil y sumisa que había sido años atrás. Nunca volvería a serlo.

Volvió a pisar la superficie alquitranada. Ese era el problema. El suelo estaba demasiado pegajoso para moverse bien.

Antes de que pudiera averiguar qué hacer al respecto, la Mujer Toro embistió nuevamente. Esta vez, cuando la alcanzó, Miranda giró y lanzó su pierna en una patada baja que aterrizó en el muslo de la perra.

Mamá Gorda tropezó, se recuperó. Pero la patada apenas la afectó. Rodeó la cintura de Miranda con una mano, la agarró de la cola de caballo con la otra y tiró de su cabeza hacia atrás.

—¡Oye! —gritó—. Eso duele.

—Apuesto a que sí. —Mamá Gorda tiró más fuerte.

—Ya basta.

—Oblígame. —Otro tirón. El cielo se tambaleó sobre ella. Manchas bailaban ante sus ojos. Sentía que iba a vomitar, pero tal vez era por el olor corporal sudoroso de la mujer. Aun así, Miranda se preguntó si la perra podría romperle el cuello de esta manera. Mareada, se concentró en la fea cara gruñona sobre ella, vio la carne flácida bajo la mandíbula moviéndose de un lado a otro. Ahí estaba. Tiro limpio.

Lentamente, echó el brazo hacia atrás. —Mamá Gorda, nunca hubiera imaginado que peleabas como una niña. —Con una risa, Miranda levantó el puño con fuerza y asestó el golpe justo en el blanco, derribando todas las papadas de la mujer.

Ella se tambaleó hacia atrás y contra el neumático del camión pavimentador.

—¡Así se hace, chica! —gritó Fanuzzi desde la línea lateral.

Miranda se sacudió los jeans. —Bien, Mamá Gorda. Es suficiente. Es hora de admitir la derrota.

La mujer grande se sacudió como si saliera de un sueño profundo. —¿Derrota? —se burló—. ¿A eso le llamas derrota?

Ella levantó las manos. —Oye, no te golpeé con toda mi fuerza. Si te rompiera la mandíbula, ¿quién humillaría a los trabajadores?

Debería haber terminado. Pero la mujer no podía admitir una derrota. —No he terminado contigo, Murray —gritó.

—¿Ah, no?

—No. Y después de acabar contigo, destrozaré a ese imbécil de allá. —Señaló a Truman.

¿Truman? ¿Se atrevería a atacar al indefenso Truman? La rabia estalló dentro de ella. Se inflamó en su interior. Esa furia incontrolable que podía arrasar su cerebro como un huracán, borrando sus sentidos. Olvídate de respirar. Olvídate de la estrategia. Olvídate del control.

Abrió la boca y soltó un *kiai*. Ese grito gutural de empoderamiento. Su grito de batalla.

Con el grito en su garganta, corrió a toda velocidad por el asfalto, se abalanzó sobre la mujer, saltó sobre ella, sintió sus rodillas raspar el pavimento mientras sus cuerpos caían con un golpe sordo sobre la superficie alquitranada. A horcajadas sobre ella, se irguió y con todas sus fuerzas, golpeó las mejillas de la perra. La expresión en su cara gorda era tanto de conmoción como de dolor. A Miranda no le importaba. Simplemente siguió golpeando. Golpeando. Golpeando.

Poco a poco, se dio cuenta de las voces a su alrededor. Gritos. Alguien le agarró los brazos. Ella luchó, forcejeó, se retorció, sus golpes batiendo el aire. Pero no pudo impedir que quien fuera la pusiera de pie.

—¿Clark? ¿Qué está pasando? —Era el supervisor jefe.

Uno de los lacayos del supervisor se arrodilló, colocó una mano bajo la cabeza de Mamá Gorda. —¿Estás bien?

Sus ojos estaban hinchados, su labio sangraba. Se parecía un poco a Rocky después de su pelea con Apollo Creed, pero no estaba diciendo "Yo, Adrian". Con mano temblorosa, levantó un dedo y lo apuntó hacia Miranda. —Le estaba diciendo a esta trabajadora que hiciera su trabajo cuando se volvió loca y me atacó.

El hombre se volvió hacia Miranda. —¿Es eso cierto?

No exactamente. Pero si mencionaba a Truman, solo sería peor para él. —Ella me estaba acosando.

—Nunca acoso a mis trabajadores. No si hacen su trabajo. No puedo trabajar con ella, Harry.

Harry y su subordinado ayudaron a Mamá Gorda a ponerse de pie, luego la llevaron aparte para una pequeña charla.

Miranda se volvió hacia el equipo. La miraron en silencio atónito. Todos podían adivinar lo que Mamá Gorda le estaba diciendo al jefe supervisor. La mujer tenía buenas conexiones con sus superiores.

Después de otro minuto, Harry regresó. —Lo siento, Steele. Tengo que enviarte a casa.

—¿Estoy despedida?

—Suspendida. Veremos si podemos encontrar otra posición para ti en un par de semanas.

Claro. Buen trabajo para cubrirse. Ya había escuchado eso antes. —Gracias por nada. —Pero no esperaba menos. Se volvió hacia Fanuzzi—. Cuida de Truman, ¿quieres?

Fanuzzi asintió.

Con su sentido de victoria desvaneciéndose en el olvido, Miranda agarró sus cosas y se dirigió al transporte.

###

Wade Parker estaba sentado en su Mazda de color neutro en el estacionamiento elevado cerca de la universidad y exhaló el aliento que había estado conteniendo desde que comenzó la pelea en la interestatal. Bajó sus binoculares y dejó su teléfono celular.

Estaba a punto de llamar a las oficinas centrales de la constructora para presentar una queja sobre el trato a sus empleados discapacitados cuando comenzó el altercado. Entonces quiso llamar a Hosea, llamar al 911, bajar por un árbol y venir en su ayuda. Pero ella no lo había necesitado. No estaba muy seguro de lo que Miranda Steele le estaba haciendo a su sentido de caballerosidad sureña, pero no podía evitar estar impresionado.

Demonios, qué mujer.

Aunque su jefa era enorme, ella había usado su tamaño en su contra. Se había mantenido firme, la había superado con maniobras, la habría acabado si los hombres no la hubieran apartado.

Obviamente, tenía entrenamiento. Era ágil, grácil, aunque demasiado emocional en su ataque. Rara vez había visto a una mujer con tal coraje, tal audacia, tal convicción.

Había sacrificado voluntariamente su propio trabajo para defender al desafortunado joven con la cojera. La admiración creció dentro de él.

Miranda Steele era asombrosa.

El viernes por la noche en su celda, cuando ella le dio la vuelta a la situación y lo bombardeó con preguntas, se había sentido desconcertado. Avergonzado de que ella hubiera obtenido información de él primero. Luego se dio cuenta de lo que había encontrado.

Era creativa. Brillante. Perspicaz. Intuitiva. Con la tenacidad de un sabueso rabioso. Cualidades que no se pueden enseñar.

Es cierto, su investigación de antecedentes reveló que tenía un historial, que era una vagabunda con un historial laboral irregular. Hechos que normalmente eliminaban a un prospecto. Pero había decidido dejar de lado esa regla en su caso. Él reconocía el talento. Su objetivo era reclutar a los mejores. Así era como había convertido a la Agencia Parker en la mejor firma de investigación del estado, posiblemente del país.

Tenía que tenerla. Como recluta, claro está. Miranda Steele sería una excelente aprendiz.

No podría haber estado más orgulloso de Antonio por su trabajo en la sala del tribunal si fuera su propio hijo. Después de que el hábil abogado defensor llamara esta mañana para decirle que los cargos contra ella habían sido retirados, luchó con la idea un rato, luego decidió visitar a la irascible señorita Steele para discutir un puesto en la Agencia. La encontró aquí y decidió observarla trabajando un poco, esperar hasta que tomara un descanso.

Vaya que la había observado.

Una vez más, levantó sus binoculares y la vio abandonar el sitio de trabajo. Su andar era decidido, confiado. No se parecía en nada a alguien que acababa de ser despedido de un puesto. Había perdido su banda para el cabello en la pelea, y la brisa jugaba con sus rizos oscuros y salvajes, rozándolos contra su rostro mientras caminaba.

Sus músculos delgados y firmes brillaban con sudor. Su camiseta oscura revelaba el contorno de senos firmes. A pesar de su valentía, tenía un toque de aire femenino.

Pensó en su búsqueda de su hija. En la prisión, había visto la carta de Los Buscadores de la que ella le había hablado. En su opinión, había sido escrita por una niña enojada para vengarse de sus padres. Había trabajado en casos de personas desaparecidas y los encontraba enormemente frustrantes. Encontrar a una niña adoptada de trece años era... imposible. Su corazón se conmovió por ella. Haría algunas averiguaciones, solo para quedarse tranquilo, y pondría el equipo de la Agencia a su disposición.

Al otro lado de la calle, la vio subir al camión de transporte. La mirada determinada en su rostro lo conmovió. Incluso Antonio podría no haberla liberado si no hubiera sido por el testigo de carácter que había rescatado en El Club Gecko.

Otro caso más de defender a los indefensos.

¿Era ese rasgo, esa incapacidad de dejar las cosas como están, la razón por la que Miranda Steele había tenido tantos problemas a lo largo de los años? Un cálido sentimiento se agitó dentro de él. Él mismo había tenido problemas por acciones similares. Entonces, era algo así como un alma gemela.

¿Qué podría ser con un poco de entrenamiento? El pensamiento hizo sonreír a su corazón. Un punto brillante después de la muerte de Sylvia, después del asesinato de Madison y la sensación de fracaso que lo atormentaba justo ahora.

El pesado camión de transporte arrancó, dio vueltas por el sitio de trabajo y se incorporó al tráfico.

Parker giró la llave de encendido y salió de su lugar de estacionamiento.

Sin duda, ella se dirigía a casa. Tenía su dirección del informe policial. Llegaría allí antes que ella. Lamentaba que hubiera perdido su trabajo, pero al mismo tiempo, estaba aliviado.

Ahora no tenía ninguna razón para rechazarlo.

CAPÍTULO DIEZ

Miranda salió de Peachtree Road y entró al estacionamiento de Colonial Towers, estacionó su viejo Lumina azul y apagó el motor. Sintiéndose un poco perdida, se quedó sentada un rato, mirando los setos perfectamente recortados del jardín, mientras el sol resaltaba su brillante color verde. Las cosas no estaban tan mal, ¿verdad?

No importaba realmente que estuviera sin dinero. Que acabaran de despedirla por golpear a su jefe. Que la hubieran arrestado hace tres días bajo sospecha de asesinato. Que hubiera tenido a una chica muerta en sus brazos. Que después de más de un mes en Buckhead, no hubiera avanzado nada en sus intentos de encontrar a Amy. Era solo otra semana común y corriente.

De alguna manera, no estaba convencida.

Con un gemido, sacó las llaves del encendido y salió del auto. No es que el trabajo en la cuadrilla de construcción fuera su vida. Como la mayoría de los empleos que había tenido en los últimos trece años, era bastante aburrido. Solo algo para seguir recibiendo un sueldo. Para probar que podía sobrevivir.

Sobreviviría. Siempre lo hacía. Y de alguna manera, en algún lugar, encontraría a Amy.

Lo primero es lo primero. Cerró su auto con llave y miró hacia las altas torres de ladrillo rojo de su edificio de apartamentos. La renta vencía en un par de días. Tenía que conseguir otro trabajo pronto.

Se dirigió por la acera, colocando firmemente la llave de la puerta entre dos dedos, un viejo hábito que le había enseñado un instructor de defensa personal. Al doblar la esquina, sintió una presencia. Con los nervios a flor de piel, miró hacia arriba y se detuvo en seco.

Vestido con un traje color canela claro, luciendo tan suave y seguro como la había estado con su esmoquin la otra noche, estaba

Wade Russell Parker the Third. Con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, se encontraba apoyado contra la alta columna blanca de estilo sureño en la entrada de su edificio, tan casual como en la cárcel donde lo vio por primera vez.

¿Qué querría? Contuvo la respiración, irritada porque tenía que pasar junto a él para entrar, y comenzó a subir los escalones. —¿Perdió algo por aquí, señor?

Sus cejas se elevaron, luego enderezó los hombros, como si recibiera con agrado su desafío. —Buenas tardes a usted también, señorita Steele. En realidad, me preguntaba si podría discutir algo con usted.

Ahora lo entendía. "Pro bono" y un cuerno. Parker había pagado la cuenta del abogado esta mañana. Estaba aquí para cobrar. Era justo lo que necesitaba.

Se volvió para mirarlo. —¿Cómo supo dónde vivo? —Probablemente lo obtuvo de sus amigos policías o de Estavez.

—Tengo mis métodos. —Asintió hacia el edificio—. Bonito lugar.

—Era lo más barato que pude encontrar en la zona. —Como diciendo, *no tengo dinero*. Ordenó sus llaves. Debería haber sabido que no podía confiar en un abogado.

Él se acercó a la entrada, bloqueando parcialmente su acceso, y frunció el ceño. —No sabía que Colonial Towers permitía mascotas.

Ella levantó la mirada hacia ese rostro determinado y dio un paso atrás. —¿Eh?

—Ya sabes, el que perdiste la otra noche. ¿Cómo se llamaba? ¿Scruffy?

Vaya, sí que sabía cómo echárselo en cara. Fue a las escaleras y se sentó, puso su cara entre las manos. Después de todo, estaba agradecida. —Está bien. Te debo por enviar al abogado defensor al tribunal por mí.

—No lo menciones. —Se sentó a su lado.

Bueno, nunca había tratado con un cobrador de deudas más guapo y sexy. Exhaló. —¿Cuánto quieres? —Tendría que aceptar pagos en cuotas. Pequeñas.

—¿Querer?

Ella se volvió para mirarlo y pensó en Joan Fanuzzi babeando sobre su foto en el periódico. No podía culparla en absoluto. Cielos, era guapo. —Para pagar por el abogado de esta mañana.

—Ah. —Se rio, luego la miró con esos intensos ojos grises—. Pensé que podríamos llegar a un acuerdo.

Ella se tensó. —¿Qué tienes en mente?

—Pensé que podrías hacerme un servicio.

Su pecho retumbó. El hecho de que fuera rico y guapo no significaba que pudiera tomar de ella lo que quisiera. Le lanzó una mueca de desprecio. —Mira, amigo. No me importa cuánto haya costado ese elegante abogado latino. No pago favores con mi cuerpo.

Él parpadeó, luego sus labios se crisparon mientras trataba de no reír. —No ese tipo de servicio, señorita Steele. El hecho es que quedé impresionado el viernes por la noche cuando me contó sobre la búsqueda de su hija. Podría usar a alguien con su persistencia e ingenio en mi oficina.

Ella le devolvió el parpadeo. —¿Quieres *contratarme*?

—Así es. —Se inclinó un poco más cerca—. ¿Está buscando trabajo?

Algo en su tono la puso en guardia. —No sé escribir a máquina. No me gusta mucho el trabajo de oficina.

Parker estudió la forma en que su cabello oscuro enmarcaba su rostro angular. Sus largas y afiladas pestañas, esos profundos ojos azules. La forma desafiante en que sostenía su barbilla. Percibió vulnerabilidad en ella, a pesar de su bravuconería. Su mirada recorrió su garganta, los contornos musculosos de sus brazos, la forma en que su camiseta sin mangas abrazaba sus pechos. Y se vio invadido por el impulso de acunarlos en sus manos. Su propia reacción lo irritó. No manoseaba a las empleadas.

Inhaló y sacudió la cabeza. —No es un puesto administrativo. Da la casualidad que me falta un investigador. Uno de mis asociados acaba de dejar mi agencia, y estoy promoviendo a otro a un caso en el que estaba trabajando.

—¿Y?

—Así que tengo un puesto de nivel inicial como detective disponible.

Miranda lo miró fijamente, con la boca abierta. ¿Qué estaba fumando? ¿Era esta su idea de una broma? —Gracias, pero no, gracias —se burló.

Su ceja de forma clásica se alzó. —Entonces supongo que está contenta con su trabajo actual.

Ella lo miró con desconfianza, observó un mechón de cabello sal y pimienta caer sobre su frente, lo que hizo que algo debajo de su ombligo se contrajera. Lo que realmente la molestó. Él podría ser capaz de conseguir su dirección de sus amigos policías en la estación, pero no podía saber que la habían despedido. Acababa de suceder.

—¿Quieres contratarme *a mí* como investigadora privada? —Resopló—. Claro.

—Nunca he hablado más en serio.

Ella le lanzó una mirada de desprecio. ¿Por qué razón Wade Parker querría contratarla como detective? La única experiencia que había tenido era ver CSI y leer un par de novelas de Spenser. Si este fuera un trabajo real, sin duda, la tendría archivando expedientes de casos. —No soy el tipo de persona para trabajo de oficina. No puedo sentarme detrás de un escritorio. Tengo que estar afuera.

—¿Ah, una chica de la naturaleza?

—Algo así.

—¿Cielos azules, aire fresco?

—Lo has captado.

—¿Es por eso que elegiste un trabajo en la Interestatal inhalando humos de gasolina y asfalto todo el día?

Ella lo fulminó con la mirada. —¿Cómo sabes lo que respiro todo el día?

Él sonrió. —Las condiciones en mi oficina son mucho más cómodas. Pero muchos de nuestros asociados pasan bastante tiempo en la calle.

Su evasiva la estaba cabreando. —Contesta mi pregunta. ¿Cómo supiste a qué me dedico?

Él solo sonrió ampliamente.

—Lo viste en el informe policial en la estación, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó. —Tiene talento natural, señorita Steele. Y por lo que acabo de ver en la I-85, también tiene mucha entereza.

¿Entereza? —¿La I-85?

—Se enfrentó a una mujer corpulenta del doble de su tamaño. Casi la tenía. Lo habría logrado si el supervisor no la hubiera apartado.

¿Vio lo que pasó en la cuadrilla de la carretera? Su mandíbula se tensó. —¿Me espiaste?

Su sonrisa seductora era tan dulce como un pastel de durazno con un vaso de té endulzado. —La vigilancia encubierta es una de las técnicas que aprenderá cuando venga a trabajar para mí.

La ira le recorrió el cuerpo. —¿La entrometida curiosidad corre por su sangre, señor detective estirado? Tiene mucho descaro, amigo —Se levantó, subió las escaleras pisando fuerte y forcejeó con sus llaves.

Él se puso de pie y metió las manos en sus bolsillos, riéndose suavemente. —Probablemente sí. Diría que también está en la suya. Espiando a chicas jóvenes por la noche para encontrar información —chasqueó la lengua.

Realmente sabía cómo apretar las tuercas. Ella se dio la vuelta, lista para soltar una sarta de palabrotas. ¿Era admiración lo que bailaba en sus ojos?

Fuera lo que fuese, la desarmó. —Mire, no soy detective.

—Es un puesto de aprendiz. Aprenderá a serlo.

Ella no quería formación. Eso sonaba a ataduras, a algo que podría mantenerla aquí durante años. ¿Por qué no podía encontrar la llave de la puerta? —Solo acepto trabajos físicos. Me gusta mantenerme en forma.

—Tenemos un gimnasio. De hecho, exijo entrenamientos regulares. Mi equipo debe mantenerse en óptimas condiciones.

Ella le sonrió dulcemente. —Entonces no debería ser mucho esfuerzo para usted volver caminando a su auto e irse. Estoy cansada de sus bromas.

—No es ninguna broma, señorita Steele —su voz era oscura y grave. Con expresión decidida, se inclinó hacia ella—. Podría buscar

a su hija.

Ahora sí tenía su atención. —¿Buscar a mi hija?

—Tenemos equipos informáticos de última generación, conexiones a Internet ultrarrápidas, acceso a bases de datos que usted ni conoce.

—¿Sí? —observó su caro traje. Bueno, este detective era un poco más exitoso que la mayoría. Tal vez este trabajo podría ayudarla a encontrar a Amy. Además, tenía todos esos amigos ricos y elegantes. Él mismo podría ser una verdadera base de datos de información.

Pero, ¿qué querría a cambio? —No lo creo. No funcionaría — alcanzó el picaporte. Caramba, todavía no tenía la llave correcta. ¿Dónde estaba?

Él señaló la plateada con cabeza hexagonal. —Creo que es esa — su rostro se volvió frío—. Muy bien, señorita Steele. Ciertamente no tiene que aceptar este trabajo. Pero cuanto más tiempo tenga que dedicar a buscar una recluta, menos tendré para encontrar al asesino de Madison Taggart.

Su mano cayó a un costado mientras la imagen de la pobre chica muerta inundaba su mente. Pensó en sus afligidos padres. Quería ayudar a encerrar a ese asesino.

—Espero poder hacer eso antes de que ataque de nuevo.

¿Qué dijo? Lo miró fijamente. —¿Ataque de nuevo?

Él miró hacia la calle donde pasaban los autos, su rostro duro como el pedernal. —La colocación del cuerpo, la cinta alrededor de su cuello, todo apunta a un asesinato ritualista. Una firma. Un asesinato en serie. Madison fue su primera víctima. Probablemente habrá más.

La ansiedad le erizó todo el cuerpo. Su mente trabajaba a toda velocidad. Amy podría estar allá afuera en una de esas mansiones. Si ese asesino estaba apuntando a chicas como Madison Taggart, ninguna estaría a salvo hasta que lo encerraran.

¿Y qué hay de la pobre madre de Madison? Sentía lástima por el padre también, pero el dolor de la madre realmente le afectaba. Miranda había tenido trece años de angustia, pero nada como la

finalidad de la muerte. Haría cualquier cosa para aliviar el dolor de esa mujer.

Levantó una mano. —Está bien. Es suficiente —Todavía no le interesaba ser detective, pero si podía hacer algo para ayudar a encerrar a ese asesino, lo intentaría—. Como estoy en apuros y parece que me quiere tanto, aceptaré su estúpido trabajo.

Él sonrió sinceramente. —Nunca me he sentido más halagado — extendió la mano hacia ella.

Sus fuertes dedos se deslizaron alrededor de los suyos, y por un momento, ella pensó que iba a besarle la mano, como algún archiduque aristocrático del siglo pasado. En cambio, solo la estrechó, demorándose con un brillo sensual en los ojos. Fue el apretón de manos más sensual que había experimentado en su vida, una sacudida seductora parecida a meter el dedo en un enchufe.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, señorita Steele. Esté en mi oficina mañana a las nueve en punto.

Le tomó un momento recuperar la voz. —Genial. ¿Dónde está su oficina?

—Está en mi tarjeta —susurró mientras dejaba caer su mano.

Miranda resistió el impulso de acunar su palma. —¿Su tarjeta? — se rió con un encogimiento de hombros—. La rompí y la tiré por el inodoro. Lo siento.

Una mueca de desagrado cruzó su rostro mientras metía la mano en el bolsillo de su abrigo. Luego se detuvo, se quedó allí con un desafío bailando en sus atractivos ojos grises.

—¿Iba a darme otra?

—¿Otra tarjeta?

—Sí —¿Qué otra cosa tenía en mente?

Él negó con la cabeza. —No, no lo creo.

—¿No?

Sonrió y se alejó. —No será difícil encontrar mi oficina. Considérelo su primera prueba.

Dejándola con la boca abierta, caminó por la acera y subió a su auto.

Atónita y todavía un poco mareada por su encanto, se quedó en los escalones y lo vio alejarse.

Maldita sea si esa no fue la entrevista de trabajo más extraña que había tenido. Sacudiéndose, se volvió y alcanzó la puerta de la casa de apartamentos, insertó la llave hexagonal en la cerradura.

Así que ahora era detective. Se preguntó cuánto duraría eso.

CAPÍTULO ONCE

Por supuesto, no fue difícil de encontrar. Después de todo, no era ninguna tonta. La Agencia Parker tenía un sitio web pequeño y elegante en Internet con un número telefónico para consultas privadas. Lo llamó y obtuvo la dirección mediante un mensaje grabado. Piso quince del Edificio Imperial.

Justo antes de las nueve de la mañana siguiente, se encontraba en un estacionamiento lleno mirando hacia arriba desde Piedmont Road. El Edificio Imperial no estaba en la parte deteriorada de la ciudad que había esperado. Estaba justo en medio del elegante centro comercial de Buckhead. Construido en acero y lujoso vidrio color aguamarina, la ostentosa estructura se elevaba hacia un cielo azul sin nubes, casi a la altura de la pila de facturas que tenía por pagar.

Si tenía suerte, tal vez podría conservar este trabajo durante un par de semanas y pagar algunas de ellas antes de que Parker se diera cuenta de que no era detective y la echara. Y quizás mientras tanto, podría averiguar algo sobre niñas adoptadas de trece años que vivían en mansiones.

Se pasó los dedos por el cabello, que había dejado suelto. Tal vez había sido un error. La humedad ya estaba causando estragos. Esta mañana había revisado sus cajones y encontrado algo de maquillaje para ponerse, buscado en su armario y se había puesto la camiseta más elegante que tenía. Un estampado azul claro con tirantes finos y espalda en Y. Bueno, era un poco ajustada. Y tenía una mancha, pero era pequeña y estaba en el costado. Sus jeans estaban un poco deshilachados en las rodillas. Pero esa era la moda, ¿no? Incluso había encontrado unos viejos aretes de aro.

Se miró a sí misma. Bueno, esto era lo mejor que podía ofrecer. Reuniendo valor, respiró profundo y se dirigió a las puertas giratorias plateadas.

En el piso quince, los elevadores se abrieron con un suave timbre y Miranda salió. ¿Esta era la oficina de Parker? Esperaba algún agujero estrecho con muebles en mal estado, como en una novela de detectives de poca monta.

En cambio, la elegante decoración gritaba riqueza y éxito. El esquema de colores del edificio se repetía en los tonos satinados azules y grises de la alfombra, las paredes y las pinturas. Altas palmeras en macetas ocupaban las esquinas. Al fondo había un enorme mostrador de palisandro, semicircular, donde se sentaba una recepcionista solitaria. Grandes letras plateadas en la pared sobre su cabeza decían: "Agencia de Investigación Parker". Parecía que estaba en el lugar correcto.

Se acercó al escritorio, sintiéndose como si estuviera a punto de audicionar para un papel en una película.

La recepcionista era joven y delgada, con figura de modelo de pasarela. También arreglada como una. Su cabello lucía varios tonos de castaño y caoba, recogido en un peinado elegante con sofisticadas horquillas bronce. Su chic blusa sedosa hacía juego con la decoración. Cuentas plateadas colgaban de sus lóbulos. Miranda podía oler su perfume ultracarísimo.

La pieza del auricular se curvaba a lo largo de su mejilla. Ocupada respondiendo el teléfono, la mujer la ignoró. —Buenos días. Agencia Parker —dijo mecánicamente. ¿Cómo distinguían los que llamaban entre ella y la grabación?—. Lo siento, está en una reunión. ¿Puedo tomar un mensaje?

Escribió rápidamente en una computadora. —De nada —. Siguiente llamada. —Buenos días. Agencia Parker.

El negocio debía ir bien. Miranda esperó unos cinco minutos.

Finalmente, la recepcionista-modelo se volvió hacia ella. Parpadeó como si no hubiera notado a Miranda de pie allí. Se aclaró la garganta. —Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

Miranda cambió su peso. —Eh, vengo a ver a Wade Parker.

—Un momento, por favor —. Se volvió al teléfono. —Buenos días. Agencia Parker.

Esto podría llevar tiempo. Miranda se acercó a una mesa de café y hojeó una revista. Los artículos trataban sobre pérdida de peso y cirugía plástica.

Después de otros cinco minutos, la recepcionista le habló de nuevo. —Lo siento, señora. El señor Parker no atiende sin cita previa.

Miranda frunció el ceño. —¿Sin cita?

—Tendrá que programar una cita —dijo con rigidez.

—Vengo por un trabajo.

Parpadeó de nuevo, se recuperó. —No tenemos vacantes en este momento, pero puede llenar una solicitud —. Con gracia alcanzó un portapapeles con documentos y un bolígrafo adjunto y lo deslizó por el brillante escritorio.

Miranda se acercó, miró el portapapeles y frunció los labios. ¿No había vacantes? ¿Después de tanta insistencia ayer? Tal vez había fallado la prueba. Tal vez tenía la agencia Parker equivocada. Después de todo, Atlanta era un lugar grande. —Esta oficina pertenece a Wade Parker, ¿verdad?

La recepcionista levantó la mirada de su teclado. —Sí.

—¿El señor Wade Russell Parker, Tercero?

Frunció el ceño confundida. —Sí, por supuesto.

—Solo verificaba —. Intentó mantener su tono firme. —El señor Parker fue quien me contrató. Me dijo que viniera hoy.

La recepcionista parpadeó otra vez, como un robot. El teléfono sonó. Presionó un botón. —Buenos días. Agencia Parker.

Hmph. Sabía que era demasiado bueno para ser verdad.

Regresó a la mesa de café, vio un periódico. Lo hojeó y encontró la sección de empleos. Era lo mínimo que él le debía por las molestias. Se lo metió bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta.

—Disculpe, señorita.

Miranda se dio la vuelta. No era la recepcionista quien la había llamado esta vez. Era una mujer alta y delgada parada frente a una puerta lateral que conducía al interior. Tenía cabello rubio corto y

vestía un severo traje negro de verano y una almidonada blusa blanca sin adornos.

Miranda hizo una mueca a la recepcionista. —No hace falta llamar a Seguridad. Ya me voy.

—¿Dijo que el señor Parker la contrató? —La mujer rubia estudiaba a Miranda con ojos oscuros y suspicaces.

Ahora era su turno de parpadear. —Sí, es correcto.

—¿El señor Wade Parker?

Todavía estaba bastante segura de que ese era el nombre en la tarjeta que había tirado en su celda. —Sí. El Tercero.

Sus ojos se estrecharon, volviéndose más cautos. Por un minuto, Miranda pensó que estaba de nuevo en la sala del tribunal. —¿Su nombre?

—Miranda Steele.

—Espere aquí un momento, señorita Steele.

La mujer de seguridad entró en una pequeña habitación lateral y cerró la puerta. Miranda se acercó de puntillas. Tenía una ventana de cristal en la parte superior. Espió a través de ella y vio a la joven mujer al teléfono, su boca moviéndose a mil por hora. Parecía realmente irritada.

Después de un minuto, colgó y abrió la puerta.

Miranda se alejó y fingió admirar una de las pinturas.

La mujer la miró con una sonrisa muy falsa. Parecía que acababa de tragarse un cubito de hielo. Dio unos pasos, agarró otro portapapeles del escritorio y abrió la puerta por donde había salido. —Venga conmigo, señorita Steele.

###

La puerta conducía a un amplio espacio abierto lleno de un gran conjunto de cubículos cubiertos con lonas en variaciones del azul y plata del área de recepción. La mujer rubia la guió por un largo tramo que formaba una especie de pasillo junto a la pared.

Mientras Miranda se apresuraba para seguir los rápidos pasos de su acompañante, podía escuchar voces apagadas, teléfonos sonando suavemente y el tecleo de los teclados. Doblaron una esquina, donde había otra planta en maceta, y continuaron por otro largo pasillo junto a otro conjunto de cubículos.

¿Cuántos empleados tenía este tipo? Era un detective privado. No pensaba que fuera dueño de una maldita corporación.

Finalmente, la mujer se detuvo en un cubículo en una esquina frente a una hilera de ventanas. Hizo un gesto. —Toma asiento aquí.

Miranda echó un vistazo dentro. Había un escritorio sencillo, una silla, algunas estanterías vacías. —Claro —Con un encogimiento de hombros, entró en el pequeño espacio y se dejó caer en la silla.

La rubia la examinó tan minuciosamente como lo había hecho el teniente Erskine con sus ojos de mármol en la comisaría hace unas noches. —¿Cuál es tu experiencia?

—¿Experiencia?

—Tu historial laboral. ¿Qué cualificaciones tienes? —Con su traje negro a contraluz, parecía aún más severa.

Vale, no era de Seguridad. Era de Recursos Humanos. Miranda levantó un hombro. —Durante los últimos diez años, he trabajado principalmente en obras de construcción.

La confusión se dibujó en su rostro. —¿Qué tipo de trabajos de construcción?

No había razón para mentir sobre eso. —Un poco de todo. Equipos de carreteras, demolición, fabricación de chapas metálicas, albañilería.

—¿En Atlanta?

—Diablos, no. En muchos lugares. Pensilvania. Alabama. Nueva York. Estuve en una plataforma petrolera en Texas hace algunos años.

La mujer tragó saliva. —¿Alguna certificación?

—No me gustan las escuelas ni los exámenes. —Observó cómo se crispaban los labios de la rubia. Sí, así es, señora. Soy una fracasada de pura cepa. No necesitaba papeles elegantes para aumentar su autoestima.

Le puso delante el portapapeles que había agarrado del escritorio de la recepcionista. —Tendrás que rellenar esto.

Miranda tomó el bolígrafo con gran falta de entusiasmo. —De acuerdo.

La mujer golpeó el suelo con el pie, luego se dio la vuelta. —Regreso enseguida. —Se dirigió por el pasillo en una dirección

diferente.

Con un suspiro, Miranda escribió su nombre en la línea superior del formulario. Sería una buena práctica para el siguiente lugar que probara.

###

Parker estaba de pie junto a la mesa de su oficina mirando mapas, transcripciones de entrevistas y fotos de la escena del crimen. Escasas piezas de un rompecabezas que, hasta ahora, no conducía a ninguna parte.

La tarde anterior había sido desgarradora. Había vuelto a entrevistar a Jackson y Cloris, presenciando nuevamente las dolorosas punzadas de dolor de sus amigos que no podía aliviar. Había revisado otra vez la habitación de Madison, sus armarios, su cama, su computadora, con la esperanza de que Hosea y su equipo hubieran pasado algo por alto. No había nada. Últimamente la chica no había conversado con nadie más que con amigos cercanos por Internet. Habló de nuevo con Tiffany Todd y Ashley Ingram, pero no tenían nada que añadir.

Levantó una foto de la escena. En comparación con los muchos asesinatos que había investigado a lo largo de los años, este no había sido particularmente horrible. Con un giro brusco de una cuerda, quizás con un palo de algún tipo, la habían estrangulado, apagando la vida de su pequeño cuerpo en cuestión de segundos. ¿Había estado despierta? ¿Había sentido dolor? ¿Cuán largos le habrían parecido esos últimos minutos?

Tales preguntas siempre lo atormentaban. Ahora más que nunca.

Pensó en la voz frenética de Jackson por teléfono la semana pasada, diciéndole que su hija había desaparecido, suplicándole que hiciera algo. Junto con él, habían llamado a la Unidad de Crímenes contra Víctimas Especiales y a la GBI.

Todos habían llegado demasiado tarde.

Se pasó las manos por la cara. El funeral era mañana. Sería un evento lleno de lágrimas y desgarrador. Estaba demasiado involucrado emocionalmente. Necesitaba distancia. Tendría que encontrar algo de objetividad en alguna parte. Rápido.

La puerta de su oficina se abrió. Sin levantar la vista, reconoció los pasos de Gen. Ella se detuvo al final de su mesa y se quedó allí, golpeando el suelo con el pie. Nunca había sido del tipo paciente.

Alzó la mirada y le sonrió con ternura. Un ceño fruncido estropeaba su bonito rostro. —¿Qué sucede?

Su boca se retorció de un lado a otro durante varios momentos. Caminó hacia su escritorio, levantó los brazos con exasperación. —Lejos de mí cuestionar las decisiones de mi padre, pero ¿qué demonios estás haciendo, papá?

Él se rio entre dientes. —¿Y te estarías refiriendo a...?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Bajó la mirada hacia el informe de la autopsia. —Soy un buen detective, pero no soy clarividente.

Ella bufó. —Estoy hablando de esa mujer que me dijiste que pusiera en un cubículo. Miranda Steele.

—Ah, la señorita Steele. —Su corazón se iluminó. Su reacia aprendiz había aparecido. Así que el desafío de encontrar su oficina no le había impedido aceptar su oferta después de todo. —Me alegro de que esté aquí.

Gen sonrió con sarcasmo. —Aquí en todo su esplendor. Pelo desaliñado, jeans gastados, una camiseta sin mangas frágil y aretes de aro. Sybil dijo que parecía una prostituta que había venido a aprovecharse de tu naturaleza generosa.

Él se puso rígido. —Nuestra recepcionista es bastante presuntuosa.

—Es perceptiva. Confío en el juicio de Sybil.

Parker negó con la cabeza y se rio en silencio de la irritación de su única hija. Había traído a Gen para gestionar a los nuevos reclutas hace apenas dos años mientras obtenía su MBA. Era perfecta para el trabajo, pero a veces podía ser un poco rígida. Todavía necesitaba aprender que había ocasiones para doblar las reglas. —No dejaría que los hábitos de vestir de la señorita Steele me molestaran.

—A mí sí me molestan.

Recogió una de las transcripciones de una entrevista. —Mejoraremos su apariencia.

—No es solo su apariencia. ¿Dónde la conociste? ¿Cuánto hace que la conoces?

—En la zona. Y no hace mucho.

Los ojos de Gen brillaron ante su respuesta evasiva. Se acercó a la ventana y dejó escapar un gruñido frustrado. —Papá, no tiene cualificaciones. Ni trabajo policial, ni experiencia militar. ¿En qué estás pensando?

Parker pasó la página de la transcripción. —La señorita Steele tiene cualificaciones. Simplemente no son evidentes a primera vista.

—¿Como cuáles?

—Talento innato. Agallas.

Gen gimió. —Papá, ha trabajado en obras de construcción. ¿Dónde diablos conociste a una mujer así? ¿Por qué está rellenando una solicitud para Investigadora en Formación?

—Porque yo la recluté. —Dejó los papeles y se encontró con su mirada preocupada. —¿Estás cuestionando mi juicio, querida?

Con sus ojos oscuros entrecerrados, se acercó a él y le señaló con un dedo en el pecho. —No me digas que estás caliente por ella. ¿No es suficiente que tenga que aguantar a las trepadoras sociales que te persiguen todo el tiempo?

¿Caliente? Parker miró la foto que aún conservaba en su credencia. Sonrió con ternura a la belleza rubia oscura con ojos inquietantes de la que se había enamorado hace tantos años. Sylvia. Su esposa. No se había perdonado del todo el vacío que ella había dejado en su corazón cuando murió. Pero se necesitaba tiempo para sanar después de veintidós años de matrimonio.

Gen se parecía un poco a su madre en sus rasgos, pero no en personalidad. Sylvia había sido callada, intelectual, bien educada. El tipo femenino. Había enseñado Literatura Inglesa en Agnes Scott College. Nadie era como Sylvia. Nadie podía estar a su altura. Si existía una mujer que pudiera igualarla, él aún no la había encontrado. Gen no debía preocuparse. Nadie podría reemplazar a su madre en su corazón.

Se inclinó y besó a su hija en la mejilla. —No tienes nada de qué preocuparte, Preciosa.

Ella sonrió pero se limpió la mejilla. —No en la oficina, papá.

—Dale una oportunidad a la señorita Steele. Te alteraste cuando traje al joven Antonio Estávez a casa hace años, y ahora es como un hermano para ti.

—Tony no es como... —se detuvo—. ¿Es eso? ¿Es un caso de caridad? Sybil tenía razón. Ya te tiene envuelto alrededor de su dedo meñique.

Él levantó una ceja. —Nadie me tiene envuelto alrededor de su dedo, Genevieve. Mi relación con la señorita Steele es puramente profesional. Y no dejes que te escuche llamarla un caso de caridad. Ni Antonio, tampoco. —Recogió otra foto de la escena del crimen—. ¿Qué está haciendo nuestra nueva recluta?

—Todavía está llenando el papeleo.

—Tráela de vuelta en cuanto termine.

Ella puso las manos en las caderas. —¿Para verte? En serio, papá...

—¿Necesito recordarte que esta es mi empresa?

Observó cómo los ojos de ella destellaban. A Gen le gustaba manejar las cosas a su manera. No le agradaba que le recordaran que no tenía el control total. —Está bien. Pero no te sorprendas si no llega hasta aquí. —Con un resoplido, se dio la vuelta y salió por la puerta.

###

Edad, opcional. Treinta y seis.

Educación. Deserción escolar. Bueno, había obtenido su GED y había ido a la universidad un tiempo, pero ¿para qué complicar las cosas?

Enumere residencias de los últimos cinco años.

Miranda pensó un momento, anotó una fecha y luego escribió: "Zoológico de Central Park". Hace un par de años, había pasado una noche allí en un banco cuando estaba entre trabajos y no podía pagar su alquiler. Era bastante seguro para ser Nueva York.

Levantó la mirada y vio un par de ojos café oscuro asomándose por la entrada del cubículo. —Hola.

Otro par de ojos, verdes, se unieron al primero. —Hola, señora.

El dueño de los ojos verdes salió de su escondite. Era un tipo bastante joven y alto vestido con un blazer azul marino ligero,

pantalones color canela y una corbata azul simple. Tenía el cabello castaño peinado hacia un lado. Metió las manos en los bolsillos y giró la cabeza, como si temiera que alguien los descubriera. —¿Eres una nueva recluta? —susurró.

Más o menos. —Sí —susurró en respuesta—. ¿Quiénes son ustedes?

Él se enderezó la corbata y dejó que su voz volviera a un volumen normal. Era profunda, con un acento que sonaba tejano. —Soy Curt Holloway y este es Dave Becker. —Señaló al de ojos cafés, un hombre bajito con un traje gris, que parecía quizás un par de años mayor que el chico de ojos verdes.

Sus ojos cafés eran grandes y expresivos, acompañados por cejas gruesas y una nariz grande. Llevaba su cabello oscuro en un corte militar que hacía que su nariz pareciera aún más grande.

—Somos un equipo —dijo Becker con una voz nasal que podría haber sido molesta, pero en ese momento sonaba bastante simpática. Apuntó con el pulgar hacia Holloway—. Empezamos el mismo día, él y yo.

—¿No me digas? —Extendió una mano—. Soy Miranda Steele.

Ambos la estrecharon.

—Un gusto conocerte —sonrió Becker.

—Llevamos un par de semanas aquí —dijo Holloway, mirando por encima de la pared del cubículo, como un vigía—. Somos IITs.

—¿IITs?

—Investigadores en Entrenamiento. Novatos. También a veces cariñosamente conocidos como IdIoTas. —Enfatizó las letras al pronunciar la palabra—. Pero aún no hemos comenzado el entrenamiento formal.

—Ya veo.

Él se tocó la solapa. —Yo hice una temporada en los Marines. Becker aquí, estuvo en Cobranzas un par de años.

El tipo bajito sonrió con suficiencia. —Dos años sumergido hasta la cintura en porquerías aburridas esperando entrar a la Agencia Parker. Valió cada minuto.

—¿En serio?

Becker hizo un sonido como de tos. —Claro. La lista de espera para entrar a este lugar es tan larga como tu brazo.

¿Lo era? Miranda se tensó.

—¿Cuál es tu experiencia? —preguntó Holloway.

—Eh. —Cambió de postura y pensó en su conversación con Parker en la entrada de su casa—. Últimamente, he estado haciendo vigilancia.

—¿De verdad? ¿Qué tipo?

Hablar con niños a altas horas de la noche y ser arrestada por asesinato. —Privada.

Los ojos de Becker brillaron. —Cuéntanos más.

Ella se reclinó en su silla y se aclaró la garganta. —Bueno, no podría hacer eso. Ya sabes, entonces tendría que matarlos.

—Oh, claro. —Asintió, tratando de parecer profesional.

—Te va a encantar aquí —sonrió Holloway—. La Agencia Parker tiene uno de los mejores programas de capacitación del sureste para investigadores privados. Muchas personas terminan trabajando para la CIA, el FBI. Pero también muchos se quedan con el Zorro Plateado.

—¿Zorro Plateado?

—Un apodo que le dan al viejo.

—¿El viejo?

—El hombre mismo. Parker.

Ella asintió como si ya lo hubiera escuchado antes. —Ah, claro.

—¿Gen ya te dio tu horario? —preguntó Becker ansiosamente—. Vi que te trajo.

—¿Gen?

Entrecerró los ojos. —¿La mujer alta con el pelo rubio corto y cara de bulldog?

Holloway se rio. —Esa es Gen, sin duda. Su nombre es Genevieve. La llamamos La General. Es tan dura como mi antiguo sargento instructor.

—Algo así me pareció.

Becker hizo un gesto con la mano. —No dejes que te asuste. Solo no quiere que pensemos que Parker tiene favoritismos. Es la hija de Parker, ¿sabes?

Miranda tuvo que esforzarse para no dejar caer la mandíbula. ¿Parker tenía una hija? Eso normalmente implicaba una madre. Bajó la mirada a su solicitud. De repente quería romperla y salir pisoteando por la puerta. ¿Qué quería ese detective elegante con ella, de todos modos? Si intentaba alguna payasada, se encontraría bastante adolorido entre las piernas.

—¿No tienen ustedes dos algunas llamadas que hacer? —El ladrido vino desde el pasillo. Gen.

Holloway casi saltó de su piel. —Sí, señora —dijo con una voz que de repente había subido dos tonos.

Becker saludó militarmente. —Nos pondremos a ello de inmediato, señorita Parker. —Le susurró a Miranda—. Hablamos luego, Steele. Un gusto tenerte a bordo.

Luego el par se escabulló por el pasillo.

Gen frunció el ceño tras ellos, luego se volvió hacia Miranda. —Ven conmigo —gruñó.

—¿A dónde vamos?

—Ya verás.

CAPÍTULO DOCE

No esperaba que Gen la llevara a ver a Parker. El "Viejo". El "Zorro Plateado". Se sentía como si la enviaran a la oficina del director. Pero Miranda cambió de opinión después de que su escolta la dejó y se marchó enfadada, y ella cruzó la puerta.

Esto no era una escuela.

El espacio de trabajo de Parker era enorme. Todo su apartamento tipo estudio y quizás parte del de su vecino podrían caber dentro. Las ventanas del suelo al techo que recorrían dos paredes mostraban una vista impresionante de la ciudad, con la luz del sol inundando el interior, brillando sobre los muebles cristalinos, haciendo que todo resplandeciera como diamantes. Decorado con el mismo azul y plata que el resto del piso, el lugar tenía un resplandor sobrenatural. Como un pequeño pedazo de Cielo.

Y allí estaba el mismísimo Miguel Arcángel, mirándola fijamente, con su cabello perfecto, sus brazos cruzados sobre el pecho, vistiendo un traje de cachemira azul y una corbata de seda. ¿"Zorro Plateado", eh? Este ángel tenía cuernos.

Su expresión parecía aturdida. ¿Admiración? ¿Arrepentimiento? ¿O simplemente estaba caliente?

Él le lanzó esa sonrisa sexy. —Así que decidiste aparecer.

—Sí. —Durante otro minuto, se quedó boquiabierta mirando el lugar. Había computadoras por todas partes. En la pared había un enorme mapa, proyectado desde una máquina conectada a una laptop en la mesa. Una vista aérea de árboles y casas.

—Bienvenida a bordo. ¿Cómo va tu primer día hasta ahora?

Ella pasó la mano por la superficie transparente de su escritorio. Suave como el cristal. Era cristal. —De maravilla. Es solo que esa hija tuya piensa que no pertenezco aquí.

Él se rio para sí mismo. —Ya descubriste que es mi hija.

—Sí, y en cierto modo comparto su opinión sobre mí.

Él se dio la vuelta y presionó una tecla en la laptop.

—Mira, Parker, no sé qué quieres, pero...

Él hizo un gesto hacia el mapa en la pared, que acababa de ampliar. —¿Lo reconoces?

Ella dejó de hablar y entrecerró los ojos mirando la imagen proyectada, notó el contorno de las calles. El paisaje le parecía familiar. Distinguió las curvas de Sweet Hollow Lane. —Mockingbird Hills.

—Precisamente. La escena del crimen. —Tomó un puntero láser de la mesa y lo dirigió hacia el mapa—. La mansión Ingram está aquí. La propiedad Van Aarle aquí. Y el cuerpo se encontró aquí. —Su profundo suspiro resonó con dolor y frustración.

Miranda entrecerró los ojos mirando el mapa. Se veía extraño desde arriba, pero reconoció la línea de árboles y el pequeño claro en su borde. —La encontré justo ahí. —Se estremeció, recordando la sensación del cuerpo frío de Madison Taggart en sus brazos.

—Sí. —Su voz se había vuelto sombría.

Ella señaló los papeles apilados en la mesa. —¿Qué es todo esto?

—Evidencia. Lo que tenemos hasta ahora. —Dejó el puntero láser, recogió algunos archivos y se los entregó—. Estos son los expedientes de las amigas de Madison.

—¿Quieres que los revise?

—Por favor.

Con cuidado los tomó y los abrió uno por uno. Había declaraciones de Tiffany Todd y Ashley Ingram, notas surtidas, fotos escolares. Las revisó, reconociendo los rostros jóvenes que había visto en la entrada de los Ingram. Luego abrió el tercer archivo. Había otra foto. La sostuvo hacia Parker. —¿Quién es esta?

—Wendy Van Aarle. Vecina de Ashley Ingram. Todas asisten a la Academia Dogwood, donde estudiaba Madison.

Academia Dogwood. Una de las escuelas privadas de lujo donde había intentado conseguir trabajo cuando llegó a Atlanta.

Y Wendy Van Aarle. La chica que vivía en la mansión donde encontraron a Madison. La chica a la que las otras dos estaban

provocando esa noche. Miranda estudió la foto. Wendy estaba toda de negro. Debía estar metida en alguna de esas modas que atraen a chicas de su edad. Cabello oscuro, ropa oscura, maquillaje oscuro. Ojos tristes y vacíos. Una expresión malhumorada en su rostro sin alegría.

Miró fijamente la foto, y sintió como si un martillo le golpeara el pecho.

Wendy se parecía mucho a... ella misma... *¿Amy?*

Examinó su garganta. Estaba cubierta con encaje negro. ¿Por qué todas las chicas tenían el cuello cubierto?

Se obligó a exhalar. No importaba. Wendy no podía ser Amy. Sería demasiado fácil. Podía imaginarse la mirada en los ojos de Parker cuando le dijera que no, Wendy no era adoptada. Ni se molestó en preguntar.

Cerró los archivos y los colocó sobre la mesa cristalina.

—Los testimonios de las chicas se corroboran entre sí —dijo Parker—. Madison fue a la escuela como de costumbre el viernes de hace una semana. Esa noche, ella y Ashley Ingram fueron a casa de Tiffany Todd para quedarse a dormir. Se marchó a la mañana siguiente y caminó sola a su casa.

—¿Y después?

—Nunca llegó. Cloris Taggart, su madre, volvió temprano de compras esa tarde, esperando encontrar a su hija. No estaba en su habitación ni en ningún lugar de la casa o el jardín. Cloris llamó a las amigas de Madison. Le dijeron que no la habían visto desde esa mañana.

—¿Fue entonces cuando te llamaron?

—Llamaron a la policía. Más tarde esa noche, Jackson Taggart me llamó. —Parker tomó otro documento y se lo entregó—. ¿Has visto alguna vez un informe forense?

Miranda negó con la cabeza. —No. —Siempre había sentido curiosidad por esas cosas. Hace mucho tiempo, cuando Leon consiguió su trabajo en la policía, le había preguntado sobre autopsias y cosas así, pero él siempre decía que ella era demasiado estúpida para entenderlas.

Tomó el papel, revisó las páginas. Era mayormente jerga médica. Hizo una mueca cuando vio la causa de la muerte, recordando que la pobre niña había sido estrangulada con una cuerda.

—Drogas no contributivas presentes —leyó ella—. ¿GHB? ¿No es esa una droga de violación?

Parker asintió. —Es fácil de conseguir. El asesino probablemente la usó para sedarla. No hubo señales de agresión sexual.

De alguna manera, esa noticia le dio cierto alivio a Miranda. Pero, ¿cómo podía ese enfermo desgraciado usar una droga de violación en una niña pequeña?

Siguió leyendo. El informe describía la ropa con la que encontraron a Madison, el estado de su cuerpo. La lluvia había borrado cualquier huella digital, incluidas las suyas, supuso. —Dice que había una sustancia en su cara, cuello y brazos —Eso era cierto. Lo había olvidado hasta ahora, pero había sentido algo pegajoso en la niña y se había preguntado qué era.

—Un ungüento de algún tipo. Gracias a Dios, quedó lo suficiente en el cuerpo después de la lluvia para que el laboratorio lo analizara.

—Aceite de cocina mezclado con sal marina, romero, salvia —leyó, y luego miró a Parker con una mueca—. Suena como un aderezo para ensalada.

—Adivina otra vez.

Su mente trabajaba a toda velocidad. —¿Algún tipo de ritual?

—Un rito de purificación de algún tipo, tal vez. Como si fuera el primero de una serie. O hecho para parecerlo, junto con la cinta alrededor de su cuello.

La cinta que cubría los moretones en su cuello que le habían hecho pensar a Miranda que era Amy. Dejó el papel. Estos detalles le estaban poniendo los pelos de punta.

Levantó una mano. Él había ido demasiado lejos. Mejor aclararlo todo y salir de aquí. —Mire, Parker. No sé qué quiere de mí, pero dejemos ya la charla de trabajo.

Él la miró con una mirada penetrante. —¿No cree que hablo en serio sobre su trabajo, verdad?

Ella desvió la mirada para evitar sus ojos y vio la foto de una mujer en la credenza. Se acercó y la tomó. La mujer era hermosa.

Sus ojos marrones, suaves y expresivos, parecían hablarle desde la fotografía. —¿Es su esposa?

Él se tensó. —Sí.

Bastante atrevido mantener una foto de ella mientras tenía la intención de engañarla. —Está casado. Entonces, ¿qué quiere de mí?

Él rodeó la mesa, deteniéndose antes de acercarse demasiado. Su obstinada desconfianza hacia él le irritaba. —¿Piensa que la traje aquí bajo falsas pretensiones, señorita Steele?

Ella señaló hacia la puerta. —Acabo de conocer a dos tipos allá afuera, uno con experiencia militar, el otro que había hecho cobranzas o algo así. Me dijeron que hay una larga fila de personas esperando trabajar para usted. No me necesita. ¿Por qué me trajo aquí?

—Tiene una opinión bastante baja de sus propios talentos, ¿no es así?

Ella lo miró parpadeando. Podía manejar una grosería sexual, un comentario que escucharías en un bar. No sabía qué hacer con un cumplido en una oficina. Ningún jefe le había dicho jamás que tenía talento. Pero no era una cuestión de talento. Era una cuestión de experiencia. Y de inclinación. —Sé quién soy —le dijo rotundamente —. Y lo que no soy.

—Creo que está equivocada —Tomó la foto de sus manos y la colocó con suavidad—. Y en cuanto a esta foto, es mi esposa *fallecida*. Murió hace tres años. Cáncer de ovario.

Parker la observó, dejando que el impacto de sus palabras calara hondo, estudiando cómo la luz de la ventana jugaba con el color de su cabello oscuro. Sus cejas se fruncieron en una mezcla de vergüenza y compasión. Tenía un lado sensible, a pesar de su dureza. Verlo lo conmovió.

Miranda se estremeció. Las palabras de Parker la habían golpeado como un puñetazo en el pecho. —Lo siento —Fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Fue un error natural —Puso su mano suavemente sobre su hombro. Fue el toque más sensual que había sentido jamás. Quizás ella era la que tenía el problema.

Él dio un paso atrás, cruzó los brazos y estudió nuevamente la foto aérea en la pared. —Ahora que nos entendemos mejor, vayamos al asunto que nos ocupa. No podemos obtener la imagen completa de esta vista. Diría que una visita a la escena del crimen está en orden. ¿Le gustaría acompañarme?

¿Quería llevarla de vuelta a ese lugar? —¿Para qué?

—Para encontrar más pistas, por supuesto.

Ella hizo una mueca. —No sé nada sobre buscar pistas.

—Está aquí para aprender. Y podría ayudar. Algo allí podría refrescar su memoria. Podría recordar algo que vio o escuchó la noche que encontró el cuerpo. Algo que la policía pasó por alto.

Ella levantó una mano.

Él la estudió con ternura. —No tiene que ir si es demasiado para usted.

Bueno, ella no era una cobarde. Le lanzó una mirada penetrante. —¿Estoy en horario laboral?

—¿En horario laboral?

—¿Me están pagando por esto?

Él se rio. —Por supuesto. La contraté. No falto a mi palabra.

Ella dudó. —¿Cuándo podré usar su conexión a Internet? ¿Sus bases de datos? —Tan pronto como tuviera ese tipo de acceso, podría comenzar a buscar a Amy nuevamente sin llamar la atención. Valdría la pena quedarse.

—Pronto. ¿Me acompañaría a la escena del crimen?

Se pasó la mano por el pelo, rascándose el cuero cabelludo. Todo esto era una locura. Ella no era más detective que el hombre de la luna. Pero si Parker no estaba tratando de meterse en sus pantalones, debía estar empeñado en convertirla en una.

Cambió de postura. Miranda Steele, detective privado. Mmm. No sonaba mal. No es como si tuviera otra cosa que hacer. Y le estaban pagando.

Además, existía la remota posibilidad de hacer algo para ayudar a la afligida madre de Madison Taggart.

Se volvió hacia él encogiéndose de hombros. —Claro. ¿Por qué no?

CAPÍTULO TRECE

En el tráfico de media mañana, solo tomó unos veinte minutos llegar a Mockingbird Hills. Mientras doblaban la esquina hacia Sweet Hollow Lane en el Mazda plateado de Parker, las dos mansiones y sus exuberantes jardines ondulados aparecieron a la vista. A plena luz del día, los colores brillantes de los sauces llorones, cornos y azaleas eran deslumbrantes.

Parker señaló con la cabeza hacia un reluciente Jaguar rojo en la entrada de los Van Aarle. —Parece que Shelby está en casa.

—¿Quién?

—Shelby Van Aarle.

Ese nombre le sonaba familiar. —¿El golfista profesional?

—El mismo.

Así que la mansión pertenecía a ese Van Aarle. —¿También creciste con él?

Con los ojos entrecerrados, Parker examinó la casa. —No. Los Van Aarle se mudaron aquí hace varios años.

Pensó en la niña de ojos tristes y vacíos de la fotografía. —Entonces Wendy Van Aarle es...

—Correcto. La hija de Shelby. —Lentamente, pasó frente a la entrada. —Debe estar entre torneos.

No veía ninguna actividad. Van Aarle debía estar dentro puliendo sus trofeos.

Parker detuvo el auto junto a la acera. —Iremos a través del jardín desde aquí.

Parecía que Parker no quería ser visto.

Miranda salió y lo siguió colina arriba. Rodeando el paisaje, avanzaron por la cresta y bajaron nuevamente, hasta llegar al

bosque que bordeaba la propiedad, el lugar donde había intentado escapar del oficial Chambers un par de noches atrás.

El recuerdo la hizo estremecerse, pero ahora los terrenos estaban tan silenciosos como el hoyo dieciocho en un campo de golf de campeonato. O un cementerio. Los pájaros cantaban en los pinos y robles, mientras las ramas se balanceaban de un lado a otro con la suave brisa. En el césped, un solitario trozo de cinta amarilla ondeaba donde la policía había acordonado el lugar.

Miranda se acercó y miró el área desnuda bajo los árboles. Aunque ni siquiera la conocía, a su manera, lamentaba la pérdida de Madison Taggart. —¿Por qué alguien mataría a una niña? —murmuró, casi para sí misma.

—Esa es la pregunta, ¿no? —dijo Parker, con tristeza en su voz. Se agachó. Llevaba un maletín plateado. Lo puso en el suelo, lo abrió de golpe, sacó algo de equipo, una libreta y un bolígrafo. Luego se levantó y comenzó a caminar a lo largo de los árboles en una línea sistemática, deteniéndose de vez en cuando para tomar notas.

Miranda lo siguió caminando a su lado, frotándose los brazos. Lo observaba, asombrada por la expresión seria en su apuesto rostro. Estaba concentrado, enfocado. Y un poco obsesionado, pensó. —El motivo tuvo que ser el dinero, ¿verdad?

—Cuando Jackson llamó para reportar que su hija había desaparecido, el rescate pasó por mi mente. —Siguió caminando.

Miranda dio un paso para alcanzarlo. —El teniente Erskine dijo que los Taggart están forrados. —Como todos por aquí.

Se detuvo, luego avanzó unos pasos más, estudiando el suelo. —Son bastante adinerados. Jackson es Jefe de Personal en el Hospital Saint Benedictine. Cloris viene de una familia prominente de Atlanta.

Jefe de Personal. Vaya. —¿Y el dinero fue el motivo?

Parker negó con la cabeza. —Los secuestros por rescate rara vez se cometen hoy en día debido a las severas penas. El asesino de Madison nunca contactó a sus padres.

Oh. —¿Entonces el motivo para llevársela fue el asesinato desde el principio?

—Parece ser así.

Pero eso no les decía el motivo del asesinato.

Para entonces ya había recorrido varios metros a lo largo del límite de los árboles. A la luz del día, Miranda podía ver un pequeño arroyo que fluía a través de la maleza. Si hubiera entrado allí la otra noche, podría haber estado en el hospital de Jackson Taggart curándose de mordeduras de serpiente en lugar de ser arrestada por el asesinato de su hija.

Lo observó medir el área a pasos, agacharse, mirar de cerca el suelo, levantarse de nuevo. Después de unos minutos, se quedó quieto y miró a través del agua.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando evidencia.

—¿Qué tipo de evidencia?

—Cualquier cosa. Huellas. Vidrio roto. Joyas. Cualquier cosa que la policía pudiera haber pasado por alto y que la lluvia no haya arrastrado. —Puso las manos en sus caderas. —No hay nada peor que una escena del crimen contaminada —murmuró con voz frustrada.

Supuso que ella también había estropeado algunas pistas cuando recogió el cuerpo. Ese pensamiento no la hizo sentir bien.

—Mantén los ojos abiertos. Veamos qué tan agudos son. —Se dio la vuelta. —Vamos por aquí.

Ella lo siguió, entrecerrando los ojos hacia el césped, tratando de ver algo que podría no estar allí. Parecía una pérdida de tiempo.

Cuando llegaron al área desnuda con el trozo de cinta amarilla, él se agachó y pasó cuidadosamente una mano sobre ella.

Miranda se acuclilló junto a él. —No parece que Madison haya sido asesinada aquí.

Levantó la mirada, con sorpresa en su rostro. —Buena observación. No hay señales de forcejeo. Los nudos alrededor de sus muñecas y tobillos lo confirman. Estaban demasiado cuidadosamente atados como para haber sometido a una víctima que estuviera luchando.

—La habían drogado con GHB.

—Correcto —pareció complacido de que ella recordara ese detalle de la autopsia.

Miranda observó los alrededores. —¿Cómo llegó aquí, entonces?

—Excelente pregunta.

Miró fijamente hacia el bosque. —Estos árboles se extienden por unas tres acres hasta llegar al siguiente vecindario. ¿Qué piensas? ¿El asesino vino a través del bosque? ¿O desde la calle?

Ella se dio vuelta y examinó la colina. —La calle parece más probable. Podría haber conducido sobre el césped.

—No había marcas de neumáticos. Ni siquiera la lluvia habría borrado todas. Eso significa que probablemente fue cargada.

—O arrastrada.

—Quizás. El asesino, si trabajaba solo, tendría que haber sido lo suficientemente fuerte para levantar o arrastrar a una niña de trece años que pesaba cuarenta kilos. La mayoría de las mujeres no lo son.

Miranda sonrió con suficiencia. —Yo sí.

Él rió suavemente. —Me lo imagino.

—Pero estaría en el límite de mis capacidades —pensó un momento—. ¿Y si no estaba trabajando solo?

—Es una teoría posible. Pero un asesino serial difícilmente tendría un cómplice.

Sonaba lógico. Nuevamente, miró hacia arriba de la colina en dirección a la calle. El asesino debió haber estacionado junto a la acera allá arriba, donde ella había estado esa noche. Tal vez pensó que este bosque era un buen lugar para dejar el cuerpo. —Entonces el asesino era un hombre, trabajando solo. Mató a Madison en otro lugar y la trajo aquí.

—Pudo haber sucedido así —la corrigió.

Ella frunció el ceño. —¿No acabamos de probarlo?

—Parece evidente. Pero lo que parece evidente puede ser engañoso. Es importante mantener la mente abierta.

Mente abierta. Bien, intentaría recordarlo. —Parece que no ocultó muy bien el cuerpo. Cualquiera que bajara por la colina lo habría encontrado tarde o temprano.

El rostro de Parker adoptó una expresión pensativa. —Quizás fue interrumpido. O...

—Quería que el cuerpo fuera descubierto.

Él asintió. —Por la atención —alcanzó su maletín—. El perfil de un asesino serial puede tener muchas variables. Infancia abusiva, historial violento o criminal, creencia en habilidades sobrenaturales. Las razones de sus crímenes van desde experiencias en prisión hasta voces en la cabeza diciéndoles qué hacer. Poseídos por la necesidad de dominar a sus presas, eligen a los vulnerables, a los débiles. Normalmente hay un período de enfriamiento entre víctimas. Después de que se les pasa el subidón, buscan a otra.

Había escuchado la mayoría de eso en programas de crímenes, pero todo parecía diferente después de haber sostenido a la víctima. Así que podrían tener un poco de tiempo antes de que atacara nuevamente. Se frotó los brazos otra vez. Las palabras de Parker le estaban poniendo la piel de gallina.

Aún agachado sobre el parche, la miró intensamente. —¿Recuerdas algo de esa noche?

Ella miró al suelo, luego cerró los ojos, reviviendo por un momento el horror que sintió cuando encontró el cuerpo de Madison Taggart y pensó que era Amy. La humedad de la lluvia contra ella, la sensación de las ramitas y agujas de pino mientras las apartaba de la ropa de la niña, el leve olor a aceite perfumado. Temblando, negó con la cabeza. —Nada que no sepamos ya.

Con expresión sombría, él asintió, luego abrió su maletín y tomó un pequeño frasco, levantando la tapa.

—¿Para qué es eso?

—Una muestra de tierra. La policía ya encontró fibras no identificadas en la ropa de Madison. Podría haber más aquí.

—Oh.

La miró un momento. —Pareces ser del tipo que aprende haciendo. Adelante —puso el pequeño frasco en su mano.

—¿Eh? ¿Qué hago con esto?

—Solo excava un poco en la tierra y toma una muestra. Suficiente para que nuestro laboratorio la analice.

—¿Su oficina tiene un laboratorio?

Él asintió. —No tan grande como el del departamento de policía o el de la Oficina de Investigación de Georgia, pero nos las arreglamos.

Debió haberlo imaginado. Era bueno ser rico. Ella señaló el suelo. —¿En cualquier parte?

—Donde parezca prometedor.

Todo le parecía igual, pero eligió un lugar y deslizó el frasco por la tierra hasta que estuvo lleno.

—Es suficiente. Excelente trabajo.

Parece que había aprobado Jugando con la Tierra 101. —Gracias —le entregó el frasco.

Cuando él se estiró para tomarlo, sus dedos rodearon los de ella. Miranda levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Su corazón dio un vuelco. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Su mirada vagó hacia sus labios. Qué boca tan sexy tenía. No era de extrañar que tuviera que luchar contra la sensación de derretirse cada vez que le sonreía. Era más que eso. Compartían una indignación por este crimen, un deseo de encontrar al asesino, que los unía de una manera que nunca había experimentado con otra persona.

—Buenos días.

El grito vino desde la colina, en dirección a la casa.

Sobresaltada, Miranda soltó el frasco y se esforzó por ponerse de pie. Se dio vuelta a tiempo para ver una figura en la cima de la pendiente del césped que conducía a la mansión.

Parker se levantó con un movimiento elegante. —Shelby —llamó —. ¿Cómo estás?

Shelby Van Aarle bajó la colina al trote y se acercó a ellos. —Parker, ¿eres tú?

Los dos hombres se dieron la mano como si fueran viejos amigos, pero su lenguaje corporal le indicó a Miranda que en realidad no se caían bien.

Van Aarle cruzó sus grandes y musculosos brazos sobre su ancho pecho. Estaba en buena forma y no estaba ni un poco agitado, pero parecía alterado. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Es un gusto verte, Shelby —dijo Parker con un tono amistoso que destilaba hospitalidad sureña, sin responder a la pregunta—. ¿Qué haces en casa en esta época del año?

Van Aarle sonrió y miró a Parker de arriba abajo. El cabello oscuro y ondulado que enmarcaba su rostro anguloso estaba

estilizado y teñido de rubio en las puntas, como si acabara de salir de una sesión con Vidal Sassoon. Para Miranda, su sonrisa parecía tan falsa como la de un vendedor de autos usados.

—Cancelé uno de los eventos de mi calendario del PGA Tour cuando me enteré de lo sucedido. —Borró la sonrisa de su rostro, como si fuera una señal—. Tuve que venir a casa para estar con Wendy. Está muy afectada.

Parker asintió. —Como todas las amigas de Madison. Es difícil para los niños pasar por algo así. ¿Iris también está en casa?

—No. Está en París. Ocupada con reuniones importantes.

—Ya veo. —Parker se volvió hacia ella—. La señora Van Aarle es dueña de Iris Rose Cosmetics.

—No me digas. —Miranda había visto comerciales de esos maquillajes y lociones caras en la televisión, pero nunca les había prestado mucha atención. Arreglarse con polvos y labiales costosos no era lo suyo. Al parecer, un asesinato en su jardín trasero no era suficiente para interrumpir los negocios.

—Disculpa mi falta de modales, Shelby. —Parker hizo un gesto hacia ella—. Esta es Miranda Steele, mi nueva asociada.

Van Aarle extendió una mano, con reluctancia al parecer. Pero mantuvo su rostro en esa expresión de entrevista televisiva. —Encantado de conocerla.

—Igualmente. —Le estrechó la mano y observó sus ojos. Tenían la misma mirada oscura y hundida de su hija. Su mano era suave pero se sentía ágil. La mano de un golfista. Pensó en Fanuzzi diciendo que era uno de los vecinos. Pensó en la pregunta de Parker. ¿El asesino había llegado desde el bosque o desde la calle? ¿O había venido desde... la casa? Con su cuerpo atlético, Van Aarle podría cargar perfectamente cuarenta kilos.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, Parker? La policía estuvo aquí todo el día de ayer. Ya tienen todo lo que necesitan.

Mantente abierta, se dijo a sí misma. Pero Miranda vio un destello de sospecha en los ojos de Parker. —Los Taggart me contrataron cuando Madison desapareció hace una semana. Me pidieron que siguiera con el caso. Por supuesto, nuestro

departamento de policía es minucioso. Solo estoy verificando su trabajo.

Van Aarle le sonrió a Miranda. —A Parker le gusta superar a nuestro detective jefe de policía. Realmente le pones los nervios de punta al Teniente Erskine, ¿sabes?

—Solo soy un ciudadano preocupado que ayuda.

Van Aarle cambió su peso. Parecía aún más nervioso. —Aun así, voy a tener que pedirles que se vayan.

Parker levantó una ceja. —¿Ah, sí?

—Voy a recibir a algunos socios comerciales y no quiero llamar la atención sobre... todo esto.

—No molestaremos.

—Hazme este favor. Soy un poco supersticioso.

¿En serio? ¿Escuchaba voces en su cabeza?

—No se me conoce por traer mala suerte a los inocentes, Shelby —dijo Parker arrastrando las palabras.

Se inquietó. —Vamos, Parker. Todo esto es malditamente vergonzoso. Apenas me deshice de los últimos reporteros ayer.

Parker se volvió y miró hacia la zona boscosa. —Sabes, crecí en este vecindario, pero no estoy seguro exactamente dónde está el límite de la propiedad.

¿Parker creció aquí? Con razón conocía a todos.

Van Aarle inhaló rígidamente. —Es mi propiedad, sin duda. Tuve una disputa con los Thompson al respecto hace años cuando nos mudamos. Está registrado, si quieres comprobarlo en el juzgado. Tu empresa se dedica a ese tipo de cosas, ¿no?

Parker sonrió y cerró su libreta. —Confiaré en tu palabra.

—Así que si no les importa, mis invitados llegarán pronto.

¿Por qué tenía tanta prisa por deshacerse de ellos? ¿Cómo podía Parker dejar que este tipo los intimidara así? Miranda ya había tenido suficiente. —Mire, Van Aarle. Estamos investigando la escena de un crimen.

Parker le dio un codazo. —Creo que él ya sabe eso, Miranda.

—Una niña está muerta.

—Disculpa. —Suavemente, Parker la tomó del brazo y la llevó unos pasos aparte—. No somos la policía.

—¿Y? Sigue obstruyendo la justicia, ¿no?

Parker negó con la cabeza. —No tenemos jurisdicción. Si nos quedamos aquí, puede hacer que nos detengan por allanamiento. ¿Te gustaría pasar otra noche en la cárcel?

Ella puso los ojos en blanco.

Él se volvió hacia Van Aarle. —Estaremos encantados de irnos, Shelby, a petición tuya. Sin embargo, debo señalar que la falta de cooperación a menudo puede interpretarse como culpabilidad.

Van Aarle soltó una carcajada, luchando por mantener su rostro listo para las cámaras. —¿Qué estás insinuando, Parker?

—Solo estoy señalando los hechos.

Su expresión quedó en blanco. Se dio una palmada en el pecho. —¿Crees que *yo* lo hice? ¿Piensas que estoy lo suficientemente loco como para matar a una chica vecina y dejar su cuerpo en mi propio jardín?

Parker no pestañeó. —Quizás esperabas alegar demencia.

El rostro perfecto de Van Aarle se transformó en un gruñido rojo. —Lárgate de aquí, Parker. Ahora.

###

Con la suavidad de la seda, Parker recogió sus cosas y guio a Miranda de regreso por la colina hasta su auto. Subieron y se marcharon.

Miranda se removió en su asiento. —¿Nos vamos? ¿Así nada más?

—No exactamente.

En la siguiente cuadra, dio la vuelta y regresó. Luego se estacionó calle abajo de la mansión, justo después de un pequeño puente sobre el arroyo que atravesaba la zona.

—Dame esos binoculares que están en la guantera.

Miranda sonrió con alegría mientras abría el compartimento. —Ahora veo que hay un método en tu locura.

—Siempre lo hay. —Le guiñó un ojo de manera seductora y ajustó los binoculares.

Después de unos diez minutos, un BMW negro se detuvo. Un hombre con traje oscuro bajó del auto.

—Ese es Edward Hayden. Banquero de inversiones en CK&G.

Justo cuando llegaba a la gran puerta principal, un Lexus blanco se detuvo. Otro hombre de traje bajó.

—Oliver Chatham. Uno de los socios de Chatham, Grayson y McFee. El bufete de abogados de Antonio. —Estavez, su nuevo abogado defensor.

En la entrada, los dos hombres se dieron la mano y entraron.

Miranda se aclaró la garganta. —¿Hay alguna persona rica y exitosa en Atlanta que no conozcas, Parker?

Bajó los binoculares pensativamente. —No se me ocurre ninguna. He descubierto que mis conexiones trabajan a mi favor a lo largo de los años.

Ella apostaba a que sí. Y su encanto sexy tampoco le perjudicaba. Se preguntó con cuántas mujeres lo habría usado desde el fallecimiento de su esposa. Se preguntó por qué ese pensamiento la incomodaba de repente. Lo descartó y miró fijamente la casa. —Así que lo que dijo Van Aarle sobre socios comerciales era verdad. ¿Para qué se está reuniendo con un banquero de inversiones y un abogado?

—Podría haber muchas razones por las que un hombre con ingresos anuales de diez millones de dólares se reuniría con ese tipo de profesionales.

Miranda silbó. —¿Alguna de esas razones tiene que ver con asesinato?

—Indeterminado.

Ella se volvió hacia él. —Crees que Van Aarle es culpable, ¿verdad?

Los ojos color acero de Parker brillaron con años de experiencia. —Sospecho de todos. Y de nadie. En este momento, solo estamos recopilando hechos. Al inicio de cualquier investigación, puedes perderte en un mar de información. Cada detalle podría ser relevante o no significar nada. Es importante no dejarse llevar por conclusiones apresuradas.

Sonaba como si requiriera mucha paciencia. Eso nunca había sido su fuerte. —Él tenía mucha prisa por deshacerse de nosotros. Me pareció sospechoso. —Lo había detestado instantáneamente, pero no sabía por qué. Eso no lo hacía culpable de asesinato.

—Tal vez. Pero según lo que acaba de decirnos, Van Aarle no estaba en la ciudad durante la última semana.

—Eso dice él.

—Eso es fácil de comprobar. Pero no encaja con el perfil que tenemos hasta ahora.

Era cierto. Excepto por el comentario sobre ser supersticioso, Van Aarle no parecía un asesino en serie. —¿Entonces por qué quería que nos fuéramos de su propiedad tan urgentemente? No la habríamos perturbado.

—Otra buena pregunta.

Ella estudió su rostro. —Estás siendo profesionalmente objetivo, pero personalmente, no te agrada este tipo golfista, ¿verdad?

Sus expresivas cejas se alzaron con sorpresa. —Tienes buenos instintos. —Luego, con un suspiro, confesó—. Ni Van Aarle ni Iris pasan suficiente tiempo en casa, en mi opinión. Tienden a descuidar a su hija.

¿Descuidar a su hija? Miranda tragó saliva. Lentamente exhaló mientras las palabras de la carta que aún llevaba consigo resonaban en su mente. *Mi mamá es ejecutiva y mi papá siempre está fuera. Nunca están en casa.*

Pensó en el golpe en el estómago que había sentido cuando vio la foto de Wendy Van Aarle esa mañana. El color y la expresión de la chica le habían recordado a ella misma. Pero eso tenía que ser coincidencia. Wendy se parecía demasiado a Van Aarle como para no ser su hija biológica.

Parker le entregó los binoculares. —La reunión de negocios de Van Aarle parece ser legítima.

—Hay más preguntas que respuestas en este trabajo de detective —refunfuñó mientras guardaba los binoculares en la guantera.

—A veces. —Parker giró la llave en el encendido—. Vamos a reflexionar sobre ellas durante el almuerzo. ¿Te gusta la comida mexicana?

—¿Comida mexicana picante?

—Si lo prefieres. Conozco el lugar perfecto.

Un hombre a su medida. Y ella tenía hambre. —Me encanta —sonrió.

CAPÍTULO CATORCE

El lugar perfecto de Parker era ¡Ay Chihuahua! Una festiva tiendita decorada en brillantes tonos naranjas, verdes y rojos, ubicada justo al lado de Peachtree Road cerca de la zona comercial.

Dentro, la música de salsa cubana retumbaba desde los altavoces mientras Miranda seguía a un mesero con poncho hasta una mesa cerca del fondo. Las paredes estaban adornadas con azulejos de mosaico, plantas colgantes en coloridas macetas de cerámica y fotografías de una numerosa y alegre familia hispana. ¿Un negocio familiar?

Se deslizó en la cabina frente a Parker y observó una de las fotos. Parecía que había una madre, pero no un padre. Junto a una mujer matronal con una blusa blanca sencilla y falda oscura, se encontraba un apuesto joven con ojos latinos oscuros y una mirada orgullosa. Una mirada que había visto no hace mucho tiempo.

Una mujer pequeña, de cabello oscuro, rostro redondo y cuerpo compacto se acercó a su mesa. —Hola, Señor Parker —sonrió ampliamente.

—Buenos días, Carlota —Parker tomó la mano de la mujer y la estrechó como si se conocieran desde siempre.

—Es tan bueno verte de nuevo.

Miranda miró nuevamente la foto en la pared. La señora matronal era una versión más joven de Carlota.

—¿Cómo está tu familia?

—Muy bien, Señor Parker —sonrió la mujer—. Dulcea es estudiante de honor en su clase de secundaria y Belita va a comenzar primer grado el próximo año. Ambas quieren hacerlo tan bien como su hermano.

¿Hermano? Así que por eso Parker había elegido este lugar.

—Excelente. ¿Y cómo va el negocio?

Ella levantó un hombro. —*Bien*. Nos va lo suficientemente bien.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Carlota levantó las manos. —Ya has hecho suficiente, Señor Parker —Sacó una libreta de su bolsillo—. ¿Qué les gustaría beber a ti y a tu invitada?

Parker señaló al otro lado de la mesa. —Carlota, esta es mi nueva asociada, Miranda Steele.

—¡Bienvenida a Ay Chihuahua! Sra. Steele —dijo Carlota, estrechando su mano calurosamente—. Cualquier amigo del Señor Parker es un invitado de honor aquí.

—Gracias —dijo Miranda.

Tomó sus pedidos de bebidas y con un amistoso movimiento de cabeza, Carlota se dirigió a la parte trasera.

Miranda miró a Parker e indicó con la cabeza hacia la foto. —Esa es la familia de Estavez, ¿no es así? Nuestra mesera es su madre, ¿verdad?

Parker le dio una media sonrisa irónica. —Te dije que tenías talento natural para la investigación.

—No fue muy difícil de deducir.

—Fue una buena observación —Miró la foto con ternura—. Nos hemos hecho amigos a lo largo de los años. Carlota me ayuda a vigilar este vecindario. Yo mantengo informados a mis amigos de la policía sobre cualquier cosa que ella vea sucediendo.

—Ya veo —Pero eso no explicaba todo—. Estavez me dijo que lo rescataste cuando era niño.

Se encogió de hombros. —Podrías decirlo así.

Carlota trajo dos vasos altos de té helado endulzado y los colocó frente a ellos, luego puso cubiertos envueltos en servilletas de papel. —¿Están listos para ordenar?

—¿Miranda?

Ella abrió su menú y lo examinó rápidamente. —¿Los Chilaquiles Mexicanos son picantes?

Las cejas de Parker se elevaron. —Mucho.

Le entregó el menú a Carlota. —Tomaré esos. Extra picantes.

—Ya son bastante picantes así como están —advirtió Carlota.

—Puedo soportarlo.

Parker también le entregó su menú. —Yo tomaré lo de siempre.

—Muy bien. Saldrá en breve. Ahora los dejaré a ti y a tu asociada a solas. Estoy segura de que tienen asuntos importantes que discutir —Con un asentimiento, se dirigió de vuelta a la cocina. Buena señora.

Miranda miró a Parker. —¿Cuál es tu versión?

—¿De lo que es demasiado picante para comer?

—De cómo te involucraste con Estavez.

Parker alcanzó su vaso de té. —Nos conocimos cuando yo estaba en un caso en el centro tarde una noche y por casualidad me topé con un robo en una tienda. Entré y lo encontré amenazando al empleado.

—¿Lo "conociste" robando la tienda?

Asintió y bebió un sorbo. —Lo atrapé con las manos en la masa. Sacó un cuchillo contra mí.

—Chico con carácter.

—Extremadamente. Uno pensaría que habría sido más fácil derribar a un muchacho de diecisiete años, pero Antonio tenía mucho fuego. Me dejó algunas cicatrices que tengo hasta el día de hoy.

Una buena manera de conocer a alguien. Con sus antecedentes, suponía que Parker debía ser un buen luchador. Tenía que respetarlo por eso. Aun así, la imagen de él peleando con un temperamental chico hispano con un cuchillo la hizo sonreír. El hombre tenía agallas. —¿Así que lo encaminaste? ¿Lo pusiste en el buen camino?

—Vi potencial en él. Talento desperdiciado. Carlota lo había echado de la casa por sus actividades con pandillas. Me dijo que no podía hacer nada con él. Así que pensé en intentarlo —Bebió un sorbo de su bebida y la estudió detenidamente.

—¿Lo llevaste a tu casa?

—Sí.

—Apuesto a que tu esposa estaba encantada. ¿Y qué hay de Gen?

Su labio se curvó. —Hubo ajustes de todas partes.

—¿Así que Antonio dio un giro en su vida? ¿Así sin más?

Parker jugueteó con su popote. —No de inmediato. No fue fácil, pero después de un tiempo, llegamos a entendernos.

Tenía que haber mucho más detrás de eso. Pensó en la admiración en la voz de Estavez cuando había mencionado al Señor Parker.

Miranda se removió en su asiento. ¿Acaso Parker pensaba en ella de la misma manera que en aquel chico? Ella no necesitaba un salvador que la rescatara. —¿Es por eso que te convertiste en detective? ¿Para ayudar a la gente?

Él le dirigió una mirada irónica y se metió una tostada a la boca, masticando pensativo. —Por eso me hice policía.

Miranda se tensó. ¿Parker había sido policía? No eran precisamente sus personas favoritas.

—Aquí tienen —canturreó Carlota, saliendo de la cocina con dos platos humeantes. Los colocó frente a sus invitados con gran cuidado. Tomó una jarra grande de una bandeja y rellenó sus vasos —. Tenga cuidado, Señorita —le dijo Carlota a Miranda mientras ponía el té frente a ella—. Picante. Muy caliente.

Sin intimidarse, Miranda tomó su tenedor, cortó un pedazo de la carne envuelta en tortilla y cubierta de queso, y se la llevó a la boca. Picaba un poco, justo como a ella le gustaba. Estaba de humor para aventurarse.

—Mmm. Delicioso. ¿Tienen chiles picados?

Los ojos de Parker se abrieron como platos. —Carlota prepara platillos muy picantes. Yo no le añadiría nada.

—Me gusta lo picante. ¿Crees que no puedo soportarlo?

Él se reclinó. —Adelante.

Carlota le dijo algo a otro mesero en español. El hombre corrió hacia la cocina. En un minuto, regresó con un pequeño plato de chiles en rodajas. —Tenga cuidado, Señorita —repitió Carlota—. Muy picante. Very hot.

—Gracias —sonrió Miranda y se metió una rodaja a la boca. Ni siquiera le hizo arder los ojos.

Parker la miró fijamente. —Ella habla en serio. Esos son muy picantes.

—Estoy bien.

Con los ojos muy abiertos, Carlota sacudió la cabeza y desapareció hacia la parte de atrás nuevamente.

Miranda volvió a mirar a Parker. —¿Decías que eras policía?

—No quieres oír sobre eso.

—Claro que sí.

Él negó con la cabeza. —Podría arruinar tu almuerzo.

Ahora sentía curiosidad. Se inclinó hacia adelante. —Puedo manejarlo, igual que estoy manejando estos chiles —se metió otra rodaja a la boca y la masticó. Solo le picó un poco.

Sus ojos brillaron con admiración, pero se volvieron serios mientras tomaba su servilleta. —En mi último año de preparatoria, una chica con la que tenía una relación cercana fue violada y asesinada. No pudieron encontrar al asesino. Quería hacer algo al respecto, así que me uní a la fuerza policial cuando me gradué.

Miranda dejó el tenedor. Parker había basado su elección profesional en una chica que había sido... ¿violada? Apartó la mirada, jugueteando con su servilleta. Ella podría haber usado a alguien así hace años. Debió haber sido un buen policía. No como Leon. Leon se hizo policía para poder arrestar a la gente. Especialmente a prostitutas.

—¿Y lo hiciste? —preguntó finalmente—. ¿Lograste hacer algo al respecto?

Él la observó intensamente por un momento, como si albergara algún oscuro secreto. Miranda se preguntó a qué se refería con "relación cercana". ¿La chica asesinada había sido especial para él?

—Más o menos —dijo al fin—. Resolví el asesinato unos años después. A pesar de las regulaciones y procedimientos.

Bien por él. Así que no le gustaba estar atado. Podía identificarse con eso. —Tus padres debieron estar orgullosos.

Él sonrió con amargura. —No realmente. Mi padre... —su voz se apagó.

—¿El que te dio su nombre?

—Sí, Wade Russell Parker, junior. Mi padre está en bienes raíces. Posee varios hoteles y grandes edificios corporativos, además de algunas residencias de lujo por la zona. Su sueño era que yo me

hiciera cargo del negocio familiar. Cuando me convertí en policía, lo desaprobó. De hecho, me desheredó.

—¿Te desheredó?

—Me dijo que me fuera de su casa. Cortó mi fideicomiso. No hablamos durante años.

No exactamente el pasado color de rosa que ella había imaginado que él habría vivido. —Suena como un verdadero cabeza dura.

Él se rio. —Es una buena manera de decirlo. Es bastante terco. Pensaba que el trabajo policial estaba por debajo de cualquiera con el apellido Parker.

—¿Un poco snob? —el padre de Parker debía ser un tipo difícil.

—Un elitista. En parte fue mi culpa. Solo me estaba amenazando para hacerme cambiar de opinión. Pero soy tan terco como él. Le dije que se quedara con su fideicomiso y me fui —se quedó callado un momento—. Todo eso ya quedó atrás, gracias a Dios.

—¿Cómo sucedió?

Parecía incómodo, como si no quisiera hablar de todo esto. Luego adoptó una mirada distante. —Cuando conocí a Sylvia, ella se negó a casarse conmigo a menos que dejara la fuerza. Tenía miedo de terminar siendo viuda. Para entonces, ya estaba desilusionado de ser policía. Frustrado porque los culpables podían escabullirse entre tus dedos mientras llenabas papeleo.

Buen punto. —Así que comenzaste tu propia agencia de investigadores privados. ¿Y eso hizo feliz a tu padre?

Él asintió. —Para mi padre, la Agencia era mucho más prestigiosa que ser oficial de policía. Estaba tan encantado de no tener más un policía en la familia, que me envió todos los contactos comerciales que tenía. Recibí solicitudes de servicios de citaciones de todos los mejores bufetes de abogados de la ciudad, trabajos de vigilancia de todas las compañías de seguros, así como casos personales. Tuve que contratar ayuda adicional desde el principio. Fue entonces cuando comencé mi programa de capacitación para cubrir las vacantes. Y desde entonces solo hemos crecido.

—Así que te convertiste en maestro y empresario.

—Se podría decir eso. El trabajo era limpio, seguro. Estudié derecho por las noches. Sylvia terminó su doctorado y comenzó a dar clases.

Ella pensó en la fotografía de la belleza de cabello castaño en la oficina de Parker. —¿Tu esposa era maestra?

—Profesora universitaria de inglés.

Con clase. Caramba, este tipo estaba fuera de su liga. ¿Cómo diablos había terminado sentada frente a él en un restaurante mexicano?

Él continuó. —Para entonces, Gen ya había llegado y estaba comenzando el preescolar. Fue una época muy ocupada. Pero Sylvia era feliz. Mi padre estaba feliz. Varios años después, alguien me contactó por un secuestro. Su hija había desaparecido. Más tarde, la encontraron muerta en el maletero de un auto. Yo encontré al asesino.

Y entonces Parker fue feliz, apostaba ella. O al menos, se sintió realizado. El caso le sonaba familiar. Pensó un momento. —¿El caso Logan? —Recordaba haber oído sobre eso en la televisión cuando todavía estaba con Leon. Alcanzó otro chile y se lo metió a la boca.

—Ese mismo. —Parker miró el platito de jalapeños—. Yo no abusaría si fuera tú.

—No me molestan. —Lo mordió y sus papilas gustativas ardieron como el *Disco Inferno*—. ¿Quieres uno?

Él se enderezó, como si fuera un desafío. —¿Por qué no? —Con un movimiento elegante, tomó una rodaja con el tenedor y la llevó a sus labios. Ella vio cómo sus ojos se abrían un poco. Se negó a hacer una mueca.

—Bastante picante, ¿eh?

—No está mal.

Típico ego masculino. —Toma otro. —Empujó el plato hacia él. Nada como una buena competencia de comer chiles.

Él tomó otra rodaja.

—¿Es rubor lo que veo alrededor de tu cuello? —Sonrió y se preguntó distraídamente cuán ardiente sería este sexy investigador privado entre las sábanas. No era un pensamiento seguro para tener sobre tu jefe.

Él le lanzó una mirada oscura. —Para nada. Tienes razón. Estos chiles son bastante suaves. —Se limpió la boca e inclinó hacia adelante—. Ahora me toca a mí hacer algunas preguntas.

Ella se tensó. —¿Qué quieres saber?

Él la miró fijamente con esos profundos ojos grises. —¿Por qué trabajos de construcción?

Nota mental. Nunca juegues a las Veinte Preguntas con un investigador privado. Solo te morderá el trasero después. Picoteó sus chilaquiles. —Estaban ahí. Eran físicos. Quería demostrar que podía hacerlo. No me ataban.

—¿Por qué te mudabas tanto?

—Quería conocer el país. Y, como te dije antes, estaba buscando a mi hija.

—¿Así que simplemente elegías lugares al azar?

—Más o menos.

—¿Y esperabas encontrar a tu hija por pura suerte?

Empujó una de las tiras de tortilla de sus chilaquiles por la salsa. —Era el único tipo de suerte que tenía. —No mencionó que había habido largos períodos en los que se hundía en una depresión y no hacía más que trabajar y beber por la noche. Y mantenerse en forma. Y pelear. Siempre se aseguraba de saber pelear.

Parker no parecía creerlo. —Eres inteligente. ¿Por qué no fuiste a la escuela?

Él era muy generoso con los cumplidos. Leon siempre decía que era estúpida. Antes de él, su madre a menudo le decía que no era lo suficientemente inteligente para ir a la universidad, pero Miranda siempre se había preguntado si hablaba de sí misma. Empleada de limpieza en un hospital cercano, era una mujer fría y severa con poco sentimiento. El padre de Miranda había sido una persona más alegre. Recordaba reír juntos mientras la hacía rebotar en su rodilla antes de que se fuera. Nunca supo por qué se había ido. Excepto que probablemente se había cansado de la tristeza de su madre.

A lo largo de los años, había obtenido su GED, tomado algunos cursos aquí y allá en universidades comunitarias. Sus calificaciones le habían dicho que era cualquier cosa menos estúpida, pero nunca había encontrado nada con lo que quisiera quedarse. La inteligencia

no era tan importante. Las personas con cerebro aún podían recibir una paliza. Las personas fuertes, que sabían defenderse, no.

—¿Miranda?

La había llamado por su nombre de pila. Se encogió de hombros. —No me atraía.

Carlota pasó con la jarra de agua. Miranda le hizo una señal y señaló el platito de chiles. —¿Tienes algo más picante?

Levantó la mano libre al aire. —*Santa María*.

—¿Qué tal unos serranos?

Ella negó con la cabeza. —Ay, *Señorita*. *¡Picante! ¡Picante!*

—Tráenos un platito. —Se volvió hacia Parker—. Aprendí a disfrutar la comida mexicana muy picante cuando estuve en Phoenix.

—Ya veo —dijo él con una mirada cómplice.

Después de un momento, Carlota reapareció y puso otro platito frente a ellos. Murmurando algo en español, se dirigió hacia la puerta donde habían entrado un par de clientes.

Miranda miró los brillantes trozos rojo-anaranjados finamente picados y empujó el platito hacia Parker. —¿Te atreves?

Él lo empujó de vuelta hacia ella. —Adelante, tú primero.

Usó el tenedor para llevarse uno a la boca. Eso sí tenía potencia. Luchó contra el impulso de gritar. —Tu turno.

Él miró el plato. —Una pregunta más.

—¿Qué?

—¿Por qué pusiste una bomba de cereza en el baño de hombres del juzgado en Oak Park, Illinois, hace diez años?

Se erizó. Su pregunta picó tan fuerte como el chile en su boca. —¿Has estado husmeando en mi pasado, detective?

—Es costumbre hacer una verificación de antecedentes de los empleados.

—Es costumbre que ellos acepten primero.

—El consentimiento quedó implícito en el momento en que cruzaste la puerta.

Si fuera cualquier otra persona, le preguntaría qué quedaría implícito si le pusiera el pie en la cara. Pero sus facciones eran demasiado encantadoras para arruinarlas. —Estaba bajo coacción.

Sus penetrantes ojos le sonrieron. —Tu mente tiene una inclinación legal, Miranda. Esa es una buena cualidad en un investigador —su voz se volvió tierna—. Ese explosivo tuvo que ver con tu hija, ¿verdad?

Ella asintió. —Venganza. El tribunal se negó a abrirme sus registros.

Él se reclinó y suspiró. —Una respuesta típica. Del tribunal, quiero decir.

Bueno. El acto fue bastante inmaduro. Pero la despiadada decisión del tribunal la había enfurecido en ese momento. Tenía que cambiar de tema. Le empujó los chiles serranos hacia él. —¿Tienes miedo?

Sus ojos se entrecerraron. —¿De un chile? Para nada —Se metió dos trozos en la boca.

Miranda tuvo que contener la risa. Para ser justa, tomó tres y se los tragó. Sus ojos lagrimearon. Eso sí que quemaba. —Es como meterse una avispa en la boca, ¿no?

—Sí —Parker hizo una mueca, tosió, pero logró tragar sus chiles sin parecer demasiado débil. Miró a través de la mesa esos profundos lagos azules. Solo una o dos lágrimas brillaban en esos ojos. Qué mujer.

Qué bien alineados estaban sus rasgos. Nariz, cejas, pómulos. Y bien formados, también. Probablemente ella no tenía idea de lo bonita que era. Y sin embargo, podía ver que había secretos detrás de esos ojos. Y dolor. Recordó el impulso crudo y sensual que sintió la noche que la conoció. Una vez más, escuchó ese canto de sirena, sintió su extraña y exótica atracción. No era solo su boca la que ella había incendiado. ¿Qué era lo que encontraba tan seductor en una mujer como Miranda Steele? ¿Qué lo hacía querer alcanzar bajo la mesa y deslizar su pie por esa pierna bien formada? Un movimiento decididamente poco profesional.

Ella tenía habilidades naturales de observación. También parecía tener un don para hacer preguntas. Su técnica era un poco brusca, pero acababa de obtener más información de él que la que había compartido con nadie en mucho tiempo. Definitivamente había tomado la decisión correcta al contratarla. Podría llegar lejos.

Miranda empujó el platillo hacia él nuevamente. —¿Quieres otro?

Él negó con la cabeza. —He tenido suficiente. Vámonos.

###

Regresaron a Mockingbird Hills, luego visitaron el área donde vivían los Taggart en la siguiente urbanización. Miranda observó a Parker entrevistar a todos los vecinos. Él ya había hablado con todos ellos la noche que Madison desapareció. No tenían nada que añadir. Madison era una chica dulce y popular. Venía de una familia perfecta. Todas las fiestas de las vacaciones de primavera habían terminado. Nadie había visto nada inusual alrededor de su casa o de la mansión Ingram.

Una vez más, no habían encontrado nada. El trabajo de detective era tremendamente frustrante.

Volvieron al Edificio Imperial después de las cinco.

Parker le mostró un camino trasero hacia su oficina y Miranda se alegró de evitar el vestíbulo y a la recepcionista con aspecto de modelo. Mientras seguía su atractivo trasero por las escaleras, notó que su boca no era la única parte que aún ardía después del almuerzo.

Entraron en su espacio de trabajo, y él se movió detrás del escritorio donde el sol de la tarde brillaba contra la superficie cristalina.

Él le sonrió radiante. —Lo has hecho bien para ser tu primer día.

Ella miró el mapa de Mockingbird Hills todavía proyectado en la pared. Nunca había tenido un jefe que le hiciera tantos cumplidos. Este era un primer día especial. No habían logrado mucho, pero de alguna manera lo había disfrutado. Este era el primer trabajo que había tenido que no la aburría hasta la muerte.

Volvió a mirar a Parker. La luz de la ventana le daba ese resplandor sobrenatural. Tal vez esto era un sueño y despertaría de nuevo en esa celda.

Él sonrió y dio un paso hacia ella. —¿Crees que te quedarás?

Ella observó el brillo en sus ojos gris acero, se atrevió a dar un paso hacia él. Él le alcanzó el brazo, lo tocó tan ligeramente que apenas podía sentirlo. Pero le envió otra de esas corrientes eléctricas por la espalda. Su boca definitivamente no era lo único que ardía.

Creo que sí, estaba a punto de decir cuando un áspero gruñido la hizo saltar.

—¿Qué haces *tú* todavía aquí?

Miranda se volvió y vio a Gen de pie en la puerta, con papeles en sus manos, puños en las caderas.

Parker se apartó. —Buenas tardes, querida —dijo con ternura.

Ella frunció el ceño. —Por favor, papá.

Hija afectuosa.

Miró con furia a Miranda. —Pensé que te habías ido. ¿Dónde has estado?

Parker cruzó los brazos. —La señorita Steele me acompañó en mi investigación del asesinato de Taggart. A petición mía.

—Estás bromeando.

—No es algo sobre lo que bromearía. Me conoces mejor que eso, Gen.

Entró pisando fuerte a la oficina y dejó los papeles que llevaba sobre su escritorio. —¿Por qué me estás haciendo esto tan difícil?

—¿Difícil?

—Si ella va a quedarse, y no lo recomiendo, tiene que empezar desde abajo como todos los demás.

La mirada de Parker se oscureció. —¿Debo recordarte que inicié esta empresa cuando tú usabas pañales?

—Papá —espetó Gen.

Esto se estaba poniendo tenso. Miranda no quería estar en medio de una disputa familiar. Especialmente si era sobre ella. —Oye, tal vez debería dar un paseo.

Parker levantó un brazo hacia ella. —Quédate donde estás.

Gen tomó un papel y también la señaló. —Si va a trabajar aquí, tiene que seguir las reglas.

Parker se puso de pie. —Como sabes, yo todavía dirijo esta empresa. Soy el jefe de capacitación de empleados, querida.

—Entonces deberías saber, querido papá, que no puedo permitir que muestres favoritismo.

—Esto no es favoritismo.

—¿Cómo más lo llamarías?

—Entrenamiento.

—¿Ah sí? ¿Y qué dirán los otros aprendices cuando descubran que Steele recibe trato especial? Estás creando un problema de moral y yo soy quien tiene que manejarlo.

Parker exhaló lentamente. En el pasado, había tomado bajo su ala a nuevos empleados, pero no desde la muerte de Sylvia, antes de que Gen se uniera al equipo. Mostrar un trato especial a Miranda ahora podría hacerle las cosas más difíciles. La miró con gesto de disculpa. —Tiene razón.

—Oye, no me importa. Si no me quieren, encontraré otra cosa. He tenido trabajos más cortos. —Se dirigió hacia la puerta.

—Espera un momento. —Parker llegó antes que ella y puso su brazo contra el marco para bloquearle el paso—. Esta vez no te vas a escapar tan fácilmente, Miranda Steele.

¿Quién demonios se creía que era? —Tu gerente no me quiere.

—Gen piensa que eres perfecta para el trabajo, ¿no es así?

—¿Qué? —chilló Gen.

—Estoy seguro de que recuerda que no puede contratar ni despedir a nadie sin mi aprobación.

Miranda miró a Gen. Se estaba poniendo roja como un tomate.

—Sí, ¿y qué?

—Gen no quiere que te vayas. Todo lo que quiere decir es que desea que participes en nuestro programa formal de capacitación.

Miranda hizo una mueca. —¿Eh? ¿De qué estás hablando? ¿Escuela?

Los ojos de Gen se entrecerraron. Debía estar pensando en lo que Miranda había dicho antes sobre no tener interés en lo académico. —Así es. Clases de capacitación. Estudio. Libros. Exámenes.

Dios santo. —No sé sobre eso.

—Y tenemos un código de vestimenta.

Miranda levantó la mitad del labio. —¿Código de vestimenta?

—Nada de jeans en la oficina. Solo pantalones de vestir o faldas. Joyería sencilla. Sin aretes, en ninguna parte. Un reloj es obligatorio. Y un teléfono celular.

—No mencionaste una blusa. ¿Es requisito ir sin nada arriba?

—Blusas de vestir planchadas —escupió Gen entre dientes—. Nada de camisetas sin mangas. —Gen examinó la vestimenta que Miranda llevaba puesta.

Miranda se volvió hacia Parker. —Lo siento, Park. No tengo dinero para un nuevo guardarropa. Parece que estoy fuera.

Los ojos de Gen ardieron. —¿Park?

Miranda se inclinó para escabullirse por debajo de su brazo.

Él se desplazó a un lado y le bloqueó el paso con todo su cuerpo. —Un momento, señorita Steele.

Estaba lo suficientemente cerca como para oler su piel. Fresca, limpia. Demasiado cerca. Dio un paso atrás.

Él se volvió hacia su hija. —Genevieve, adelántale a nuestra nueva empleada dos semanas de salario para que mejore su guardarropa.

¿Eh? —Gracias, pero necesitaré eso para mi renta.

—Descubrirás que eso ya está resuelto.

¿Qué? —Mira. No necesito caridad. —Ahora estaba realmente enojada. Si no estuviera tan desesperada por dinero, lo derribaría sobre su sexy trasero y saldría pisando fuerte de aquí. Y si este día no hubiera sido tan interesante. Y si no fuera por Cloris Taggart.

Él cruzó los brazos. —¿Quién dijo que era caridad? Se deducirá el diez por ciento de tu cheque cada semana hasta que el adelanto sea pagado.

Ella chilló en voz alta. —¿Diez por ciento? Que sea cinco. ¿Y qué hay de la computadora? Me prometiste acceso. —Si no podía buscar a Amy, la molestia no valía la pena.

Gen intentó interponerse entre ellos. —Nada de uso de computadora hasta terminar la capacitación.

—Yo sé usar una computadora —le gruñó Miranda.

—¿En serio? ¿Para qué? ¿Navegar buscando pornografía?

—No es asunto tuyo.

—Señoritas, basta. —Esto era todo lo que necesitaba. Una pelea entre gatas entre su hija y su nueva protegida.

Gen se quedó un momento rechinando los dientes, luego se dirigió pisando fuerte hacia el escritorio y agarró una hoja de papel. —Muy bien, señor Parker. Aquí está el horario de clases de su nueva

aprendiz. —Lo empujó en la cara de Miranda—. Ya has perdido un día. Tendrás que recuperarlo.

—Oye, tú. —Quería golpear a la descarada.

—Aquí valoramos la disciplina. Harás lo que yo diga, cuando lo diga, como lo diga.

Con razón Becker y Holloway la llamaban La General.

Le metió el horario en la mano a Miranda. —Preséntate en el aula A a las nueve a.m. mañana. —Luego giró sobre sus talones y salió pisando fuerte de la oficina.

Miranda miró la cara de Parker.

—¿Y bien? —Quería una respuesta.

¿Iba a quedarse y aguantar eso? Miró el papel y hizo una mueca. Este asunto de detective iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Lo miró a sus sexys ojos grises. —Lo pensaré. —Se metió el papel bajo el brazo, lo empujó al pasar y se dirigió hacia la salida.

CAPÍTULO QUINCE

Debió haber sido el Destino, o alguna otra fuerza cósmica —como la necesidad de dinero— lo que la hizo presentarse a clases a la mañana siguiente. Y la mañana después de esa. Y la siguiente. Antes de darse cuenta, Miranda ya llevaba dos semanas de entrenamiento básico como investigadora privada.

Hasta ahora, había aprendido que Allan Pinkerton fue el primer detective estadounidense, que el rastreo de personas podía incluir la búsqueda de viejos amores, y que en este estado, un detective podía obtener un permiso para portar un revólver .38 Special oculto. Incluso había sacado la mejor nota en su primer examen. No estaba mal para alguien que había abandonado la preparatoria.

Sin embargo, para su segundo viernes en la agencia, Miranda empezaba a impacientarse. No había visto a Parker desde su primer día y todavía no tenía acceso a las computadoras. Si no podía ayudar a resolver el asesinato de Madison Taggart y no podía usar los recursos de la Agencia Parker para buscar a Amy, ¿qué demonios estaba haciendo allí?

Miró alrededor del enorme salón de techos altos en la Torre del Centro de Justicia del Condado de Fulton, el monstruo de nueve pisos donde la habían procesado la semana pasada. Al otro lado de la gran mesa, Becker y Holloway estaban trabajando. La habían asignado con ellos para una salida de campo después de la lección de hoy sobre búsquedas de registros judiciales.

Cuando el grupo de novatos de la Agencia Parker había llegado hace una hora, su instructora, la Detective Kay Carson, una mujer baja y de aspecto rudo con diez años de servicio en su haber, les había señalado los libros de referencia, entregado una tarea de cinco páginas, y los había dejado solos. Miranda había agradecido que

ninguno de los oficinistas en el mostrador la hubiera reconocido de su arresto.

Miró la diminuta letra del libro de planos frente a ella. Los títulos de propiedad y escrituras eran aburridos con A mayúscula. Esto no era lo suyo. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Entonces, ¿qué seguía haciendo en la Agencia Parker?, se preguntó por enésima vez esta semana.

Estaba el dinero que le debía a Parker. Solo Dios sabía qué la había impulsado a gastarlo en un nuevo guardarropa. Se dijo a sí misma que tenía que adherirse al código de vestimenta de la empresa, pero tal vez estaba exagerando. El conjunto que llevaba hoy tenía una abertura en el costado y estaba adornado con un cinturón de cuero, tachuelas y cadenas. Cuando Gen lo vio esta mañana, casi le da un ataque.

Miranda se rió para sí misma, recordando la cara de La General. —Una detective debe verse ruda, ¿no?— le había dicho. Le gustaba la idea de verse ruda, pero no tenía que quedarse en la Agencia para eso. O para devolverle el dinero a Parker. Podía conseguir otro trabajo.

Luego estaba todo este estudio. Ah sí, esa era definitivamente una razón para quedarse. Algunas cosas eran interesantes, pero otras eran un dolor en el trasero. Como la búsqueda manual de registros en el juzgado. Y todavía sentía que no encajaba con la gente experimentada, a pesar de los cumplidos de Parker.

Y luego estaba Parker mismo. Su mente divagó hacia su primer día hace dos semanas. Sonrió al recordar la cara sexy de Parker en Ay Chihuahua, tragando chiles picantes. Pensó en el incidente que había iniciado su carrera. Una joven que había sido violada y asesinada. Horrible.

Recordó su último contacto en su oficina ese día. La mirada intensa de sus ojos gris acero. Estaba segura de que estaba a punto de besarla antes de que Gen irrumpiera.

Ah sí, luego estaba Gen. Ella debía ser la razón por la que Miranda había permanecido allí. Gen debió haberle hablado a Parker sobre eso de mostrar favoritismos. Por eso no lo había visto en casi dos semanas. Miranda no podía evitar sentirse resentida. No es que

quisiera un romance con el jefe. Eso sería una locura. Pero si no hubiera sido por la hija estirada de Parker, todavía estaría trabajando en el caso Taggart.

Entonces... tal vez debería empezar a usar su hora de almuerzo para buscar otra cosa. Suspiró y volteó una página del gran libro.

Durante todo este tiempo, las pistas habían estado dando vueltas en su cerebro. Tiffany Todd. Ashley Ingram. Wendy Van Aarle. La pijamada en casa de los Todd. La droga para violaciones en el sistema de Madison. Estrangulamiento por ligadura.

¿Quién tendría motivos para estrangular a una niña de trece años, untarle aceite de cocina condimentado, atarle una cinta alrededor del cuello, llevar su cuerpo al bosque detrás de la mansión Van Aarle y cubrirlo con palos y hojas?

Exhaló. No tenía idea. Pero deseaba poder ayudar a encontrar al asesino de la niña. Si pudiera detener a un loco antes de que matara de nuevo... podría ser lo mejor que hubiera hecho en su vida.

Tal vez debería comenzar a investigar el asesinato por su cuenta. Pero ¿cómo?

Al otro lado de la mesa, Becker se aclaró la garganta.

Miranda levantó la vista de su libro de planos y frunció el ceño a sus dos compañeros. Becker y Holloway la miraban como cachorros hambrientos.

—¿Qué? ¿Tengo la blusa al revés o algo?

Holloway se inclinó hacia adelante y susurró: —Escuchamos que saliste con el Zorro Plateado el otro día.

Zorro Plateado. Alias Parker. Mierda. Parece que Gen tenía razón después de todo. Ahora los únicos amigos que tenía en la agencia iban a odiarla. Se encogió de hombros. —No sé de qué hablan.

—Está bien —dijo Becker—. Sabemos que no puedes revelar ningún secreto ni nada. Solo dinos cómo es.

—¿Cómo es?

Holloway miró alrededor de esa manera furtiva suya. —Sabemos que pudiste ir con él porque tienes experiencia.

—Sí —cambió de posición incómodamente. Bueno, tal vez no estaban listos para hervirla en aceite—. Eh, el jefe solo quería mis

ideas sobre un caso. Resultó que no era exactamente mi especialidad.

—¿Entonces cómo es?

—¿Parker?

—Sí.

Sexy. Fuerte. Amable. Condenadamente irritante. —Es bastante agudo. Ustedes saben que es uno de los mejores —Ellos hablaban todo el tiempo sobre los casos que Parker había resuelto.

La miraron como dos niños esperando que su mamá les diera un helado.

Puso los ojos en blanco y se inclinó hacia ellos. —Esto es estrictamente confidencial. Gen se molestaría mucho si oyera que hablan de esto.

Sus cabezas se sacudieron como muñecos de cabeza bamboleante. —Entendemos. No diremos nada.

—Parker dijo que estaba impresionado con el nuevo grupo de aprendices —Bueno, probablemente diría algo así, imaginó.

—¿En serio? —Holloway sonrió. El pecho de Becker se hinchó como el de un gallo.

—Claro. Oigan, ¿cómo se enteraron de lo mío con, eh, el Zorro Plateado?

Holloway se cubrió la boca con la mano y se inclinó hacia ella. —Smith los vio entrar por la puerta trasera con él.

¿Quién era Smith? —Díganle a Smith que mantenga la boca cerrada.

—Lo haremos —asintió Becker ansiosamente.

Puede que a Holloway y Becker no les importara, pero si los rumores sobre ella y Parker se extendían por la oficina, se desataría el infierno. Podría ser la última gota que la haría decidirse a renunciar. Un momento. ¿No acababa de decidir que renunciaría?

Mejor cambiar de tema. Sacó el teléfono celular de su bolsillo. A todos en la clase les habían entregado uno esa mañana. —Oye, Holloway, ¿sabes cómo funciona esta cosa? —Nunca había tenido uno antes.

—Se supone que debemos mantenerlos encendidos en todo momento —dijo Becker—. Por si alguien quiere contactarnos.

Holloway negó con la cabeza. —No en el juzgado.

—No importa. Ponlo en silencio.

—Sí importa. Bueno, solo enciéndelo un momento. —Holloway se inclinó sobre la mesa y señaló—. Presiona ese botón.

—Gracias. —Lo pulsó. Emitió un pitido y un tintineo, y la gente se volvió para mirarla con enfado cuando se encendió. Ignorándolos, se puso el teléfono en la oreja—. No hay mensajes —les dijo a Becker y Holloway—. Supongo que el presidente no necesitaba mi opinión sobre la última ley contra el crimen.

A Becker se le cayó la mandíbula. —¿El Presidente?

Holloway le dio un codazo.

—Ah. —Forzó una risa.

Mejor revisar su teléfono de casa. Aunque tampoco esperaba nada allí. Marcó el número, esperó el pitido y presionó otro botón.

Había un mensaje. Su corazón se detuvo. ¿Noticias sobre Amy?

Entonces el acento neoyorquino de Fanuzzi sonó en su oído. —¿Cómo estás, Murray?

Miranda había olvidado que le había dado su número a su antigua compañera de trabajo.

—Solo me preguntaba si ya encontraste trabajo. Oye, tenemos algo que celebrar. La pandilla está organizando una fiesta en casa de Truman esta noche y estás invitada. Estaremos ahí a las ocho. No puedo esperar para contarte todo. —Le dio rápidamente la dirección y colgó.

Miranda presionó el botón. ¿Celebrar? ¿Una fiesta con su antigua pandilla de la cuadrilla? ¿Bebiendo cervezas y contando historias sobre Mamá Gorda? ¿Por qué no? Mucho mejor que quedarse sentada por aquí. Miró el reloj en la pared del juzgado. Casi las cinco. Hora de salir.

Cerró el libro. —Me largo por hoy, chicos.

—Oye —le gritó Holloway—. Se supone que debemos seguir a la detective Carson de regreso a la oficina.

Apagó su celular y se dirigió hacia la puerta. —Díganle a la detective Carson que encontraré mi propio camino de regreso.

###

Mientras navegaba por las calles laterales de Decatur buscando la dirección de Truman, Miranda sonrió ante las hileras de pequeños bungalows apiñados cerca de la carretera. Porches pequeños, molduras sencillas, bloques de hormigón, revestimiento de vinilo, trabajos de pintura que necesitaban un poco de retoque. Jardines pequeños con solo algunos setos y árboles, manchas marrones donde la hierba no crecía. Lugares acogedores y con los pies en la tierra. Mucho más familiares que las elegantes residencias que había estado visitando últimamente. Más parecidos al lugar donde se había criado. Le gustaba la zona.

Los números reflectantes desgastados en un buzón le indicaron cuando llegó a la casa de Truman. El Firebird de Gibbs estaba estacionado en el jardín. La camioneta familiar de Fanuzzi, con muñecas Barbie y robots de juguete en la ventana trasera, estaba junto a la acera. Estacionó su viejo cacharro detrás y salió.

Cuando tocó el timbre, Fanuzzi respondió y le dio un abrazo que no esperaba. Luego le puso una cerveza en la mano. —Pasa, Murray. Temía que no vinieras.

En la pequeña sala de estar, su antigua pandilla estaba apiñada alrededor de una mesa de café llena de refrigerios. Lester, Gibbs, Dupree. Truman estaba en el sofá, aplaudiendo al ritmo de la música que sonaba desde un reproductor de CD en el televisor de la esquina. Cuando vio a Miranda, se levantó de un salto y cruzó la habitación cojeando hacia ella.

—Mirawada. —Recibió otro abrazo—. Estoy tan contento de verte. Pasa. Come algo. —Señaló la mesa de café llena de papas fritas, palomitas de maíz y platos de postres—. Mi mamá hace los mejores dulces del mundo.

Gibbs le lanzó una sonrisa dentuda, se levantó y le dio un saludo chocando las palmas. —Murray. Había apostado con Fanuzzi que no vendrías esta noche. Me alegro de haber perdido.

—Me debes dos cervezas —le dijo Fanuzzi.

Lester la saludó desde su silla. —Qué bueno verte, Murray. ¿Qué has estado haciendo?

—Sí —dijo Gibbs, alcanzando una papa frita—. Todos nos preguntábamos qué te había pasado después de darle a Mamá

Gorda lo que se merecía.

¿Se merecía? Todos debían haber estado animándola ese día. —Conseguí un trabajo en Buckhead —Miranda se encogió de hombros.

Fanuzzi dio un trago de su botella. —Eso fue rápido. ¿Estás sirviendo mesas en uno de esos restaurantes elegantes?

—No. Trabajo de oficina. Es bastante aburrido. ¿Qué hay de ustedes? ¿Qué están celebrando?

Gibbs le dio un puñetazo en el brazo a Lester. —Tú díselo.

Él le devolvió el golpe. —Díselo tú.

—Yo le diré —Fanuzzi se volvió hacia ella, moviendo sus hombros rechonchos hacia adelante y hacia atrás en una especie de baile—. Mamá Gorda se fue —anunció con alegría.

—¿Se fue? —Oh, Dios, Miranda la había matado—. ¿Está... muerta?

—Demonios, no —Fanuzzi se rio—. Se internó en el hospital después de los moretones que le diste, pero cuando salió, el supervisor jefe la trasladó a otra cuadrilla.

Ahora Miranda tenía que sonreír. Así que su pelea había servido de algo después de todo. —Genial.

—Gibbs es nuestro capataz ahora.

Él sonrió, se frotó la cabeza calva y sacó su gran pecho. —Todos pueden llamarme "Jefe".

Dupree agarró un puñado de palomitas. —Solo en el sitio de trabajo.

Miranda se sentó en una silla que Fanuzzi había acercado para ella. —Felicitaciones, Gibbs. Bien hecho.

—Gracias. —La miró fijamente—. Así que me falta una Persona Lute. ¿Conoces a alguien que quiera el trabajo?

¿Le estaba pidiendo que volviera? Caramba, no esperaba eso. Se rascó la cabeza. —Vaya, Gibbs. No sé qué decir.

—¿Te gusta más tu aburrido trabajo de oficina que nuestra compañía?

Se removió un poco. No había avanzado nada en su búsqueda de Amy en la Agencia. Probablemente nunca vería otra pieza de evidencia en el caso Taggart. Si renunciaba mañana, Parker probablemente ni siquiera notaría que se había ido.

—Dale algo de tiempo para pensarlo —dijo Fanuzzi—. Oye, Truman escribió una canción para ti. Toca los bongos.

—¿En serio? —Miranda vio un par de tambores en la esquina.

Truman parecía avergonzado. —Ah. No es nada.

—Es genial —insistió Fanuzzi—. Tócala para nosotros.

—¿Quieren que toque?

Lester se levantó y le trajo los bongos. —Sí. Toca esa canción que compusiste en honor a Miranda después de que te defendió. Es bastante linda.

Dupree apagó el reproductor de CD mientras Lester ponía los tambores frente a Truman. Con sus ojos hundidos, Truman estudió los parches un momento, respiró hondo y comenzó a tocar.

Pum ta pum pum. Pum pum. Era bastante bueno, marcando un ritmo funky, como caribeño. Pum ta pum pum. Pum pum. Pronto todos estaban moviendo las cabezas al compás. Cuando comenzó a cantar, Miranda notó que su ceceo había desaparecido.

Mir-aaahn-da. Mir-ah-aaah-ahn-da!

Oh, ella es lista. Es dura.

Tiene lo que hace falta.

Oh, sí. Es rápida. Es fiera. Conoce el juego.

Ha recorrido camino. Ta pum pum.

Y si te cruzas con ella, oh, oh, amigo... está lista,

Para darte una paliza.

Ella es Mir-aaahn-da.

¡Miranda Stee-hee-heele!

Cuídense de Miranda, todos ustedes.

Terminó con un floreo, y todos aplaudieron y le dieron palmadas en la espalda a él y a Miranda. Ella hizo algo que nunca hacía. Sonrojarse.

Ocultando la vergüenza, tomó un trago de cerveza. —Eso es lindo, Truman. Gracias.

—¿Todos están bien aquí? —Una mujer negra corpulenta entró al cuarto llevando un plato de brownies.

—Ella es mi mamá, Miwanda.

La mujer se volvió hacia ella. —¿Tú eres la del tema? Gracias por cuidar de mi muchacho.

—No hay de qué, señora.

—Llámame Mamá Ruby. Todos mis chicos lo hacen. —Le ofreció el plato—. Toma uno.

Brownies. Olían bien. Calientes, ricos, suaves. A Miranda se le hizo agua la boca. —Gracias, Mamá Ruby. —Tomó uno y le dio un mordisco. El chocolate caliente se derritió. Se limpió la boca—. Vaya, está delicioso.

—Mi mamá es la mejow cocinewa del mundo.

—Ay, Truman. Siempre le gusta presumir de mí.

—Lo eres. Ella twabaja en la escuela. Todos adowan su comida allá.

Mamá Ruby dejó el plato en la mesa de centro y agitó las manos. —Me gusta pensar que les doy a esos niños una mejor comida que la que les dan sus padres adinerados.

¿Padres adinerados? —¿Dónde trabajas, Mamá Ruby? —preguntó Miranda.

—Pues, soy la cocinera principal en la Academia Dogwood.

El brownie de Miranda se quedó congelado a medio camino de su boca. ¿Academia Dogwood? ¿La mamá de Truman trabajaba en la Academia Dogwood? ¿La escuela de Madison Taggart?

Mientras todos comenzaban a devorar los dulces, Mamá Ruby los observó un momento con expresión satisfecha. —Ahora diviértanse. Llámenme si necesitan algo —dijo por encima del hombro mientras regresaba a la cocina.

Miranda bebió el último trago de su cerveza y levantó la botella. —Creo que necesito otra. —Se levantó.

—Tengo una aquí —dijo Fanuzzi.

—Yo la busco. —Miranda se dio vuelta y se dirigió directamente a la puerta de la cocina.

###

En la acogedora cocina, Mamá Ruby ya estaba trabajando en una mesa sencilla, preparando otra tanda de brownies. Le sonrió a Miranda cuando entró. —¿Quieres probar la masa? —Le ofreció el recipiente.

—Claro. —Sintiéndose como una niña, Miranda pasó su dedo por el borde, tomó una porción de chocolate y se la metió en la boca.

Mmm. —De verdad eres una gran cocinera, Mamá Ruby.

Ella sonrió. —Gracias, Srta. Steele.

—Llámame Miranda.

Asintió. —Miranda. No puedo agradecerte lo suficiente por acudir al rescate de Truman. Me preocupo tanto por él en el trabajo.

—Me lo imagino.

—Si hay algo que pueda hacer para agradecerte.

Dudó. —Bueno, puede que sí.

Mamá Ruby dejó de remover y le dio una mirada seria. —Dímelo.

Miranda cambió su peso de pie. —No quise decírselo a los demás, pero estoy trabajando en una agencia de detectives.

—Eso es maravilloso.

—Sí. Están trabajando en un caso de asesinato. ¿Una niña pequeña que iba a la Academia Dogwood?

Los grandes ojos marrones de Mama Ruby se abrieron como platos. —Madison Taggart.

—Parece que sabes del caso.

Asintió y comenzó a batir la mezcla nuevamente, sus movimientos impulsados por la indignación. —Todo el mundo lo sabe. Cerraron la escuela durante tres días por ella. Le hicieron un servicio conmemorativo en el gimnasio esta semana. Consejeros de duelo por todas partes. Nunca había escuchado llorar tanto a los chiquillos, pobres criaturas.

Miranda se conmovió. —¿Conocías a Madison? —preguntó suavemente.

Ella negó con la cabeza. —No realmente. No era del tipo que habla con el personal de cocina. Solía verla pasar por la fila del almuerzo. Siempre tenía muchos amigos a su alrededor.

—Era popular.

Mama Ruby asintió. —Eso parecía.

Miranda se rascó el pelo enmarañado. —Solo me preguntaba...

Ella dejó de remover otra vez. —¿Qué, niña? Solo dilo.

Parpadeó. Nadie la había llamado niña nunca. —Me preguntaba si habría alguna forma de que pudiera entrar a la escuela. Ya sabes. Echar un vistazo. Hablar con algunos de los chicos, tal vez. Solo por un día.

—¿Para ayudar a resolver el asesinato de Madison?

—Para intentarlo.

Mama Ruby se frotó la barbilla. —¿Sabes cocinar?

Negó con la cabeza. —Puedo lavar platos.

Mama Ruby asintió. —Puedo ponerte a lavar platos por un día.

Soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. —Eso sería genial.

—Preséntate a las nueve el lunes por la mañana. Tendré un delantal listo para ti.

—Gracias, Mama Ruby. —Genial. ¿No estaría Parker orgulloso?

Golpeó la cuchara contra el tazón y se limpió las manos. —Es lo menos que puedo hacer. Especialmente si ayuda a descubrir quién mató a esa pobre niñita.

Supuso que no aceptaría la oferta de trabajo de Gibbs por ahora. Tenía que ver cómo resultaba esto primero.

Sonriendo de oreja a oreja, Miranda se dio vuelta para irse. Entonces se quedó paralizada.

Fanuzzi estaba parada en la entrada. —Eres una tramposa.

—¿Qué?

Se acercó a ella y la agarró por los brazos. —Estás trabajando para Wade Parker, ¿verdad? —Debió haber escuchado todo.

—Bueno, sí.

Fanuzzi la sacudió. —¿Te fuiste a trabajar con Wade Parker y ni siquiera me lo dijiste?

No es como si fueran mejores amigas ni nada. —Perdí tu número. —Por el rabillo del ojo, Miranda vio a Mama Ruby riéndose mientras alisaba su mezcla de brownies en un molde.

Fanuzzi la soltó. —¿Cómo es él?

¿Acaso toda Atlanta quería saber cómo era Parker? Cielos. —Es solo un tipo. No lo veo mucho.

—Wade Parker no es solo un tipo. Habla ya, Murray. —Fanuzzi empujó a Miranda hacia una silla en la mesa de la cocina, agarró una cerveza del mostrador, se la puso en la mano y se sentó a su lado—. Cuéntamelo todo.

—¿Como qué?

—Como ¿cómo conseguiste el trabajo? ¿Qué has estado haciendo en su agencia? ¿Es tan guapo de cerca como en sus fotos?

Miranda suspiró.

Mientras Mama Ruby tarareaba con aire de complicidad y limpiaba la cocina, Miranda le dio a Fanuzzi una media sonrisa y comenzó a hablar. Se necesitaría mucho para satisfacer su curiosidad sobre Parker.

Esta iba a ser una noche larga.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El lunes temprano por la mañana, Miranda se puso unos pantalones deportivos y una camiseta sin mangas, llamó a la Agencia para reportarse enferma y se dirigió a la Academia Dogwood. Mama Ruby la recibió en la puerta y la puso a trabajar de inmediato, presentándola como ayuda temporal.

Nadie del personal la cuestionó. Todos estaban demasiado ocupados. La amable anfitriona de anoche de repente se transformó en una capataz. Entre el ruidoso estruendo de cuchillos, sartenes para brasear y carritos metálicos, gritaba órdenes como capitán de un barco. Primero, cortar suficientes zanahorias y papas para cuatrocientas bocas hambrientas. Después, preparar las ollas para hervir y hornear. Luego, tiempo de cortar la carne. Pollo frito en el menú de hoy. No mezclar las tablas de cortar.

Todos trabajaban como esclavos de galera. Tenían que hacerlo para estar listos para el primer turno del almuerzo. El reloj en la pared avanzaba y Mama Ruby no toleraba ningún motín ni réplica.

Mientras los otros trabajadores se ocupaban de hervir, freír y hornear, Miranda tomó un rociador en el enorme fregadero de acero inoxidable y lavó las ollas y sartenes cuando los demás terminaban con ellos. Sonrió mientras Mama Ruby tarareaba una vieja melodía gospel, y se le hizo agua la boca cuando alguien sacó del horno los bizcochos con el mejor aroma que jamás había percibido.

Entonces sonó una campana estridente, y los niños comenzaron a formarse.

Mama Ruby le dio un toque en el hombro y le señaló un lugar detrás de la línea de servicio donde podía observarlos mientras pasaban. Miranda se secó las manos y se colocó en posición.

Los estudiantes de la Academia Dogwood iban desde primer grado hasta secundaria. La escuela era tan prestigiosa que solo se permitía asistir a los niños más adinerados de Buckhead. La crème de la crème. A ella le parecían bastante normales, incluso con su ropa de diseñador y mochilas lujosas.

Los pequeños vinieron primero. Grados uno a cinco. Rostros jóvenes y ansiosos miraban lo que el personal había preparado. Dedos impacientes intentaban alcanzar los postres, pero el personal sabía que debía poner primero la comida sólida en sus bandejas. Después vinieron los de sexto y séptimo grado. Eran mucho más sofisticados, especialmente las niñas. Algunas ya cuidaban su peso y hacían selecciones cuidadosas. A su edad.

Miranda divisó a Ashley Ingram, la niña adoptada de pelo rojo, y a la rubia Tiffany Todd, con su aire de superioridad. El par reía y conversaba de esa manera tan animada típica de las jóvenes, como si no tuvieran una preocupación en el mundo, a pesar de que su mejor amiga acababa de morir. Era curioso cómo los niños podían recuperarse tan fácilmente de la tragedia. Pasaron cerca pero ni siquiera miraron a Miranda.

Después del almuerzo, ella volvió al fregadero, terminando con las bandejas y platos. Había olvidado lo sucio que podía ser el trabajo en una cafetería. Años atrás, cuando llegó por primera vez al refugio para mujeres, había tenido un trabajo en una cocina escolar limpiando asquerosos restos de comida de las bandejas y platos que los niños habían usado. Lo había odiado entonces. El tiempo no había cambiado su opinión. Lo que una detective tenía que hacer para mantener su cobertura.

Hasta ahora, no había aprendido mucho y se sentía frustrada. Mama Ruby vació una olla en el otro fregadero.

—¿Hay algún lugar donde pueda tener la oportunidad de hablar con algunos de estos niños? —preguntó Miranda.

La mujer asintió y susurró suavemente: —Los niños de secundaria están afuera en el patio ahora. ¿Por qué no vas a ver qué están haciendo? Yo terminaré aquí.

—Gracias, Mama Ruby —Miranda se secó las manos, se quitó el delantal y se lo entregó.

###

Afuera, Miranda se apoyó contra la pared de ladrillos de la escuela fingiendo estar en un descanso. En sus clases de IIT, el Detective Judd había dicho que un buen investigador privado siempre mantiene los ojos y oídos abiertos. Nunca sabes lo que puedes descubrir. A veces la verdad está justo frente a ti.

Escaneó los terrenos. El lugar tenía todas las comodidades. Campo de fútbol, campo de béisbol, canchas de bádminton y tenis. Si no fuera por el enorme columpio donde jugaban algunos de los niños pequeños, Miranda habría pensado que estaba en un lujoso resort.

Algunos de los estudiantes más jóvenes jugaban al "Mantener alejado" en el amplio pavimento. Maestros vigilantes estaban apostados aquí y allá. Todos parecían tan felices y despreocupados. ¿Así habría sido la infancia? Apenas recordaba la suya. Envidiaba la inocencia que protegía a estos niños de las duras realidades de la vida. Excepto que con el asesinato de su compañera de clase, se habían introducido a ella demasiado pronto.

En las canchas, divisó a Tiffany Todd, vestida con jeans elegantes y una camiseta con un gran corazón rosa. Su cabello rubio estaba recogido con una diadema, y jugaba voleibol con sus compañeras de clase. Debía ser la capitana de su equipo por la manera en que ordenaba a todos. Ashley Ingram, la pelirroja, estaba a su lado. De vez en cuando se reían y señalaban a las otras chicas, quienes les devolvían miradas despectivas. Adiós a la inocencia juvenil.

Miranda estaba a punto de inventar una excusa para acercarse a hablar con las chicas cuando sintió a alguien a su lado.

—¿Quién eres tú? —preguntó con desdén una voz adolescente.

Se giró y vio a una joven parada cerca del costado del edificio a unos metros de distancia. Debía haber aparecido recién por la esquina. Delineador negro grueso, rímel apelmazado, sombra de ojos oscura, lápiz labial rojo sangre.

Wendy Van Aarle.

Miranda se encogió de hombros, tratando de parecer casual. —Nadie. Solo ayudo en la cocina.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera? —La chica parecía defensiva, como si estuviera protegiendo su propiedad privada.

Miranda estudió el cabello y los ojos oscuros que le habían dado tal sobresalto cuando vio su foto por primera vez. Excepto por el maquillaje, se parecía mucho a Miranda a esa edad, pero así sería cualquier chica de pelo oscuro con atuendo gótico y actitud. Definitivamente tenía la cara angulosa de Shelby Van Aarle. Distraídamente, Miranda se preguntó si el maquillaje de Wendy era de alguna de las colecciones de Iris Rose Cosmetics.

—Podría preguntarte lo mismo. —Hizo un gesto hacia el patio de recreo—. ¿Por qué no estás allá con tus amigas?

Wendy cruzó los brazos y se apoyó contra los ladrillos. —¿Amigas? Ellas no son mis amigas. —Su larga falda negra de raso colgaba alrededor de sus pantorrillas con botas en un dobladillo irregular. Su blusa oscura tenía mangas acampanadas acentuadas con un poco de púrpura. Alrededor de su cuello había un collar de gargantilla de encaje negro. Un pequeño cráneo plateado colgaba del centro. Su extraño atuendo probablemente venía de alguna boutique elegante. Podría haber costado un par de cientos de dólares. Una gota en el mar para sus padres.

—¿No tendrás un cigarrillo, verdad?

—¿Cigarrillo? —Miranda sabía que era mejor no darle un sermón. Se encogió de hombros con indiferencia—. Nah, los dejé hace años. ¿Así que no te gusta el vóleibol?

La chica levantó el labio en una mueca de desdén. —Es un juego estúpido. Tengo derecho a no participar. ¿Vas a acusarme o algo?

Miranda negó con la cabeza. —A mí me da igual. Solo trabajo aquí. De hecho, acabo de empezar hoy.

La chica puso los ojos en blanco. No estaba interesada.

Miranda no estaba llegando a ninguna parte con esta charla. Mejor ir al grano. —Debes estar muy afectada por lo de tu compañera.

Wendy la miró fijamente, como si la hubiera tomado desprevenida. —¿Compañera?

—Esa chica que mataron hace unas semanas. Era estudiante de aquí, ¿no?

Lentamente, Wendy asintió. —Madison Taggart.

—Sí, ese es su nombre. Me enteré por las noticias. Pensé que la conocerías. Dijeron que era popular.

Soltó un gemido, y luego habló con tono burlón. —La chica más popular de la escuela. Linda. Atlética. Brillante. Perfecta. Si escucho una cosa más sobre lo maravillosa que era Madison Taggart, voy a vomitar sobre mí misma.

No estaba muy afectada, ¿verdad? —¿No era tu amiga?

Entrecerró sus ojos oscuros. —¿Por qué pensaste eso?

—Pensé que era amiga de todos.

Las palabras salieron a borbotones. —¿Amiga? Era tan engreída. Se creía mejor que todos. Era mala con todos. La odiaba. Muchos chicos la odiaban.

Miranda mantuvo su rostro inexpresivo. ¿La niñita perfecta de los Taggart era mala? ¿Los chicos la odiaban? Eso era un giro nuevo. —No quise—

No estaba escuchando. —Solíamos ser amigas. —Se dio vuelta y escarbó el yeso entre los ladrillos con sus uñas oscuras—. Mejores amigas. Luego decidió que yo era rara. —Se limpió la cara. ¿Estaba llorando?

Miranda se acercó a ella, tocó ligeramente su brazo.

Se apartó, mirándola con enojo. —Ahora Tiffany Todd es la más popular. Es incluso más mala. —Señaló hacia las canchas—. ¿Ves lo engreída que es? No me dejó jugar en ninguno de los equipos. No es que quisiera.

Miranda observó a Tiffany Todd pavoneándose por el pavimento. La chica realmente parecía como si fuera la dueña del lugar. Pensó en la noche que vio a las otras dos chicas burlándose de Wendy. ¿Hacían eso todo el tiempo? —¿Tus padres no pueden hacer nada al respecto?

Wendy se rio en voz alta, casi llorando de nuevo. —Vaya, ¿de qué planeta vienes? Los padres no pueden hacer nada. Especialmente los míos.

—¿Por qué no?

Se abrazó con fuerza y miró al suelo, su cabello oscuro cubriéndole la cara. —Nunca están. Mi madre siempre está

trabajando. Mi padre nunca está en casa. Incluso cuando están en casa, me ignoran. —Levantó la mirada, su rostro lleno de dolor.

Miranda miró esos ojos oscuros y sintió como si un cuchillo le atravesara el pecho. *Mi mamá es ejecutiva y mi papá siempre está fuera. Nunca están en casa*. Automáticamente, su mirada se dirigió al cuello de Wendy. No podía ver nada debajo del collar ajustado.

—La mayoría del tiempo, solo estamos la cocinera y yo en casa. Ella es como mi niñera. —Wendy metió la mano en su bolsillo y sacó su celular—. Tiffany Todd, te odio —le dijo al teléfono.

Miranda esperó a que explicara.

—Le pedí que viniera a mi casa después de la escuela hoy. Mira lo que me envió por mensaje. —Sostuvo el teléfono en alto.

Miranda entrecerró los ojos para ver la pequeña pantalla. ¿Eh? —"idhwm". ¿Qué significa eso?

Su voz casi se quebró al responder. —"I don't hang with morons". "No me junto con estúpidos".

—¿Estúpidos? Eso es cruel. —De repente se sintió protectora con la extraña chica. Pensó un momento—. Oye, ¿por qué no le preguntas cómo hace para mirarse al espejo entonces?

Wendy la miró fijamente, luego sonrió. Era la primera sonrisa que Miranda había visto en ella. —Eso está realmente bueno. —Tecleó en su teléfono.

Ambas se volvieron hacia el patio y vieron a Tiffany Todd alcanzar el celular en su bolsillo. Leyó el mensaje. Su cara se puso roja como un tomate. Miró a través del patio y fulminó con la mirada a Wendy. Rápidamente, Miranda giró la cabeza para no ser reconocida.

Wendy se rio. —Ahora está realmente enojada.

A Miranda se le ocurrió una idea. —Oye, acabo de conseguir un celular nuevo. Tal vez podrías enviarme mensajes alguna vez.

Wendy la miró, con el labio curvado nuevamente.

—Quiero decir, si quieres hablar de algo. O si necesitas una buena respuesta ingeniosa.

La estudió un rato como si estuviera sopesando los pros y los contras de ser amiga de un adulto.

Al final, se encogió de hombros. —Claro.

Miranda le dio a Wendy su número y la observó mientras lo marcaba cuidadosamente en su celular, sintiéndose preocupada de que la chica cediera tan fácilmente a su petición.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Miranda. ¿Y tú?

—Willow —dijo sin levantar la vista.

Qué criatura tan inventiva. —¿Es tu nombre real?

Terminó con el teléfono y lo volvió a guardar en el bolsillo. —Es el nombre que uso esta semana.

Miranda asintió. —Bien, Willow. ¿Qué tal si me das tu número?

Puso los ojos en blanco pero comenzó a responder. —Es seis-siete-ocho... —Su voz se apagó mientras su atención se centraba en algo cerca de la calle. De repente, pareció nerviosa—. Ahí está ese tipo otra vez.

Miranda se volvió y vio un sedán negro detenerse junto a la cerca cerca del pavimento. La visión hizo que se le erizara el vello de los brazos. El auto tenía vidrios polarizados. No podía ver al conductor. ¿Alguien espiando a los niños? Un extraño sentimiento pulsaba a través de ella. Como un eco de otra vida. Frío. Aterrador.

De repente, recordó a Tiffany Todd y Ashley hablando sobre un hombre extraño merodeando por el patio de la escuela la noche que fue a Mockingbird Hills. Dijeron que Wendy había estado hablando con él. Y Madison. —¿Conoces a ese tipo?

Las defensas de Wendy volvieron. —¿Por qué debería conocerlo?

—Lo has visto antes.

Se encogió de hombros. —Un par de veces. Creo que vende libros o algo así.

La ventana polarizada bajó aproximadamente una pulgada. No podía ver el interior. ¿Qué estaba buscando el conductor? ¿Una niña pequeña como presa? Miranda se volvió hacia Wendy, sus instintos maternales disparándose. —Tal vez no deberías andar por aquí sola.

Wendy puso los ojos en blanco.

Miranda mantuvo su mirada en el auto. Pasó rodando junto a un grupo de chicas, acercándose más al edificio. ¿Se dirigía al estacionamiento? —¿No hablas con ese tipo, verdad?

Sonó una campana.

—Tengo que irme.

—No deberías hablar con él. Oye, no terminaste de darme tu número.

Ella se encogió de hombros y se alejó.

—Llámame algún día.

Wendy no respondió.

—Un placer hablar contigo —murmuró Miranda para sí misma.

Observó a la chica que caminaba sin prisa hacia el área donde los maestros formaban a los estudiantes. Con la cabeza agachada, Wendy se colocó al final de la fila. Miranda sintió compasión por esa extraña niña. Todos los millones de sus padres no podían comprarle lo que realmente quería: amigos, el respeto de sus compañeros y, sobre todo, la atención de sus padres.

Los Van Aarle eran sus verdaderos padres. Tenían que serlo.

Miranda se dio la vuelta y vio que el sedán negro había desaparecido. Tenía que encontrarlo de nuevo.

Se deslizó hacia el frente del edificio. No vio el coche en la calle. Se apresuró hacia el otro lado y al doblar la esquina más lejana, alcanzó a ver a un hombre que caminaba por la acera desde el estacionamiento. El sedán negro estaba en la fila de coches. Este tipo tenía que ser el conductor. Rápidamente se agachó detrás de un arbusto frondoso y lo observó.

Era alto, delgado, con cabello rojizo y rizado. Llevaba una caja y tenía una gran sonrisa en su rostro. No era como se imaginaría a un asesino en serie, pero nunca había visto a uno real tan de cerca. Cuando llegó a la entrada lateral, movió la caja con un gruñido. Debía estar llena de libros. ¿Un asesino en serie vendiendo libros de texto? Bueno, era una manera de acercarse a los niños. Le daría la oportunidad de elegir a sus víctimas. Abrió la puerta y se deslizó dentro.

Tan pronto como se cerró tras él, Miranda salió de detrás de los arbustos y caminó tranquilamente hacia la entrada como si lo hiciera todos los días. Cuando llegó a los escalones, puso la mano en el tirador metálico de la puerta y dudó. Si él la había visto, si este tipo era un asesino, podría estar esperando al otro lado, listo para golpearla con un tablón o una palanca. Por otro lado, si era el

hombre extraño con quien Madison Taggart había hablado antes de ser asesinada, Miranda no estaba dispuesta a perderlo. Se arriesgaría.

Preparándose, respiró hondo y tiró del tirador, intentando no hacer ruido.

###

El pasillo estaba desierto, en silencio. ¿Adónde habría ido el asesino vendedor de libros? Un letrero en lo alto le indicaba que esta área era para los grados uno a tres. Las aulas estaban a oscuras. No había nadie alrededor. Miró su reloj. Era tarde. Los niños más pequeños debían haberse ido a casa.

Lentamente fue caminando de puntillas por el corredor junto a los pequeños casilleros, pasando las aulas, las paredes decoradas con papel crepé de colores y recortes.

Por fin, llegó a una puerta que estaba entreabierta.

Voces amortiguadas salían de detrás. El corazón de Miranda comenzó a latir con fuerza. Pegándose contra la pared, escuchó atentamente. Risas resonaban suavemente, como en un sueño. Una risita femenina. Una risa masculina.

Finalmente, se acercó justo al marco de la puerta y se atrevió a mirar dentro.

Por suerte, el vendedor tenía la espalda hacia la puerta. También tenía a una maestra tendida sobre el escritorio, con la falda subida hasta la cintura y las piernas en el aire. Él estaba entre ellas, con los pantalones aflojados.

—Oh nena —gimió él—. No hay nadie como tú.

Unos labios carnosos le sonrieron. —¿Por qué tardaste tanto en llegar? —susurró la maestra.

—Tenía citas. Soy un hombre ocupado. —Con sus acentos, sonaban como una mala telenovela sureña para adultos. Él soltó un gemido profundo mientras tomaba su placer—. Pero estuve pensando en ti todo el día. Y en las lecciones de Biología que te gusta darme.

¿Lecciones de Biología? Qué asco.

La maestra suspiró. —Creo que aprendiste sobre las aves y las abejas hace mucho tiempo. Mmm. Haz eso de nuevo.

Él se rio de nuevo. —¿Esto?

—Sí. Oh, sí.

—¿Soy tu hombre?

—Oh, sí. Eres un hombre salvaje.

—Dilo. Di que soy tu hombre.

Dios. ¿Dónde estaba una bolsa para vomitar cuando la necesitabas?

—¿Cómo puedes preguntar eso, cuando me haces sentir así? —La maestra rio tontamente en medio de un orgasmo—. Por supuesto que eres mi hombre. Eres mi único hombre, Dexter Hinsley.

Miranda se echó hacia atrás contra la pared, con el corazón martilleándole en el pecho. *¿Dexter Hinsley? ¿El* Dexter Hinsley *de Coco?* ¿El que no quería que ella buscara trabajo como cantante?

Ese hijo de puta. Miranda quería entrar directamente en ese nido de amor y romperle la nariz y quizás algunas otras partes del cuerpo que estaba usando en ese momento.

Pero eso no sería inteligente.

En cambio, se obligó a pensar en lo que la bonita cantante rubia que le había dado una coartada en el tribunal le había dicho sobre él. Había dicho que Dexter vendía libros de texto. Que trabajaba hasta tarde muchas veces. Que tenía mal genio.

¿Qué había dicho Parker sobre el perfil típico de un asesino en serie? Infancia abusiva, historial violento, creencia en sus propias habilidades sobrenaturales, necesidad de dominar a sus presas. No sabía nada sobre los antecedentes de Hinsley.

¿Y el ritual? ¿El aceite de cocina sazonado? ¿La cinta en el cuello? ¿Coincidía eso con ser un mujeriego? No estaba segura, pero Wendy lo había reconocido. Podría estar seduciendo a maestras para obtener información sobre sus estudiantes.

Escuchó movimientos dentro de la habitación. Pasos. Los tortolitos se estaban vistiendo. Ay no.

Con la respiración entrecortada, miró alrededor buscando un lugar para esconderse. Al otro lado del pasillo había otra aula. Esperando que no la vieran, contó hasta tres y corrió por el corredor tan rápido como pudo. Alcanzó el pomo de la puerta, encontró la

habitación abierta y entró de un salto, justo cuando Hinsley salía al pasillo.

Se tapó la boca con una mano para calmar su jadeo mientras la sangre le corría por el cerebro. Escuchó atentamente cómo sus pasos resonaban por el pasillo, esperó un momento y luego abrió lentamente la puerta y se asomó. La puerta del aula de "Biología" estaba cerrada. Menos mal.

Salió y corrió por el pasillo hasta la entrada por donde había llegado, salió por la puerta, divisó a Hinsley dirigiéndose al estacionamiento. Corrió por el césped, se escondió detrás de una camioneta mientras él subía a su sedán negro.

Él se alejó conduciendo. Frenéticamente, buscó en su bolsillo la libreta y el bolígrafo que la habían entrenado para llevar consigo. Los sacó, anotó rápidamente su matrícula justo antes de que desapareciera de vista.

Jadeando, miró la libreta. Lo había conseguido.

¿Y ahora qué? Tenía un sospechoso pero no muchas pruebas. Era hora de llamar a los pesos pesados. Apresurándose, se dirigió a su auto y de vuelta a la oficina.

No podía esperar a ver la cara que pondría Parker.

CAPÍTULO DIECISIETE

Miranda frenó bruscamente en un lugar de estacionamiento fuera del Edificio Imperial, saltó de su viejo cacharro y corrió hacia la puerta trasera. Menos mal que Parker le había mostrado esta entrada. Sin miradas duras ni preguntas de la entrometida recepcionista. Subió las escaleras de dos en dos. Cuando llegó al piso quince, se apresuró a la oficina de Parker.

Un minuto después, estaba de pie en la entrada, jadeando. ¿Dónde estaba el jefe? El espacio estaba vacío. Se dio la vuelta. Los escritorios de sus asistentes también estaban desocupados.

Salió corriendo por un pasillo. Al doblar una esquina cerca de un banco de cubículos, casi choca con Becker.

—Steele, ¿qué haces aquí? —dijo con su voz nasal de Brooklyn—. Pensé que estabas enferma.

—Recuperación rápida —respondió—. ¿Has visto a Parker?

—Sí. Qué curioso que preguntes. Acabamos de tener una sesión de Aikido con él en el gimnasio. Fue genial. ¿Sabías que tiene un cinturón negro de cuarto grado?

—Gimnasio. Un piso abajo, ¿verdad?

Él asintió. —El catorce.

Ella dio media vuelta y corrió hasta el elevador.

###

Para cuando atravesó las puertas dobles del gimnasio, Miranda estaba sin aliento otra vez y su camiseta se le pegaba al cuerpo. Jadeando, miró alrededor del salón mientras el metal pesado se cerraba ruidosamente detrás de ella.

Mitad gimnasio, mitad dojo, como todo lo demás en la Agencia Parker, el salón era enorme y opulento. Espejos cubrían una de las paredes, equipos de ejercicio de aspecto costoso en la otra.

Colchonetas de colores cubrían el suelo. Sacos de boxeo de varios tamaños colgaban del techo. Más colchonetas estaban envueltas alrededor de una fila de postes. Un ring de boxeo se encontraba en la esquina más alejada. Todo estaba reluciente de limpio. Olía más a spa que a gimnasio.

Así que este era el lugar donde Parker entrenaba a su ejército de IITs para el combate antes de soltarlos al mundo. Lo recordaba del recorrido que les dio el Detective Judd en su segundo día aquí. Dijo que tendrían una clase con Parker aquí esta semana. Ella se la había perdido.

Notó una respiración constante que venía de la esquina lejana y divisó a Parker.

Estaba solo, levantando pesas libres, con la espalda hacia la puerta. Cautelosamente, cruzó el piso hasta pararse detrás de él. Llevaba un par de pantalones deportivos grises largos y estaba sin camisa. Su presión arterial se disparó. Y ella que se lo había imaginado dando una lección de Aikido en su traje de negocios.

Se quedó observándolo un momento, admirando los músculos de sus hombros mientras los ejercitaba, los tendones de su estómago contrayéndose al ritmo de sus repeticiones.

Finalmente, él terminó, dejó la barra y se dio vuelta. No había estado mirando en un espejo, pero de alguna manera sabía que ella estaba allí. —Miranda —dijo con su manera distinguida—. ¿Qué haces aquí? —Su voz suave tenía un toque de decepción y enojo que la hizo sentir un poco culpable.

Ella contempló el vello negro esparcido por su pecho y su mente quedó en blanco. —¿Eh?

Él cruzó los brazos sobre ese delicioso torso. —Pensé que habías llamado para decir que estabas enferma hoy.

Ella observó una gota de sudor deslizarse por su firme pectoral mayor. Caramba, estaba en buena forma. —Sí. Lo hice.

Su rostro se endureció. Sus profundos ojos grises la regañaban. —¿Entonces qué haces aquí? —repitió.

—Eh, me escapé.

Él le dirigió una mirada oscura. —¿Te escapaste? —Tomó una toalla de un estante y la colocó alrededor de su cuello.

Ella se sacudió, respiró hondo. De vuelta al negocio. —Por una buena razón. Fui a la Academia Dogwood.

La oscuridad se convirtió en asombro. —¿Hiciste qué? —Puso su mano en una barra de estiramiento a lo largo de la pared como para estabilizarse. Dejando que sus palabras calaran, se secó el sudor de la cara con el extremo de la toalla—. Por favor, explícate.

Emocionada, caminó un poco mientras hablaba. —El viernes por la noche fui a ver a un amigo y descubrí que su madre trabaja en la escuela. Le pedí un trabajo temporal en la cocina. Me metió hoy. Ya sabes, para husmear un poco.

Una ceja se arqueó. —¿Husmear?

—Sí. Encubierta. Para ver si podía averiguar algo sobre Madison Taggart. Así que fui allí y lavé platos.

—Platos.

—Sí. Algunas cosas eran bastante asquerosas. De todos modos, durante un descanso, salí al patio escolar donde los niños estaban jugando. Hablé con Wendy Van Aarle.

—¿Qué hiciste qué?

—Hablé con Wendy Van Aarle —repitió—. Estaba merodeando por ahí y entablamos una conversación.

Lentamente, exhaló y apoyó un pie en un banco de pesas. Ella observó cómo la expresión de su rostro pasaba de la ira a la intriga. —¿Qué descubriste?

—Para empezar, Wendy odiaba a Madison Taggart. Me dijo que Madison era mala con todos, especialmente con ella. Muchos niños la detestaban.

Él asintió, asimilando sus palabras.

—Ahora Tiffany Todd ha tomado su lugar como la líder en la escuela. También es desagradable. —Se detuvo. Él ya había interrogado a todos varias veces—. Quizás ya sabes todo esto.

—No, no lo sabía.

Parker miró fijamente a la mujer frente a él. Durante las últimas dos semanas, se había obligado a mantenerse alejado de Miranda Steele. Gen tenía razón. No sería justo para su nueva recluta mantenerla fuera del entrenamiento. Y trabajar en el caso Taggart,

había decidido, sería demasiada carga emocional después de lo que había pasado. Evidentemente, estaba equivocado.

Se frotó la barbilla, su mente funcionando a toda velocidad. —Las rivalidades infantiles no suelen ser un motivo para este tipo de asesinato, si eso es lo que estás pensando.

Miranda parpadeó hacia él. ¿Pensaba que ella creía que Wendy...? —No. —Negó con la cabeza—. Solo estoy preocupada por ella. Sabes que los padres de Wendy no están en casa muy a menudo. Es algo solitaria. —Se había identificado con la niña más de lo que se daba cuenta.

Parker recogió las pesas libres que había estado usando y las volvió a colocar en el estante a lo largo de la pared. —Eso es comprensible. Yo también estoy preocupado. Pero desafortunadamente, hay poco que podamos hacer por ella. ¿Eso es todo lo que aprendiste?

Ella negó con la cabeza. —No. Voy llegando a eso. Mientras hablábamos en el patio de la escuela, pasó un sedán negro. Había un hombre dentro. Me hizo recordar algo. —Se frotó los brazos al recordar el extraño escalofrío que le había provocado la visión de ese auto.

—¿Qué?

—La noche que fui a Mockingbird Hills, escuché a Ashley Ingram decirle a Tiffany Todd que un hombre extraño había estado rondando el patio de la escuela. Que Madison y Wendy habían hablado con él.

Él parpadeó. —¿Estás segura?

Ella asintió. —El tipo que vi hoy podría ser él. Wendy lo reconoció a él y a su auto.

Él se inclinó hacia adelante, sus ojos grises atentos. Ahora tenía su interés indiviso. —Continúa.

—Wendy dijo que era un vendedor de libros de texto. Actuó como si lo conociera, luego lo negó. Es una niña extraña.

—Lo es. ¿Conseguiste una placa de matrícula?

—Sí, justo aquí. —Rebuscó en su bolsillo y le entregó el trozo de papel donde lo había garabateado—. Bastante bueno, ¿eh?

Estudió el papel y asintió lentamente. ¿Era una sonrisa lo que estaba ocultando?

—Lo seguí hasta dentro del edificio escolar.

Su sonrisa desapareció. —¿Que hiciste qué?

Ella soltó un suspiro. —Lo encontré enrollándose con una de las maestras en un salón vacío.

Él arqueó una ceja. —¿Te refieres a que estaban teniendo relaciones?

—Ajá. Fue bastante asqueroso. Aunque no había niños cerca.

—Eso es un consuelo. ¿Te vio? —había alarma en su voz.

Ella negó con la cabeza. —Me mantuve fuera de vista y solo escuché. La cosa se puso bastante intensa. Después de un rato, la maestra dijo su nombre. Lo reconocí, el maldito infiel.

Él guardó el trozo de papel en el bolsillo de su pantalón deportivo. —¿Conoces a este hombre?

—¿Recuerdas a Coco? ¿La cantante del bar, Gecko Club? ¿La que Estavez consiguió como coartada para mí?

Él asintió. —Cora Beth Hinsley.

—El vendedor de libros de texto asqueroso es su esposo.

Frunció el ceño. —¿Estás segura?

—Coco dijo que su nombre era Dexter. Su apellido es Hinsley. Ese fue el nombre que la maestra pronunció en pleno éxtasis. *Dexter Hinsley*.

Parker permaneció en silencio varios minutos. Su rostro adoptó una expresión extraña que ella no comprendía del todo. —Tendré que investigar eso —murmuró casi para sí mismo—. Buen trabajo.

Una emoción la recorrió. No se había dado cuenta de cuánto significaba su aprobación para ella. —Gracias.

Él se secó la cara y lanzó la toalla a un cesto cercano. —Sin embargo, en el futuro, no actúes por tu cuenta. Cualquier trabajo que hagas para nosotros debe ser bajo supervisión.

Vaya, eso fue como un golpe en la cabeza. Su momento de gloria duró poco. Ella frunció los labios. —Lo siento. Pensé que estarías complacido.

Él se cruzó de brazos nuevamente. —Estoy impresionado. Pero la Agencia es responsable de ti.

—Suenas como Gen. Pensé que no te gustaba estar limitado por reglas.

Él frunció el ceño.

—Dijiste que por eso renunciaste a la fuerza policial.

Asintió. —Ah, sí. Pero a veces las reglas son necesarias. ¿Qué hubiera pasado si te hubieras lastimado hoy?

¿Por qué estaba siendo tan inflexible? —Eh, creo que sabes que puedo cuidarme sola.

—¿Puedes?

¿Estaba tratando de hacerla enojar? —Por supuesto. Y creo que hice un gran trabajo hoy. —Se dio la vuelta con un encogimiento de hombros.

Su voz baja llegó por encima de su hombro. —No te pongas tan arrogante. No he olvidado que faltaste a mi clase.

Ella se volvió y puso una mano en su cadera. —¿Y qué vas a hacer, jefe? ¿Ponerme una mala nota?

Parker inhaló, tratando en vano de controlar los impulsos animales primitivos que Miranda Steele despertaba en él. Impresionado era quedarse corto. Ella había ido encubierta por iniciativa propia y había descubierto más sobre Wendy Van Aarle que él después de tres entrevistas. Había descubierto datos sobre este Dexter Hinsley que podrían ser una pista importante. Y solo llevaba aquí dos semanas. Tenía incluso más talento del que él había percibido. Con un poco de entrenamiento, podría convertirse en una investigadora completa en seis meses.

Necesitaba disciplina. Controlarla no sería fácil. Ni tampoco controlarse a sí mismo. O tratar de comportarse como un profesional, como un empleador. Realmente no debería permitirse acercarse a ella. Pero tenía los ojos azules más expresivos que jamás había visto.

Dio un paso arrogante hacia ella. —Necesitas recuperar el tiempo que perdiste.

Ella quiso reírse. ¿Hablaba en serio? —Ya soy bastante buena en artes marciales.

—¿Así que no hay nada nuevo que aprender? —Hizo un gesto hacia la colchoneta.

¿Quería entrenar? ¿Ahora? ¿Aquí? ¿Solos? ¿Y qué era esa extraña mirada en sus ojos? No estaba segura, pero estaba haciendo que su sangre bombeara con la emoción de un desafío. Y tal vez algo más.

—De acuerdo, jefe. Estoy lista. —Se rio a medias mientras se quitaba los zapatos y pisaba la superficie suave—. Veamos qué tienes.

Él se rio con confianza.

Ella se giró y lo observó hacerle una reverencia. Un tradicionalista. Bien. Tenían algunas debilidades. Ella hizo lo mismo, luego agachándose en posición trasera, giró sus caderas y pecho, para poder golpear a voluntad. Extendió sus brazos protectoramente.

Él adoptó una posición similar. Con sus ojos taladrándola, se movió lentamente hacia la izquierda, como una pantera.

Ella observó el brillo en sus brazos musculosos mientras se alejaba en la misma dirección. De repente, recordó a Becker diciendo que tenía un cinturón negro. Ella nunca se había quedado en ninguna escuela de artes marciales el tiempo suficiente para pasar del segundo o tercer nivel. Su preferencia era amplitud en lugar de profundidad. Quizás estaba un poco fuera de su liga. Aun así, había aprendido trucos en bares que los artistas marciales no conocían. Podía defenderse.

Tranquila, cuidadosa. Él haría su movimiento en cualquier momento.

Ahí estaba. Su brazo salió disparado, alcanzando su cara. Ella lo agarró, lo giró sobre su hombro. Él se liberó y sonrió. ¿Complacido con su respuesta? —Tu *fudoshin* está un poco desajustado.

Apretó los dientes. —¿No puedes admitir que te sorprendí?

Fudoshin, ¿eh? Su primer sensei, un anciano que daba clases en su garaje, había sido el primero en enseñarle sobre el *fudoshin*. Calma a pesar de la tormenta. Control emocional. No era su punto fuerte.

Lanzó una patada hacia su pierna. Su retirada en una fracción de segundo hizo que fallara. Tropezó un poco. Sus reflejos también eran bastante buenos.

—Centra tu *chi* —dijo él tranquilamente.

Chi. Fuerza vital. Flujo de energía. Realmente estaba buscándoselo, ¿no? —Mi *chi* está perfectamente —espetó. No era su *chi*. Era su pecho. Desnudo y brillante. Fuerte y malditamente distractor. Se alejó de él.

Con la velocidad de un rayo, él cargó hacia ella, intentó agarrar su muñeca.

Ella se liberó de su agarre con un giro.

—Nada mal. —Exhaló, fascinado por sus habilidades. Su técnica no había sido moldeada en escuelas formales como la suya. En cambio, era una mezcla de estilos y tácticas, combinada con habilidades callejeras. Solo podía imaginar dónde las había aprendido—. Aquel día que te vi ir tras tu jefe en la cuadrilla de carretera, noté que tu trabajo de pies podría mejorar. —Era una mentira. Provocar su ira mostraría si podía controlarla.

Realmente sabía cómo presionar sus botones. Miranda dio un paso atrás, tomó control de su respiración y se relajó. Eso estaba mejor. Por desgracia para él, desde su encuentro con Fat Mama, había estado practicando su *kata*, sus formas de artes marciales, en casa todas las noches.

Su puño vino hacia ella nuevamente.

Giro de un cuarto hacia atrás. Bloqueo doble. —¿Qué tal ese trabajo de pies?

—Mejor. —La admiración cantó en su corazón.

—¿De verdad? ¿Qué te parece esto? —Dio unos pasos hacia atrás, se estabilizó, se acercó a él. Giró con una patada voladora, rozándole el pecho.

La fuerza lo empujó dos pasos atrás. Se detuvo para limpiarse la boca y sonrió de nuevo. —Excelente.

—Sí, lo fue, ¿verdad? —No le importaba lo que dijeran sus maestros. La rabia la alimentaba. Y en este momento, su actitud presumida la tenía realmente enfadada. Soltó un grito y se lanzó hacia su cara.

La atrapó por los brazos, bloqueándola. Estaban cerca, ambos respirando agitadamente. Él no iba a ganarle. Con un movimiento rápido y repentino, ella golpeó su cabeza contra ese poderoso pecho y él cayó.

—Impresionante —se rió mientras golpeaba la colchoneta.

Pero aún tenía sus manos. Mientras caía, ella se desplomó encima de él. Al instante siguiente, la sorprendió, agarrándola por los brazos y volteándola sobre su espalda—. Pero la calma y el control siempre superan a la rabia, Miranda.

Ella miró hacia arriba a ese rostro hermoso. Él estaba sobre ella, con sus muñecas inmovilizadas contra la colchoneta. Ambos jadeaban en la cara del otro. Ella debería estar entrando en pánico ahora mismo. Sintiendo esas viejas emociones de impotencia y miedo.

En cambio, todo lo que sentía era pasión.

Contempló su deliciosa boca, deseando atraer sus labios hacia los suyos y descubrir a qué sabían. Él debió tener la misma idea. Con un solo movimiento, inclinó la cabeza y devoró su boca.

Ella chilló debajo de él mientras el deseo estallaba en su interior. Luchó contra el agarre que la mantenía inmóvil. No tenía miedo, no entraba en pánico. Quería tocarlo, pasar sus manos por esos hermosos músculos. Como si percibiera su necesidad, él la soltó, y sus dedos volaron inmediatamente hacia su espalda suave, deslizándose sensualmente sobre esos increíbles hombros.

El pozo de deseo dentro de ella era profundo. Presionó con fuerza, brutalmente contra su boca. Sus manos se movieron hacia su pecho. Sintió los firmes músculos, se deleitó con el contacto de su piel húmeda. Se demoró otro momento, luego empujó con fuerza, volteándolo hasta que ella quedó encima.

Pasó sus manos por sus bíceps, bajando hasta sus muñecas. Era su turno de sujetar sus brazos contra la colchoneta. Él contraatacó con su boca contra la de ella. Pensó que era hacer trampa cuando deslizó su lengua dentro de ella. Se volvió loca. Soltó sus brazos y lanzó los suyos alrededor de su cuello.

Rodaron una y otra vez, sus besos volviéndose más potentes, más violentos con cada giro.

Él la tenía debajo nuevamente. Mientras su lengua trabajaba el interior de su boca, avivando sus llamas hasta convertirlas en un combustible brillante, sus manos comenzaron a explorar su cuerpo.

Ella gimió debajo de él ante su contacto. La estaba haciendo anhelar más. A él. ¿Había perdido la maldita cabeza? ¿Qué iban a hacer? ¿Hacer el amor aquí mismo en su dojo? Era su jefe, por el amor de Dios. Antes de que pudiera expresar sus protestas, estas se desvanecieron en el aire cuando la mano de él capturó su pecho y la inundó de un placer insoportable.

Llena de deseo y éxtasis, cerró los ojos y exhaló en un gemido sin palabras.

Al otro lado de la habitación, un pestillo giró. Pasos sonaron en el suelo de madera. ¿Era quién ella pensaba?

Sobre ella, el cuerpo de Parker se tensó cuando una voz femenina se materializó en sus oídos.

—Oh... por... todas... las... estrellas.

Sí. Con un esfuerzo gigantesco, Miranda se liberó de las manos de Parker. Se sentó, jadeando por aire, y miró a la figura que estaba de pie sobre ellos.

Gen.

Nunca había visto esa expresión en el rostro de nadie antes.

Ella soltó un grito como una hiena herida —¿Qué demonios está pasando aquí?

Parker se sentó y se limpió la boca —Creí haberte enseñado a tocar antes de entrar a una habitación.

Gen miró a su padre un momento con una mirada feroz, luego decidió arremeter contra Miranda en su lugar —¿Qué haces aquí, Steele? Pensé que estabas enferma.

Miranda comenzó a ponerse de pie. Ahora sí que estaba en problemas. Bastante arriesgado, enredarse con el jefe —Mira, señorita...

Suavemente, Parker puso una mano en su hombro para evitar que dijera más. Se puso de pie con un movimiento elegante, y luego la levantó a ella. No iba a permitir que su propia hija lo avergonzara. Ni que humillara a Miranda —La señorita Steele y yo estábamos entrenando.

—¿Entrenando? Eso no es lo que me pareció. ¿Dónde estaba hoy?

—En una misión para mí.

Miranda dejó de sacudirse la ropa y miró fijamente a Parker. ¿La estaba defendiendo?

—Papá. ¿No habíamos decidido ya...?

—*Yo* tomo las decisiones en esta empresa, Gen —su voz era fuerte, firme, muy propia del Comandante en Jefe. El corazón de Miranda dio un pequeño brinco. Él hizo un gesto hacia los papeles que ella tenía bajo el brazo—. ¿Tienes algo para que yo firme?

Los ojos de ella ardían —Por supuesto que sí. Los papeles de despido de Steele.

¿Despido? ¿Esa perra quería despedirla? —Escucha, tú...

Parker levantó una mano con brusquedad —¿Por qué crees que debería ser despedida?

—¿Además de esto? —Gen puso un dedo en su barbilla—. Oh, déjame pensar. Se fue temprano de clase el viernes pasado, su ropa apenas cumple con el código de vestimenta, y faltó al trabajo hoy sin ninguna razón. Ah, y hoy descubrí que tiene antecedentes.

—Estoy al tanto de eso. Son solo delitos menores.

Miranda miró fijamente a Parker. Él sabía todo sobre sus antecedentes y la había contratado de todos modos. La había buscado como empleada.

Gen siseó en voz alta —¿Solo? Es una responsabilidad para la empresa.

Él negó con la cabeza y se rio, tiernamente —¿Me permitirás usar mi propio juicio en este caso, querida?

La rabia ardió en sus ojos —Papá, simplemente no puedo manejarla.

Parker examinó a Miranda. Su espeso cabello oscuro estaba enredado alrededor de su intenso rostro. Sus pantalones de chándal y camiseta sin mangas aún estaban desordenados por su combate. Su sangre todavía corría caliente por el sabor de ella. Cien veces durante las últimas dos semanas se había dicho a sí mismo que su interés en ella era meramente profesional. Que dejaría que otros se encargaran de su entrenamiento. Que lo mejor para ambos era mantener la distancia. ¿A quién engañaba? Ella era su recluta. No iba a perderse la oportunidad de verla crecer, guiar ese talento,

ayudarla a perfeccionar esos instintos. Y después de lo que acababa de suceder, sabía que ella era más que una recluta para él.

Se volvió hacia su hija —Muy bien, Gen. Me haré cargo de su entrenamiento.

Miranda vio cómo la barbilla de Gen caía sobre su pecho —Eso no es lo que quise decir.

—Pero es lo que *yo* quise decir.

—¿Y la moral? ¿Los otros aprendices?

—De vez en cuando tomo bajo mi tutela a un nuevo empleado prometedor. Tendrán que entenderlo.

—¿Prometedor? Papá, ella no tiene licencia. Tiene que ir a clase.

—Oh, irá. A tiempo parcial. También quiero su ayuda en el caso Taggart.

¿Volvía al caso Taggart? Miranda quiso gritar y bailar alrededor del gimnasio con júbilo triunfal.

Parker le extendió una mano —¿Vamos?

—Claro —mientras Gen permanecía sin habla, ella la tomó y dejó que él la guiara pasando justo al lado de la aturdida joven.

—Gracias por salvarme el pellejo —le susurró mientras cruzaban el gimnasio.

—No hay de qué —sus ojos gris acero adquirieron un brillo travieso—. Y qué hermoso pellejo es.

Ella tuvo que reírse.

Gen encontró su voz —Papá —exclamó con exasperación.

—No te preocupes, querida —Parker le gritó a su hija, con los ojos fijos en Miranda. Se rio mientras le abría la puerta—. La señorita Steele no llevará armas de fuego.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Te llamé tres veces esta mañana.

—¿En serio? —Era martes por la mañana, y estaban cruzando el estacionamiento del Edificio Imperial, dirigiéndose hacia el Mazda plateado de Parker. Con su maletín en mano, Parker vestía un traje azul marino, corbata de seda a juego y una camisa blanca impecable, luciendo tan elegante como siempre. Miranda llevaba uno de sus nuevos atuendos de apariencia ruda. Una falda corta de talle bajo con una blusa oscura de cordones que había hecho que los ojos de su jefe brillaran al verla.

Cuando salieron del gimnasio anoche, Miranda había esperado a medias que Parker la invitara a su penthouse, o donde sea que los investigadores ricos de Atlanta llevaran a sus mujeres, pero él solo la dejó cerca de su cubículo y le dijo que se pondría en contacto con ella mañana.

Se había dicho a sí misma que eso era lo que ella quería, aunque habría preferido ser quien dijera "esta noche no, cariño". Pero tenía que admitir que su corazón había dado un pequeño vuelco cuando regresó a su escritorio esta mañana y encontró un mensaje telefónico de él diciéndole que se reuniera con él aquí en el estacionamiento. Podía imaginar la cara que pondría Gen cuando se enterara de que estaba fuera con su querido papá hoy.

Sacó su celular del bolsillo y lo encendió. Sonó y pitó, mostrándole los otros mensajes que él había dejado. Ups.

—Lo siento. No lo tenía encendido.

—¿Por qué no?

—La batería se agota rápido.

—¿No te dieron un cargador?

—Sí. ¿Y?

A su lado, él se puso tenso. —Pues úsalo. La comunicación es importante. Revisa tus mensajes varias veces al día. Y pon el teléfono en silencio. Quizás no quieras que te escuchen.

Ella presionó el botón para apagar el sonido, esperando haber presionado el correcto. —Dios, qué exigente —murmuró entre dientes.

Él se detuvo en medio del pasillo y se volvió hacia ella. —¿Perdón?

—Quiero decir, sí señor, Jefe Supremo. —Llevó una mano a su frente en un saludo.

Él suspiró. —No estoy haciendo valer mi autoridad, Miranda. Podría salvarte la vida algún día.

¿Salvarle la vida? Un celular podría ser un buen arma improvisada, pero ella no tenía la costumbre de pedir ayuda. Si significaba tanto para él, está bien.

—De acuerdo, intentaré acostumbrarme. —Metió el aparato de vuelta en su bolsillo.

Él asintió y continuó caminando.

Así que todo sería estrictamente profesional. Eso también estaba bien.

Anoche, había ido a casa e intentado practicar su *kata*, pero no podía concentrarse en sus estiramientos y patadas después de aquella sesión de besos cargados de deseo. Hablando de *fudoshin*. Seguro que había perdido el control con Parker anoche. Y no se refería al combate. La emoción de sus ardientes besos, el sensual toque de sus manos, el aroma de su cuerpo, todo eso se repetía en su mente, haciéndola estremecerse tanto que renunció a los ejercicios, tomó una cerveza de la cocina y se sentó a ordenar sus sentimientos. Y vaya que los había ordenado.

Wade Parker era probablemente el hombre más sexy que jamás había visto. Como investigador privado, empezaba a admirarlo tanto como lo hacían Becker y Holloway. Se había dado cuenta de cuánto quería trabajar con él, de la suerte que tenía al tener la oportunidad. Incluso comenzaba a entender por qué Fanuzzi estaba tan loca por él.

Pero hasta ahí llegaría. No se atrevía a hundirse más en el mar de sus encantos. Eso sería demasiado peligroso. No creía en relaciones serias. Ya había tenido una y había jurado no tener otra. Definitivamente no quería un hombre en su vida. No permanentemente. Un hombre en tu vida lo arruinaba todo.

No es que Parker quisiera algo serio. No le había dado ninguna indicación de eso, y además, ¿por qué querría, cuando podía tener a cualquier mujer que deseara con solo pedirlo?

En este momento, lo único que le importaba era encontrar al asesino de Madison Taggart y a la chica que había escrito la carta a Los Buscadores. Parker la había puesto nuevamente en el caso Taggart y estaba decidida a aprovechar la oportunidad. Ahora mismo, eso significaba hacer algo respecto a Dexter Hinsley.

—Hoy te iniciaré en la vigilancia móvil —anunció Parker cuando llegaron a su auto.

Eso sonaba bien. —¿Seguir a un sospechoso?

—Precisamente.

—Genial.

Él alcanzó la manija del lado del conductor. —Súbete. Tú conducirás.

—¿Quieres que yo conduzca? —Sonrió, un poco sorprendida.

—¿Crees que puedes manejarlo? —Había una nota de diversión en su voz.

Ella entrecerró los ojos y resopló. —Ni siquiera voy a dignificar eso con una respuesta. —Pero sonrió mientras se deslizaba dentro y se acomodaba en el suave asiento de cuero.

Con una risita satisfecha, él cerró su puerta, rodeó el auto hasta el lado del pasajero y se deslizó a su lado.

Ella tocó el acolchado volante, pasó su mano por el costoso cuero del interior. Esto era genial. El vehículo estaba impecable y olía a nuevo. Pero seguía siendo algo sencillo para un hombre de sus recursos. —¿Por qué no conduces un auto más lujoso?

Él alcanzó su cinturón de seguridad. —Es importante pasar desapercibido. Parecer común.

Ella también se abrochó el suyo. —Como si se supusiera que debes estar ahí.

—Correcto. —Le dio esa sonrisa sensual y irónica suya—. Por supuesto, reemplacé el motor con un BMW V-8.

Escalofríos de emoción recorrieron sus brazos. —¿En serio?

Él asintió. —Además del anonimato, necesitas velocidad.

Revolviéndose en su asiento con entusiasmo, giró la llave en el encendido. El potente motor cobró vida con un suave ronroneo. —Tengo necesidad de velocidad.

—Solo cuando sea necesario —le advirtió.

—Está bien, aguafiestas. —Ya vería si estaban de acuerdo en lo que era "necesario", decidió, mientras salía del estacionamiento—. ¿Adónde vamos, jefe?

Le sonrió, como si finalmente la tuviera donde quería. —Dirígete al sur por la I-85. ¿Sabes cómo llegar?

—Creo que recuerdo. —Era el camino hacia su antiguo lugar de trabajo.

—En caso de que necesites ayuda —presionó un botón en el tablero y apareció una pequeña pantalla. Un mapa parpadeó en ella —. Aquí hay una buena ruta.

—Vaya. —Encantada, Miranda quería detenerse y contemplar la pantalla—. Mi viejo cacharro no tiene GPS. Nunca compré uno. —En sus viajes, normalmente solo seguía su instinto.

Mientras se dirigía hacia la salida del estacionamiento, una voz femenina con acento británico cantó: —Dunkin Doughnuts, I-85. Tiempo estimado de llegada, treinta y ocho minutos.

—¿Qué? —Pisó el freno y el auto hizo un pequeño chirrido.

Parker se detuvo contra el tablero con una mueca. —¿Qué pasa?

Su temperamento se disparó. —¿Vamos por donas? Pensé que íbamos a buscar a Hinsley.

Él se volvió y la estudió con esa mirada penetrante de investigador, la comisura de su boca se curvó en una media sonrisa. —El sabueso ha captado el olor, ¿no es así?

—Guau. Pero sabes que mi mordida es peor que mi ladrido. —Esperaba no sonar tan decepcionada como se sentía.

Él permaneció en silencio por un momento, como si se centrara, luego habló con su voz tranquila y firme. —Dunkin Doughnuts es

solo un punto de referencia. Espero que encontremos a Hinsley allí cuando salga de la ciudad.

Su corazón volvió a saltar. —¿En serio?

—Si dejamos de perder el tiempo.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Quitó el pie del freno.

Él se recostó nuevamente. —Acabo de hacerlo.

—Gire a la izquierda, veinte pies —dijo la dama británica.

—Bien dicho, hermana. —Miranda giró y se dirigió por Piedmont.

###

—Gire a la izquierda en Lenox Road, cero punto tres millas.

Miranda frunció el ceño. La dama británica le estaba poniendo los nervios de punta. —¿Puedes apagarla?

Parker se rio. —¿Tan pronto? —Presionó un botón y Miranda exhaló. Estaba en camino de atrapar a un asesino. Nada podía empañar su ánimo ahora.

La temperatura había bajado unos grados, y el aire acondicionado del Mazda estaba encendido y era cómodo, pero seguía siendo brillante y soleado. Bajó la visera mientras tomaba un giro hacia Buckhead Loop y luego giró hacia GA-400, donde pasaron junto a edificios de oficinas altos y elegantes, cada uno construido con una forma diferente, como si cada constructor compitiera con el otro por el diseño más imaginativo. Pasaron por la caseta de peaje y el tráfico se hizo más denso. Aminoraron la velocidad, avanzaron por debajo de algunos puentes y al emerger, otra hilera de edificios altos, estos revestidos de cristal en forma de tablero de ajedrez, se elevaban sobre ellos y sobre los árboles verdes como centinelas. Pensó que nada podía igualar al edificio de Parker en clase y estilo, pero estas estructuras eran impresionantes.

El tráfico se aceleró. Presionó el acelerador solo un poco. Con un suave zumbido, el Mazda avanzó. Ese motor BMW podía moverse. Fanuzzi se volvería loca si pudiera verlo. —Este crucero se maneja mucho mejor que mi viejo cacharro.

—Me alegra que sea de tu agrado. —Parker hizo una pausa, luego, tan casualmente como si estuviera hablando del clima, dijo—: Consulté con Hosea anoche. Todavía no hay pistas sobre el asesinato.

Lo cual era el motivo por el que estaban aquí, supuso ella. —¿Mencionaste a Hinsley?

Él negó con la cabeza. —No hasta que tengamos algo sólido. —Alcanzó su maletín, lo abrió y sacó algunos papeles—. Hice un poco de tarea sobre nuestro vendedor de libros de texto.

—¿Lo hiciste?

—Solo un poco de investigación. —Abrió una carpeta.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Parker realmente debía haber pensado que su visita a la Academia Dogwood ayer había revelado una buena pista. Por primera vez en su vida, sintió que había hecho algo que valía la pena. Por el rabillo del ojo, lo vio examinar la pila de información.

—Dexter Xavier Hinsley. Veintiocho años. Casado con Cora Beth Hinsley, veintiséis años. Residencia, Doraville.

—Nunca he oído hablar de ese lugar.

—Es un pueblo justo al noreste de aquí.

—Vamos en la otra dirección.

—Correcto —murmuró él, absorto en sus datos.

Ella miró el grosor del archivo. —¿Hiciste toda esa investigación sobre Hinsley en una noche? —¿O habría tenido una noche tan inquieta como la de ella?

—Tuve ayuda. Mi asistente principal elaboró algunos informes para mí. Yo hice el resto.

Su asistente principal, Noreen Tan. Una mujer asiática ruda que había estado con Parker durante años. Miranda había oído a Becker y Holloway hablar sobre ella, pero nunca la había visto. Decían que estaba casada con alguien importante en la fuerza policial. Un amigo mutuo de ella y Parker. De ahí venía gran parte de su influencia en el departamento de policía. Eso decían.

Él continuó resumiendo sus hallazgos. —Origen de clase media, ingresos promedio. Dexter y Cora son del mismo pueblo. Fueron juntos a la escuela primaria, secundaria y a la universidad. Llevan cinco años casados.

—Novios de la infancia. Adorable.

—Dexter ha trabajado en varios empleos de ventas. Cora Beth es ama de casa.

Miranda pensó en la noche que conoció a Coco. —Ella quiere tocar el piano. Dexter no la deja.

—Hmm. Eso encaja con el perfil —dijo medio para sí mismo.

—¿Qué perfil? —No sonaba como el de un asesino en serie.

—Hace dos años, Cora presentó una denuncia por abuso doméstico contra él, y luego la retiró.

—Oh, ese perfil. —Miranda apretó el volante con ambas manos mientras la ira se agitaba dentro de ella. Había sospechado que eso era lo que Coco quería decir cuando dijo que Dexter tenía mal genio. Ese bastardo.

—Hinsley trabaja para Boozer and Big, una empresa que vende libros de texto y otros suministros a escuelas secundarias. Tiene el territorio del sureste. —Sacó un papel de la pila—. Tengo una lista de posibles destinos para hoy.

—¿Sabes adónde va Dexter?

Él se encogió de hombros con esperanza. —Los patrones de las finanzas de la empresa y las cifras de ventas recientes en su sitio web indican las escuelas que podría estar visitando hoy.

—¿Sacaste todo eso de los informes financieros y un sitio web? —Parker era algo especial.

—Ya veremos qué tan precisas fueron mis deducciones. Al parecer, Hinsley es bueno en lo que hace.

Ella sonrió con ironía. —Eso creía la maestra de la Academia Dogwood.

Su pecho retumbó un poco. —Me refiero a que es uno de los mejores vendedores de Boozer y Big.

—Supongo que tiene un estilo persuasivo.

—Aparentemente.

—Oye, tal vez podamos acercarnos sigilosamente y darle una pequeña lección.

Por un segundo, Parker pareció como si disfrutara de esa idea. Luego aclaró su garganta. —Concentrémonos en la tarea que tenemos.

—De acuerdo, aguafiestas.

Con una mirada de reproche, ajustó el GPS ahora silencioso y miró hacia los autos que los rodeaban. Miranda hizo lo mismo. El

mapa indicaba tráfico pesado. Estaba en lo cierto. Tres carriles de autos pegados parachoques con parachoques los rodeaban. Miranda había visto embotellamientos en horas pico en muchas ciudades, pero el de Atlanta se llevaba el premio.

A esta hora del día, las autopistas de la ciudad se convertían en gigantescos estacionamientos de metal. Todo tipo imaginable de vehículos, desde pequeños Kias y Beetles hasta monstruosos Hummers y SUVs abarrotaban el pavimento. De vez en cuando, el paisaje mecánico se intensificaba con los ruidosos ejes rechinantes de un maloliente camión de dieciocho ruedas.

Tráfico del infierno.

Miranda agarró el volante y buscó entre el mar de autos el sedán negro que había visto ayer. De repente, apareció un vehículo de aspecto familiar. Su corazón saltó a su garganta. —Ahí está. Grand Prix negro medianoche en el carril de la extrema derecha.

Parker se enderezó en su asiento. —¿Puedes ver la placa?

Ella avanzó un poco hasta que la placa quedó a la vista, pero estaba demasiado lejos para descifrarla. No podía ver al conductor a través de las ventanas polarizadas. Parker alcanzó los binoculares en la guantera y leyó los dígitos. —Es el número en tu papel.

Una emoción la recorrió. —Supongo que fue buena idea anotarlo. —El carril derecho empezó a avanzar más rápido. Pisó el acelerador y encendió la direccional—. Necesito cambiarme de carril.

—Quédate donde estás por ahora. Cambiar de carril repentinamente podría llamar su atención.

—No podemos perderlo.

La voz de Parker era tranquila y firme. —¿Cuál crees que es la primera regla de la vigilancia móvil?

Ella pensó un momento. —¿No dejarse descubrir? —Sabía eso de películas y series policíacas.

—Correcto. ¿Y cómo se logra eso?

—¿No seguirlo demasiado cerca?

—Excelente respuesta.

Frustrada, apagó la direccional. Por supuesto, no quería que Hinsley los viera, pero una parte de ella quería conducir justo detrás del imbécil y embestirlo por detrás. Un Grand Cherokee rojo chile se

arriesgó con el espacio que ella había dejado y se le metió por delante, luego se deslizó al carril derecho.

—Oye, idiota.

—Tranquila —dijo Parker.

Ella le hizo un gesto con el puño al conductor. —Se metió en mi espacio.

—Es una carretera pública. ¿Cuánto café has tomado esta mañana?

—Nada —gruñó—. Espera a verme después de una taza o dos. —Apretó el volante y murmuró entre dientes—. Estos conductores de esta ciudad realmente me sacan de quicio.

—Tómalo con calma. Es simplemente parte del trabajo.

Fácil para él decirlo. Miró hacia el Grand Prix negro. Se estaba alejando cada vez más. —Maldición. —El tráfico volvió a disminuir, hasta detenerse. El carril derecho seguía moviéndose. Un ruidoso camión se acercó y bloqueó por completo su vista del auto de Hinsley. Se retorció en su asiento. —Maldita sea.

—Respira profundo. Relájate.

—Claro. Por supuesto —murmuró—. El zen de la vigilancia. —Pero de todos modos inhaló. No ayudó mucho—. Tu gran motor V-8 no nos sirve de mucho ahora.

Él guardó los binoculares y se recostó con su habitual confianza. —Ya servirá.

Al menos el pequeño Audi amarillo frente a ella era lo suficientemente pequeño como para ver por encima. Los vehículos frente a él comenzaron a moverse, pero el Audi se quedó quieto. El conductor estaba hablando por celular.

—¡Oye! —golpeó la palma contra el volante—. ¡Muévete! —gritó —. Carajo, odio cuando estos conductores de Atlanta se quedan ahí con los dedos metidos en el trasero.

El conductor del Audi reaccionó y arrancó. Pero antes de que Miranda pudiera cerrar el hueco que había creado, una enorme Suburban se metió frente a ella.

—¡Pendejo! —exclamó. Levantó la mano, a punto de hundirla en la bocina.

Parker se estiró y le agarró la muñeca justo antes de que su palma golpeara el caucho. —Recuerda la primera regla.

La piel se le erizó ante su contacto. La confusión invadió su mente. Rayos. Pensaba que había eliminado esos sentimientos anoche. Con un gruñido se liberó de su agarre. —Ya sé. Ya sé. No dejarse descubrir.

—No hagas nada que atraiga la atención.

Esto era mucho más fácil en la televisión. Tomó un respiro exasperado. —¡Mierda!

—Maldices mucho cuando estás alterada —observó él.

Ella le torció el labio. La estaba estudiando con esa mirada telepática suya. —¿Estoy ofendiendo tu caballerosidad sureña o algo así? Pensé que estarías acostumbrado al lenguaje áspero en tu trabajo.

—Lo estoy, pero la profanidad mezclada con ira a menudo indica...

—¿Qué?

Él giró la cabeza. —Puede indicar... problemas.

—¿Eres psicólogo, Parker?

Él mantuvo sus ojos en el tráfico. —Entender la psique humana ayuda en este trabajo.

Ella enderezó los hombros. —¿Ah sí? ¿Qué haces? ¿Mantienes perfiles psicológicos de tus empleados?

—Si es necesario.

Esa respuesta no le gustó nada. —¿Qué eres? ¿El Nazi del Personal?

Volviéndose para mirarla, se rio. —Parece que toqué un punto sensible.

Ella se aferró con fuerza al volante y miró fijamente la parte trasera de la Suburban. Parker la estaba irritando más que el tráfico. Soltó un suspiro. —Todo el mundo maldice. Especialmente en un tráfico como este.

—Mi esposa no lo hacía.

Miranda lo miró. Él tenía una mirada perdida en sus ojos. —¿Ah, sí?

—Sylvia rara vez usaba malas palabras.

—Me cuesta creerlo.

—Aparte de algunas vulgaridades de Chaucer, lo peor que le escuché decir fue cuando se le cayó su anillo de bodas por el desagüe una vez.

Anillo de bodas. Miranda se crispó ante la mención del símbolo sentimental. Ella había empeñado el suyo después de dejar a Leon. No recibió mucho por él. —¿Qué dijo?

—Dijo "Popó".

Miranda resopló y sacudió la cabeza. Ja. Una dulce y gentil dama sureña. Esperaba que Parker no estuviera haciendo una comparación. Ella nunca podría estar a la altura de esa mujer. Menos mal que había decidido que su relación con él era puramente profesional. —Tu esposa debe haber sido una santa.

—Lo era —dijo él suavemente.

—Bueno, lo siento. No hay santos aquí. Solo pecadores.

Él la miró con una extraña mirada medio tierna que la hizo preguntarse qué estaría pensando. —Presente compañía incluida.

Ella se apartó el cabello y estudió el tráfico. —Si tú lo dices.

Parker observó la mirada penetrante en sus profundos ojos azules, su espeso cabello negro, su piel suave. ¿Qué era ese poder que ella tenía sobre él? Estaba tan lejos de Sylvia como una mujer podía estar. ¿Cómo podía sentirse tan atraído hacia ella? Siempre había sentido que Sylvia, con sus modales recatados, vivía en un plano por encima de él. Miranda estaba justo a su nivel. Su temperamento crudo y desenfrenado era muy humano. Le divertía y le excitaba. Pecadores, sin duda. Tuvo un repentino destello de ese temperamento salvaje, mientras yacían enredados en las sábanas de su cama.

Después de su enfrentamiento en el gimnasio ayer, esa visión había estado en su cabeza más de una vez. Y sin embargo, sentía hacia ella algo más que simple lujuria. Tal como había notado anoche, podía ver que había más en su enojo que simple frustración. Más en ella. Tenía secretos. Dolor oculto. Quería ayudar. Llegar hasta lo más profundo y aliviar cualquier herida que la atormentara. Quizás era hora de indagar más en su pasado.

Incómoda con el silencio de Parker, Miranda tamborileó los dedos sobre el volante. —Creo que hemos perdido a Hinsley.

—No, no lo hemos perdido. Está justo adelante.

El camión se desvió hacia una salida revelando el Grand Prix negro que avanzaba suavemente.

Antes de que Parker pudiera reaccionar, ella vio un espacio libre y se metió en él. Se colocó justo detrás de él. —Te tengo, hijo de... eh, desgraciado.

Él se aclaró la garganta. —¿Esto es realmente lo que quieres?

Mierda. Estaba demasiado cerca. Hinsley podría verlos en su espejo retrovisor.

—Reduce la velocidad y deja que alguien se meta.

Lo hizo. Por suerte, esta vez fue un pequeño Saab azul el que se coló delante de ella.

—Uno más.

—¿Qué?

—Dos vehículos entre tú y el objetivo es el mínimo.

Ella puso los ojos en blanco, pero disminuyó la velocidad y dejó pasar a un Toyota beige.

—Excelente.

Ella frunció el ceño. —¿Estás seguro de eso?

—Absolutamente. Lo estás haciendo bien.

Le alegraba que él lo pensara. Mejor que no lo perdieran.

###

Después de otra media hora más o menos, llegaron al intercambio de la I-20 y siguieron a Dexter cuando tomó la salida. Durante todo el trayecto por la interestatal, Miranda mantuvo el número correcto de autos entre ellos. El viejo Hinsley no sospechaba nada.

A unos pocos kilómetros pasando el tramo oeste del perímetro, el Grand Prix tomó una salida hacia una calle secundaria. Ella lo siguió, manteniéndose bien atrás. Se dirigieron a través de una zona rural hacia un pueblo que, según el letrero, era Mableton. Un tramo con límite de velocidad de veinticinco millas por hora la hizo pisar el freno, pero se recuperó bien y avanzó lentamente pasando las hileras de casas rodantes, un KFC y una tienda de conveniencia Kwik

Way. Después de unas cuantas vueltas más tranquilas, Dexter entró en el estacionamiento de una escuela secundaria.

—Bingo —sonrió Miranda, lista para ir a por la presa.

—Pasa de largo la entrada —dijo Parker.

¿Eh? —¿No lo perderemos?

—Estará allí un rato. Nos notará si entras detrás de él.

—Buen punto. —Obligándose a ir despacio, condujo hasta la siguiente calle—. Déjame adivinar. ¿Buscar un lugar para dar la vuelta y regresar a la escuela?

—Lo estás captando.

Ella levantó un hombro, tratando de imitar su aire casual. —No tiene nada de complicado. —Entró en un camino de entrada, dio la vuelta y regresó.

—Estaciona a lo largo de la calle. Aquí servirá.

Había un buen lugar detrás de un Honda verde junto a la acera. Robles y arbustos proporcionaban suficiente cobertura para un poco de camuflaje. Detuvo el auto y apagó el motor. —¿Y ahora qué?

Parker abrió la guantera, sacó sus binoculares y se los entregó. —Ahora observamos.

Ella los levantó, ajustó el enfoque. Vio a Hinsley salir del auto, enderezarse la corbata, agarrar una caja del asiento trasero y entrar en la escuela.

—¿Qué ves?

—El gato yendo por el canario.

—Podría ser solo una visita de ventas legítima.

—Está vendiendo algo.

—Objetividad, Miranda. Es imprudente condenar sin evidencia.

—Está bien —suspiró. Pero pronto sus instintos se confirmaron. Después de unos quince minutos, Hinsley salió del edificio con una mujer del brazo. Una linda rubia bajita con pelo corto y un andar despierto. ¿Otra maestra? —¿Qué te dije? A este tipo realmente le gusta jugar a la escuela. —Alcanzó las llaves.

Parker tocó su mano. —No enciendas el auto todavía. —Abrió su maletín y sacó un segundo par de binoculares. Estos elegantes y plateados.

—Qué considerado de tu parte traer dos.

—Estos tienen cámara.

—¿Nuestros celulares no tienen cámaras?

Asintió. —Las tienen, pero esta captura más detalles. Obturador de alta velocidad, lente telescópico 8X, almacena miles de imágenes en alta resolución, se descarga a una computadora, por supuesto. Aprenderás a trabajar con fotografía digital en tus clases. —Se los llevó a los ojos, ajustó el lente.

Dexter y la mujer cruzaron el estacionamiento y se dirigieron a su coche, un pequeño Camry color limón.

Parker tomó una foto justo cuando Hinsley le abría la puerta a su presa y le daba una palmada en el trasero. Eso sería un primer plano incriminatorio. Maldición, Parker era bueno.

Los tortolitos salieron disparados de la entrada de la escuela.

—Ahora —dijo Parker.

Miranda giró la llave y salió a la carretera.

—Tranquila —le recordó Parker.

Pero no hacía falta. Ella mantuvo el pie firme en el acelerador, asegurándose de que hubiera bastante espacio detrás del Camry. Una camioneta plateada se interpuso frente a ella. Esta vez agradeció la cobertura. El Mazda de Parker se mezclaba perfectamente. Él tenía razón sobre parecer normales.

Siguieron al Sr. Libro de Texto y su tutora personal hasta un Days Inn calle abajo y se quedaron al otro lado del estacionamiento mientras la pareja conseguía una habitación y entraba. Parker tomó más fotos.

—Me pregunto qué tipo de lecciones privadas le estará dando —murmuró Miranda—. Hijo de puta.

—No del tipo por el que ganas una beca —Parker emitió un gruñido bajo que ella nunca le había escuchado antes. Sonaba enfadado. Muy enfadado.

###

Mableton fue solo la primera parada de Chico-Dexter. Lo siguieron hasta una escuela en Villa Rica donde se encontró con una morena larguirucha, luego cruzaron la frontera de Alabama donde se detuvo para almorzar en un autoservicio. Parker y Miranda compraron unos sándwiches y lo siguieron hasta Anniston donde lo

esperaba una pelirroja menuda de mejillas con hoyuelos, y luego a Talladega donde había una rubia delgada con pecas.

Era media tarde cuando Casanova terminó su gira a las afueras de Birmingham. Aquí, alteró un poco su patrón. Se subió a un coche con una mujer de aspecto sensual y cabello negro, y se dirigieron a la casa de ella.

Durante varias horas, Miranda y Parker permanecieron fuera observando. Oscureció y Dexter seguía allí. Así que este era un ejemplo de uno de los viajes de negocios con pernoctación de Dexter que Coco había mencionado. A estas alturas, Parker tenía suficientes instantáneas para llenar el álbum familiar de fotos.

Miranda creyó escuchar un suave gemido que venía de una ventana abierta donde las luces estaban apagadas. —Bastardo.

—Parece que tenías razón sobre la técnica de ventas del Sr. Hinsley.

—Me gustaría darle un pedido que nunca olvidaría.

—Igualmente.

—¿Qué vas a hacer con todas esas fotos? —preguntó ella.

—Mandarlas a imprimir y guardarlas en el archivo.

Ella se volvió hacia él. —¿No puedes hacer nada más?

Con expresión sombría, negó con la cabeza. —Desafortunadamente, no. No son estrictamente legales, ya que ningún cliente las solicitó.

—¿Y si se las mostráramos a Coco?

Pareció considerarlo un momento, luego frunció el ceño. —He trabajado en bastantes casos de divorcio a lo largo de los años. Generalmente sale mal cuando te involucras sin ser invitado.

Ella lo sabía, pero no quería dejarlo pasar. —Podríamos intentarlo.

Él negó con la cabeza. —Coco tiene que pedir ayuda primero. Entonces podremos investigar más.

Ella suspiró, insatisfecha con su respuesta. Más ruidos llegaron a través de la ventana. Si pudiera atrapar a Dexter solo alguna noche...

Parker soltó un suspiro que sonaba tan frustrado como ella se sentía. —Por muy reprobable que sea, no veo nada en el

comportamiento de Hinsley que lo vincule con el asesinato de Madison Taggart. ¿Tú sí?

—No —admitió ella. Las presas de Dexter eran voluntarias. Hasta donde Miranda y Parker sabían, no había hablado con un solo niño en todo el día. No parecía un asesino en serie. Solo un cabrón cachondo e infiel. Pobre Coco.

Pero Wendy lo había reconocido. ¿Se había equivocado? Pensándolo bien, la niña era del tipo que se inventa cosas.

La voz a través de la ventana se hizo más fuerte, atravesando el aire quieto de la noche. —Dexter. Oh, Dexter.

Miranda bajó su ventanilla por completo.

—Ya voy, nena —era el ronco acento de Hinsley—. Ya voy.

La mujer soltó una risita. —Vienes el martes, pero ¿volverás a venir el viernes?

—Por supuesto, nena. ¿No he venido los viernes durante los últimos tres meses?

—Oh, sí que lo has hecho, Dexter Wexter. Todos los viernes. ¡Oh, sí. Sí!

Miranda quería asomarse por la ventana y vomitar la hamburguesa que había comido. En cambio, se volvió hacia Parker, y ambos pronunciaron la palabra al mismo tiempo. —Coartada.

Mierda. Habían pasado todo el día conduciendo y esperando, y no habían conseguido nada. —Rayos.

—Rayos, en efecto.

Golpeó el volante con la mano. —Quiero atrapar a ese asesino, Parker.

Él le sonrió con ternura y orgullo, removiendo algo profundo dentro de ella que no sabía que estaba ahí. Él sentía exactamente lo mismo, ¿verdad? En ese punto, eran iguales.

—Lo haremos —dijo él—. Eventualmente. Lo hiciste bien hoy.

Su cumplido la consoló un poco. —Gracias. Excepto que desperdiciamos un día entero.

—Normalmente tienes que recorrer algunos callejones sin salida antes de encontrar la calle que buscas.

Ella gimió y se frotó los ojos. —Sabes, el trabajo de detective puede ser bastante frustrante. Por no mencionar monótono.

Parker le dedicó su famosa media sonrisa irónica. —Horas de aburrimiento interrumpidas por momentos de puro pánico.

Ella aún no había visto ningún pánico. Hinsley y sus miembros del cuerpo docente eran los únicos que se estaban emocionando hoy. Abrió la boca y dejó escapar un bostezo.

—Volvamos —la miró con ternura, luego salió del coche—. Estás cansada. Hazte a un lado. Yo conduciré.

Ella lo hizo.

Él entró, arrancó el coche y salió silenciosamente del camino de tierra hacia la carretera. —¿Tienes hambre?

—No realmente —Ver a Dexter tirarse a maestras de secundaria todo el día no había hecho mucho por su apetito.

—Si puedes aguantar hasta que lleguemos a la ciudad, hay un lugar al que me gustaría llevarte. Estás lo suficientemente bien vestida.

¿Qué significaba eso? Estaba demasiado cansada para preguntar. Se recostó en el cómodo asiento y cerró los ojos. —Claro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El sonido de los autos a lo largo de una calle transitada zumbaba en sus oídos. Sobresaltada, Miranda levantó la cabeza y frunció el ceño. ¿Cómo había terminado su cabeza sobre el hombro de Parker? Se frotó la cara y bostezó. El Mazda estaba detenido. Estaban en alguna parte de la ciudad. Estaba oscuro. —¿Dónde estamos? ¿En mi casa?

—En la mía, en cierto modo.

Salió del auto y le entregó las llaves a un valet con traje rojo. Otro abrió la puerta del pasajero y ayudó a Miranda a salir. Parker dio la vuelta, le ofreció su brazo y la escoltó a través de la acera, por unas brillantes puertas de cristal, hacia un edificio alto.

La condujo por un vestíbulo lleno de grandes y hermosas pinturas, jarrones antiguos, alfombras orientales y muebles de estilo europeo. Una suave música de arpa llenaba el aire. Por un momento, Miranda pensó que había sido transportada al siglo dieciocho.

Estaban en el ascensor cuando los letreros tenuemente iluminados del exterior se registraron en su mente. Torres Parker. ¿Parker vivía aquí? Mientras el ascensor subía, una extraña sensación despertó bajo su ombligo. No era por el elevador. ¿A dónde se dirigían? ¿Y realmente quería ir allí?

En el último piso, las puertas se abrieron silenciosamente, y Parker la guio por un corto pasillo hasta una entrada donde un hombre con chaqueta blanca almidonada estaba de pie detrás de un podio.

Los saludó con una reverencia. —¿Cómo está esta noche, señor Parker?

—Excelente, Jorge —se volvió hacia ella—. Mi colega, la señorita Steele.

—Encantado de conocerla —hizo otra reverencia.

Ella asintió. —Igualmente —supuso.

—¿Su mesa habitual?

—Estaría bien.

—Por aquí.

Miranda exhaló aliviada mientras seguía al hombre hacia una amplia sala donde una avalancha de aromas deliciosos asaltó sus sentidos. Maître d'. Restaurante. Eso era. Parker había dicho algo sobre comida. Ella había pensado que se refería a un IHOP.

Se pasó los dedos por su espeso cabello mientras pasaban junto a filas de mesas cubiertas con manteles de lino adornados con velas y fina cristalería, donde se sentaban elegantes comensales. Supuso que se veía aceptable con su falda negra y blusa con cordones. Recordó que Parker había dicho que estaba "suficientemente bien" vestida. Parecía que el código de vestimenta de Gen servía para algo.

Jorge los ubicó en un lugar tranquilo junto a la ventana con una impresionante vista de la ciudad. Después de mirar con asombro un momento, se volvió para observar el interior.

Bajo luces tenues, más pinturas adornaban las paredes. Escenas de caza y paisajes antiguos y soñadores colgaban en marcos elaboradamente tallados. El elegante papel tapiz verde cazador y los apliques dorados hacían eco del esquema de color, al igual que los manteles y la tapicería de las sillas de respaldo alto. Toda la sala tenía un aspecto tranquilo y dorado. Olía a comida gourmet, clientes adinerados y antiguo dinero sureño.

Miranda se rio con timidez. —Creo que nunca he estado en un lugar tan elegante para comer.

Él extendió el brazo sobre la mesa y le tocó la mano suavemente. —Entonces es un placer presentártelo.

Sonaba como si eso no fuera todo lo que quería presentarle. Un seductor mechón de cabello le caía sobre la frente. Ella observó esos ojos grises, amables pero traviesos, que la miraban intensamente.

Después de su largo día, su traje azul marino lucía tan limpio y planchado como si acabara de salir de una sastrería.

Se aclaró la garganta, retiró su mano y abrió el menú. Lo estudió un momento. ¿*Caviar de Aquitaine*? ¿*Ternera en Aligot y Crema de Brie*? ¿*Langostinos*? Se rio. —Creo que no puedo leer esto.

Él se rio y le quitó el menú. —Pediré por ti.

Apareció un mesero y Parker le murmuró algunas instrucciones que ella no entendió, habló un poco de francés con él, que tampoco entendió. Quizás añadió una o dos frases en italiano. Fuera lo que fuese que había dicho, produjo un festín impresionante.

Antes de darse cuenta, los meseros trajeron pan, vino y una ensalada increíble con guarnición azul y morada. Esperando haber agarrado el tenedor correcto, probó un bocado. Las hojas frescas bañadas en una vinagreta picante deslumbraron su paladar. ¿Esto era una ensalada? Nunca había probado una tan buena. Sin darse cuenta, ya se la había terminado, y una mano se acercó para retirar su plato vacío.

Al mismo tiempo, otra mano colocó otro plato frente a ella. Un montículo enorme y artísticamente diseñado de bocados relucientes entrelazados con vegetales coloridos y exóticos, y bañados con una salsa cremosa sobre una cama de arroz salvaje. Su estómago gruñó y se le hizo agua la boca.

Con cuidado, dio un bocado, cerró los ojos mientras los ricos sabores estallaban en su boca. Nunca había probado algo tan celestial. —No sé qué es esto, pero es de otro mundo.

Él sonrió tiernamente, disfrutando de su placer. —Es cordero y faisán en salsa de vino con hinojo y castañas. Una combinación interesante —dio un bocado a su propio plato—. Está muy bueno. Ah, le pedí al chef que añadiera más especias al tuyo.

Había recordado los chiles que compartieron en Ay Chihuahua. Ella sonrió y se metió otro bocado en la boca. No pudo contener un suspiro. —No sabía que la comida podía saber tan bien.

Él no podía dejar de sonreír. —Me alegra que te guste mi selección.

Realmente no debería comportarse como una glotona, pero no podía evitarlo. Se lanzó a comer.

Justo cuando terminó el último bocado y se limpió la boca, un mesero trajo otro plato. Estaba a punto de protestar. Entonces lo vio. Llamas bailaban sobre una creación de helado cubierta con coco y almendras y salpicada con trufas de chocolate negro. Eso sí que era decadente.

Miranda sopló las llamas, probó el helado y gimió de placer. —Esto es cada vez mejor.

Sus ojos brillaron ante su reacción. —Siempre he considerado al chef Basardi un verdadero artista.

—¿Ese es el nombre del cocinero? —Levantó su copa de vino, que estaba llena de algo caro y delicioso—. Mis felicitaciones para él.

Se lo terminó todo. Después de todo, había tenido un día difícil. Se hizo una nota mental de hacer un levantamiento de pesas serio cuando llegara a casa.

Apartó el plato mientras los meseros recogían los platos y traían café en tazas de fina porcelana. Se recostó con un suspiro y contempló el centelleante panorama de abajo. Atlanta se extendía bajo ellos, brillando como joyas. La ciudad de Parker.

—Esta ciudad te pertenece, ¿verdad?

Él pensó un momento, bebió de su taza. —Yo diría que le pertenece a mi padre.

—Pensé que conocías a todo el mundo —y probablemente tenía información comprometedora sobre la mayoría de ellos.

—Conozco a la gente, pero mi padre es dueño de los bienes raíces. Este es su hotel.

—Sí. Parker Towers. Vi el letrero elegante cuando entramos. ¿Vives aquí?

Él negó con la cabeza. —No. No vivo en los edificios de mi padre.

Ella recordó que él había dicho que su padre lo había desheredado cuando se convirtió en policía. Parecía que todavía no se llevaban del todo bien.

Él exploró el horizonte con la mirada. —En realidad, Parker Towers es solo una fracción de sus propiedades. Allá está Wade Plaza. —Señaló hacia un edificio alto y delgado que brillaba como un diamante largo y estrecho. Luego indicó otro monumento, oscuro

entre las sombras—. El Centro Financiero Russell. También es suyo. Lleva mi nombre.

—Tu segundo nombre.

—Sí. —Señaló hacia abajo, a un edificio pequeño y pintoresco con columnas griegas iluminadas—. Ahí está La Maison de Julia, nombrado por una de sus amigas.

—¿Amigas?

—Mi madre falleció cuando yo era joven. Mi padre nunca se volvió a casar. Desde entonces, se ha convertido en algo así como un mujeriego.

—Ya veo. —Tomó un sorbo de su café. Eso era interesante, especialmente la parte sobre la genética.

Él indicó un edificio cuadrado más allá de la cúpula. —Parker Station.

Ella levantó una mano. —Ya entendí la idea. —Como Fanuzzi le había dicho una vez, la familia de Parker estaba forrada.

Él se inclinó hacia adelante y acarició el asa de su taza. —Ahora sabes un poco sobre mi pasado. ¿Qué hay de ti? Eres todo un misterio, Miranda.

Ella sonrió sorprendida por su comentario. —Ese es tu trabajo, ¿no? Resolver misterios.

—Lo es. Pero quizás esta noche simplemente te gustaría hablar.

Cambió de posición, recordando que estaba sentada frente a un hombre con algunas de las mejores técnicas de interrogatorio del negocio. —¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme.

Ella miró el líquido oscuro frente a ella. —Ya has hecho una investigación de antecedentes sobre mí.

—Las verificaciones de antecedentes solo revelan detalles superficiales. No te dicen nada sobre la persona.

¿Ah, sí? Él ya sabía más sobre ella de lo que ella quería que supiera. La confesión podría ser buena para el alma, pero acercaba a las personas. Ella no quería acercarse más a Wade Russell Parker de lo que ya estaba. Había apagado cualquier chispa que se hubiera encendido anoche en su gimnasio. Y seguiría apagada.

Se encogió de hombros. —No se me ocurre nada en particular.

Él apoyó un brazo en la mesa y se inclinó hacia ella. —¿Por qué nunca te casaste?

Su mirada se dirigió a sus ojos. Su mirada era firme, inamovible. Su investigación de antecedentes no había llegado tan lejos. La noticia la llenó de alivio. —Nunca quise —mintió.

—¿Nunca hubo alguien especial?

Ella se tensó y escrutó su rostro. Él había asumido, como todos los demás, que ella había sido una madre soltera que había dado a su hija en adopción y luego había cambiado de opinión. Eso explicaba por qué no tenía prisa por ayudarla a encontrar a "La hija de otra persona". Pero ella sabía que encontrar al asesino de Madison Taggart tenía que ser lo primero.

—No necesito a alguien que me cuide. —*Ni que me diga cómo vivir mi vida*—. Puedo cuidarme sola. —Miró su reloj—. Oye, se está haciendo tarde. Tengo que levantarme temprano mañana. Mi jefe es muy estricto con la puntualidad.

Él se recostó con una mirada de entendimiento. —Puedes llegar tarde.

Un mesero colocó la cuenta en la mesa.

Ella miró a Parker con sospecha. Conocía su juego. Ablandarla con buena comida y vino, hacerla sentir femenina y mimada, bombardearla con preguntas personales, y luego ir por la estocada final. De tal palo, tal astilla. Ella no quería ser mimada. Ciertamente no quería ser su conquista. —No tienes que darme favores especiales. ¿Cuánto te debo por la comida elegante?

Él pareció herido por un segundo, luego la determinación tomó su lugar. —Nada.

—¿No quieres descontarlo de mi paga, junto con todo lo demás que te debo?

Su mandíbula se tensó ante su comentario. La única razón por la que había pedido el reembolso de su adelanto era porque sabía que ella sería demasiado orgullosa para aceptar el dinero como un regalo. Puso una tarjeta sobre la mesa. —Esta noche invito yo.

—Está bien. Gracias. La próxima vez invito yo. Aunque podría ser un hotdog en el Varsity.

Él se rio y la miró como si pudiera ver a través de su fachada.

A ella no le importaba. No iba a ceder. Y sin embargo, esos labios sexys parecían llamarla. Si pudiera probarlos una vez más. No. No va a pasar. No quería un príncipe apuesto que la cuidara. Y definitivamente no quería acostumbrarse a un estilo de vida como este.

###

En el vestíbulo del hotel había un vendedor de rosas. Parker seleccionó una roja, le dio unos billetes al hombre y le ofreció la flor a ella.

—¿Y esto por qué?

—Ofrenda de paz. Por si te ofendí arriba con mis preguntas. Es la fuerza de la costumbre, comprendes.

Ella lo miró con cautela. Era tan suave. Pero el gesto sentimental la conmovió. —Claro. No quise ser brusca. Solo soy... reservada.

—Tienes derecho a serlo. —Alcanzó la puerta.

Así que esta era una nueva táctica. Actuar desinteresado, distante, incluso arrepentido, pero seguir firme tras lo que quieres. Déjalo ya, Parker. No funcionará conmigo.

Un valet trajo su auto. Condujeron en silencio por Peachtree. No era la dirección correcta. Se dirigían a sus apartamentos. —¿No volvemos a la oficina?

—Sabía que regresaríamos tarde. Mientras dormías antes, llamé e hice que alguien llevara tu auto a tu casa.

Lo tenía todo planeado, ¿verdad? Le esperaba una cruda realidad.

Después de unos minutos, entraron al estacionamiento de Colonial Towers. Ella miró alrededor. Efectivamente, allí estaba su viejo cacharro estacionado. Tragó saliva. Si él tenía alguna idea sobre pasar la noche, mejor que las revisara.

Estacionó cerca de su auto, salió y le abrió la puerta.

—No tienes que ser tan caballeroso. Trabajo para ti. —¿Captas la indirecta? Nuestra relación es puramente profesional.

Él se apoyó en la puerta con esa manera sexy suya y le ofreció su mano. —Es mi educación. Permíteme.

Ella la tomó y salió del auto, pero soltó su mano tan pronto como estuvo de pie. Esto era incómodo. —Como dije arriba, puedo

cuidarme sola.

—Debidamente anotado. Te acompañaré hasta tu puerta.

Vaya, sí que era terco.

—Lo hiciste extremadamente bien hoy. —Sonrió cuando llegaron a la puerta principal del edificio de apartamentos.

—¿En serio? —Su corazón dio un vuelco, a pesar de su intento por sonar distante.

—Te daría una A. Demostraste buenos instintos, persistencia e inteligencia.

Realmente se estaba esforzando en adularla.

Él se inclinó un poco. —También eres muy atractiva.

Ella resopló. —Belleza e inteligencia. Esa soy yo, por supuesto.

—Te subestimas demasiado.

—¿Lo hago? —Su intensa mirada la recorría, tentándola a ceder ante sus encantos. Era momento de cambiar de tema—. Eh, ¿qué pasa con mañana?

Él se acercó un poco más. —¿Mañana?

—Trabajo.

—Claro. Vuelta a las clases. Tengo que estar fuera de la ciudad por unos días.

Por alguna razón, su corazón se hundió al escuchar esa noticia. Se obligó a encogerse de hombros para quitarle importancia y buscó sus llaves. Esta vez encontró la correcta. Alcanzó la puerta y se volvió hacia él con brusquedad. —Bueno, gracias por una comida maravillosa.

—Ha sido un placer. —En lugar de irse, se acercó un poco más. Ella sintió su cálido aliento en la nuca. El melancólico aroma a magnolias flotaba en el aire. Debía ser su colonia—. Me preguntaba si había algo más que pudiera hacer por ti.

Oh, eso estuvo bueno. Así que esto era una oferta de hospitalidad sureña. —Nada que se me ocurra. Como dije, puedo cuidarme sola. No necesito a un hombre. —Pretendía sonar firme, pero su voz se quebró. Su corazón latía a toda velocidad. La llave resbalaba en su palma por el sudor. Maldición. No podía perder el control. No podía dejar que las cosas se descontrolaran como la noche anterior.

—Eso dijiste antes. —En un movimiento atrevido, dio un paso y le bloqueó el acceso a la puerta. Un mechón de cabello cayó seductoramente sobre su frente mientras la atravesaba con esos ojos gris Magnum.

Ella giró la rosa en su otra mano. Estaba igual de húmeda. Otras partes de su cuerpo también se estaban humedeciendo. —Permiso. —Pasó a su lado empujándolo y metió la llave en la puerta—. No quiero exagerar, pero hablaba en serio.

Él se rio suavemente. —Pero ya has exagerado. Su Señoría, que conste en acta que Miranda Steele no necesita que un hombre la cuide.

Ella giró la llave y abrió la puerta de un tirón. —¿Te estás burlando de mí, Parker?

Él la cerró de nuevo. —Para nada.

Debería derribarlo aquí y ahora. —Estoy bien. Puedo cuidarme sola.

Una mujer nunca puede hacerse demasiado dura o demasiado fuerte. Y tampoco un detective privado, si eso era lo que ella era.

Él tomó su barbilla con la mano. —Eso dijiste. Y ya que lo has dejado tan abundante y descaradamente claro que no necesitas un hombre, solo tengo una pregunta para ti.

—¿Cuál?

Inclinando la cabeza, con su rostro casi tocando el de ella y sus ojos llenos de deseo, susurró: —¿Quieres uno?

—¿Eh?

Antes de que pudiera responder, sus labios estaban sobre los suyos. Ardientes, furiosos. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, como si su boca tuviera mente propia. No había sofocado esas chispas anoche en absoluto. Solo habían estado ardiendo bajo las brasas todo este tiempo. Ahora se avivaban, envolviéndola en llamas calientes y abrasadoras, como si un ejército de camareros del restaurante estuviera derramando brandy sobre ella y arrojando fósforos encendidos.

Se mareó, se volvió flácida mientras sus brazos rodeaban su cuello. Esa lengua agresiva luchó por abrirse camino hasta el suave interior de su boca. Giraron, retrocedieron tambaleándose, como si

estuvieran atrapados en algún vals erótico, y aterrizaron contra la columna de estilo sureño del porche. Él la presionó contra la superficie redondeada. Atrapada. Sus manos se movían sobre su cuerpo. Ella gimió al sentir su excitación. Su corazón dolía por él como si fuera a sangrar. Se aferró a su cuello como si le fuera la vida en ello y se rindió ante la inundación de pasión que la atravesaba.

¿Qué le estaba haciendo? La estaba asustando muchísimo. Una parte de su cerebro despertó y exigió: "¿Qué estás *tú* haciendo?". Buen punto. Con toda la fuerza que tenía, se liberó de su beso. Él la sostuvo con firmeza mientras ella jadeaba en busca de aire en sus brazos. —No estoy de humor para una aventura de una noche, Parker.

Sus ojos brillaban a la luz de la luna. —No es eso lo que tenía en mente.

Ella se quedó helada. —¿Qué tenías en mente?

—Definitivamente más de una noche. —Sus labios encontraron su mejilla, jugaron suavemente sobre su piel, haciéndola anhelar rendirse, ceder—. ¿Por qué no vemos simplemente adónde nos lleva el destino?

¿Destino? No estaba hablando del destino. Estaba hablando de algo a largo plazo. Estaba hablando de una relación. Esa idea la asustaba más que la aventura de una noche.

Ella negó con la cabeza y forzó una risa. —No querrás involucrarte con alguien como yo, Parker.

—¿Por qué no? —murmuró él, abriéndose camino hacia su oreja, como si ella no tuviera voz en el asunto.

Ella sonrió con ironía. ¿Quería la verdad? Se la daría. —Porque mi vida personal es un maldito desastre. —Apestaba en las relaciones.

—Soy bueno arreglando desastres. —Capturó su boca nuevamente, enviando sensaciones deliciosas y embriagadoras por su columna con su lengua.

Sus manos se movían sobre su cuerpo, haciéndola temblar con algo muy cercano a la rendición. Sus dedos jugaron con los cordones de su blusa, acariciaron su pecho. No podía dejarlo continuar. No podía hacer el amor con él. Solo significaría dolor. Para ambos.

Parker saboreó el gusto de sus labios, tan vivos de pasión, la sensación de sus firmes curvas bajo sus manos, incluso mientras ella se resistía. ¿Por qué, Miranda? ¿Por qué luchar tanto? ¿Qué pasó para que temieras tanto la cercanía? No preguntó. Sabía que ella no respondería. Pero podía hacerla sentir.

Alcanzó debajo de su falda, deslizó su mano por su muslo. Ella contuvo la respiración cuando sus dedos tocaron su suavidad.

Miranda se estremeció, su mente quedando en blanco ante su implacable toque. La magia de sus labios, su lengua, sus dedos, la atraía, la hipnotizaba. Detenlo, pensó. Detenlo.

Pero tenía que dejarlo permanecer solo un poco más, acariciándola, provocándola, avivando esas llamas cada vez más altas. Lo deseaba. ¿Y si cediera ante él? ¿Solo por una noche? Él no se contentaría con una noche. ¿Entonces dónde quedarían?

Su propio deseo débil y tonto de repente la enfureció. ¿Qué diablos estaba haciendo? Usó su ira para forzarse a salir de su hechizo. Puso sus manos contra su pecho y le dio un fuerte empujón. —No puedo hacer esto.

Parker retrocedió, miró fijamente ese rostro expresivo. Serio, intenso. Su cabello desordenado, sus labios rojos e hinchados por la pasión.

Su mente se aclaró. Ella tenía razón. Había ido demasiado lejos. Había sido atraído por ese canto de sirena. Esos impulsos inconscientes y poderosos que no podía controlar. No era como él en absoluto. Ella lo convertía en una especie de bestia.

—Perdóname. Las cosas se salieron de control.

Miranda lo observó recomponerse con rigidez. Estaba enojado, herido. Podía verlo en sus ojos. No podía dejar que eso la afectara. —Lo siento —susurró—. No quise...

—No pasa nada.

Se ajustó el saco del traje y se pasó la mano por el pelo como si estuviera reconstruyendo su masculinidad. Luego se volvió hacia ella con esos profundos ojos grises. —Dejaste claros tus sentimientos. Soy yo quien debe disculparse —se dirigió hacia la puerta y la abrió para ella—. Es hora de que nos despidamos.

###

Miranda entró en su apartamento y cerró la puerta tras ella. Miró a su alrededor, sintiéndose muy sola. El lugar parecía aburrido y diminuto comparado con la elegancia de Parker Towers. ¿Y qué? Ese hotel lujoso, o cualquier cosa parecida, no era su vida. Nunca podría serlo. Cruzó hacia la cocina, encontró una botella de cerveza vacía, echó un poco de agua y metió la rosa de Parker en ella. Colocó la botella en la encimera y fue a la sala para enrollar las colchonetas de ejercicio que había dejado en el suelo la noche anterior. Las guardó en el armario.

Esta noche no habría *kata*. Ni levantamiento de pesas. Estaba agotada. Además, era tarde. Se quitó la ropa, se duchó, se puso una camiseta y se acostó en su cama alquilada. Después de un minuto, se levantó, fue a la cocina y recuperó la botella de cerveza con la rosa de Parker.

Puso la botella en la mesita de noche y volvió a acostarse.

Tan pronto como cerró los ojos, pudo sentir nuevamente los labios de Parker contra los suyos, sus manos recorriendo su cuerpo. Maldición. Se incorporó, golpeó la almohada y se acostó de nuevo. *¿Quieres un hombre?* Parker la había hecho querer uno. A él. Pero solo para sexo. No para una relación. Ella no tenía relaciones. No con nadie. Debería haber optado por la aventura de una noche y haberlo echado por la mañana. Con un gruñido, apagó la luz.

Había tenido sexo después de dejar a Leon. Un compañero de trabajo ocasional con el que se había hecho amiga, cuyo historial médico había verificado primero. Rara vez, bebía demasiado y se iba a casa con alguien de un bar, por peligroso que fuera, por vacío que la dejara. Pero era solo para saciar una sed temporal, como beber de una fuente pública. Nada serio. Nunca hubo una relación.

Se dio vuelta, mirando fijamente en la oscuridad.

Relaciones. Los psicólogos le habían dicho que necesitaba una buena relación. Una nueva relación para superar la pésima que había tenido. Estaban llenos de mierda. Las relaciones no eran una opción para ella. Su cerebro estaba demasiado confuso, su corazón demasiado entumecido. Ya había tenido suficiente de ese tipo de estupideces hace mucho tiempo.

Y sin embargo, mientras cerraba los ojos, la sonrisa sexy de Parker la perseguía. Ninguno de los hombres olvidados con los que se había acostado la había hecho sentir como él lo había hecho esta noche. ¿Una relación con Parker? Algo dentro de ella parecía despertar, como el primer brote de primavera abriéndose paso a través de un suelo duro. O un perro sentándose para recibir una galleta.

Tonterías. Se dio vuelta, le dio otro golpe a la almohada y se subió la sábana hasta la barbilla. Una relación solo la haría revivir su pasado, obligarla a lidiar con él, desenterrar viejos recuerdos. Eso era lo último que necesitaba. Su mente bullía con pensamientos inquietos, pero al final se cansó, se relajó. Los pensamientos se disiparon. Y se quedó dormida.

###

El aire frío silbaba entre los árboles en lo alto. Sus ramas desnudas dibujaban trazos negros y dentados en el cielo nocturno. Caminando. Frío. La escarcha mordía sus piernas. El hielo crujía bajo sus pies mientras avanzaba por la acera.

Tenía que estar en algún lugar, pero no podía recordar dónde. Tenía que seguir moviéndose. Moviéndose. Su aliento formaba humo en el aire mientras caminaba. ¿Cuánto faltaba ahora? Estaba tan oscuro. Tan frío.

Entonces escuchó ese sonido. Crujidos lentos detrás de ella en el hielo. Pasos.

Él estaba allí.

Ahora recordaba. Era su coche lo que estaba intentando alcanzar. Si tan solo pudiera llegar a su coche, estaría a salvo. Avanzó apresuradamente por la acera. No estaba en esta manzana. Cruzó la calle desierta, caminó con dificultad por la nieve. El crujido seguía detrás de ella. Acercándose. Intentó ir más rápido, pero era difícil moverse sobre la resbaladiza superficie de la acera helada. Lo escuchó respirar. ¿Dónde estaba su coche?

Allí. La manija plateada de la puerta brillaba a la luz de la luna como una estrella. Extendió la mano para alcanzarla, pero estaba demasiado lejos. Estiró y tensó el brazo para llegar. Casi ahí. La

tenía. Justo cuando sus dedos tocaron la superficie metálica, la manija se desintegró en polvo frío, y él la agarró por detrás.

Le torció los brazos hacia la espalda. Ella gritó de dolor, el miedo cortándola como un cuchillo. *No. Para.* Luchó, pero él era demasiado fuerte. Y ella era débil, impotente. Nunca había aprendido a defenderse, a protegerse. La habían lastimado una y otra vez y lo único que había hecho siempre era aguantarlo.

Con fuerza, la hizo girar. Su cara era un bulto redondo de lana negra, como una marioneta bizarra. Pasamontañas. No me hagas daño. Por favor no me hagas daño. *No supliques. ¿Por qué había suplicado?* Se retorció en sus manos.

Él la empujó hacia abajo, la arrastró hacia un lugar frío y oscuro, el hielo afilado raspó su espalda. Sus manos rasgaron su ropa, forzaron sus piernas a separarse. *No, por favor no.* El dolor era agudo, insoportable cuando él la penetró. Se estremeció, su estómago contrayéndose en una arcada fuerte. Era débil. Indefensa. Todo era su culpa. Leon lo decía.

Leon.

Sus manos se cerraron en puños apretados. Sus brazos volaron hacia su cara. Sus puños golpearon en la lana. Se la arrancó y los feroces ojos negros de Leon la miraron fijamente.

Ella levantó la mano. Encontró un arma. Lo mataría con ella. Se echó hacia atrás, se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas. Lo golpeó en la cabeza y se rompió en pedazos.

Dios del cielo.

Miranda se incorporó de golpe en la cama, el estrépito del cristal resonando en sus oídos, su corazón latiendo tan fuerte en su cabeza que pensó que explotaría. Algo había explotado.

Durante varios momentos, permaneció sentada en la esquina de la cama, jadeando, abrazándose a sí misma, temblando por completo. Cada parte de ella se sacudía de terror y rabia. Por fin, se limpió la cara con una esquina de la sábana. Con mano temblorosa, extendió el brazo y encendió la luz. Miró alrededor de la habitación. Su respiración se calmó. Estaba en Buckhead, en su apartamento. El hombre del sueño se había ido.

Estaba a punto de acostarse de nuevo cuando notó la pared. Tirando de su camiseta para ceñírsela, se levantó y cruzó la habitación. Se detuvo cuando sintió algo afilado bajo sus pies. Cristal.

Manchas de agua corrían por la pintura de color neutro hasta el zócalo. Trozos oscuros de una botella de cerveza yacían destrozados sobre la alfombra. Miró hacia la mesita de noche. Vacía. Volvió a mirar al suelo, parpadeando.

Allí, en medio de los fragmentos, yacía la rosa de Parker.

CAPÍTULO VEINTE

Solo en su habitación de hotel, Parker contemplaba las copias de los informes de la escena del crimen esparcidos sobre la mesa. Hacía dos días, había tomado el vuelo de tres horas y media desde Hartsfield hasta el Aeropuerto Internacional de Pittsburgh, donde un viejo amigo y antiguo alumno lo había recibido.

Frank Donaldson había dejado la Agencia Parker hace varios años para volver a su hogar en Pittsburgh y dedicarse al trabajo policial. Ahora era Jefe Adjunto, y cuando leyó sobre el asesinato de Madison Taggart en los periódicos, le había llamado a Parker. Podría tener una conexión, dijo. Después del callejón sin salida con Hinsley, después de casi dos semanas revisando las pruebas con Hosea y el forense hasta que le ardieron los ojos, Parker finalmente tenía una pista. De cierto modo.

En la sede de la Oficina de Pittsburgh en Western Avenue, Donaldson había repasado los hechos con él. El incidente había ocurrido hace más de un mes y medio, y el caso se estaba enfriando.

La víctima era Barbara Thomas. Una mujer soltera mayor que vivía sola en un edificio de apartamentos en las afueras de la ciudad. Los hechos eran imprecisos, pero parecía que había salido a caminar una noche y nunca regresó.

Los antecedentes de la víctima también eran imprecisos. Sin familia cercana, pocos amigos. Era cajera en un banco local. Cuando no se presentó a su trabajo al día siguiente, sus compañeros se preocuparon. Llamaron a la policía, que inició una búsqueda. Pocos días después, los oficiales encontraron su cuerpo en una zona boscosa a aproximadamente un kilómetro y medio de su casa.

Parker levantó las fotos de la mujer muerta. Pequeña, cabello castaño corto. Las marcas purpúreas en su cuello formaban la línea horizontal continua de estrangulación por ligadura con una cuerda. Similar a las marcas en el cuello de Madison Taggart. Además, se había encontrado GHB en el torrente sanguíneo de Barbara Thomas.

¿Había una conexión? Cualquier cuerda del mismo tamaño usada como garrote dejaría tal marca. En el caso de Thomas, no había aceite de cocina ni cinta alrededor del cuello. No era una chica joven. Tenía unos cincuenta años.

Dejó las fotografías sobre el escritorio. Quizás la firma del asesino estaba evolucionando.

Parker pensó en su reciente visita a la escena del crimen y la reacción de Shelby Van Aarle ante su presencia, su declaración engañosa de que había cancelado un evento para volver a casa y consolar a su hija.

Parker había investigado el programa de giras del golfista profesional. Van Aarle había estado en la ciudad el día que secuestraron a Madison Taggart. También había estado en la ciudad el día de su asesinato. Pero no había estado en su mansión de Buckhead. Parker había encontrado registros de una estadía en el hotel Ritz-Carlton.

Había una coincidencia más.

El día que Barbara Thomas fue asesinada, Van Aarle había estado en Pittsburgh haciendo una promoción para los zapatos de golf Yager.

Parker guardó las fotos y los papeles en su maletín y lo cerró de golpe. Se sirvió un trago y se acercó a la ventana del hotel.

A lo largo de los años, había tenido ocasión de hablar con Van Aarle en varios eventos sociales a los que ambos habían asistido. Nunca le había caído bien. Era arrogante y egoísta. Por Jackson Taggart y otros vecinos, Parker había sabido que tanto Van Aarle como Iris habían descuidado a su hija. Pero nunca pensó que el golfista profesional fuera capaz de asesinar.

¿Cuál podría ser su motivo? ¿Una rabia ardiente por dentro? ¿Un odio hacia las mujeres que lo hacía atacar al azar? ¿Era esa la razón por la que evitaba a su esposa e hija? Van Aarle no tenía

antecedentes penales. Ningún registro de abuso en su familia que Parker conociera. ¿Y por qué no esconder mejor el cuerpo? ¿Por qué arriesgar su carrera? Las piezas no encajaban del todo. Eso indicaba que Parker aún no las tenía todas.

Miró por la ventana.

El magnífico horizonte de Pittsburgh se extendía ante él, el río Allegheny resplandecía con las luces de la ciudad abajo. Era una ciudad construida sobre hierro y acero, mientras que Atlanta, su ciudad, se había construido sobre la fineza y el encanto sureño. El contraste le recordaba a Miranda y a él mismo.

Miranda Steele. Una mujer enormemente diferente a cualquiera que hubiera conocido. Nada parecida a Sylvia.

Pensó en el fuego de sus besos en el umbral de la puerta el martes por la noche, la suavidad de su piel, su humedad en sus dedos. El fuerte empujón contra su pecho que lo alejó. No estaba acostumbrado a ser rechazado por las mujeres. Su orgullo se había sacudido un poco, pero solo momentáneamente.

Tarde o temprano, terminarían en la cama juntos. ¿Pero qué pasaría después? El martes por la noche quedó demostrado que la confianza que había construido con ella era tenue, frágil como una telaraña. Tendría que pisar con cuidado para no perturbarla.

Era tan especial. Única. Su mente era aguda, sus habilidades de lucha sorprendentes, sus instintos raros. Su pista sobre Hinsley había sido buena, aunque resultara ser un callejón sin salida. Sería una investigadora superior. Eso prometía un vínculo con ella que nunca había tenido con Sylvia.

Luchaba con la necesidad persistente de clasificar sus sentimientos por ella. Quería decir que era un capricho pasajero. Que su fascinación por ella era temporal. Pero eso sería una mentira. Lo que temía admitir, incluso en los rincones oscuros de su mente, era que sus sentimientos por Miranda Steele se habían enterrado profundamente en lo más hondo de sus entrañas y se negaban a soltarse. Cada pensamiento sobre ella resonaba con solidez, con permanencia, con felicidad. ¿Era esto... amor?

La idea misma parecía un sacrilegio a la memoria de Sylvia. Era exactamente lo opuesto a su esposa. Impetuosa, dura,

independiente. Cautivadora. Nunca en su vida había tenido sentimientos tan intensos por una mujer así.

Terminó su bebida y se preparó para dormir. Mientras se desabotonaba la camisa, pensó en la sensación del cuerpo esbelto de ella entre sus brazos. Era cruda, salvaje, instintiva. Tenía secretos. Apenas había comenzado a desentrañarlos.

Se acercó a su laptop y revisó los datos en la pantalla.

Después de investigar a Van Aarle, había indagado más profundamente en los antecedentes de la Sra. Steele esta semana. Había descubierto que ella le había mentido. Había estado casada durante siete años con un oficial de policía con mal historial llamado Leon Groth. Groth había solicitado el divorcio hace diez años por abandono voluntario, adquiriendo todos los bienes matrimoniales. Los hechos habían planteado más preguntas que respuestas.

Con un suspiro, Parker apagó la laptop, se acostó y apagó la luz. Pensó en la reacción de Miranda ante las infidelidades de Dexter Hinsley. Su resistencia a sus indagaciones. Su tensión general, rabia, miedo, todas las emociones que parecían hervir dentro de ella. ¿Cómo habría sido su relación con Groth para dejarla así después de tantos años?

Podía especular, pero ella le contaría. Eventualmente. Era un hombre paciente. Podía esperar hasta que estuviera lista. Hasta entonces, incluso una relación disfuncional con ella era mejor que ninguna.

Deseando sentir su cabello entre sus manos, cerró los ojos. Era hora de cambiar de táctica. ¿Su nueva estrategia? Mantener las cosas profesionales. Distantes. Reservadas. Crearía un vacío entre ellos. Si Miranda Steele sentía algo por él, el deseo de llenar ese vacío la carcomería tal como lo hacía con él. Rompería esa terca resistencia.

La próxima vez, ella vendría a él.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Blablablá.

Miranda se deslizó en su asiento y cruzó los brazos sobre su estómago, con ganas de quejarse del hombre corpulento de cabello ondulado y gris frente a la clase. Puede que el detective Hank Judd tuviera doce años de experiencia, puede que fuera uno de los mejores elementos de la Agencia Parker, pero era el conferencista más aburrido que jamás había escuchado. El costo de varias búsquedas en bases de datos. La importancia de verificar dos, tres, cuatro veces tus fuentes. Sí, sí. Ya había repasado este material dos veces. Se lo sabía de memoria.

¿Cuándo iban a hacer realmente una búsqueda en esas bases de datos súper geniales? Para eso había venido a la Agencia en primer lugar.

Jugueteó con las cadenas de su cinturón. Su atuendo realmente había sacado de quicio a Gen esta mañana. Lucía mucho cuero negro y estaba al borde de parecer miembro de una pandilla de motociclistas. Después de verlo, La General había enviado un feroz correo electrónico a todos los novatos con el código de vestimenta adjunto. Miranda sonrió para sus adentros. Tal vez se pondría un piercing en la lengua después.

Miró distraídamente alrededor del aula. La pequeña sala tenía suficientes mesas y sillas para acomodar a los siete novatos que habían comenzado en la agencia casi al mismo tiempo. Las persianas estaban cerradas para reducir distracciones, pero solo añadían al tedio. Un estudiante estaba garabateando, otro giraba sus pulgares. A ambos lados de Miranda, Becker y Holloway permanecían alertas y atentos como soldados.

La buena noticia era que cada mesa tenía varias laptops, todas conectadas a la red de la Agencia. Ya era hora de que llegaran a la lección sobre búsquedas de registros. Pero el metódico viejo Judd tenía que repetir su lección sobre privacidad y cómo mantener todo legal antes de dejarlos sueltos con los teclados.

Mientras él seguía hablando monótonamente, ella estudió su rostro largo y de forma extraña, las líneas que contaban una historia de dura experiencia en el trabajo. Doce años. Ella nunca podría mantenerse en una carrera tanto tiempo. Un nombre común podría arrojar demasiadas coincidencias, advirtió Judd. Gran sorpresa. La información podría ser inexacta, estar desactualizada. Nadie lo sabía mejor que ella. No todas las personas fallecidas podrían estar en el Archivo Maestro de Defunciones. Duh.

Está bien, está bien. ¿Cuándo van a usar las computadoras?

Miranda cerró los ojos y dejó que la voz monótona de Judd la arrullara hacia un estado zen. Su mente vagó hacia su cena con Parker hace unas noches.

Pensó en esos ardientes besos suyos en la puerta de su casa. La pasión que compartieron. La pesadilla que le provocó. Estar con Parker era un detonante de trauma. Él despertaba emociones en ella que deberían mantenerse enterradas. Había tenido malos sueños antes. Había vivido con pesadillas durante años después de dejar a Leon. Razón de más para mantener su relación estrictamente profesional. Resolver el asesinato de Madison Taggart era la única razón para estar cerca de Parker ahora.

Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él? Iba a parar eso ahora mismo.

Todavía estaba furiosa porque Dexter Hinsley había resultado ser un callejón sin salida, frustrada porque no podía trabajar en el caso mientras Parker estaba fuera de la ciudad. Hinsley debía haber sido el hombre extraño que merodeaba por el patio de la escuela que Ashley Ingram había mencionado. Pero ¿por qué Wendy y Madison Taggart hablarían con un vendedor de libros de texto? Si Hinsley no era el asesino, ella apostaba por Van Aarle. Deseaba poder hacerle algunas preguntas más a Wendy. Tal vez podría pensar en una excusa para pasar por la mansión.

A su lado, Holloway le dio un codazo.

—¿Señorita Steele?

Ella levantó la mirada. El detective Judd la miraba por encima de su larga nariz de forma irregular. —¿Le gustaría participar? —Le extendió una hoja de papel.

Ella tragó saliva y se enderezó. —Eh, claro. —Tomó el papel y él siguió adelante.

Al otro lado, Holloway sacudió la cabeza. Becker se inclinó y susurró: —Sé que esto probablemente sea pan comido para ti, pero se supone que debemos hacer estos ejercicios prácticos. —Señaló su hoja.

—Gracias —susurró ella en respuesta y miró el título del papel en su mano. "Ejercicios de Rastreo". Sonrió. Maldición, qué bien.

Mientras la clase encendía sus computadoras, el detective Judd les señaló un par de sitios para comenzar con los ejercicios. La mayoría parecían bastante fáciles a primera vista. Miranda leyó el papel. El primer problema era buscar en Google el nombre de alguien que no habías visto en varios años y ver qué podías encontrar, luego usar esa información en una de las bases de datos.

—Mi ex esposa tiene un nuevo novio —cacareó Holloway a su lado—. Quiero ver si tiene antecedentes. —Atacó su teclado. ¿Holloway estaba divorciado?

Miranda se recostó y cruzó los brazos. Había esperado semanas para aprender a hacer esto, y no podía pensar en nadie con quien practicar.

No se atrevía a empezar con Amy. Si Gen se enteraba de que estaba usando las computadoras de la empresa por razones personales, la echaría a la calle antes de que Parker regresara. Tendría que esperar hasta después del horario para eso.

Pensó en la amiga de secundaria que dijo que estaba visitando la noche que fue a Mockingbird Hills. Ella serviría. Ingresó el nombre "Jane Anderson" y hizo clic en un botón.

La computadora trabajó un minuto antes de escupir una respuesta. Miranda miró la pantalla. Cinco mil trescientos veinticinco resultados. Ciertamente había muchas Jane Anderson en el mundo. Tal vez debería acotarlo un poco. Ingresó Oak Park, Illinois. Eso

produjo cuatrocientos cincuenta y tres resultados. Filtrarlos sería mucho trabajo para alguien a quien realmente no quería encontrar.

Holloway gruñó a su lado. —El historial del novio está impecable. Más le vale. —Sonaba serio.

—Estoy buscando a una chica con la que salí en la secundaria en Brooklyn —dijo Becker—. Aunque no estoy encontrando mucho.

Al menos él tenía a alguien a quien buscar. Miranda pensó un minuto.

¿Y ahora qué? ¿Qué tal Fanuzzi? ¿Cuál era su nombre de pila? Joan. Sabía su número telefónico. Lo tecleó, presionó el botón de búsqueda y esperó. Eso estuvo bastante bien. Miranda obtuvo la antigua dirección de Fanuzzi en Nueva York, junto con el nombre de su ex marido.

Ahora se sentía envalentonada. Miró hacia Holloway, luego hacia Becker. Ambos estaban absortos en sus propias búsquedas. ¿Por qué esperar hasta después del horario? Podía hacer un poco de trabajo ahora.

Fue a uno de los mejores sitios que Judd había recomendado. Conteniendo la respiración, cuidadosamente escribió el nombre "Groth" y presionó Enter. El sitio le devolvió una larga lista con fechas de nacimiento, fechas de fallecimiento y últimas residencias conocidas.

Ninguno de ellos coincidía con la fecha de nacimiento de Amy. Eso fue un alivio. Esto era un registro de defunciones, después de todo. Hizo clic en un enlace de genealogía. Luego en otro. Sería fácil perderse en todo esto. Después de algunos clics más, otro nombre apareció en la pantalla. Irma Groth.

Conocía ese nombre. La madre de Leon. Miranda la recordaba como una mujer enojada y crítica, que tuvo poco que ver con ella después de que se casó con Leon. Especialmente después de su ataque de sarampión que lo dejó estéril. Leon era hijo único, y su madre había querido nietos. No estaba muy contenta con ese giro de los acontecimientos. Miranda tuvo la impresión de que la mujer la culpaba por ello.

Miró la fecha de nacimiento. Sí, era ella. Recordaba a Leon yendo a su casa cada año en ese día con un regalo, como si estuviera

rindiendo homenaje a alguna santa. Una vez Leon le contó que cuando era pequeño, su madre se enfurecía y lo golpeaba con un cinturón cuando hacía algo que a ella no le gustaba. Era la única persona a quien él temía.

Hizo clic en otro enlace. Había una fecha de defunción y última residencia. Denton, Texas. Un escalofrío le recorrió la espalda. Leon era dueño de la casa.

Se quedó mirando la fecha. Hacía cuatro años. Fue cuando ella había estado en Texas, trabajando en una plataforma petrolera. En las afueras de Denton. ¿Leon había estado en la ciudad con su madre entonces? Esa extraña y escalofriante sensación que había tenido últimamente la invadió. Como la sensación que tienes cuando estás sola en casa después de ver una película de terror. Como dedos largos y huesudos extendiéndose desde el pasado.

—Hora de almorzar —dijo Judd.

Borró el historial y cerró el navegador.

Los estudiantes apagaron sus computadoras, recogieron sus cosas y comenzaron a salir del aula.

Perdida en un aturdimiento, Miranda los siguió.

—¿Has revisado tu celular hoy? —le recordó Holloway mientras se dirigían por el pasillo hacia sus cubículos.

Ella salió de su ensimismamiento. —Eres tan pesado, Holloway —le dijo con una sonrisa mientras metía la mano en su bolsillo y lo encendía. Nunca antes había necesitado un celular. Nunca había tenido a nadie a quien llamar. Era difícil acostumbrarse.

Sonó y pitó. Un mensaje. ¿Parker? Su corazón se detuvo mientras lo comprobaba. No, un mensaje de texto.

"¡OMG! No vas a creer lo que hizo ahora. Tengo que contarte". Era de Wendy Van Aarle.

—¿Quieres probar ese nuevo lugar calle abajo? —ofreció Becker cuando llegaron al cubículo de Miranda. Ya había almorzado con los gemelos Bobbsey dos veces esta semana.

Ella miró su teléfono. —Hoy no, chicos. Tengo un recado que hacer —. Era hora de hacer un seguimiento. Justo la oportunidad que había estado esperando. Agarró su bolso de su escritorio y salió por el pasillo, dejando a sus dos amigos rascándose la cabeza.

###

No había nadie en el patio de la Academia Dogwood cuando Miranda llegó en su viejo cacharro azul. Era hora de almorzar. En ese momento, Mama Ruby y su equipo estaban alimentando al hambriento cuerpo estudiantil.

Condujo hasta un camino lateral estrecho y se detuvo en un lugar bien alejado de la escuela donde nadie la notaría, tal como Parker le había enseñado el día que siguieron a Hinsley. Bajó las ventanillas para dejar entrar la brisa.

La calle estaba en una zona tranquila y de exuberante verdor, típica de Buckhead. Las ramas de sauce y roble se agitaban por encima, proyectando sombras refrescantes sobre el pavimento.

Miranda alcanzó los binoculares que había tomado de la sala de suministros de Parker. Nadie notaría que faltaban para cuando los devolviera. Escaneó el edificio escolar, el gimnasio, la cafetería. Ningún movimiento. No había un alma fuera.

Había esperado que Wendy estuviera afuera en algún lugar, merodeando. Parece que la chica estaba siguiendo su horario. Si Miranda esperaba lo suficiente, la vería cuando saliera para la clase de gimnasia. O podría simplemente responder a su mensaje. Pero no captaría los matices de ver a la chica en persona.

Alcanzó el sándwich de pollo picante que había comprado en un autoservicio. Faltaría otra hora más o menos para la clase de gimnasia. Arrugó la nariz. El pollo estaba demasiado grasoso y no lo suficientemente picante, pero era algo para meterse en la boca. Mientras lo masticaba, su mente jugaba con las posibilidades de lo que podría hacer si viera a Hinsley merodeando por la escuela otra vez. Como decirle a ese idiota que estaba tras él, y que si engañaba a su esposa de nuevo, habría que pagar caro.

Terminó su sándwich, puso la envoltura en la bolsa y se recostó con un suspiro. Esta espera era terriblemente aburrida. Debería haber traído algo para leer. Recostó la cabeza y cerró los ojos. Los asientos de su viejo Chevy Lumina Z34 no eran ni de lejos tan cómodos como el auto de Parker. La estaba malcriando. No era bueno. Una vez más, pensó en la mirada sexy en sus ojos la noche

que casi se metió en la cama con él. Parker realmente se le estaba metiendo bajo la piel. Tampoco era bueno.

Empezó a adormecerse. No era solo la conferencia del Detective Judd esta mañana lo que la hacía sentir somnolienta. No había dormido bien desde su pesadilla sobre el ataque, el hombre que se había convertido en Leon. Al pensarlo, esa extraña y escalofriante sensación comenzó a apoderarse de ella nuevamente. Como un fantasma del pasado. Como si la estuvieran observando. Tal vez Wendy Van Aarle le había puesto algún tipo de hechizo. Parecía el tipo de cosa que le gustaría hacer.

Con los ojos aún cerrados, se sacudió la sensación. Era de día, por el amor de Dios. Solo una tarde cálida en el soleado Sur.

De repente, rugió un motor detrás de ella. Se incorporó de golpe en su asiento. *¿Qué fue eso?* Un brillante auto negro pasó a toda velocidad junto a ella y chirrió en la carretera frente al patio escolar. Lo miró fijamente. Era un Pontiac, pero no parecía un Grand Prix. ¿Dexter?

Agarró los binoculares. Las placas. Obtén el número de placa. Demasiado tarde. Ya estaba doblando la curva. Buscó torpemente las llaves, lista para salir tras él.

—Hola.

Al oír la voz, Miranda saltó tan alto que casi se golpea la cabeza contra el techo. Se dio la vuelta.

Con su habitual maquillaje y ropa oscura, Wendy Van Aarle estaba apoyada en la ventanilla abierta del lado del pasajero, observándola con desdén preadolescente.

—Me asustaste —jadeó Miranda.

—Ya veo —dijo secamente. Hoy tenía un mechón rojo neón en su cabello oscuro. Vestía una larga blusa de satén marrón decorada con borlas y correas negras. Tenía una masa de cuentas metálicas en el escote y estaba coronada por otro collar de gargantilla. Este adornado con pequeños corazones negros.

Frunció sus labios oscuros y negó con la cabeza. —Eres muy rara. ¿Qué haces aquí?

¿Yo, rara? La sartén le dice a la olla. —Podría preguntarte lo mismo. ¿De dónde saliste?

—Vine por el frente y a través del bosque —indicó vagamente.

Miranda observó el grupo de árboles cercanos por donde debió haber pasado. —¿No se supone que deberías estar allá? —señaló hacia el patio de la escuela.

Wendy se encogió de hombros con despreocupación. —Lo que ellos no sepan no los lastimará. Puedo ir donde quiera. Es un país libre.

Claro. —¿Viste ese auto que acaba de pasar?

—¿Qué auto?

—Ese Pontiac negro. ¿Era el vendedor de libros de texto? ¿Estabas hablando con él? —Miranda la estudió con sospecha.

Le dio una mirada inocente. —No vi a nadie.

Tal vez estaba diciendo la verdad. Miranda decidió cambiar de tema. —Recibí tu mensaje.

Hizo una mueca. —Lo envié hace horas. Casi me olvidé de eso.

Pero ella no lo había olvidado. —"No vas a creer lo que hizo ahora". ¿A qué te referías?

Puso los ojos en blanco.

—¿Tiffany Todd te está molestando otra vez?

Su rostro se tornó sombrío. —Todos los días. Hace de mi vida un infierno.

Miranda se conmovió. —¿Qué hizo ahora?

Wendy golpeó sus uñas morado oscuro contra el borde de la ventana por un minuto, como decidiendo si revelarle su secreto a una adulta. Luego se abrió. —Estaba hablando con un chico. Gary Sullivan. Está en mi clase de Biología. Es algo nerd, pero lindo, ¿sabes?

No, pero Miranda asintió de todos modos.

—Es el único que me habla en esa clase. —Su voz comenzó a quebrarse—. Esta mañana, Tiffany Todd se acercó a nuestra mesa y le dijo que... yo tenía *piojos*. Él recogió sus cosas y se cambió a otro lugar. —El odio brillaba en sus ojos oscuros—. Quiero matarla. La odio. La odio.

Miranda deseaba poder tomar a Tiffany Todd por los hombros y sacudirla. ¿Quién se creía que era?

Estudió el rostro preocupado de Wendy. El atuendo extraño no le molestaba. Los chicos se vestían más estrafalarios cada año. Pero la ropa y el maquillaje de Wendy Van Aarle eran más que raros o extravagantes. Eran un pedido de ayuda. Sola y descuidada por sus padres y amigos, era la única manera en que la niña sabía cómo reaccionar. La compasión brotó dentro de ella y por un momento, Miranda deseó que esta triste y enojada jovencita fuera su Amy.

Pensó un minuto. —¿Cuándo es tu próxima clase de Biología?

—Mañana.

—Bien, entonces. Mañana cuando llegues al salón, ve directamente hacia Gary y dile: "Sé que tengo piojos. Los conseguí cuando seguí a Tiffany Todd al baño de niñas".

Wendy puso su mano sobre su boca y soltó una risita. —Me gusta eso. ¿Cómo se te ocurren cosas así?

Miranda se encogió de hombros. —Don natural. Oye, ¿estás segura de que no viste ese Pontiac negro?

La sonrisa desapareció mientras la chica se quedó inmóvil. Miranda la había tomado desprevenida. De repente parecía como si la hubieran atrapado con las manos en la masa. Negó con la cabeza a la defensiva. —No sé de qué estás hablando.

¿Estaba fingiendo? ¿Asustada? Esta vez, Miranda decidió sonar como una adulta. —Tus padres podrían preocuparse si hablas con extraños.

Su labio oscuro se curvó. —A mis padres no les importo.

—Estoy segura de que les importaría si lo supieran.

Frunció el ceño con odio. —¿Les vas a decir?

—¿Decirles qué?

Sus ojos delineados brillaban con resentimiento. —Nada. No hay nada que decir. —Al otro lado de la calle, sonó una campana, llamando a los estudiantes a volver a sus estudios—. Me tengo que ir.

—Espera. —Miranda quería advertirle de alguna manera—. Ten cuidado. Tus padres se preocupan por ti más de lo que crees. —Eso esperaba.

Su rostro se volvió más amargo de lo que jamás había visto. —Mucho sabes tú.

—Sí lo sé. —No lo sabía, pero tenía que fomentar esa idea.

—No, no lo sabes.

—Sí que lo saben.

Estaba casi al borde de las lágrimas. —Ni siquiera son mis verdaderos padres. Soy adoptada.

¿Adoptada? La palabra fue como una puñalada en el corazón de Miranda. —¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. —Se dio la vuelta y se escabulló bajo los árboles y por el camino estrecho.

—¡Espera! —gritó Miranda desde la ventana.

Pero Wendy no miró atrás. Cruzó corriendo la calle frente al patio de la escuela. Con su larga falda oscura agitándose alrededor de sus piernas, se deslizó a través de la alta puerta de malla y se unió a sus compañeros de clase. Al menos, estaba a salvo por ahora. Si se podía llamar así.

Miranda apretó el volante, queriendo saltar del auto y correr tras la niña. Pero estaba demasiado entumecida. Su cabeza giraba como un tiovivo, sus ojos ardían con lágrimas. Se limpió las mejillas con el dorso de la mano, luego miró por la ventana, mientras la escena de los niños jugando en el patio de la escuela se volvía borrosa.

¿Adoptada? La palabra se sentía como un puñetazo en el pecho.

Miranda pensó en la apariencia de Wendy, su actitud, todo su comportamiento. Recordó su primera impresión de la chica con el pelo oscuro y mirada hosca en aquella foto en la oficina de Parker. *Mi mamá es ejecutiva y mi papá siempre está fuera. Nunca están en casa. Creo que soy adoptada.* Esas palabras hacían eco de la misma soledad y desesperación que veía en Wendy. No podía ser. Simplemente no podía.

Miranda se recompuso y arrancó el auto. Tenía que volver a la oficina antes de que alguien sospechara, pero las lágrimas habían brotado en sus ojos nuevamente. Mordiéndose el labio, luchó por contenerlas. No podía ser verdad. No podía ser. Para cuando giró hacia Piedmont, había abandonado la lucha.

Algo profundo en su corazón le decía que tenía razón, que siempre había tenido razón. Parker dijo que tenía buenos instintos.

Ahora mismo, sin importar cuánto quisiera negarlo, esos instintos le gritaban la verdad.

Wendy Van Aarle era "La Hija de Otra Persona". Y si eso era cierto, también podría ser Amy.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando Miranda regresó al Edificio Imperial, su corazón aún dolía, pero su mente se había aclarado. Se suponía que era una detective principiante. ¿Cuántas veces le había dicho Parker que fuera objetiva? Necesitaba hechos. Hechos fríos y duros. Y un hecho del que estaba segura era que Wendy Van Aarle decía mentiras. Decir que era adoptada probablemente era una de ellas. Sería natural que la chica inventara esa idea porque sus padres la descuidaban.

Al llegar a su cubículo, Miranda decidió que necesitaba más tiempo para aclarar sus ideas. Entró en el pequeño espacio y se detuvo en seco.

Una laptop completamente nueva descansaba sobre su escritorio, con un colorido protector de pantalla trazando patrones en el monitor plano. Junto a ella había una pila de carpetas manila de unos treinta centímetros de alto. —¿Qué es esto? —dijo en voz alta.

—Tarea —le informó Holloway, mientras se acercaba a su cubículo. Él y Becker estaban sentados a pocos escritorios de distancia—. Solicitudes de clientes para verificaciones de antecedentes. Pensé en pasar y ponerte al tanto.

—Te lo agradezco —supuso, mirando la pila.

—Judd dijo que ahora que los novatos nos hemos acostumbrado y estamos listos para usar el equipo, es hora de que empecemos a ganarnos el sustento.

—¿Ah, sí? —Dio un profundo suspiro y se sentó—. Supongo que será mejor que me ponga a trabajar.

—¿Necesitas ayuda?

—No, yo lo resolveré. Gracias.

—No hay problema. Nos vemos luego, Steele.

—Claro —comenzó a revisar la pila.

Lo que realmente quería era acceder a esas bases de datos especiales de las que había aprendido esa mañana y buscar información sobre Wendy Van Aarle. Pero no podía hacerlo ahora. No durante el horario regular. No con Parker fuera de la ciudad. Si Gen o el detective Judd la atrapaban, seguramente la despedirían. Por fin había conseguido lo que había estado esperando. No podía perder este trabajo ahora. Tratando de no pensar en Wendy, se concentró en las carpetas.

Justo antes de las cinco, Holloway y Becker pasaron nuevamente por su cubículo.

Miranda levantó la vista y vio sus dos rostros ansiosos.

—¿Cómo vas con la tarea? —preguntó Becker.

—No muy bien —gimió—. Apenas voy por la mitad de esta pila.

—¿La mitad? ¿Cómo hiciste eso? Yo solo he completado cinco.

Cansada, Miranda les frunció el ceño. —¿No se suponía que debíamos terminar para mañana?

—Claro que no —Holloway se rio—. Tenemos hasta finales de la próxima semana.

—Oh —Se reclinó, avergonzada. Se había matado trabajando para nada.

—Oye, la próxima semana Judd nos va a enseñar cómo tomar huellas dactilares —Becker sonrió, tratando de animarla—. ¿No será genial, Steele?

—Sí, claro.

—Está agotada después de todo ese trabajo —le dijo Holloway a Becker—. Menos mal que es viernes. ¿Por qué no terminas y vienes a divertirte con nosotros esta noche? Vamos a visitar algunos lugares nocturnos en Buckhead.

—Sí —dijo Becker—. Hay una nueva cantante en El Club Gecko. El AJC tiene una foto de ella. Es muy guapa —extendió un periódico doblado.

Miranda estaba a punto de rechazar el periódico cuando bajó la mirada y se sorprendió al ver un rostro familiar. Hermosa, cabello rubio, maquillaje perfecto, vestida con lentejuelas. Coco. Leyó el anuncio. ¿El Club Gecko? Así que la rubia finalmente había

conseguido ese trabajo. Bien por ella. Miranda se preguntó si Dexter lo sabría.

—¿Qué dices, Steele? ¿Quieres venir?

Miranda cambió de posición. No podía ver a Coco sin mencionar la pequeña escapada de Dexter el otro día. Pensó en la advertencia de Parker de no involucrarse. Además, tenía trabajo que hacer. —Necesito terminar aquí.

—Ya has hecho más que Holloway y yo juntos —Becker sonaba decepcionado.

Con un encogimiento de hombros, volvió a la computadora. —Tal vez los alcance más tarde. Quiero terminar este último archivo.

—Como quieras —dijo Becker con pesar—. Toma —dejó el periódico en su escritorio—. Necesitarás la dirección si cambias de opinión.

—Gracias.

—No trabajes demasiado —gritó Holloway mientras se marchaban.

—Sí, está bien —ya estaba perdida en sus pensamientos.

###

Después de aproximadamente media hora, Miranda tomó un descanso y fue por agua al bebedero. Mientras bebía del vaso de papel, observó la oficina, esperando a que todos los trabajadores se fueran. Tuvo que llenar el vaso tres veces, pero finalmente, los últimos rezagados salieron por la puerta. Miró el reloj de la pared.

Seis menos cuarto. Por fin, todos se habían ido por el día. Era tiempo para su propia agenda.

Regresó a su escritorio y miró fijamente la pantalla. Conteniendo la respiración, pensó en Wendy Van Aarle, tan perdida y sola, rechazada por sus padres y sus compañeros. ¿Era Wendy Van Aarle "La Hija de Alguien Más"? ¿Era Amy?

Miranda iba a averiguarlo. Sacó su teléfono celular, buscó el número de Wendy, tomó su teclado, abrió un sitio de búsqueda inversa de números y lo introdujo.

Los resultados aparecieron en pantalla. Nada bueno. El sitio no registraba datos sobre un teléfono celular. Espera. Wendy era vecina de Ashley Ingram. Ella sabía dónde vivían. Accedió a la base de

datos con la que había estado trabajando antes e ingresó la dirección, 112 Sweet Hollow Lane. En un abrir y cerrar de ojos, el programa devolvió una lista de información. La examinó. No había mucho sobre Wendy. La casa estaba a nombre de su padre. Había pagado cerca de cinco millones por ella.

Se reclinó y se cruzó de brazos. Las investigaciones de antecedentes eran tan frustrantes como la vigilancia. Todo este rodeo para llegar a una simple respuesta era desesperante. ¿Qué tipo de información podría desenterrar sobre Wendy con esta base de datos, de todos modos? Solo era una chica. Piensa.

—No pases por alto lo obvio —había dicho Judd en la clase de hoy. Bien, ¿qué sabía? Shelby Van Aarle era un famoso golfista profesional. La madre de Wendy era dueña de Iris Rose Cosmetics. Por supuesto. Ambos debían tener sitios web cargados de información personal. Nuevamente, atacó el teclado. Empezaría con la madre.

Ingresó el nombre de la compañía en su navegador y dio clic en Ir. Bingo.

Un sitio deslumbrante y sensual se materializó en su pantalla. Coloridos anuncios de belleza bailaban ante sus ojos. Glamurosas lociones para la piel en envases de perlas rosadas con forma de rosas, un arcoíris de tubos de labiales y sombras de ojos, elegantes frascos de perfume. Casi podía oler las fragancias. Una suave música sonaba desde sus altavoces mientras una voz femenina sensual la invitaba a explorar la colección.

Suficiente de eso. Detuvo el audio y hizo clic en el enlace "Información Corporativa". En la esquina superior izquierda apareció una mujer pelirroja sonriente. Con un traje de negocios color cobalto y perlas alrededor del cuello, parecía que acababa de pasar por tu sala para tomar una taza de té.

Miranda leyó la biografía. Iris Rose había fundado la compañía hace siete años en su cocina. Desde entonces, había crecido a pasos agigantados y ahora valía varios millones de dólares. El texto parloteaba sobre lo innovadora y visionaria que era la CEO. No mencionaba a Wendy. No mencionaba que Iris era pésima como

madre. Miranda examinó la foto de la mujer, tratando de ver algún parecido familiar. Los pómulos, tal vez.

En la parte inferior, la página estaba firmada, como una pintura. "Diseñado por Out of This World—una empresa de Isaiah Todd". ¿Isaiah Todd? ¿Como en la pequeña y presumida *Tiffany* Todd?

Hizo clic en el enlace. Se abrió otra página web, igual de elegante y sofisticada. "Out of This World", decía. Una agencia de publicidad. Un enlace decía: "Quiénes somos". Justo lo que quería saber. Hizo clic en él.

Fotografías.

Un hombre de hombros anchos con una abundante cabellera de rizos color arena y una gran sonrisa aparecía en cada una. Miranda leyó los pies de foto. Este cliente famoso. Aquella celebridad. Aceptando un premio. Acción de Gracias. Navidad. Cerca de la parte inferior había una foto del hombre con una mujer pequeña, de rasgos afilados, en un traje rojo, con cabello corto oscuro con mechas cobrizas y maquillaje impecable. La misma mujer de la biografía. Efectivamente, el pie de foto decía: "CEO de Iris Rose Cosmetics".

La sonrisa del hombre de hombros anchos era aún más grande en esta foto, y tenía su brazo alrededor de la madre de Wendy de una manera casual que parecía bastante íntima. Hora de confirmar.

Con un resoplido, Miranda se levantó y fue a la oficina de Parker. Encendió una luz y entró. Los archivos estaban apilados ordenadamente en su mesa de vidrio, declaraciones y entrevistas del caso Taggart que él le había mostrado en su primer día. Tomó el primero y lo abrió.

Era el expediente de los Ingram, los padres de Ashley y vecinos de Wendy. Había una foto de Ashley con sus padres. Miranda no los reconoció. Abrió el siguiente archivo. Esto era lo que buscaba. Los Todd. Ahí estaba la foto de Tiffany en toda su belleza rubia y superior.

Tomó la foto de una mujer alta y elegante con el cabello castaño recogido en un moño. ¿La madre de Tiffany? Miró la siguiente imagen. El hombre sonriente de hombros anchos del sitio web. Leyó el nombre. *Isaiah Todd*. Sí, era él. Volvió a colocar las carpetas como

las había encontrado y regresó a su cubículo, sumida en sus pensamientos.

Tres chicas jóvenes que habían sido mejores amigas. Tiffany Todd, Ashley Ingram, Madison Taggart. Wendy también había sido amiga de ellas alguna vez. Ashley era adoptada. ¿Wendy había sacado la idea de que era adoptada de ella? Le había dado a Miranda un nombre falso la primera vez que se conocieron—Willow.

Miranda se sentó y se frotó los ojos. Computadoras ultrarrápidas, acceso a elegantes bases de datos profesionales, y no estaba ni un poco más cerca. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Bien podría investigar al padre.

En pocos segundos, tenía el sitio web de Shelby Van Aarle en su pantalla. Sobre un fondo verde Kelly, su nombre estaba garabateado a lo largo de la página en grandes letras doradas. Reconoció su cabello ondulado y teñido y su cuerpo atlético en una gran imagen de él dando un golpe en algún famoso campo de golf.

El sitio contenía su agenda, consejos para mejorar tu drive y tu chip, una lista de cada torneo que había ganado. Anuncios de zapatos de golf Yager bailaban alegremente en los márgenes.

Miranda exhaló e hizo clic en "Acerca de Shelby".

Fecha de nacimiento, altura, peso, residencia, nombre de la esposa, nombre de Wendy.

Leyó los párrafos debajo de los datos. Había tenido una carrera impresionante. Ganó varios torneos en el PGA Tour. Compitió contra Tiger Woods en el British Open. Seguía y seguía. Su carrera amateur, sus primeros títulos, sus reveses, sus regresos, sus asombrosas hazañas como golfista.

Finalmente, llegó a la información personal. Hablaba un poco sobre sus padres. Parecían normales, comprensivos. El sueño del padre era que su hijo se convirtiera en golfista profesional. Qué tierno.

Entonces vio su lugar de nacimiento. Con las manos temblorosas sobre el teclado, sintió que se le secaba la garganta. Oak Park, Illinois. La ciudad natal de Miranda. El lugar donde nació Amy. ¿Ella y Shelby Van Aarle eran del mismo pueblo?

Siguió leyendo. Van Aarle había sufrido una crisis nerviosa hace varios años. El estrés del circuito había sido demasiado para él.

Había decidido no buscar ayuda profesional, pero tuvo que perderse varios torneos. Su padre había quedado muy decepcionado. Shelby e Iris habían dejado el área de Chicago hace seis años. ¿Para escapar de la presión del padre de Shelby? Van Aarle no parecía el tipo de persona con problemas emocionales.

Había una cita de Van Aarle. —Fue difícil dejar el lugar donde crecí, pero sentí que estaba siguiendo un llamado superior. Quería que mi hija creciera allí. Ella nació en el mismo hospital que yo. Oak Park General.

Miranda se echó hacia atrás de golpe. Se pasó ambas manos por el pelo. Sentía como si su corazón se hubiera detenido. ¿Hospital Oak Park General? ¿En Lake Street? Exactamente donde había nacido Amy. Su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Van Aarle sabría eso? Sí, recordó. Los padres adoptivos podían solicitar esa información al estado de Illinois.

Cerró los ojos con fuerza mientras recordaba aquella fría mañana de invierno cuando se quedó mirando una cuna vacía. Cómo había corrido por toda la casa, gritando a todo pulmón. El silencioso desdén de Leon. Sus golpes. Sus manos ásperas agarrándola, arrojándola a la nieve. Su lenta y larga recuperación. Su búsqueda de Amy. ¿Y ahora...?

¿Acaso su propia pequeña, la niña que había perdido aquel día hace tanto tiempo, la hija que había estado buscando todos estos años... estaba siendo cuidada por un par de millonarios negligentes?

Con las manos aún temblorosas, se las llevó a las sienes y pensó en las palabras de Parker. Objetividad. Mantente abierta. No había probado nada realmente. Ni siquiera tenía los detalles del nacimiento de Wendy. Todo podría ser coincidencia. La frustración hervía dentro de ella.

Borró el historial, cerró el navegador y apagó su computadora portátil. Ya había tenido suficiente por esta noche. Al alcanzar su bolso, vio el periódico que Becker había dejado en su escritorio. Lo recogió. Tal vez sí pasaría por El Gecko Club después de todo.

Mientras salía, pasó por el laboratorio de fotografía y notó que la puerta estaba entreabierta. Se detuvo un momento, se quedó dando

golpecitos con el pie, y luego la empujó para abrirla. Coco merecía saber la verdad.

Fue fácil encontrar lo que buscaba. Las fotos que Parker había tomado el otro día estaban en una carpeta etiquetada sobre el escritorio. Con la promesa silenciosa de devolverlas antes de que alguien notara su ausencia, las metió en su bolso. Al menos podría lograr una cosa esta noche.

Decidió salir por la parte trasera. Las luces estaban atenuadas, no había ni un alma alrededor. La oficina daba escalofríos estando sola por la noche.

A mitad de camino por la escalera, se quedó helada cuando esa extraña y espeluznante sensación la invadió. Como en sus sueños últimamente. Se quedó inmóvil unos segundos, mirando fijamente hacia la casi oscuridad. El sudor brotó en su frente. Tembló. ¿Qué le pasaba? Se sacudió la sensación y siguió adelante. Solo estaba cansada después del día que había tenido. Salió del edificio y se dirigió a su auto.

###

Era difícil esperar. Difícil observarla, seguirla adonde fuera. Esconderse en escaleras frías, en callejones oscuros, observándola, registrando sus hábitos, conteniendo la necesidad de atacar. Disciplina. La tarea divina requería la máxima disciplina. La disciplina lo había llevado a alterar su horario para monitorear sus movimientos, sus viajes de ida y vuelta desde su apartamento. Entrando y saliendo de esa oficina. Sus tratos con ese investigador, Wade Parker.

Y las niñas. También era difícil observarlas. Eran tan jóvenes. Tan puras. Inocentes, inmaculadas, sinceras. Era una lástima que no permanecerían así. No, pronto se convertirían en mujeres. Y las mujeres eran una plaga, un mal que debía ser sometido, eliminado. ¿No había sido así desde el principio?

Las niñas, aquellas que había estado observando, estaban a punto de convertirse en mujeres. Justo al borde de ser mancilladas por los cambios en sus cuerpos. Incluso la que estaba cerca de él. La que le pertenecía. A ella también le sucedería, a menos que lo detuviera.

Tenía que liberarlas antes de que sucediera. Era su deber. Su llamado. El único y sublime propósito de toda su vida. Más sagrado de lo que cualquiera pudiera entender.

Esto lo sabía. Entendía su vocación. Su existencia tenía más sentido que nunca.

Ella no lo detendría. Wade Parker tampoco. No, él la detendría a ella. De una vez por todas. Ella también era malvada. Pero el momento debía ser el correcto, así que debía esperar. Su hora llegaría pronto. Muy pronto. Había una tarea más, y entonces sería el momento adecuado. Y cuando llegara, por fin, el observar y esperar terminaría. Todo acabaría.

Y también su vida.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El Gecko Club estaba incluso más concurrido de lo que Miranda recordaba. Mientras se abría paso entre la multitud de fiesteros elegantes y se dirigía hacia la barra atestada, buscó a Becker y a Holloway con la mirada, pero no vio a ninguno de los dos. Probablemente se había perdido de ellos.

Se subió a un asiento acolchado y brillante y llamó al barman. Recordaba al tipo de su primera velada aquí. Cuando pidió una cerveza, él la miró de forma extraña, pero no dijo nada.

Desde el escenario en la esquina llegaban melodías suaves del piano. Miranda miró por encima de la multitud y vio a Coco en el teclado, toda arreglada con lentejuelas rojas y perlas. Estaba tocando una vieja melodía de jazz. —No me emociona el champán...

Miranda sonrió. La chica era buena. Realmente buena. Tenía una voz como el terciopelo, y sabía realmente cómo acariciar las teclas. Su melancólica canción podría hacerte llorar si eras del tipo sentimental.

Alcanzó unas frituras en la barra y las sumergió en un elegante recipiente con salsa. Frunció el ceño. —¿Tienes algo más picante? —le preguntó al barman cuando pasó nuevamente.

Él inclinó la cabeza por un segundo, como si tratara de recordar dónde la había visto antes. —No. Esa es nuestra salsa picante gratis. Tómala o déjala.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirar el espectáculo. El público parecía estar disfrutando el estilo retro. Miranda observó a algunos de los hombres entre la multitud devorando con la mirada a la cantante. Coco probablemente no tenía idea de cuántas erecciones estaba provocando.

Después de un minuto, hizo un crescendo y terminó la canción. El público aplaudió. Ella anunció que regresaría después de un descanso.

Hora de moverse. Esas fotos le quemaban el bolso. Miranda lo agarró de la barra y se dirigió al escenario.

Coco la vio incluso antes de que llegara al escenario. —Miranda —dijo mientras bajaba rápidamente la pequeña escalera. En dos pasos estaba al lado de Miranda, echándole los brazos alrededor.

Miranda hizo una mueca, resistiendo el impulso de apartarse. —Me alegra verte, Coco.

La chica chilló como una niña que acababa de ver el camión de helados. —¿Cómo has estado?

—Bien. ¿Y tú?

—Maravillosa, especialmente ahora —señaló hacia el piano.

—Sí, esto es genial.

Sus ojos azules resplandecían. —No puedo creer que estés aquí. No he sabido nada de ti. No desde que...

Miranda levantó una mano antes de que Coco anunciara al mundo que había sido arrestada por asesinato. —Lo siento, no soy buena manteniendo relaciones.

Coco sonrió y se encogió de hombros. —Oh, no importa —señaló hacia una pequeña mesa, llamó a una mesera y pidió un refresco—. ¿Quieres algo? Tengo bebidas gratis.

Miranda tomó asiento a su lado. —No, gracias.

—No puedo creer que hayas venido a verme. ¿Qué te parece el show? ¿Sueno bien?

—Suenas genial. Tienes talento.

—¿De verdad lo crees?

—Absolutamente. También te ves hermosa.

—¿En serio? —parpadeó con timidez. Parecía genuinamente sorprendida. ¿Acaso no sabía que era despampanante?

—Claro. ¿Es tu primera noche?

Negó con la cabeza. —He estado aquí toda la semana. Pero esta noche es la mayor audiencia que he tenido hasta ahora.

—Sí. Vi tu foto en el AJC. Supongo que eso es lo que los atrajo.

Ella puso los ojos en blanco. —Ojalá no hubieran hecho eso.

—¿Por qué no? Parece haber atraído a un montón.

Bajó la voz a un susurro. —Dexter, por supuesto. Si supiera que estoy trabajando aquí...

—¿Él no lo sabe?

Negó con la cabeza y se mordió el labio.

Eso no sonaba bien. Miranda se puso tensa. —Eh, hablando de Dexter...

Coco le agarró el brazo. —Tuve que agarrar el periódico esta mañana antes de que Dexter lo viera y sacar la sección de entretenimiento. Menos mal que nunca lee esa parte.

Él era bastante bueno encontrando su propio entretenimiento.

Coco levantó su vaso. —Entonces, cuéntame qué estás haciendo estos días. Dios, ni siquiera sé a qué te dedicas.

Miranda se encogió de hombros. —Tengo un trabajo aquí en Buckhead.

—¿En serio? ¿Qué haces?

—Un poco de todo.

Con una mirada confundida que hirió la conciencia de Miranda, Coco asintió y tomó un sorbo de su bebida. —Me están dejando tocar aquí por tres semanas. Eso es bastante bueno, ¿no?

—Es genial —Miranda miró alrededor de la sala. ¿Cómo iba Coco a mantener a Dexter en la ignorancia durante tres semanas?—. Oye, ahora tengo celular. ¿Quieres mi número?

—Claro. Es decir, si está bien.

—Por supuesto que sí —Se lo dio. Coco lo anotó en una servilleta y se lo guardó en el bolsillo.

Hubo un momento incómodo de silencio. Finalmente, Miranda respiró hondo. —Mira. Tengo que ser honesta, Coco. Eres realmente buena y todo, pero no vine aquí solo para escucharte.

Ella ladeó la cabeza. —¿Oh? ¿Qué quieres decir?

Miranda jugó con una servilleta sobre la mesa. —Necesito decirte algo.

Los grandes ojos azules de Coco se abrieron como platos. —¿Qué?

¿Cómo se lo iba a decir? Le estaban entrando dudas. —Tal vez ahora no sea un buen momento.

—No puedes decir eso y luego no contármelo.

Tenía razón. El sabor de su propio pie no era muy agradable para Miranda. —Es solo que...

—¿Qué? —Se llevó la mano a la boca—. ¿No estás embarazada, verdad?

Miranda resopló. —No —Por Dios, Coco pensaba que era sobre ella—. ¿No tienes que volver a actuar en unos minutos? No quiero alterarte.

Ella extendió la mano por encima de la mesa y le agarró la suya. —Dímelo.

¿Por qué no había esperado hasta después del espectáculo? Demasiado tarde ahora. —Está bien —liberó su mano del agarre de Coco y se preparó—. Estaba haciendo un trabajo en una escuela local hace unos días y me encontré con Dexter.

Ella frunció el ceño. —¿Trabajas en una escuela? ¿Viste a Dexter?

Miranda asintió. —Temporalmente. De hecho, resulta que vi a Dexter con una de las maestras.

Ella ladeó la cabeza. —Bueno, eso sería normal. Él vende libros de texto.

—Sí, lo sé. Pero fue algo más que una visita de ventas.

Las arrugas en su frente se profundizaron. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la maestra era una mujer. Ella y Dexter se estaban poniendo bastante amistosos.

Los ojos de Coco se humedecieron. —¿Amistosos?

Miranda se sintió como una idiota. No tenía sentido alargar esto. Apretó los dientes y lo soltó. —Dexter te está engañando, Coco.

Su rostro quedó inexpresivo. —¿Cómo puedes decir eso?

—Lo vi con mis propios ojos.

—¿Cómo sabes que era Dexter?

—La maestra dijo su nombre.

—Estás equivocada. O estás mintiendo.

Maldición, lo estaba arruinando. —Ojalá lo estuviera. No fue la única vez. Parece que ha estado pasando por un tiempo. Tengo fotos. —Extendió la mano hacia su bolso.

—¿Por qué me estás haciendo esto? Pensé que eras mi amiga. —Se levantó con un movimiento lento y mecánico.

Miranda trató de alcanzarla. —Coco, tienes que escuchar. Dexter no vale la pena. Tienes que alejarte de él.

—¿Qué sabes tú de Dexter? —Se apartó—. Déjame en paz.

—Tienes derecho a saber lo que ha estado haciendo, Coco.

—Vete.

—¿Esta mujer te está molestando, linda?

Miranda se volvió y entrecerró los ojos ante el rostro de un joven alto. Le parecía familiar.

—Tengo que volver al trabajo. —Coco se apartó y se apresuró hacia el escenario.

El joven fue tras ella.

Miranda le agarró la manga. —Déjala en paz. Está alterada.

Él se dio la vuelta. Cabello rubio cenizo. Cuello grueso y musculoso. Cara de bebé. Ahora lo reconocía. El niño rico universitario con el que se había enfrentado aquí antes.

Un destello de reconocimiento apareció en su rostro. —Tú —gruñó—. ¿No te di una lección la última vez que estuviste aquí?

—Fue al revés.

—Debes ser una alumna lenta.

La ira ardió dentro de ella. Sabía que era contra Dexter Hinsley contra quien quería arremeter, pero este tipo serviría como sustituto. Justo ahora, estaba deseando darle una paliza a alguien.

Puso las manos en las caderas y adoptó una postura. —Creo que eres tú quien necesita una lección de refuerzo.

—¿Ah, sí? —No hubo calentamiento esta noche. Con un movimiento rápido, su puño voló directo hacia su cara.

Su brazo se alzó, bloqueándolo justo a tiempo. Aplanó su mano y la lanzó hacia la nuez de Adán de él. Al parecer no había bebido lo suficiente. Sus reflejos eran buenos. Se inclinó hacia atrás lo justo para evitar el golpe y le agarró el brazo con fuerza.

—Hijo de puta. —Ella giró, agarró su antebrazo, lo pasó por encima de su hombro y lo lanzó contra la mesa donde ella y Coco habían estado sentadas, derribándola. Ruidosamente, bebidas y sillas volaron por todas partes, estrellándose contra el suelo. Varias mujeres entre la multitud gritaron.

—¡Tú! —Miranda oyó gritar al cantinero. Ahora sabía quién era ella.

Concéntrate. Concéntrate. Demasiado tarde. El chico ya estaba de pie y viniendo por ella. Intentó esquivarlo, pero él le agarró las piernas y ambos cayeron.

Rodaron por el duro suelo, agitando los brazos. Miranda logró darle un par de buenos golpes en su linda cara. Eso lo enfureció. Él la golpeó, rozó su mentón y luego le dio un buen golpe en la mejilla derecha.

Con todas sus fuerzas, lo empujó de espaldas. Ahora lo tenía abajo y estaba ensañándose con su nariz cuando escuchó una sirena de policía detrás de ella.

—Dos-cuatro-cero. Agresión y lesiones en El Club Gecko.

Se movió y vio uniformes. El cantinero debió haber espabilado y llamado a la policía de inmediato esta vez.

Uno de los oficiales la agarró y la apartó del chico antes de que pudiera romperle los pómulos. Un segundo policía sujetó al muchacho.

Ella se retorció hacia un lado y miró fijamente al tipo que le sujetaba los brazos. Cabello corto y rizado. Ojos separados. Oficial Chambers. El matón que la había atrapado la noche que fue a la mansión Ingram. ¿Qué era esto? ¿La semana de los reencuentros?

—¿Qué estás haciendo aquí? —sonrió con sarcasmo.

Él entrecerró los ojos al reconocer quién era ella. —Tú. Pensé que me había encargado de ti hace semanas.

—No funcionó. Me liberaron.

—Bueno, volverás adentro esta noche. Si no fuera por ti, todavía tendría ese cómodo puesto en Mockingbird Hills en vez de estar patrullando Peachtree cada fin de semana.

Supuso que nunca serían mejores amigos. Su suerte se había agotado por completo esta noche. Miranda se estremeció cuando él le puso las esposas alrededor de las muñecas y las cerró de golpe.

###

¿Qué demonios estaba haciendo en la cárcel otra vez?

Miranda se sentó en el colchón de su celda, con la dolorida cabeza entre las manos. ¿En qué clase de problema se había metido

ahora?

Pero no podía pensar en sí misma ahora. Pobre Coco. La chica estaba tan alterada. No debería haberle contado sobre Dexter. Ella, más que nadie, debería haber sabido cómo reaccionaría una esposa ante la noticia. Si alguien le hubiera dicho que Leon la estaba engañando, tampoco lo habría creído.

Había sido demasiado necesitada. Demasiado... adicta. Había tenido tantos sentimientos por él. Podía recordarlos, un poco, en esa parte confusa de su mente. Pero los mantenía guardados en algún rincón de su corazón como un par de calcetines sucios escondidos al fondo del armario. Coco debía querer mucho al mentiroso mujeriego con el que se había casado. Era hermosa, talentosa. Y mira cómo la trataba ese idiota.

Ojalá hubiera sido a Dexter a quien estuviera golpeando esta noche en lugar de a ese universitario.

—¿Qué demonios voy a hacer contigo?

Ella se estremeció al oír la voz. Levantó la mirada y vio el guapo rostro de Parker con ese sexy mechón de cabello cayendo sobre su frente. No llevaba esmoquin esta noche. Solo un traje gris carbón. Probablemente italiano.

—Te vestiste menos formal esta vez.

Él no sonrió, solo sacudió la cabeza.

—¿Te gusta pasar tiempo en las cárceles, Parker? —preguntó ella, preguntándose cuándo había regresado a la ciudad.

—Tenía algunos asuntos de última hora con el Teniente Erskine, por suerte para ti.

—Teniente Erskine. Mi mejor amigo.

Un carcelero vino y abrió la puerta. —Estás libre, Steele.

¿Así de fácil? Caminó a través de los barrotes y siguió al policía por el pasillo.

—Tienes que comportarte mejor, Miranda —le murmuró Parker cuando llegaron a Procesamiento—. Le estás dando mala fama a la Agencia.

—¿Pagaste la fianza o algo? ¿Cuánto te debo ahora?

Eso le devolvió su sonrisa confiada. —Nada. Hablé con el Oficial Chambers y el dueño de The Gecko Club. Requirió algo de

persuasión, pero los convencí de tu buen carácter. Retiró los cargos.

—¿No me digas? Supongo que ayuda tener amigos en las altas esferas.

El hombre de azul detrás del mostrador le entregó la bolsa que había estado llevando.

Parker la examinó un momento. —Creo que hay algo allí que me pertenece.

Ella lo miró fijamente. ¿Cómo lo sabía? De la misma manera que sabía todo. Abrió el broche y le entregó las fotos de Dexter.

Él las guardó en el bolsillo de su solapa. —¿Se las mostraste a ella?

Ella se encogió de hombros mientras se daba vuelta y se dirigía por el pasillo. —Intenté hacerlo.

Él le abrió la pesada puerta metálica que conducía afuera. —¿Cuándo presentará Coco la solicitud de divorcio? —preguntó con ironía.

Ella se detuvo en seco y lo miró fijamente. ¿Por qué tenía que saberlo todo?

—Te lo advertí —dijo él suavemente.

Ella suspiró y siguió caminando. —Lo hiciste.

Después de unos momentos de silencio, llegaron a su coche. —¿Sabes con quién te estabas metiendo esta noche?

—¿Además del Oficial Chambers? Un arrogante universitario que se cree demasiado importante.

—Un universitario llamado Bobby Lee Ingram.

—Bobby Lee. —Es cierto. Recordaba que sus amigos lo llamaban por ese nombre—. ¿Ingram? —Se detuvo frente a su viejo cacharro azul—. ¿Como Ashley Ingram?

Él asintió. —Su hermano mayor. Sus padres lo sacaron hace media hora. Están muy molestos.

Un chico del vecindario cuya hermana era la mejor amiga de Madison Taggart. —Tiene una actitud muy mala hacia las mujeres.

—¿Oh? No lo aprendió de sus padres. Lamar y Giselle Ingram son ambos profesores en Agnes Scott College. Muy progresistas. Sylvia los conocía bien.

Otra pareja de amigos de Parker. Consideró eso por un momento. —¿No creerás que él podría tener algo que ver con el asesinato de Madison, verdad?

—Si lo creyera, estaría en la cárcel por algo más que una pelea a puñetazos. Ya lo interrogué. Tiene la misma coartada que tú para esa noche, si lo recuerdas.

Cierto. Se frotó la cara. Auch.

—Tienes un feo moretón en la mejilla. —Extendió la mano, la tocó tan ligeramente que apenas podía sentirlo. Retiró la mano—. Mejor ponte algo cuando llegues a casa.

¿Qué? ¿No había un *"Tengo un botiquín en mi coche"*? ¿Ni un *"Déjame llevarte a casa y ocuparme de eso"*? Eso sí que era diferente. —Claro. —Se enderezó—. ¿Cuándo regresaste a la ciudad?

—Más temprano esta noche. Descubrí algunos detalles interesantes sobre Van Aarle en mi viaje.

—¿Ah, sí?

Él asintió. —Tengo gente siguiéndolo las veinticuatro horas. ¿Te gustaría trabajar este fin de semana?

—¿En el caso Taggart? —Desbloqueó la puerta de su coche.

—Por supuesto. —Alcanzó la manija y le abrió la puerta.

Ella se animó mientras se deslizaba en el asiento delantero. —Me encantaría. —No le importaba que fuera fin de semana. No es como si tuviera una agenda llena de compromisos.

Él cerró la puerta, y ella bajó la ventanilla.

—Pasaré por ti a las nueve —dijo él—. Te contaré más entonces. Ah, ponte algo elegante. —Dudó un momento como si estuviera debatiendo consigo mismo sobre algo, luego se dio la vuelta y se alejó.

Miranda parpadeó al ver su elegante andar y las líneas rectas de su fino traje mientras cruzaba el estacionamiento.

¿Sin beso de buenas noches? ¿Sin excusas ingeniosas para seguirla a casa y atraparla en la puerta en otro abrazo sensual? ¿Sin un plan elaborado para entrar en su apartamento y terminar el trabajo? Parker ciertamente se estaba comportando de manera diferente. Toda su presencia era reservada, distante. La hacía sentir algo triste.

Arrancó el coche, salió del estacionamiento, giró a la izquierda en Ponce de Leon. Era pasada la medianoche, y el tráfico era ligero. Tal vez mientras estaba fuera de la ciudad, Parker había llegado a la misma conclusión que ella: que nunca funcionaría entre ellos. Eso sería algo bueno.

Tomó la rampa hacia la I-85 y se unió al tráfico de fiesteros que regresaban a casa o iban a otros lugares nocturnos. Entonces, ¿por qué se sentía tan inquieta? ¿Tan vulnerable? ¿Tan hambrienta de esas deliciosas sensaciones que Parker podía producir en ella? ¿Las que se había prometido nunca volver a sentir?

Se sacudió y pensó en el mañana. Si Parker iba a ser todo negocios, ella también lo sería. Se preguntó qué información había desenterrado sobre Van Aarle. ¿Habría resultado correcta, después de todo, su primera impresión sobre el profesional de golf?

Mientras su viejo cacharro salía ruidosamente de la salida de Buckhead hacia Peachtree, se dijo a sí misma que Parker debía estar cansado por su viaje. Por eso estaba un poco frío. Tal vez estaba tan decepcionado de ella esta noche como ella lo estaba de sí misma. Maldición.

Wade Russell Parker III tenía el descaro de meterse con su cabeza de esta manera. ¿Por qué tenía que lidiar con estos sentimientos hacia él? ¿Por qué dejaba que la afectara? Era su jefe. Punto. ¿Por qué no podían simplemente tener sexo y terminar con esto?

Llegó a Colonial Towers, estacionó y salió de su coche. Se dirigió por la acera hacia las altas columnas blancas en la entrada. En los escalones, sacó una llave y se dijo a sí misma que había terminado de pensar en Parker. Acabado. *Finito*.

Entonces se quedó paralizada.

Esa extraña y espeluznante sensación que había estado teniendo últimamente se deslizó por su columna vertebral. Los pelos de su nuca se erizaron. Tomando aire bruscamente, giró y entrecerró los ojos hacia la oscuridad.

Nada. ¿Se estaba volviendo loca?

Un coche patrulla pasó silenciosamente por el estacionamiento en su camino por Peachtree. Ella soltó un suspiro de alivio, sacudió

la cabeza por su tontería. Con una risa, alcanzó su puerta. Aliviada ante la vista de un coche de policía. Parece que estaba cambiando de bando.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

No soñó esa noche, gracias a Dios. En cambio, durmió como una roca, y sus nervios y emociones estaban de nuevo bajo control cuando Parker apareció en su apartamento exactamente a las nueve de la mañana siguiente.

Mientras subía a su Mazda plateado y se dirigían hacia el norte por la I-85, estaba convencida de que podría mantener las cosas profesionales.

Condujeron por casi una hora. A ambos lados de la ancha autopista, la expansión urbana dio paso primero a urbanizaciones, luego a hectáreas de exuberante bosque que bordeaban ambos lados de la carretera como una gran cueva verde.

Parker no estaba para nada comunicativo como de costumbre. *Bueno, sé así.*

Miranda se recostó, miró el paisaje fugaz y dejó que su mente divagara hacia Coco y sus problemas con Dexter. Eso desencadenó pensamientos sobre León, lo que activó la necesidad habitual de encontrar a Amy. Su cerebro volvió a su búsqueda en Internet en la Agencia la noche anterior y a Wendy Van Aarle.

Cuanto más pensaba Miranda en Wendy, más frustrada se sentía. ¿Wendy realmente era adoptada? No tenía hechos concretos. Solo un comentario enojado de una niña que le gustaba mentir y lo que podría llamarse "evidencia circunstancial" en los sitios web de sus padres. La mejor manera de averiguar la verdad, suponía Miranda, era confrontar a la chica con la carta de Los Buscadores y preguntarle si ella la había escrito. No estaba segura de poder manejar la respuesta. Además, el padre de Wendy era sospechoso en el caso Taggart, ¿hacer eso no enturbiaría la investigación?

Miró a Parker sentado estoicamente detrás del volante, vestido con su habitual manera impecable con un fino traje gris. Podría usar su ayuda. A él le gustaba ayudar, siempre decía. De repente, se dio cuenta de que probablemente había estado haciendo sus propias indagaciones sobre el paradero de Amy sin decírselo. Sin duda desde que le contó sobre Amy. Eso sería muy propio de él. No había encontrado nada o se lo habría dicho. El pensamiento la hizo sentir incómoda.

Después de todo lo que había hecho por ella, no quería deberle nada más. Especialmente no con los confusos sentimientos que él despertaba en ella. Ella misma se encargaría de encontrar a Amy. Siempre lo había hecho antes.

Se dio la vuelta y siguió mirando por la ventana.

###

Después de otra media hora, Parker salió de la autopista y tomó un largo camino. Miranda observó un hermoso cielo en tonos pastel extendido sobre hileras de vegetación que se alargaban hasta el infinito, como un océano verde. A lo lejos se alzaba una fortaleza parecida a un castillo, completa con banderas ondeando desde sus techos cónicos.

—Bonito lugar. ¿Qué es eso? —Señaló hacia los campos.

—Viñedos.

—¿Región vinícola? Debo haber perdido el desvío a California.

Le dirigió una mirada fingida de ofensa. —Georgia tiene su parte de producción vinícola.

—Supongo que sí. ¿Qué *es* este lugar?

—Chateau Élégant. Un resort de lujo, completo con bodega, spa, galería de arte, restaurantes y varios campos de golf.

—Ah, campos de golf. El terreno de Van Aarle. —Ahora tenía sentido.

—Precisamente.

El trabajo de detective podía ser agradable si seguías a alguien con dinero. Trabajar para Parker definitivamente tenía sus ventajas.

Condujo más allá de la fortaleza hasta que llegaron a las colinas ondulantes de un campo de golf, donde se detuvo en un

estacionamiento. Mientras salían y se dirigían hacia la casa club, Miranda podía oler el aroma de las uvas en el aire.

—¿Tienes ganas de desayunar? —preguntó Parker, manteniéndole la puerta abierta.

Después de lidiar con el anuncio de Wendy, la ira de Coco, los puños de Bobby Lee Ingram y el extraño comportamiento de Parker anoche, había estado de un humor demasiado foul como para tomar su habitual batido de proteínas esta mañana. Su estómago ya estaba gruñendo.

—Claro —dijo y cruzó la entrada.

###

El restaurante de la casa club era tranquilo y refinado, con manteles verde oscuro y servilletas contrastantes de color azafrán. Sus paredes y techos estaban hechos de vidrio para que los comensales tuvieran una vista del verde exterior.

Parker pidió un asiento con la mejor vista.

El menú tenía categorías como "En la Calle" y "Desde el Tee". Simpático. Sintiéndose aventurera, Miranda pidió panqueques de fresa.

Mientras el mesero servía café en elegantes tazas de porcelana, ella miraba a través de la pared de vidrio a algunos golfistas que estaban jugando en el verde exuberante. El paisaje estaba salpicado de árboles coloridos, arbustos y flores, en el estilo artístico que se estaba acostumbrando a ver en todas partes alrededor de Atlanta.

Después de un momento, una figura apareció sobre la colina lejana. Mientras se detenía para hacer un tiro, ella lo reconoció.

—Allí está —le susurró a Parker.

Él asintió. —Lo sé.

—No lo estás vigilando muy de cerca.

—Tengo a un hombre allí en el campo.

Miró hacia la derecha y vio a otro golfista. Alto, corpulento, rostro arrugado. El detective Judd. Era agradable tener personal a tu disposición.

El mesero trajo su desayuno. Parker tenía un simple plato de hash. El de ella estaba cubierto con montones de fresas y crema batida.

Levantó la mirada tímidamente. —Normalmente no como así.

Su rostro se calentó. —¿Deberíamos preguntar si tienen jalapeños?

Ella le hizo una mueca y tomó un bocado. El dulce y cremoso bocado se deshizo en su boca. —Mmm. Está bien así como está.

Con una mirada satisfecha, la observó un momento, luego dirigió su atención al césped exterior. Miranda hizo lo mismo. Van Aarle todavía estaba ajustando su postura.

Parker tomó su taza de café. —Descubrí varios datos interesantes sobre nuestro objetivo actual durante mi viaje a Pittsburgh esta semana.

Ella se moría por saberlo desde que él lo había mencionado anoche. —¿Pittsburgh? —preguntó, dando otro bocado a ese delicioso plato. Ese era el pueblo donde había trabajado antes de mudarse a Buckhead—. ¿Por qué fuiste allá?

—Hubo un asesinato allí hace unas semanas que tenía algunas similitudes con el de Madison Taggart. Un ex empleado de la Agencia me contactó al respecto.

—¿En serio?

—Una mujer mayor, de unos cincuenta años. Idéntica causa de muerte.

—¿Quieres decir —hizo un gesto hacia su garganta.

Él asintió. —Estrangulación por ligadura con una cuerda.

Conteniendo la respiración, ella se inclinó hacia adelante. —¿Había un listón? ¿Y aceite de cocina condimentado en el cuerpo?

Él negó con la cabeza. —No. Pero encontraron GHB en su sangre.

¿Otra víctima con la droga de violación en su sistema? ¿Qué significaba eso? Miró por la ventana otra vez.

Van Aarle dio un tiro, lo estudió un momento, pareció complacido consigo mismo. Colgó su palo sobre su hombro y se dirigió hacia la casa club. Después de una pausa calculada, Judd metió su propio palo en la bolsa y comenzó a caminar en la misma dirección.

Con el ceño fruncido, volvió su atención a Parker. —¿Entonces esos datos vinculan las dos muertes?

—No por sí mismos —hizo una pausa y removió su café—. Sin embargo, descubrí que el objetivo estaba en Pittsburgh en el

momento del asesinato.

Ella dejó su tenedor con un trozo de panqueque con un tintineo. —No me jodas.

La determinación coloreó sus atractivas facciones. —¿Recuerdas que nos dijo que había regresado a la ciudad solo por Wendy?

—Sí, cuando nos echó de su jardín. ¿Qué pasa con eso?

—No es verdad. Estaba en la ciudad dos días antes de que lo viéramos. En una habitación del Ritz-Carlton. También estuvo en el Ritz el día que Madison desapareció.

Miranda tomó un sorbo de agua y lo tragó mientras un escalofrío la recorría. —¿Por qué se hospedaría en un hotel cuando tiene una mansión enorme donde podría quedarse?

—Buena pregunta.

No se veía bien para el profesional de golf. Pensó en la mención de su crisis nerviosa en su sitio web. ¿Seguía teniendo problemas emocionales? ¿Problemas que lo llevarían a matar a una mujer en Pittsburgh? —Crees que no quería que nadie supiera que estaba en la ciudad, ¿verdad?

—Posiblemente. Pero el momento de su viaje a Pittsburgh y sus estancias en el Ritz no son suficientes para vincularlo con el asesinato. La policía necesita más para un arresto. No pueden hacer nada todavía. Pero yo sí puedo. Si el objetivo comete un error y somos testigos, tendremos causa probable.

—¿Tienes algo ya? —preguntó con cautela.

—Tan está tratando de rastrear las llamadas que hizo Van Aarle anoche. Las llamadas que hizo en el Ritz fueron a un número celular privado —negó con la cabeza—. Hasta ahora, nuestro golfista está limpio como una patena. Ha seguido su rutina diaria, tal como es para él. Anoche el detective Tan lo siguió hasta aquí e informó que se registró en una habitación en la posada. No es tan inusual si tienes un horario de salida temprano por la mañana. Cenó solo y se quedó en su habitación, volvió a hacer algunas llamadas. Judd tomó el relevo esta mañana.

Miranda reflexionó sobre los detalles que Parker le había dado. Su mente seguía volviendo a Pittsburgh. ¿Por qué Van Aarle mataría a una mujer en Pittsburgh? Había algo extraño en eso, pero no

podía descifrarlo. Estaba preocupada por Wendy. Van Aarle no lastimaría a su propia hija, ¿verdad? Pero quizás ella no era su verdadera hija. Si fuera a hacer eso, ¿por qué mataría primero a su compañera de escuela? Tenía que haber una conexión.

—Puede que haya algún vínculo entre... —Parker dejó de hablar.

—Vaya, si no es mi viejo amigo.

Miranda se volvió y miró hacia el rostro perfecto de Van Aarle, observó su atlético cuerpo. ¿Era este un asesino a sangre fría parado frente a ella?

Los dos hombres se estrecharon las manos. Van Aarle se volvió y le ofreció su mano a ella. —Y está aquí con su asociada, señorita...

—Steele.

Mil emociones la atravesaron mientras tomaba su mano y la estrechaba. Una vez más, pensó en Wendy. ¿Era este hombre el padre adoptivo de su propia hija? Quizás no pudieran probar mucho sobre él, pero sabía con certeza que era un pésimo padre. El golfista profesional ni siquiera sabía que Madison Taggart estaba haciendo miserable la vida de Wendy. Eso podría ser un motivo, si le importara un carajo su hija. Pero no le importaba.

—Qué agradable sorpresa verlos a ambos.

Su saludo era más una pregunta que una afirmación. Ella estudió esa sonrisa falsa, queriendo arrancársela de la cara. Pero si tenían alguna posibilidad de probar que él era el asesino, tenía que mantener la calma. Le devolvió la sonrisa. —Escuché que Parker venía aquí para ver el lugar, así que pedí acompañarlo. Ya sabes lo que dicen, "Sigue el dinero" —rio. Si Van Aarle pensaba que ella era una cazafortunas, podría bajar la guardia.

—Ya veo —le guiñó un ojo con complicidad—. ¿Qué estás haciendo tan lejos, Parker?

Detrás de ellos, Judd entró en el restaurante y se dirigió al bar. Actuó como si ni siquiera los conociera.

Parker no se inmutó. Se volvió hacia Van Aarle con aire casual, apoyando un brazo sobre el respaldo de su asiento. —Me preguntaba lo mismo sobre ti, Shelby, cuando te vi por la ventana. Con cerca de cien campos de golf en la zona de Buckhead, ¿por qué venir hasta aquí para practicar?

Van Aarle cambió su peso. No le gustó la pregunta. Después de un segundo, mostró un conjunto perfecto de dientes. —Eso es fácil. Además de que el vino es una de mis pasiones, y este lugar es uno de los campos mejor clasificados del país, mi padre solía traerme aquí cuando era niño, cuando estaba aprendiendo a jugar golf por primera vez. El lugar tiene muchos recuerdos entrañables para mí.

¿En serio? Miranda recordó la biografía que había leído anoche. La familia de Van Aarle no era particularmente adinerada antes de que él tuviera éxito. ¿Cómo pudieron permitirse viajes a un lugar como este? Además, Van Aarle había dejado Chicago para alejarse de su padre.

—No sabía que tenías debilidad por el vino, Shelby —se rio Parker.

—Oh, sí. Tengo una colección bastante extensa —Van Aarle parecía molesto. Habló antes de que Parker pudiera hacer otra pregunta—. ¿Y ustedes? ¿Qué los trae por aquí? —No iba a dejar pasar el tema.

Parker hizo un gesto hacia la ventana. —Muchas cosas. La vista. La compañía —Permitió que su mirada descansara sobre ella. Como si fuera su señal, le tomó la mano. Ella sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sabía que esa mirada no era cien por ciento actuación—. Es bueno salir de la ciudad de vez en cuando. Y mi padre tiene una propiedad aquí que me pide que revise ocasionalmente.

Van Aarle observó sus manos entrelazadas. —Ah sí, el complejo residencial. Escuché que se están vendiendo como pan caliente.

—Así es, y mi padre está encantado.

Su mandíbula se tensó mientras buscaba otro tema para la charla trivial. Rechinó un poco los dientes. —Supongo que los veré también esta noche, ¿verdad?

Parker asintió con leve sorpresa. —Oh, sí. El Baile de la Policía. Asisto todos los años.

—Me alegra estar en la ciudad este año. Es una causa tan noble —Van Aarle miró fijamente a Parker—. Especialmente ahora, con un asesino suelto —Lo dijo como una pulla—. Es una lástima que nuestro mejor detective esté aquí holgazaneando.

Con despreocupación, Parker dejó que su mirada se detuviera en los dedos de Miranda. —Podría darme el lujo de holgazanear si estuviera adelantado a la policía, ¿no?

Van Aarle se quedó inmóvil. Miranda observó cómo apretaba los puños, pero él se forzó a sonreír con excesiva cordialidad. —Bueno, será mejor que regrese al campo. Espero verlos esta noche. Que tengan un buen día —Se dio la vuelta bruscamente y salió del lugar.

Ella miró a Parker. Sus miradas se encontraron. Era casi como si juntos hubieran arrancado una confesión tácita de Van Aarle. Sin duda había actuado como si fuera culpable de algo.

El rostro de Parker resplandecía de admiración.

—¿Qué?

—Te adaptas al trabajo detectivesco como pez al agua.

—¿De verdad?

—Fingir que vinimos aquí para un encuentro romántico. Eso es pensar rápido.

—Gracias —Soltó su mano, que había permanecido sobre la suya, bajó la mirada y hurgó en sus panqueques, tratando de no admitir lo bien que se sentía su cumplido. Esparcir jarabe y crema batida por el plato también era una buena manera de evadir la sugerente idea de venir aquí para un "encuentro".

—¿Qué fue todo eso sobre el Baile de la Policía? —preguntó después de haber convertido su plato en un desastre pegajoso.

—Es esta noche. Un evento anual de gala. Las mesas cuestan desde cinco hasta cincuenta mil dólares.

—Vaya —Se metió otro bocado en la boca y decidió que estaba demasiado dulce.

—Las donaciones son para una buena causa. Para apoyar y honrar a nuestros hombres de azul.

Tomó un sorbo de café. —Suena bien. Supongo que me he estado familiarizando bastante con la fuerza policial de Atlanta últimamente.

—Me gustaría que vinieras conmigo.

Ella se quedó paralizada. —No lo decía en ese sentido.

—Pero yo sí.

Ella entrecerró un ojo al mirarlo. Sabía que esa actitud distante de anoche había sido pura farsa. —Lo siento, Parker. Ni siquiera puedo pagar una mesa de veinte dólares.

Él la miró con esos ojos gris acero. —La Agencia tiene una mesa reservada. Una donación anual considerable ayuda a fortalecer nuestras relaciones con la fuerza policial.

Se aclaró la garganta. —Sabes, lo de la caza-fortunas era solo una actuación.

—Por supuesto. Pero me gustaría que estuvieras allí.

—Vamos, Parker. ¿Yo? ¿En una fiesta elegante? ¿En honor a policías? Ya me imagino socializando con todos mis grandes amigos de la estación.

Su rostro era intenso.

Ella negó con la cabeza y empujó otra fresa empapada en jarabe alrededor de su plato. —Como dije antes. Tú y yo...

Él levantó una ceja, interrumpiéndola a media frase. —Oh, ¿pensaste que te estaba invitando a una cita? Me disculpo por no ser claro. Esto es un asunto de trabajo.

Ella lo miró con suspicacia. —¿Trabajo?

—Entre los otros invitados, casi todos los de Mockingbird Hills estarán allí. Hay mucho que observar sobre las personas en un ambiente relajado y social. En ciertas situaciones, revelan más de lo que harían cara a cara. Además, Van Aarle acaba de decirnos que estará allí. Podemos continuar nuestra vigilancia.

Dejó el tenedor y apartó el plato. —Está bien, ya que lo pones así, iré —Si podía trabajar en el caso, era una historia diferente. Se aseguraría de que fuera solo trabajo. Y nada de tonterías.

—¿Tienes algo que ponerte?

Ella se miró a sí misma y negó con la cabeza. Llevaba los pantalones oscuros y la blusa azul marino con tachuelas metálicas con la que le gustaba provocar a Gen. —Esto es lo mejor que tengo.

Él le dio esa sexy y torcida media sonrisa. —Entonces necesitamos ir de compras.

###

Terminaron, a pesar de las acaloradas protestas de Miranda, en *Elegant Ensembles*, una de las tiendas de vestidos más lujosas de

Peachtree Road. Estaba realmente furiosa. No quería que Parker pagara más ropa para ella, pero ¿qué opción tenía?

Rindiéndose en la pelea, comenzó a probarse cosas. Docenas de ellas. Conjunto tras conjunto. Después de un par de horas, debía haberse probado todos los vestidos de la tienda.

Sus gustos iban hacia colores oscuros, spandex ajustado, cuero y cadenas. Los de Parker hacia pasteles, volantes, estilo muñeca Barbie. Puaj. Odiaba cada una de sus elecciones. Como él iba a pagar la cuenta, suponía que tendría que ceder un poco, pero vamos.

La vendedora agobiada que tenía que traer y llevar las prendas parecía estar al límite de su paciencia. Estoicamente ocultaba su molestia tras una sonrisa rígida y pintada. Miranda había deducido por sus comentarios que Parker solía traer a su esposa a esta tienda. Eso hacía las cosas aún más incómodas. Miranda ciertamente no era un clon de aquella santa. Ni en ropa. Ni en educación. Ni en forma de hablar.

Justo cuando pensaba que sus nervios no aguantarían un minuto más, Parker levantó su selección final.

Miranda sintió que la sangre abandonaba su rostro. —Tienes que estar bromeando —era una cosa rosa bebé, tan llena de volantes y encajes, que parecía ropa interior.

Él extendió la amplia falda con vuelo. —Es hermoso. Muy femenino.

Ella puso una mano en la cadera. —Justamente ese es mi punto.

—¿Me complaces?

¿Cómo conseguía siempre salirse con la suya? Con un fuerte gruñido, le arrebató el vestido de la mano y se metió pisando fuerte en el probador.

Dentro, se pasó la cosa por la cabeza, luchando cada centímetro con el tafetán rígido y áspero. Cuando se miró al espejo, casi vomita.

Salió del probador con el ceño fruncido.

Parker intentó disimular su sonrisa. No podía gustarle realmente esta cosa.

—Ni lo sueñes —le advirtió.

Con esa sonrisa sexy y confiada, se acercó a ella, la hizo girar y se paró detrás de ella frente al espejo. Ella se veía ridícula junto a él.

—Te ves preciosa —sus manos apenas rozaron sus brazos mientras los extendía.

Ella se estremeció con la sensación. ¿Qué estaba intentando hacer? —Parezco un payaso.

—Deberías conectar con tu lado femenino.

—¡Ja! —Él no podía obligarla a usar esta cosa. Debía haber algunos límites en la relación empleador-empleada—. Mira, Parker, yo... —¿De qué se estaba sonriendo?

Con un brillo astuto en los ojos, alcanzó otro vestido y lo sostuvo frente a ella, cubriendo la monstruosidad rosa. —¿Qué tal este, entonces?

Conteniendo la respiración, contempló una creación impresionante. Un elegante top halter con una falda drapeada de corte al bies en un dorado brillante que se difuminaba en tonos azules en el dobladillo en ángulo. Era precioso.

Ella sonrió.

—¿Estamos de acuerdo, entonces?

Se dio la vuelta y le dirigió una sonrisa socarrona. —¿Entonces la cosa rosa era una estrategia?

Él se encogió de hombros. Qué manipulador era.

—Sí, estamos de acuerdo —extendió la mano para tomarlo.

Él lo apartó. —Ahora, te encontraremos unos zapatos.

—Ay, por favor.

###

Horas después, Parker la dejó en su apartamento con sus paquetes y le dijo que tomara una siesta antes de que pasara por ella para la fiesta de esta noche. Ni siquiera intentó invitarse a subir para tomar algo. ¿Qué pasaba con eso? La estaba volviendo loca con este trato intermitente. Su comportamiento la enfurecía.

Solo negocios, y un cuerno. Ese detective escurridizo tramaba algo, igual que con el vestido. Era astuto. Reservado. Y, decidió mientras abría la puerta de su apartamento, estaba realmente arruinando su vida con todos estos mimos y tratos de alfombra roja.

Le había dado un trabajo, la había entrenado como detective, pagaba su alquiler, le compraba ropa, la había sacado de la cárcel... dos veces. Cuanto más tiempo lo conocía, más le debía. Más agradecida se sentía con él. No quería sentirse agradecida. No quería deberle nada a nadie. Podía cuidarse sola. No necesitaba a un hombre.

Dejó los paquetes en el sofá y se frotó los brazos mientras pensaba en cómo apenas la había tocado en la tienda. La estaba excitando más de lo que podía soportar. No era justo.

Si fuera una mujer normal, aprovecharía la oportunidad de involucrarse con Parker. Su antigua compañera de trabajo Fanuzzi seguro lo haría. ¿Quién no querría salir con el rico y sofisticado investigador privado? Pero ella no podía arriesgarse de esa manera.

Las relaciones no duraban. Para ella, la cercanía solo podía terminar en desastre. No podía soportar ese tipo de dolor otra vez.

Colgó su nuevo vestido en el armario y se preparó para acostarse.

¿Así que lo de esta noche era realmente solo por negocios? En su puerta la semana pasada, Parker había insinuado una relación. ¿Cómo podrían tener una relación? Eran mundos aparte. Ella tenía demasiados problemas. Nunca funcionaría para ellos. Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. Cuanto antes se metiera eso en la cabeza, mejor.

Si estaba esperando a que ella diera el siguiente paso, tendría una larga espera.

Su mente divagó hacia Van Aarle. El profesional del golf había mentido sobre su paradero la noche del asesinato de Madison. Había estado en Pittsburgh cuando mataron a una mujer. Ambas víctimas habían sido estranguladas. Ambas tenían GHB en su sangre.

Parker no había visto a Van Aarle siguiéndolos en el camino de regreso del resort de golf esta mañana. Debió haberse quedado en el campo un rato. ¿Por qué? No podía adivinarlo, pero sabía que el detective Judd estaba tras su pista. Lo seguiría de regreso a Atlanta y a la fiesta.

El Baile de la Policía. Irónico evento para atrapar a un asesino. Algo iba a suceder esta noche. Recordaba a Judd diciéndole a la

clase que cuando un caso está a punto de resolverse, un buen detective puede sentirlo en sus huesos. Ella podía sentirlo. Esta noche era la noche.

Y cuando todo terminara, tendría su oportunidad con Wendy. La pobre chica lo tendría aún más difícil si su padre iba a prisión por asesinar a su amiga. Tal vez Miranda podría ayudarla con eso.

Quizás después de esta noche, todo sería diferente.

CAPÍTULO VEINTICINCO

En el salón de baile del centro, cristales resplandecientes y fina porcelana brillaban como diamantes sobre las filas de mesas cubiertas con manteles de lino preparadas para varios cientos de invitados. En lo alto, luces fluorescentes azules y rosas se extendían como un cielo fosforescente, dando al lugar un brillo artificial. Moviéndose por el amplio espacio abierto, hombres con esmoquin junto a mujeres en seda, gasa y joyas relucientes llenaban el aire con murmullos sofisticados.

El Baile Anual de la Policía de la ciudad. La élite de Atlanta honrando a los mejores de Atlanta.

La recaudación de fondos habría sido un evento alegre, si no fuera por el hedor del reciente asesinato que flotaba en el aire.

Con su vestido nuevo, Miranda permanecía estudiando la sala del brazo de Parker, con mariposas revoloteando en su estómago. Él la había sorprendido cuando pasó a recogerla veinte minutos antes en un Lamborghini azul medianoche. Ese sí era el tipo de ruedas que esperaba que tuviera, en lugar de su sencillo Mazda. Sabía que él había estado ocultando algo.

Pero cuando se deslizó en el suave asiento de cuero, captó el aroma de su costosa colonia y contempló su esmoquin perfectamente cortado y su cabello sal y pimienta impecablemente peinado, sus nervios se dispararon. Ahora, de pie con él en lo alto de las escaleras que llevaban a la pista de baile, se sentía como una invitada no deseada.

Este era el mundo de Parker. Aquel en el que había nacido. Sus amigos, sus compañeros. Este evento solo subrayaba las diferencias entre ellos. Su riqueza, sus conexiones, su éxito.

¿Y cuál era su mundo? Equipos de construcción y plataformas petroleras. Paneles de yeso y pintura. Un interminable y constante movimiento de un lugar a otro, puntuado por alguna pelea ocasional en un bar y noches en la cárcel. ¿Qué era ella antes de que él le diera trabajo? Una trabajadora de la construcción desempleada con antecedentes. Una vagabunda. Una mujer con problemas que nunca desaparecerían. Parada aquí en esta elegante recaudación de fondos del brazo de este hombre refinado, fingiendo ser su pareja, de repente se sintió como una impostora. Menos mal que solo era una cobertura.

Observó cómo varias mujeres enjoyadas giraban sus cabezas hacia él. Parker era digno de admirar con sus elegantes solapas de seda, su corbata de satén, su rostro de ensueño. Maduro, con estilo, adinerado. Probablemente recibiría miradas frías de las damas durante toda la noche.

No importaba. Estaba allí para hacer un trabajo. Y aunque Parker hubiera utilizado la ocasión como excusa para estar con ella, tenía la intención de hacerlo. Con determinación, enderezó los hombros mientras él la guiaba por el suelo de terrazo azul y blanco hacia un bar a lo largo de la pared donde se servían cócteles y entremeses.

###

Quería una cerveza, pero él la convenció de tomar una copa de White Zinfandel. Bebiéndolo a sorbos, intentó parecer elegante mientras estudiaba a la multitud. No había señales de Van Aarle.

Parker dejó que su mirada recorriera la figura de ella, complacido con la forma en que su cuerpo delgado y musculoso lucía el vestido dorado que había elegido para ella. Sabiamente, se había dejado el pelo suelto. Sus rizos oscuros enmarcaban su distintivo rostro, apenas rozando los contornos de sus hombros finamente formados. Era impresionante.

Tomó un reluciente entremés de la bandeja de un camarero y se lo ofreció. —Creo que disfrutarías el Satay de Res con Salsa de Chile Tailandés.

Miranda le sonrió con suspicacia. —¿Encantándome con comida gourmet otra vez?

—Tal vez —se rio.

El bocado brillaba con una salsa de color rojo. Se veía terriblemente tentador. No había comido desde el desayuno. Lo arrebató de sus dedos y lo mordió. Los sabores estallaron en su boca. —Vaya. Está bueno.

Con la sonrisa de un conquistador, él le entregó una servilleta.

—Gracias. —Se limpió los labios y miró la bandeja.

—¿Te gustaría probar la Bruschetta de Tomate y Albahaca? ¿Una Mini Hamburguesa con Queso?

Tentador, pero negó con la cabeza. —Mejor espero hasta la cena. —Solo podía hacer cierta cantidad de repeticiones con sus pesas.

Parker despidió al camarero con un gesto y dirigió su atención a los invitados, señalando jueces, abogados, empresarios, concejales. Indicó a los Ingram, que estaban en una mesa, hablando con el CEO de una de las grandes corporaciones de la ciudad.

Los padres de Ashley, los profesores universitarios de carácter apacible. Miranda los recordaba de las fotos en la oficina de Parker. Lamar Ingram parecía encajar en el papel, con su cabeza calva y gruesas gafas, pero su esposa Giselle parecía demasiado glamorosa para ser profesora, con su cabello rubio fresa y vestido de seda verde de escote bajo adornado con flores rosadas. El vestido resaltaba su figura, bastante exuberante. Miraba por la sala como si buscara a alguien, parecía un poco nerviosa. Tal vez era una erudita introvertida, a pesar de su belleza.

Parker señaló con la cabeza hacia un hombre con una risa estridente, bromeando con algunos amigos en el bar. —Ese es Isaiah Todd.

Inmediatamente recordó los anchos hombros, rizos arenosos y el rostro siempre sonriente del tipo en el sitio web "Out of This World". El que tenía el brazo alrededor de Iris Van Aarle. —El padre de Tiffany Todd.

Él asintió. —Allá está su madre, Wilhelmina.

También reconoció a la elegante mujer de las fotos. Alta y delgada, Wilhelmina Todd llevaba un austero vestido negro y perlas sencillas. Su cabello castaño oscuro estaba recogido de manera bastante simple. Parecía exactamente lo opuesto a su marido. Daba la impresión de que mantenían las distancias. Parker no bromeaba

cuando dijo que había mucho que observar en un entorno social. —No parecen muy unidos —comentó.

—Son profesionales —Parker se encogió de hombros—, socializando con sus respectivos colegas. Isaiah trabaja en publicidad, mientras que Wilhelmina es una abogada penalista muy exitosa en Chatham, Grayson y McFee.

Pensó un momento. —Chatham, Grayson y McFee...

—El bufete de Estavez.

—Cierto. —Así que el hijo adoptivo de Parker, Antonio Estavez, y la madre de Tiffany Todd eran colegas. Asintió. —Una mujer ambiciosa, ¿eh?

—Se podría decir eso. Wilhelmina y Antonio a menudo compiten por los casos de alto perfil.

¿Y por qué competía Isaiah Todd con Iris Van Aarle?

Parker dejó su bebida. —Ahí está Jackson. Ven, te lo presentaré.

Cruzaron la sala hacia un rincón donde un hombre alto y delgado con traje gris observaba a la multitud. Al acercarse, les dirigió una triste sonrisa. —Es bueno verte, Parker. No te preguntaré cómo va el caso.

Cordialmente, Parker le estrechó la mano. —Entiendo que quieres saber, Jackson. Todo lo que puedo decirte es que está progresando. No esperaba verte aquí esta noche.

Él estudió el suelo. —Sentí que debía mostrar mi apoyo. No tengo intención de quedarme mucho tiempo. Cloris está en casa descansando. Estas últimas semanas han sido muy difíciles.

Parker puso una mano sobre el brazo de su amigo. —Debe ser duro para ella. Las reuniones como esta siempre fueron la especialidad de Cloris. Lo lamento mucho por ambos.

Miranda sabía que él deseaba tener respuestas para su amigo. Ella también. Por milésima vez, su corazón se conmovió por él y su esposa en duelo.

Parker se volvió hacia ella. —Jackson, quiero presentarte a mi colaboradora, Miranda Steele.

Taggart le tomó la mano y le dio un apretón sincero y amistoso.

—Lamento su pérdida —le dijo ella. Era la frase de rigor, pero cada palabra era sincera.

—Gracias, señorita Steele.

—La señorita Steele ya ha sido de gran ayuda en su caso.

Ella miró a Parker sorprendida. ¿De verdad lo pensaba? Deseaba poder hacer más. Deseaba poder entregarle al asesino esta misma noche.

—Estoy muy agradecido por cualquier cosa que pueda hacer, señorita Steele. —Taggart sonrió suavemente—. Diría que estaré encantado de devolverle el favor profesional, pero espero no tener que hacerlo nunca.

Ella ladeó la cabeza.

—El doctor Taggart es el Jefe de Personal del Hospital San Benedicto.

—Oh, sí. Recuerdo que Parker lo mencionó —se rio—. Gracias. Me gustaría mantenerme alejada de allí.

Una mano áspera y oscura se extendió hacia el brazo de Parker. —Muy contento de verlos a todos aquí apoyando a nuestros hombres de azul.

Miranda se volvió y miró directamente a los ojos negros como canicas del teniente Erskine. Todavía la inquietaban, pero no parecía ni la mitad de amenazante vestido con un esmoquin.

—Buenas noches, señorita Steele. —Frunció los labios como si estuviera a punto de interrogarla—. Es agradable verla en un lugar donde las barras son para servir bebidas —dijo en voz baja.

—Igualmente —sonrió con ironía mientras bebía su Zinfandel.

El doctor Taggart extendió su mano. —Teniente Erskine, Cloris y yo apreciamos profundamente lo que usted y sus hombres están haciendo para encontrar al asesino de Madison.

El rostro de Erskine se volvió severo. —Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para llevar al perpetrador ante la justicia, doctor.

Con gesto sombrío, el doctor Taggart asintió. —Sé que necesitan hablar. Por favor, discúlpenme. —Se alejó entre la multitud.

Erskine permaneció en silencio, observando a Miranda cuidadosamente.

—Cualquier cosa que tengas que decirme, Hosea —le dijo Parker con naturalidad—, puedes decirla frente a mi colaboradora.

Movió los labios de un lado a otro. No le gustaba. —Si así lo quieres. —Se inclinó y murmuró al oído de Parker—. Conseguí mover algunos hilos. Tendremos vigilancia sobre tu paloma cuando llegue.

—Yo también la tendré —respondió Parker con suficiencia.

—Como esperaba. —Erskine pidió un gin tonic a un camarero—. No creo que nos dé mucho esta noche.

—Uno nunca puede estar seguro.

Miranda miró alrededor de la sala otra vez. Van Aarle aún no había aparecido, pero al otro lado, vio a la detective Tan toda arreglada con un elegante vestido rojo. Esperando para reemplazar a Judd, supuso.

Divisó a un joven alto y apuesto caminando hacia su grupo. Incluso sin esos atrevidos ojos negros rebosantes de confianza y la larga coleta negra, habría reconocido a Antonio Estavez, su antiguo abogado e hijo adoptivo de Parker. Estaba impresionante con su esmoquin negro.

—Si no son las dos personas que más trabajan en el cumplimiento de la ley —dijo con su acento hispano mientras llegaba al grupo. Extendió ambas manos en un exuberante saludo—. Buenas noches, caballeros, señorita Steele.

Erskine le dio un firme apretón de manos a Antonio. —Me quedé sin favores esta noche, Estavez.

Antonio se llevó una mano al pecho dramáticamente. —No quiero nada más que solidificar mi relación con mis colegas. Después de todo, todos trabajamos por la misma causa, ¿no es así?

—Mmm. Abogados —murmuró Erskine por lo bajo.

Antonio se volvió hacia ella y tomó su mano con aire de conquistador. —Señorita Steele, se ve especialmente hermosa esta noche.

Ella alzó una ceja más alto que Erskine, aunque el cumplido se sintió agradable.

Parker se inclinó hacia ella. —Debes perdonar a Antonio. Es su naturaleza coquetear con cada mujer que ve. Algo que no pude quitarle en su entrenamiento.

Antonio rio y levantó su copa. —Y todo este tiempo, pensé que estaba siguiendo tus pasos, señor Parker.

Erskine le dio su copa a un camarero. —Los dejaré a ustedes dos para que hablen de los viejos tiempos. —Asintió hacia Parker—. Te mantendré informado si descubro algo. —Se fue a reunir con algunos de los otros oficiales.

Parker miró a Antonio. —¿Tienes algo que decirme sobre Van Aarle y Oliver Chatham?

¿Chatham? ¿Como en Chatham, Grayson y McFee? Era cierto. La firma de abogados de Estavez manejaba los asuntos legales de Van Aarle.

Estavez mostró una hilera de dientes blancos relucientes. —Como te dije antes, señor Parker, no puedo decirte nada. Realmente no lo sé. Sabes que te ayudaría si pudiera. —Tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba, dio un sorbo y pareció pensativo—. Diré que Chatham mencionó que Van Aarle ha estado tomando algunas grandes decisiones financieras, moviendo fondos de una cuenta a otra, y demás. —Hizo un gesto con el dedo índice.

El rostro de Parker brilló con interés. —¿Como lo que harías si tuvieras la intención de abandonar el país?

Se encogió de hombros mientras saboreaba su bebida. —O planeando divorciarte de tu cónyuge. Realmente no sé más que eso.

¿Estaba Van Aarle preparándose para una huida pronto? Tenían que encontrar algo contra él que lo inculpara, y rápido.

—¿Mi colega te está acosando, Parker? —se rio una cálida voz femenina. Wilhelmina Todd se acercó al grupo con un paso decidido. De cerca, se veía impresionante con su brillante vestido negro.

Parker se rio entre dientes. —En realidad, Wilhelmina, estoy tratando de impedir que coquetee con mi nueva empleada. —Se volvió hacia ella—. Esta es Miranda Steele.

La mujer alta extendió una mano. Miranda la estrechó con la misma firmeza que su dueña le dio. —Encantada de conocer a otra profesional femenina. ¿Cómo te va trabajando para la Agencia Parker? —Asintió hacia Parker—. He oído que este tipo es un verdadero tirano.

Miranda sonrió, sintiendo una conexión con la mujer. —No es tan malo, si sabes qué botones presionar.

Wilhelmina alzó una ceja, impresionada, y la observó con los ojos penetrantes de una abogada. —Tendrás que explicarme esa técnica la próxima vez que vaya tras uno de mis clientes.

—Lo haré —sonrió Miranda—. ¿Y cómo es trabajar en el bufete de abogados?

Wilhelmina soltó un suspiro. —Más ocupada que nunca con mi carga de casos y las actividades escolares de fin de año de las niñas. Es muy difícil equilibrar la crianza de los hijos y una carrera exigente.

—Parece que tienes las manos llenas. —Miranda se preguntó si sabía en qué mocosa insoportable se había convertido su hija menor, Tiffany, en la escuela, o sobre las escapadas nocturnas de la mayor con su novio Jason.

Dando un sorbo a su bebida, la abogada asintió. —Mi hija de secundaria ha estado castigada más veces que no este año. He descubierto que la mejor manera de manejarla es hacerla cuidar a su hermana. Odia eso. Es lo que le tengo haciendo esta noche en casa de los Ingram. —Se encogió de hombros—. Ahorra dinero y al menos no están con un extraño.

Miranda sonrió, decidió no comentar, pero se preguntaba qué tipo de maldades estarían tramando Ashley y Tiffany en ese momento. Sin mencionar a Felicia.

Otra risa estruendosa vino de Isaiah, sentado más abajo en la barra. Wilhelmina no reconoció la diversión de su esposo. Miranda se preguntó si sabría sobre esa foto de él con Iris Van Aarle en su sitio web.

Wilhelmina miró hacia la sala donde el Dr. Taggart estaba hablando con un concejal. Dio un suspiro profundo y angustiado. —Estoy tan preocupada por mis hijas estos días. Y siento tanta lástima por él. —Se volvió—. ¿Tiene hijos, señorita Steele?

—No —dijo Miranda secamente.

Parker se inclinó hacia la pareja. —La señorita Steele ha estado ayudando con la investigación de Taggart —dijo, con admiración en su voz.

Ella le lanzó una mirada severa. El cumplido era agradable, pero él la estaba rescatando. Podía manejar una simple pregunta sin ayuda.

Wilhelmina los observó con discernimiento, como si conjeturara que podría haber algo más en su asociación que trabajo. —¿Es ese tu ámbito profesional? ¿Investigaciones criminales?

Miranda se encogió de hombros, haciendo girar el vino en su copa. —He trabajado en una variedad de casos. —A veces su trabajo había involucrado levantar cajas de cincuenta libras—. He viajado mucho.

—Interesante. Quizás podamos reunirnos alguna vez y comparar historias.

Si tan solo tuviera una para comparar. —Me gustaría. —Dios mío, ¿en qué se estaba metiendo?

Por suerte, los suaves tonos de un piano distrajeron a la persistente mujer. Desde un escenario a un lado, una voz suave y sensual flotó sobre los altavoces. ¿Era quien ella pensaba? Se volvió hacia el escenario y vio la cabeza rubia en el teclado.

Sí, era Coco. Esa chica se movía por todos lados. Era una visión de belleza con un vestido de noche rosa intenso de escote pronunciado que brillaba como una estrella. En el piano de cola blanco, parecía un ángel.

Miranda se volvió para hacer un comentario, pero todos estaban escuchando la deliciosa música. Captó la mirada en el rostro de Estavez mientras sus ojos negros absorbían a la cantante. El apuesto joven estaba embelesado.

—Qué voz tan exquisita. Nunca hubiera imaginado que pudiera cantar como un serafín. —Por supuesto, la recordaba. Con mucho cariño, al parecer.

Cuidado, Antonio. No querrás enredarte en ese lío matrimonial.

Él gesticuló hacia ella. —¿Quizás deberíamos decir unas palabras a nuestra amiga en común?

¿Era prudente? Pero tal vez sería mejor si no lo dejaba ir solo. —Claro, ¿por qué no?

Él hizo una reverencia a su colega, luego se volvió hacia Parker. —¿Nos disculpan?

Parker levantó una ceja a Miranda.

Ella le sonrió. —¿Te importa si voy a saludar a mi amiga?

Frunciendo el ceño, él se inclinó hacia su oído. —No empieces con ella...

—Aprendí mi lección —resopló ella en un susurro—. No mencionaré a ya-sabes-quién haciendo ya-sabes-qué otra vez. Solo quiero arreglar las cosas.

Él dudó otro momento, luego cedió. —Solo mantén los ojos abiertos por si ves a Van Aarle.

—Claro, jefe. —Tomando un respiro cauteloso, Miranda deslizó una mano por el brazo de Antonio y caminó con paso despreocupado por la sala.

###

Llegaron al escenario y se pararon en su borde esperando a que Coco terminara su canción. Ella se dio vuelta mientras alcanzaba las últimas notas. Cuando vio a Miranda, se sobresaltó. Luego vio a Estavez, y sus ojos brillaron de sorpresa.

Nerviosa, parpadeó hacia ellos. —Hola, señor Estavez, Miranda. —Dijo su nombre con suavidad, el de ella con un suave desprecio.

—Me sorprende verte aquí —dijo Miranda.

Coco ni siquiera esbozó una sonrisa.

Estavez resplandecía de encanto. —Teníamos que venir a decirte qué cantante maravillosa eres. Qué música tan talentosa.

Eso le arrancó una sonrisa. Se sonrojó. —Gracias, ¿de verdad les gusta?

—¿Cómo no podría? Es hermoso.

Ella dejó escapar una risa suave. —Le gané a un combo caliente de reggae por este trabajo. Por supuesto, es solo durante los cócteles y la cena. Habrá una banda completa para bailar después.

—Estoy orgullosa de ti —le dijo Miranda.

Coco actuó como si estuviera sorda.

Estavez iba directo al grano. —Quizás estarías interesada en tocar para algunos de los eventos que patrocina mi firma.

—Claro, me encantaría.

—Le daré tu nombre a nuestra coordinadora. Todavía tengo tu tarjeta.

—¿La tienes? —Sus ojos brillaron.

Esa chispa entre ellos no debería estar ahí. Miranda estaba preocupada por esta chica. —Oye, tal vez podría conseguirte algo. —La agencia de Parker también tenía que organizar algunas fiestas elegantes.

Coco la ignoró.

Estavez percibió la tensión. Parecía que le gustaría pasar un tiempo a solas con Coco, pero era lo suficientemente caballero para darse cuenta de que las dos mujeres necesitaban hablar. Miró alrededor de la sala. —Veo a un cliente con quien necesito hablar. Si me disculpan.

Coco frunció el ceño, como si no quisiera que se fuera. —Claro. Gracias por pasar —murmuró al fin.

—De nuevo, tu interpretación es encantadora. Estaré en contacto.

—Gracias.

Él se alejó.

Miranda observó a Coco mirarlo alejarse. Te estás buscando un montón de problemas, chica.

Coco se volvió y la miró con el ceño fruncido como si deseara que la tierra se abriera y la tragara.

Miranda tomó un respiro profundo. —Lo siento por lo de anoche, Coco. No quise entrometerme en tus asuntos.

Ella miró alrededor pero no dijo nada.

—Solo estaba tratando de ser una amiga.

Ella estudió el teclado.

Miranda se sorprendió de lo mucho que le dolía ser desairada por ella. —Todavía tienes mi número, ¿verdad?

Ella asintió.

Miranda jugueteaba con el bolso enjoyado que Parker le había comprado. —Si me necesitas, si alguna vez estás en problemas o algo, no dudes en llamarme.

Ella no se movió.

—En cualquier momento. Noche o día. ¿Entiendes?

Asintió y comenzó la introducción de su siguiente canción. —Estoy trabajando aquí. ¿Te importa?

—Claro. Me voy. —La dejó sola y encontró la mesa de la Agencia Parker.

###

Miranda tomó asiento junto a Parker en una mesa elegante, ignorando las miradas curiosas de los jefes de la Agencia que estaban reunidos alrededor. Sin duda se preguntaban qué hacía ella en esta sofisticada reunión.

Parker se acercó a su oído. —¿La amistad floreciendo de nuevo?

—Como una úlcera sangrante —murmuró, mirando al otro lado de la habitación a la pianista que acababa de dejar.

Él le dio una mirada comprensiva y dirigió su atención a la detective Tan, quien estaba sentada a su otro lado. Miranda supuso que estaba poniendo al día a su jefe sobre las actividades de Van Aarle esa mañana.

Alguien junto a Miranda le tocó la mano. Se volvió y vio a una mujer de mediana edad con un rostro cálido y redondo, y cabello canoso arreglado en rizos. Dijo que era la esposa del detective Judd y la presentó a los otros cónyuges. Por suerte, la señora era del tipo parlanchín. Charlaba sobre los años de su esposo en la Agencia Parker, su segunda casa en Miami, los honores de sus nietos en la escuela, como si no le importara en absoluto que el asiento a su lado estuviera vacío.

Judd debe seguir vigilando a su objetivo, pensó Miranda, asintiendo distraídamente a lo que sea que su esposa estuviera diciendo en ese momento. ¿Era común que los profesionales de golf llegaran tan tarde a una fiesta? Algo no parecía estar bien. Pero Parker continuaba tan feliz como la señora Judd, bromeando casualmente con sus empleados y sus cónyuges, como si no hubiera nada inusual en la ausencia de Judd.

Miranda recogió una tarjeta impresa en elegante caligrafía que habían colocado junto al centro de mesa. Tenía el menú de esta noche. Lubina Salvaje Rayada, Filete Mignon y Cola de Langosta con Puré de Papas al Rábano Picante, Costillar de Cerdo Asado con Cebollas Perla Caramelizadas al Maple. Vaya. En este momento, no podía comer ni un bocado.

Cuando los camareros comenzaron a servir, descubrió que Parker había ordenado un plato especial solo para ella: Pollo Estilo Szechuan Extra Picante con Papas al Wasabi. Así que esta cena era solo por negocios. Claro. Él le guiñó un ojo mientras ella daba un tímido bocado y saboreaba el picante. Hombre, estaba bueno, pero estaba demasiado tensa para hacer algo más que picotearlo.

La otra cosa que arruinaba su apetito estaba sentada justo al otro lado de la mesa. Gen.

La hija de Parker se veía bien esta noche. Aretes plateados, un toque de brillo en su corto cabello platinado, un largo colgante plateado contra una funda de azul aguamarina resplandeciente. El color de su vestido hacía que sus ojos fueran aún más oscuros e intensos de lo habitual. Justo ahora, perforaban a Miranda como afiladas brocas.

No se necesitaba una bola de cristal para adivinar lo que pensaba la joven. Odiaba la idea de que ella estuviera con Parker.

Miranda levantó su copa de vino hacia ella en un brindis burlón.

La boca de Gen se torció en una mueca.

Satisfecha, tomó otro bocado del plato Szechuan y echó un vistazo a los comensales. Había demasiada gente para ver a Van Aarle, si es que finalmente había aparecido. ¿No se habría unido Judd a ellos si así fuera? Tal vez no.

Siguió buscándolo. En una mesa donde se sentaban algunos concejales de la ciudad, notó a una joven bonita vestida de plateado que le lanzaba una mirada gélida. Miranda observó su rostro anguloso y su cabello escarchado. Un camarero servía champán en una mesa vecina. Mientras lo sorbía, una mujer de figura estilizada en verde azulado, con un peinado atrevido, le dirigió un gesto de desprecio.

Miranda sonrió con desdén. Supongo que estar con Parker significaba tener un club de fans. Gen debía ser la presidenta.

Dirigió su atención a la mesa de gente de los medios junto a ella. Una mujer de aspecto elegante, cuello largo y cabello negro liso y brillante peinado de lado le lanzó una mirada amarga. Su rostro distintivo se volvió aún más agrio cuando su mirada se dirigió a Parker.

Miranda dejó de masticar. Se había estado sintiendo presuntuosa hasta ahora. De alguna manera, la mirada de la mujer de cabello negro le hizo ver la realidad. Estas personas no solo eran amigos y asociados de Parker. Algunas de ellas probablemente habían sido sus amantes. Sin duda había tenido un buen historial desde que murió su esposa. Estas mujeres no solo estaban celosas. Estaban protegiendo un territorio que creían suyo. El pensamiento le golpeó el estómago como un trozo de plomo. Dejó el tenedor.

La mujer de cabello negro levantó una copa hacia sus compañeros. —Sé que se supone que este es un evento de gala, pero ¿no es irónico celebrar al departamento de policía cuando los barrios de Buckhead son tan inseguros?

Algunos miembros del personal de Parker se volvieron para mirar con furia a la mujer. Miranda sintió que Parker se tensaba a su lado.

La esposa de Judd se inclinó y le susurró. —Esa es Tanya Terrance. Seguro has escuchado su programa de radio local. Muy controversial.

Miranda asintió. Había escuchado fragmentos conduciendo al trabajo, pero no le había prestado mucha atención.

—Miren al pobre Dr. Taggart —continuó con una voz oscura y articulada que Miranda ahora reconocía—. Ha sido tan amable esta noche. Quiero saber por qué no ha habido progreso en el caso de su hija.

Parker se limpió los labios con una servilleta y aclaró su garganta. —Corrección, Tanya. No ha habido progreso que la policía esté dispuesta a divulgar a los medios.

Ella se volvió y le lanzó una mirada malévola mientras los rostros de sus colegas se quedaron inexpresivos. —¿Es así, Parker? ¿Qué tienes tú para divulgar?

—Nada para ti.

—Eso es porque no tienes nada. —Esa mirada intensa tenía que estar inspirada por algo más que solo el caso Taggart.

—Ten por seguro, Tanya. Tan pronto como tenga una pista sólida —Parker sonrió, rezumando encanto sureño—, serás la *última* en saberlo.

Maldiciendo en voz baja, la mujer volvió a sus compañeros de cena.

Parker se concentró en su comida.

—Parece que la tiene contra ti —le susurró Miranda.

—Supongo que sí. Salimos durante un tiempo hace varios meses. Cuando comenzó a usar los casos de mis clientes como material para su programa, terminé la relación.

Con razón la presentadora de radio tenía tanto rencor. Con razón le había estado lanzando miradas tan sucias como las de Gen. Parker había estado con muchas. ¿Por qué ese hecho le molestaba tanto?

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Miranda decidió olvidarse de las mujeres y concentrarse en el elegante platillo de Tiramisú de Crema de Kahlúa que un mesero acababa de colocar frente a ella. Mientras desarmaba con su tenedor el bizcocho empapado en café, una mujer con un vestido rojo vaporoso se acercó al podio y comenzó un programa de premiación.

Celebridades locales que ella nunca había escuchado dieron discursos. Parker estaba entre ellos. Habló justo antes que el alcalde y comentó sobre las maravillas de Atlanta y el progreso en la aplicación de la ley que había visto a lo largo de los años, asegurando a la audiencia que mantener la ciudad segura era una alta prioridad para su Agencia. Incluso hizo algunos comentarios mordaces dirigidos hacia los medios.

Eso debería callar a Tanya Terrance y sus lambiscones por esta noche, pensó Miranda con satisfacción. Recibió una ronda estruendosa de aplausos cuando terminó. Luego el alcalde tomó el podio y dio un largo discurso adulador que la hizo bostezar.

Una vez más, miró alrededor del salón oscurecido y se preguntó dónde estaba Van Aarle.

Finalmente, el programa terminó, las mesas fueron despejadas y la banda se instaló. La música comenzó a sonar, y la gente se aglomeró en la pista de baile.

Parker apareció junto a ella y extendió una mano. —¿Me permites?

Ella miró hacia su rostro cálido y apuesto y se dio cuenta de que su corazón ya estaba valseando. Aun así, no había esperado estar bailando con él.

—No he ido a un baile formal desde la preparatoria.

—Estoy seguro de que lo recordarás. Tu forma de moverte me pareció bastante segura en el gimnasio la otra semana.

Ella dejó su servilleta. —Un *kata* no es exactamente lo mismo que una samba.

Él tomó su mano y la puso de pie. —Solo sígueme.

No iba a aceptar un no como respuesta, ¿verdad?

Parker lo hizo fácil. Cuando la banda comenzó con una suave melodía de jazz, él la llevó al centro de la pista con un movimiento suave y sofisticado. Sus pasos reflejaban los de él como agua. Se derritió en sus brazos.

Cuando se perdieron entre la multitud, ya no pudo evitar su mirada ardiente.

—Te ves hermosa esta noche, Miranda. Debería haberlo dicho antes.

Ella se encogió de hombros, contenta de que le gustara su aspecto. —Tú tampoco te ves mal.

—Tienes excelente gusto para los vestidos.

—¿Te gusta? Lo escogí yo misma.

Él se rio entre dientes.

Ella desvió la mirada. Negocios, se recordó a sí misma. —No he visto a Van Aarle por ningún lado.

Él le dio una mirada cómplice. —Me comuniqué con Judd justo antes de la cena. Todavía no había salido de su casa.

Ella se sobresaltó. Por eso Judd se había perdido la cena. —Hizo tanto énfasis en estar aquí. Algo no está bien.

—No necesariamente. Por lo que Tan y Judd me han dicho hasta ahora, Van Aarle es tan inocente como un cordero.

—O un lobo con piel de oveja. —Estudió su rostro, intentó leer sus pensamientos—. No estás cien por ciento seguro de que Van Aarle lo hizo, ¿verdad?

—Nunca uso porcentajes. Los hechos prueban tu caso. Hasta que lo hagan, no tienes uno. Hasta ahora, no tenemos suficiente para condenar a Van Aarle ni por cruzar indebidamente la calle. —La hizo girar.

Ella echó un vistazo a los otros bailarines y vio a varias mujeres enjoyadas en seda y tafetán dándole miradas asesinas. Le estaban

poniendo los nervios de punta.

—Estás causando bastante revuelo esta noche —dijo él.

—Sí —sonrió con ironía—. No sabía que había tantas mujeres ricas y maliciosas en Atlanta.

—Me refería a los hombres.

¿Eh? Miró a los bailarines otra vez. Efectivamente, había varios tipos apuestos con fajines y mancuernillas de diamantes mirándola con hambre. Se rio para sus adentros. Estaba acostumbrada a recibir miradas así en un bar. Nunca pensó que las recibiría en un elegante salón de baile.

El brazo de Parker estaba firme a su alrededor. —Como he dicho antes, te subestimas demasiado.

Ella forzó una risa. —Parece que este papel de caza-fortunas está funcionando bastante bien.

Su sonrisa se tornó seria. La acercó más. —No eres la única que ha estado actuando últimamente.

Así que había sido distante a propósito, tal como ella había sospechado. Podía verlo en su rostro. Esta noche sus ojos decían Te deseo y te tendré, de una forma u otra.

Una vez más, él la hacía anhelar rendirse. Sintió que su resistencia se debilitaba. Le quitaba el aliento. Nadie la había hecho sentir como lo hacía Wade Russell Parker Tercero. Casi lo odiaba por eso.

—Disculpa —espetó una voz.

Miranda dio un paso atrás y casi chocó con Gen.

Con su largo vestido azul brillante, la joven miró a Miranda con ojos oscuros que ardían con tanto odio como los de un troll bajo el puente. —Esperaba poder interrumpir. No a menudo tengo la oportunidad de bailar con mi padre.

Y te gustaría mantenerme alejada de él, ¿no es así?

Miranda observó a Parker tensarse. No le gustaba la idea, pero difícilmente podía rechazar a su propia hija. —Si me disculpas. —La soltó, con aparente renuencia.

—Está bien por mí, Gen. —La joven no se daba cuenta de que acababa de rescatarla. Miranda se inclinó hacia el oído de Parker—. Creo que daré una vuelta para ver si nuestro pichón ya está aquí.

Sus ojos brillaron con admiración. —Buena idea. Te alcanzaré en un rato.

—Claro, jefe. —Estaba segura de que lo haría.

###

Parker tomó la mano de Gen y la atrajo hacia sus brazos. —Ha pasado tiempo desde la última vez que bailé con mi niña.

Le dirigió una mirada mordaz. —Necesito mantenerte fuera de problemas. Te has estado saliendo con la tuya últimamente.

—Siempre la administradora.

—Es un trabajo difícil, pero alguien tiene que hacerlo.

Él se rio. —Creo que soy lo suficientemente mayor para cuidarme solo.

Gen miró al otro lado de la pista de baile donde Miranda había desaparecido entre la multitud. Su rostro se tornó sombrío. —Recuerdo cuando solías ir a estos eventos con mamá. Ella siempre tenía tanta clase.

Parker se erizó. Podía leer sus sentimientos, pero ella no estaba tratando de ocultarlos. —Las cosas cambian, Gen.

—Lo sé. Pero no tengo que aceptarlo —Se volvió hacia él, sonrió con tristeza—. Esta noche me hace pensar en cuando era pequeña y me sentaba en las escaleras para verte a ti y a mamá preparándose para uno de estos eventos. No podía esperar a ser lo suficientemente mayor para ir con ustedes.

El recuerdo que ella evocó le tocó el corazón. —Creo que tenías quince años cuando te llevamos por primera vez a un baile formal.

—El Baile de Piedmont. Fue hermoso. Estaba tan emocionada y orgullosa de verlos juntos. Mamá se veía tan hermosa con su vestido y sus joyas. Tú tan elegante con tu apuesto esmoquin. Igual que esta noche —Sus ojos se humedecieron. Algo raro en Gen—. La extraño tanto.

Dejó de bailar. —¿Quieres sentarte, querida?

Ella bajó los brazos, tomó su mano y lo llevó a un pequeño nicho a lo largo de la pared donde no sería vista. Se limpió la mejilla con el dorso de la mano. —Las cosas han cambiado, papá. Este último año, he tenido que quedarme mirando cómo todo tipo de mujeres se te lanzan. Es como si cada mujer disponible en la ciudad tuviera que

tener una oportunidad contigo —Él intentó tomarla del brazo, pero ella lo apartó—. Es difícil de soportar. ¿Y ahora estás con *ella*? —Su voz se quebró mientras hacía un gesto vago hacia los bailarines.

—La señorita Steele es una empleada. La estoy entrenando para...

—No me mientas, papá. Sé muy bien que hay algo más entre ustedes. Se te nota en toda la cara.

Ella lo leía bien. —Lamento que no lo apruebes.

—Simplemente no me agrada esa mujer —Se abrazó con fuerza —. Oh, papá. Perder a mamá fue tan duro para mí. Sé que también lo fue para ti. Me preocupé por ti durante mucho tiempo. Te aislaste, no hablabas. Pasabas tanto tiempo solo. Nunca te había visto así. Y luego de repente el año pasado, comenzaste a salir con todas. Con cualquiera. Mujeres de todas las profesiones. Jóvenes, mayores. Viudas, trepadoras sociales, seductoras. Tanya Terrance, por Dios.

Lo había hecho para tratar de olvidar su pena, para salir de su depresión. Pero parecía que el amor que había sentido por Sylvia, los recuerdos de sus años juntos se quedarían con él para siempre. Nunca la superaría. Nunca encontraría a nadie como ella.

—La vida tiene que seguir, Gen. Y la señorita Steele...

—Ella no es mi madre —espetó. Otra lágrima rodó por su bonita mejilla—. Nunca lo será. Ninguna de esas mujeres lo es. Ninguna podría reemplazarla. Y menos Miranda Steele.

Así que esto era lo que le había estado molestando todo este tiempo. Él se colocó a su lado para bloquear la vista de ella y sacó un pañuelo.

Ella lo tomó y se secó los ojos. —Oh, papá, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo puedes ser tan infiel a la memoria de mamá?

¿Qué podía decirle? Apenas lo sabía él mismo. Sus emociones estaban tan confusas como las de ella.

Las lágrimas brillaban en sus ojos, rompiéndole el corazón. Ella tenía razón. Nadie podría jamás tomar el lugar de Sylvia. Un año saliendo con la mayoría de las mujeres elegibles en este salón de baile se lo había demostrado. Había sido un tonto al tratar de reemplazarla. Sylvia era una joya única que no tenía sustituto.

Siempre encantadora, dulce, femenina y elegante. Siempre sabía exactamente qué hacer y decir. La había amado por eso.

Pero no había sido una dicha completa.

Gen no conocía la tensión que su trabajo había puesto en su relación con su madre. Las discusiones silenciosas que habían tenido a puerta cerrada cuando él aceptaba un caso peligroso. Sylvia nunca había comprendido por qué tenía que correr tales riesgos. Siempre había intentado alejarlo de la vida que lo hacía ser quien era.

Pero Miranda...

No era solo su potencial para convertirse en una investigadora de primera lo que le emocionaba. No eran meramente sus habilidades callejeras para pelear o sus instintos certeros. Miranda Steele comprendía la parte de él que Sylvia nunca había entendido. Ella conocía el ardiente deseo de resolver un caso, incluso si significaba ponerse en peligro. La necesidad de sacrificarse por el bien de otro. Podía mirarlo a los ojos y ver su alma.

Gen se acercó a él, apoyó la cabeza en su pecho y suspiró tan profundamente que él sintió que lo atravesaba. —Desearía que pudiéramos volver a ser como éramos antes.

—Lo sé, querida. Lo sé —Parker acarició suavemente la espalda de su hija, tratando de consolarla. Pero sus propios pensamientos lo consumían. ¿Podría Miranda ocupar el lugar en su corazón que había pertenecido a Sylvia durante tantos años?

Le estaba costando tanto acostumbrarse a la idea como a Gen.

###

En la pista, los bailarines se balanceaban al ritmo de una melodía emotiva con un ritmo rockero. Miranda se abría paso entre la multitud, observando los rostros eufóricos. Sin suerte. No podía ver a Van Aarle por ningún lado. Tal vez le había dicho a Parker que vendría a la fiesta solo para eludirlo esta mañana.

Se abrió camino por el perímetro de la sala, de vuelta hacia el bar, pasando por los bailarines. Justo después del bar, vio la entrada a un pasillo estrecho. Algo le dijo que lo siguiera.

La música se apagó mientras entraba en el pasaje. Este se doblaba hacia adelante y hacia atrás hasta que se abría nuevamente en un pequeño nicho. En la esquina había una habitación oscura

etiquetada "Degustación de Vinos". No había nadie cerca. Cuando se acercó a la entrada, escuchó voces. Se detuvo.

—No viniste hoy —Se le erizó el cabello. Era la voz de Van Aarle —. No devolviste mis llamadas. Te esperé durante horas.

—Shelby, por favor —respondió una mujer.

No estaba solo. ¿Qué hacía con una mujer en la Sala de Cata?

—¿Qué nos está pasando?

—No puedo seguir con esto, Shelby.

—¿Qué quieres decir? ¿Has dejado de amarme?

Santo cielo, había tropezado con un nido de amor.

—Trata de entender —suplicó la mujer.

—¿Por qué haces esto, Giselle?

—Por favor, Shelby. Eres un hombre casado.

¿Giselle? Eso descartaba a Iris como la mujer. Todavía estaba fuera de la ciudad, ¿no?

—Casado —la voz de Van Aarle sonaba amarga, áspera—. No tengo más que la cáscara de un matrimonio. Una farsa. A Iris no le importo. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde que tuvimos sexo?

—Siete meses. ¿Sabes cuántas veces me lo has dicho? —su voz era culta, clara. Era Giselle Ingram. La profesora universitaria. La madre de Ashley y Bobby Lee.

Hubo una pausa. Miranda podía sentir los latidos de su corazón en el cuello. Escuchó pasos. Conteniendo la respiración, se aplastó contra la pared y miró hacia un rincón oscuro al otro lado. Judd permanecía inmóvil entre las sombras.

Él se llevó un dedo a los labios. Con las palmas humedeciéndose, ella asintió.

Van Aarle gruñó. —Desde que contrató a Isaiah Todd para diseñar su sitio web, apenas hablamos. Sé que se acuestan juntos. Él hace tantos viajes al extranjero como ella. ¿Qué asuntos tiene un diseñador web en París? Puedo verlos juntos en algún hotel asqueroso a orillas del Sena.

—No sería asqueroso con los gustos de Iris.

Buen punto.

—Giselle, ten corazón —exclamó Van Aarle—. ¿No ves lo destrozado que estoy?

La voz de ella se quebró con emoción. —Todavía la amas, ¿verdad, Shelby?

—Te amo a *ti*, Giselle. ¿Por qué no viniste a mí hoy?

Así que eso era lo que Van Aarle estaba haciendo en un campo de golf a ochenta kilómetros al norte. Esperando a Giselle Ingram. Apostaba a que esas llamadas telefónicas que había hecho fueron directamente al número de celular de ella.

—Ya te lo dije, Shelby. Te amo. Pero no puedo arriesgar a mi familia, mis hijos, mi reputación profesional.

La mente de Miranda trabajaba a toda velocidad. Pobre Lamar Ingram. Había parecido tan manso y callado. ¿Pero y si no lo era? Tal vez él había alejado a Giselle. Era el padre de Bobby Lee, después de todo. Quizás el mimado universitario había obtenido su opinión sobre las mujeres del querido papá. ¿Y qué hay de la pequeña Ashley? La pareja había sido amiga de la esposa de Parker.

Miró a Judd y vio que se preguntaba lo mismo que ella. ¿Qué tenía que ver esta cita apasionada con el asesinato de Madison Taggart?

—Piensa en lo que hemos tenido juntos. Desde que te vi tomando el sol cerca de tu piscina aquel día... —Pensó en la figura voluptuosa de Giselle. Seguro que se había llevado una buena vista.

—No me recuerdes eso, Shelby. No puedo lastimar así a Lamar. Ha sido un buen esposo. No se lo merece. Simplemente no puedo seguir con esto. —Comenzó a llorar.

—Ven aquí. Ya, ya. No llores.

Sus voces se convirtieron en murmullos. Miranda escuchó besos suaves. Tragó saliva con dificultad. Muy pronto, o lo harían allí mismo o saldrían de la habitación. Mejor que se fuera. Había oído suficiente.

Cuando se dio la vuelta para irse, Judd se acercó por detrás. —Tienes que informar de esto a Parker —murmuró.

—Justo adonde me dirigía —susurró ella.

###

Con el corazón acelerado, Miranda regresó a la pista de baile. Las cosas se estaban animando. Las bebidas fluían mientras la multitud

se contoneaba al ritmo de una canción caliente y descarada con un ritmo tan fuerte que Miranda lo sentía en el plexo solar.

Escudriñó los rostros. Por fin, divisó a Parker a un lado hablando con Estavez. Se dirigió hacia él, pero justo antes de alcanzarlo, escuchó un grito desgarrador por encima de la banda.

La música se detuvo. Toda la sala quedó en silencio. Todos miraron hacia el bar.

Isaiah Todd se apoyaba en un taburete con una mano. Con la otra, sostenía a su esposa Wilhelmina, que sollozaba. El teniente Erskine tenía una mano firme sobre el otro hombro de ella y una mirada sombría en los ojos. Un oficial uniformado estaba junto a él.

Con la alarma recorriéndole las entrañas, Miranda corrió hacia ellos. Al instante siguiente, Parker la alcanzó. Estavez venía justo detrás.

Al acercarse, vio a Wilhelmina Todd llevarse sus largas y delgadas manos al rostro y gemir fuertemente. —No. Por favor, Dios. Dime que no es verdad.

—Tiene que estar equivocado, oficial —oyó gruñir a Isaiah—. Teniente, ha habido un error.

Erskine negó con la cabeza sombríamente. —Lo siento, Isaiah. No hay ningún error.

La multitud empezó a murmurar.

Parker llegó al grupo justo antes que Miranda. —¿Qué está pasando?

Los elegantes hombros de Wilhelmina temblaban. —No puede ser verdad. No puede ser. Mi bebé. Mi niña.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Miranda mientras se colocaba al lado de Parker.

La mujer la miró con expresión vacía, extendió la mano hacia su brazo y lo apretó como si se estuviera ahogando. Miranda no sabía qué decirle, pero leyó el mensaje en los ojos de la mujer. Conocía ese pánico. Esa confusión. Ese dolor.

Otra madre había perdido a un hijo.

Isaiah agarró a Parker de la mano. —Tienes que ayudarnos, Parker. Ha sucedido otra vez. El mismo lugar, o cerca. Detrás de la casa de los Ingram.

—¿Qué ha pasado, Isaiah?

Miranda apenas podía soportar escuchar su respuesta.

—Nuestra niña. Nuestra Tiffany. El teniente Erskine acaba de decirnos... —su voz se quebró. Sus ojos estaban desencajados por el dolor—. Está muerta.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Miranda nunca había visto a un hombre conducir tan rápido. Y aun así no era lo suficientemente veloz para ella.

Cuando el Lamborghini de Parker frenó chirriando junto a la acera frente a la mansión de los Ingram en Mockingbird Hills, ella abrió la puerta de golpe y fue la primera en salir y subir la colina. El Teniente Erskine iba justo delante de ellos, ya casi en la cima. Parker la alcanzó. Estuvieron lado a lado por un momento, pero ella se quedó atrás.

Malditos tacones. Se los quitó de una patada, se subió la falda y lo rebasó, corriendo a toda velocidad sobre la cresta que conducía al patio trasero de los Ingram. Detrás de la piscina, el césped descendía abruptamente, terminando en la conocida línea de árboles. Disminuyó el paso mientras la macabra escena aparecía ante sus ojos.

Contra el cielo negro, la fantasmal silueta de robles meciéndose y altos pinos de Georgia estaba atravesada por destellos de reflectores. Los sabuesos aullaban en la distancia mientras las cigarras chirriaban un lúgubre responso, un coro trágico que acompañaba el murmullo metódico de la policía que deambulaba por el jardín.

Uniformes oscuros se agrupaban alrededor de un punto donde los árboles se encontraban con el césped.

Miranda se abrió paso entre los oficiales. Cuando miró hacia abajo, se le heló la sangre.

Cabello rubio recogido en una coleta. Manos y pies atados con cuerda. El rostro joven y bonito, ahora con una expresión serena e inmóvil en lugar de su habitual desdén. Una cinta blanca alrededor del cuello. Miranda podía percibir el tenue aroma de romero y salvia.

Igual que la última vez.

Parker se acercó por detrás y le puso una mano firme en el hombro.

—No mires.

Era demasiado tarde. Ella tocó su mano y se estremeció. ¿Por qué no podían detener esto?

Con un gruñido, el Teniente Erskine se giró hacia el hombre a cargo.

—Norwood, tenía doble patrulla en esta zona. Quiero los informes de esos oficiales.

—Sí, señor —respondió un hombre delgado de rostro intenso—. Recibimos una llamada de uno de los vecinos. Los Oglethorpe —señaló hacia la casa de los Oglethorpe calle abajo—. Sus dos hijos adolescentes habían salido a buscar a su gato y encontraron el cuerpo.

—Eso ya lo sé —ladró Erskine. Luego se pasó la mano por la frente—. La llamada entró hace aproximadamente media hora, ¿verdad?

—Correcto —Norwood alzó la mano hacia la mansión de los Ingram—. Había varios menores en la casa de los Ingram esta noche. Su hija, Ashley Ingram, de trece años. La hermana de la víctima, Felicia Todd, de dieciséis, y su novio Jason Sullivan, de diecisiete.

¿Jason? Miranda se abrazó a sí misma y clavó los dedos en sus brazos para no gritar de rabia. La estrategia disciplinaria de Wilhelmina no había servido de nada.

—Walsh ya los ha interrogado. Ashley Ingram afirma que ella y la víctima estaban estudiando para los exámenes y tuvieron una discusión por ropa. La chica Todd salió de la casa enfurecida hace unas tres horas, diciendo que regresaría caminando a su casa.

Miranda contuvo la respiración. Hace tres horas. ¿No era justo cuando Van Aarle regresaba del viñedo?

La radio en la cadera del oficial crepitó. La tomó y habló:

—Los Ingram acaban de llegar a casa. Walsh los está interrogando ahora.

Erskine asintió.

Norwood bajó la mirada.

—El cuerpo estaba envuelto en una manta que estaba cubierta de hojas. Embolsamos la cubierta y ya la enviamos a la jefatura. Los sabuesos están siguiendo el rastro. Lo han rastreado hasta allá arriba —esta vez señaló más allá de la casa de los Ingram—. Hasta la propiedad de los Van Aarle. Walsh informó que el señor Van Aarle acaba de llegar a casa desde la fiesta.

—Buen trabajo, Norwood. Vamos a hablar con nuestro hombre.

Erskine y el oficial se dirigieron colina arriba hacia la casa de los Van Aarle justo cuando Miranda vio al Detective Judd llegando por la cresta.

—Van Aarle acaba de llegar a casa —le dijo a Parker tan pronto como estuvo a su lado—. Tan sigue vigilándolo.

—Excelente trabajo —le dijo Parker—. Erskine acaba de ir a interrogarlo.

Judd miró hacia el cuerpo. Los oficiales forenses estaban terminando de recoger evidencia, embolsándola, tomando fotos. Su rostro se tornó aún más sombrío de lo habitual.

—¿Cuándo llegó Van Aarle del viñedo? —preguntó Parker a Judd.

—Hace unas tres horas.

Hace tres horas, pensó Miranda.

—El mismo momento en que Tiffany salió de la casa de los Ingram.

Parker asintió.

—¿Viste a alguien caminando por el vecindario en ese momento?

—A nadie.

—¿Van Aarle salió de la casa? ¿En algún momento?

Judd se cruzó de brazos.

—No, señor. Estuve allí vigilándolo toda la tarde. No salió de la casa.

Parker insistió.

—¿Está seguro?

—Por supuesto que lo estoy. Lo habría visto.

—A menos que se le haya escapado.

Su voz se volvió severa.

—Yo no fallo, señor.

Los oficiales terminaron con el cuerpo y consiguieron una bolsa para llevárselo. Un hombre se acercó por detrás.

—¿Hay algo que pueda hacer? —Era el Dr. Taggart.

—Quédate atrás, Jackson —dijo Parker.

Demasiado tarde.

—Dios mío. Oh, pobre pequeña Tiffany.

Parker agarró a su amigo y lo alejó de la escena del crimen.

—No deberías haber venido.

—Quiero hacer algo. Odio esta sensación de impotencia.

Miranda observó cómo los oficiales cerraban la bolsa y la levantaban sobre una camilla para transportarla a la morgue. Impotencia. El Dr. Taggart había dado en el clavo.

Parker soltó a Taggart y miró a lo lejos hacia el bosque. Miranda siguió su mirada. Él percibía algo. Ella también. Esa extraña y espeluznante sensación que había estado teniendo últimamente. La invadía oscura y vacía, como una casa desierta. Como si un único par de ojos estuvieran enfocados solo en ella. No tenía idea de lo que significaba.

—Consiga una luz —dijo Parker a Judd—. Venga aquí —Miranda lo siguió unos pasos.

—Yo tengo una —dijo un oficial.

Parker señaló hacia abajo.

—Muy bien, Rawlings. Alúmbrela aquí.

El brillante destello iluminó el suelo, que era mitad tierra, mitad césped, salpicado con el inicio de la maleza que conducía a los árboles.

Miranda miró el lugar. Su corazón se aceleró. Grandes hendiduras irregulares marcaban el suelo donde el césped cedía.

—Huellas de zapatos —dijo Parker.

—De hombre —susurró Miranda. Esta vez no estaba lloviendo. Había más evidencia en la escena—. Esta es la prueba que necesitamos.

Parker estudió el suelo.

—Quizás.

Esperaba con toda su alma que fuera suficiente para condenar al bastardo que hizo esto.

Él volvió a levantar la mirada y señaló hacia el bosque. —Hay un arroyo detrás de estos árboles.

—Sí, señor —respondió Rawlings—. Corre detrás de todas estas propiedades. A través de toda la urbanización.

Un segundo oficial comenzó a tomar fotos de las huellas.

—Sigue disparando, Yeoman —dijo Parker. Les hizo señas para que avanzaran mientras Rawlings seguía las marcas con su linterna. Las huellas corrían a lo largo del borde del bosque por varios metros.

Miranda siguió a Parker mientras él y Rawlings se adentraban en el bosque. Varios otros oficiales y el Dr. Taggart venían justo detrás de ellos. Cuanto más avanzaban, más se acercaban las huellas al agua. Finalmente, terminaban en la orilla del arroyo.

Judd se incorporó y se rascó la cabeza. —Debe haber ido por aquí para ocultar su rastro.

—Pero está en dirección opuesta a la casa —señaló Miranda.

Parker se protegió los ojos y miró hacia el agua. Su mirada recorrió un camino imaginario que el asesino podría haber tomado.

Miranda sintió que su cuerpo se tensaba. Él respiró profundo y entró en el agua.

—¿Qué está haciendo, señor Parker? —exclamó el oficial con la cámara.

—Buscando evidencia, Yeoman.

Miranda sabía exactamente lo que estaba haciendo. Pensando en el dolor en el rostro de Wilhelmina Todd, se sumergió en el agua tras él. —Estoy contigo.

Parker se dio la vuelta con un gruñido. —Regresa, Miranda. No quiero que te lastimes.

Ella tenía que ayudar. —Puedo cuidarme sola.

—Haz lo que te digo.

Lo ignoró. ¿Quién se creía que era, su jefe o algo así?

Con un resoplido de fastidio, él se dio vuelta y dio unos pasos más. Ella lo siguió, escudriñando el agua fangosa, buscando cualquier cosa. El agua gorgoteaba y salpicaba bajo sus pasos.

—Cuidado con las mocasines, señor Parker —advirtió Yeoman nerviosamente.

—¿Mocasines? —dijo Miranda.

Lentamente, Rawlings pasó su lámpara por la superficie del agua. Estaba oscura, turbia. —No hay mocasines en estas zonas.

—Claro que sí —insistió Yeoman—. No es momento de demostrar nuestra hombría, señor Parker.

—¿Mocasines? —preguntó Miranda de nuevo—. ¿Por qué les preocupan los zapatos?

Parker se volvió hacia ella pero mantuvo los ojos al frente. —No son zapatos. Son serpientes. Venenosas.

Miranda contuvo la respiración. Era cierto. Estos bosques estaban llenos de ellas.

—Las mocasines no suelen habitar arroyos residenciales, Yeoman —ofreció el Dr. Taggart—. Pero son semiacuáticas. De vez en cuando tratamos alguna mordedura de serpiente en el hospital.

Miranda tragó saliva. —Esas son excelentes noticias —murmuró entre dientes.

El agua salpicó cuando Parker dio otro paso. Ahora casi le llegaba a las rodillas. —La serpiente que estamos siguiendo fue por aquí.

Miranda vadeaba tras él, temblando. Demonios, no le temía a un pequeño reptil. Ya se había enfrentado a suficientes de la variedad humana. Enfrentaría a cien serpientes si eso significaba atrapar a ese asesino. Entrecerró los ojos mirando fijamente el agua. Tenía que haber algo. En alguna parte.

Entonces lo vio. —Mira —exclamó—. Bajo el agua.

Parker se detuvo. —Parece que tenemos algo. —Hizo un gesto con la mano—. Rawlings. Aquí.

Miranda dio un paso más cerca mientras el reflector de Rawlings iluminaba las oscuras ondas brillantes donde señalaba Parker. Un parche blanco sobresalía del agua sombría.

—Ahí está —susurró ella. Justo lo que habían estado buscando. ¿Qué era?

Parker metió una mano en su bolsillo, sacó un pañuelo, lo envolvió alrededor de su mano. Luego se inclinó hacia el agua y agarró el parche.

—¡Cuidado! —gritó Yeoman.

—Parker, ten cuidado —dijo el Dr. Taggart.

Él dio un tirón y sacó un objeto. —Aquí lo tenemos.

La luz de Rawling reveló una masa blanca empapada y goteante.

Parker se rio para sí mismo con suficiencia. —No es una mocasín. Es un zapato de golf Yager.

—La marca de Van Aarle —murmuró Miranda.

Tras una pausa atónita, Yeoman empezó a tomar fotos.

—¡Traigan una bolsa! —gritó Judd a otro oficial en la orilla.

Miranda se acercó más.

Parker la miró con el ceño fruncido. —Te dije que volvieras a la orilla.

Ahora sí la estaba enojando. ¿Acaso no acababa de ayudar a encontrar ese zapato? —Estoy bien —espetó. Pero justo cuando dio un paso hacia él, sintió algo viscoso deslizarse bajo sus dedos. Contuvo la respiración.

—¿Qué pasa? —dijo Parker.

—No sé. Sentí algo... —Abrió la boca. De repente, unos dientes afilados se clavaron en su carne—. ¡Aaahh! —Levantó el pie. Una criatura viscosa y grotesca se había aferrado a su tobillo. Se balanceaba de un lado a otro como un artista de circo en miniatura en un trapecio.

—Dios mío. —Parker le entregó el zapato a Yeoman, agarró la cosa con ambas manos y le abrió las mandíbulas.

Cuando la criatura se desprendió de su tobillo, Rawlings enfocó la luz sobre ella. Medía unos treinta centímetros, con un cuerpo verde y escamoso, una cola larga y dientes como pequeñas dagas.

Los oficiales estaban fascinados. —¿Qué es eso? ¿Una serpiente?

—Es un caimán bebé.

—No puede ser.

—Pero ahí está. Es raro, pero he oído de personas que los ven en sus patios traseros de vez en cuando.

—Ay, cómo duele. —Su tobillo palpitaba horriblemente. Por un instante, Miranda observó a la pequeña y fea criatura retorciéndose en la mano de Parker.

Sus ojos rojos brillaban, fijos en ella. Se estremeció por completo de repulsión y humillación. Nunca había sabido lo aterrorizada que estaba de tales criaturas. De repente, sintió una fuerte punzada de

náusea en la boca del estómago. Las voces a su alrededor se volvieron metálicas. Las luces se hicieron borrosas.

Y entonces se apagaron.

—Miranda. —Parker la sujetó con un brazo antes de que su cuerpo golpeara el agua.

—Déme eso. —Rawlings tomó al bebé caimán de su mano.

Parker la agarró con ambos brazos y la levantó.

—¿Está herida? —preguntó Jackson.

Él giró el pie de ella hacia la luz. Su tobillo estaba ensangrentado y destrozado. —La ha mordido gravemente.

Jackson miró su pie. —Es desagradable, pero parece que son mayormente heridas superficiales. Podemos llevarla al hospital.

Parker pensó un momento. A ella le disgustaría eso. —¿Puedes tratarla aquí? —le preguntó a su amigo.

Jackson se frotó la barbilla. —Tal vez. Tengo mi maletín en el auto. Veré qué puedo hacer. ¿Podemos llevarla a algún lugar cercano?

Parker pensó un momento. —Conozco un lugar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cuando Miranda abrió los ojos, una extraña sensación de aturdimiento la recorrió. Lentamente tomó conciencia de la tenue luz de una elegante lámpara de araña que brillaba sobre ella. ¿Seguía en el baile? Hmm. No había sido una buena Cenicienta, ¿verdad? Aunque había perdido una zapatilla... o algo así.

Parpadeó. Largas cortinas de gasa gris bailaban con la suave brisa que entraba por las altas ventanas arqueadas que alguien había dejado abiertas. El sonido de las cigarras acentuaba su danza. El aroma de algo sureño endulzaba el aire. Magnolias, tal vez. O jazmines.

Exhaló, cerró los ojos. Estaba acostada sobre algo muy grande y muy suave. Hmm. Podría dormir para siempre. Entonces movió el pie y sintió un dolor punzante.

—¡Ay!

—No te muevas.

Levantó la cabeza y vio a Parker cruzando la habitación con un vaso de agua en la mano.

Se incorporó sobre sus codos y descubrió que estaba acostada en la cama más enorme que jamás había visto, encima de un edredón suave, sedoso y completamente blanco. Su pie estaba envuelto en un vendaje.

—Jackson dijo que necesitas quedarte quieta y descansar —Parker le entregó el vaso.

Tenía las luces bajas, pero Miranda podía ver que la habitación empequeñecía la cama. Era mucho más que un simple dormitorio.

Paredes de un suave tono azul de diseñador, pinturas art deco y muebles con acentos color cereza y ciruela. En una esquina había un arreglo de sillones de aspecto costoso, como una pequeña sala de

estar, esperando a que alguna pareja adinerada posara sus traseros para un poco de seducción. En otra esquina, una fuente de bambú de bronce gorgoteaba mientras el agua caía en cascada sobre sus nenúfares esculpidos, mientras una estatua griega desnuda observaba. Parker la había traído aquí para... ¿qué razón?

—Tienes suerte de que el Jefe de Personal de St. Benedictine estuviera en la escena del crimen esta noche, o habrías tenido que ir al hospital —su voz era monótona, agotada por el cansancio.

Ella tragó un sorbo de agua. —No. Nada de hospitales.

—Imaginé que te sentirías así —tomó el vaso, lo colocó en la mesa y cruzó la habitación hacia lo que parecía un armario gigantesco—. Tal vez haya algo aquí que puedas usar.

¿Usar? Se miró a sí misma. El caro vestido que Parker le había comprado estaba arruinado. —Oh, mierda —susurró en voz baja. Pero su vestido era una pequeña tragedia comparada con la que habían presenciado esa noche.

Se recostó nuevamente y miró la enorme lámpara de araña en el techo. Estaba suspendida de un techo abovedado de un blanco puro con molduras esculpidas que le recordaban a un pastel de bodas. Se sentía como si estuviera flotando hacia arriba para lamer el glaseado. El Dr. Taggart debió haberle dado algún medicamento. Se preguntó si Parker había añadido algo a la receta.

Se frotó la cabeza. —¿Dónde estamos?

—En la casa de mi padre.

—¿Tu qué?

—Esta es la casa donde crecí. En realidad es mía ahora. Él quería que la tuviera. La incluyó en su testamento.

¿Testamento? De repente, la suntuosa cama le pareció un poco espeluznante. —Eh, tu padre no murió aquí, ¿verdad?

—No. ¿Por qué dices eso?

—Es que mencionaste un testamento.

—Ah. Todavía no está en vigor. Está bastante vivo. Se internó en un asilo de ancianos hace unos meses debido a un problema cardíaco. Quiere que me mude y me encargue de este lugar, aunque el personal habitual sigue trabajando —su voz se hizo más clara mientras salía del armario con algunas cosas dobladas. Lo miró. Su

esmoquin no estaba en mucho mejor estado que su vestido. Su barba incipiente ya pasaba de las cinco de la tarde.

Levantó el montón y un par de tenis. —Justo lo que necesitamos. Ropa de mujer. Sabía que tendría algunas cosas por aquí —los trajo hasta ella—. Mi padre es todo un mujeriego.

—Eso mencionaste. ¿Y guardaba ropa extra para ellas?

—Exactamente.

La sensualidad de la decoración adquirió una nueva interpretación. Levantó una ceja. —¿De tal palo tal astilla, eh?

Parker se rio. —Ese comentario le haría gracia. Siempre bromeaba sobre mi preferencia por la vida matrimonial.

Hasta que Sylvia se fue. Era difícil creer que eso seguía siendo cierto después de las mujeres que había visto devorándolo con los ojos esta noche.

Colocó la ropa doblada en la cama. —Estas te podrían quedar — su mirada recorrió su cuerpo. Su mirada inquisitiva era tremendamente evocadora.

Cuando llegó a su pie, sacudió la cabeza. —No voy a decir que te dije que no me siguieras al cauce del arroyo.

Ella sonrió con ironía. —Entonces no diré que desearía haberte escuchado —levantó la barbilla—. Pero fui yo quien vio primero el zapato de Van Aarle.

Él asintió. —Así es. Fue un buen trabajo. Sin embargo, también necesitas aprender a seguir órdenes —le dedicó una sensual media sonrisa que produjo una involuntaria oleada de excitación.

Ella lo saludó militarmente. —Sí señor, jefe. Pero vi el zapato primero.

Él negó con la cabeza. Su sonrisa triste y las líneas de fatiga alrededor de sus ojos le indicaban que su mente seguía en la tragedia de esta noche. A pesar de su encanto natural, tenía la mirada de un investigador que había pasado la mitad de la noche persiguiendo a un asesino.

Ella señaló la habitación. —¿Qué hago en la casa donde creciste? ¿En la habitación de tu, eh, padre?

—No quería cargarte muy lejos. Esta casa no está lejos de la mansión Ingram. —Apartó la mirada de ella, se acercó a la ventana,

la cerró, dejando las cortinas abiertas—. Si miras bien, puedes ver sus luces desde aquí.

Desde la cama, ella movió el mentón y miró a través de los árboles. Pequeños puntos brillaban en la distancia. Una vista que daba a una escena del crimen. Encantador.

—Jackson te curó, te dio un antibiótico y un sedante.

Con razón se sentía tan extraña. Y su pie se estaba adormeciendo. Cierto. La había mordido un caimán. —Gracias por recordármelo —murmuró. Sin mencionar lo vergonzoso que fue desmayarse frente a Parker y la mitad de la fuerza policial de Atlanta. Tomó la camiseta que él había puesto en la cama y la sostuvo. Parecía que le quedaría bien—. ¿Qué pasó?

—La policía arrestó a Shelby Van Aarle.

Dejó la camiseta. —¿Y Wendy? —Estaba preocupada por ella.

—Está en casa. La cocinera que normalmente la cuida está allí, por supuesto. Erskine también dejó un guardia en casa de los Van Aarle para ella. Iris viene de regreso desde París.

—Se necesita una acusación de asesinato para que esa mujer regrese a casa.

—Aparentemente.

Pobre Wendy. Había pasado por tanto. Qué padre tenía. Si es que era su padre. Tan pronto como todo esto terminara, Miranda prometió que iría a ver a Wendy y le mostraría esa carta de Los Buscadores. Le sacaría la verdad a la chica. Pero esa conversación tendría que esperar por ahora.

Miranda pensó en el pequeño cuerpo frío y sin vida de Tiffany Todd. —Lo arruinamos, ¿verdad? Si tan solo hubiéramos podido detener a Van Aarle antes de que atacara de nuevo. —Se apoyó sobre un codo—. Oye, ¿por qué no estás en la comisaría interrogándolo?

Sus ojos grises se encontraron con los de ella. Se acercó al borde de la cama, se sentó junto a ella y negó con la cabeza, con amargura en sus movimientos. —Nadie puede. Se ha atrincherado con abogados.

—Bastardo. —Pensó un momento—. Déjame adivinar.

—Correcto. Estavez.

—Supongo que Chatham, Grayson y McFee es un bufete de servicios completos.

Hizo una mueca. —Antonio tendrá a Van Aarle fuera para el lunes por la mañana. Hará difícil que algo se le pueda imputar. Incluso con ese zapato, la evidencia hasta ahora es poco concluyente. Van Aarle jura que no sabe cómo llegó al arroyo. Fue la única declaración que Antonio le permitió hacer. —Se frotó los ojos con las manos—. Acabo de hablar con los Todd por teléfono. Están destrozados, por supuesto.

—Pobre familia. —Pensó en cómo Wilhelmina la había agarrado del brazo con fuerza esta noche. La conmoción, el dolor y el terror en sus ojos. Miranda se compadecía de la pobre mujer. Y de Parker.

Ahora tenía dos grupos de amigos sufriendo por la pérdida de sus hijas pequeñas. Y su hijo adoptivo era quien tenía que defender a Van Aarle. —Supongo que ser el mejor detective de la ciudad no siempre es tan fantástico como parece, ¿eh?

Él soltó una risa sin humor. —No, no lo es. —Miró a lo lejos—. El detective Judd jura que Van Aarle no salió de la casa hasta que fue al baile.

—Quizás salió por la puerta trasera. No se puede ver sobre esa colina desde la calle.

—Judd es mi mejor hombre. Nunca falla.

Ella no supo qué decir. Se encogió de hombros. —Siempre hay una primera vez.

Parker se quedó en silencio.

¿Tendrían al hombre equivocado? —¿No creerás que Van Aarle es inocente, verdad?

—Al principio no lo creía, pero como dije, la evidencia es poco concluyente. Normalmente, la fachada comienza a desmoronarse en este punto.

—La policía aún no ha procesado todo —ofreció ella. Su mente regresó al baile. Se incorporó—. Acabo de recordar algo.

—¿Qué?

—En el baile. Justo antes de que Erskine le dijera a los Todd sobre Tiffany. ¿Recuerdas que estaba deambulando buscando a Van Aarle?

Él asintió.

—Lo encontré. Lo escuché, en realidad. En la Sala de Degustación.

—¿Oh?

Ella se acercó a él, arrodillándose a su lado en el edredón. —Estaba solo allí con Giselle Ingram.

Él alzó una ceja. —¿Qué hacía con ella?

Se golpeó los dedos contra los labios. Parker y su esposa habían sido amigos de los Ingram. No le iba a gustar escuchar esto. —Por lo que se oía, están teniendo una aventura.

Él se tensó. —Debes estar equivocada.

Ella gruñó frustrada. —Judd estaba allí. También los escuchó. Giselle debía reunirse con Van Aarle en el resort de golf esta mañana. No apareció.

Su mirada se volvió más intensa.

—Parecía que lleva bastante tiempo. Van Aarle cree que Iris se acuesta con Isaiah Todd. Le dijo a Giselle que la amaba.

Observó cómo sus ojos brillaban de asombro. Luego las ruedas en su cabeza comenzaron a girar mientras asimilaba las implicaciones. Giselle Ingram podría darle una coartada a Van Aarle. Sin mencionar que no tenía mucho sentido tener una aventura con tu vecina mientras asesinas a chicas jóvenes. Aunque podría ser una venganza contra Todd al matar a su hija. Y si fuera tan inestable, podría haber matado a Madison Taggart por Wendy. Quizás la niña le había mencionado a su padre cómo Madison la atormentaba.

Parker se puso de pie y se enderezó. —Ambos estamos demasiado cansados para pensar con claridad esta noche.

Está bien, lo dejaría por ahora. Era mucho para procesar. —Tienes razón —. Piensa positivo, se dijo a sí misma. La policía atrapó a su hombre. Obtendrían suficientes pruebas de la escena del crimen para encerrar a Van Aarle. Van Aarle tenía que darse cuenta de eso tarde o temprano. Incluso podría estar confesando la verdad a Estavez en este momento.

—Lo pensaremos mejor mañana.

—Claro —. Espera un momento. —¿Pensaremos? —No quería admitir que sintió un escalofrío de excitación recorrer su espalda, a

pesar de los sombríos acontecimientos de esta noche—. ¿Y dónde vas a estar tú?

Él se frotó la sexy barba incipiente en su barbilla. —Esta casa tiene diez dormitorios, si mal no recuerdo. Debería poder encontrar algún lugar para dormir.

No se fue. Se quedó allí mirándola, sus ojos grises absorbiéndola, su respiración constante, un mechón rebelde de cabello cayendo sobre su frente. Debió ser el medicamento que el Dr. Taggart le había dado. Casi involuntariamente, ella levantó la mano y desabrochó el botón de su camisa. Antes de que pudiera llegar al siguiente, él le agarró las muñecas.

—No me tientes, Miranda.

Ella miró fijamente esos profundos ojos grises que tanto sabían. —¿Por qué no? —murmuró—. Me has estado tentando desde la primera noche que te vi.

—Te lastimaste el pie. Estás drogada.

En realidad ya no le dolía mucho, pero su expresión intensa le dijo lo que realmente quería decir. *No firmes un cheque con tu cuerpo que tu corazón no pueda pagar. No empieces si no quieres más que una aventura de una noche.*

¿Qué quería ella? Sentimientos extravagantes se agitaban en su interior. Sentimientos tiernos y sensibles que no quería admitir, que no podía ordenar. No quería pensar en ellos. Ni en el mañana. Todo lo que sabía era que quería a Wade Russell Parker Tercero esta noche.

Lo quería ahora.

—No me importa —susurró.

Él no necesitó más invitación. Separó sus manos y se inclinó hacia ella. Su boca chocó con la suya con una fuerza agresiva que la empujó hacia atrás. Ella hundió sus manos en su cabello y lo atrajo hacia la cama.

Él se detuvo con ambas manos, luego sin abandonar sus labios, comenzó a explorarla con ellas. Ella bebió sus embriagadores besos como un borracho apurando su última botella, un náufrago sediento en el desierto tragando de un charco de agua que acababa de encontrar. La pura habilidad de su persistente lengua le disparó

relámpagos y truenos a través de su cuerpo mientras torturaba el interior de su boca con ella.

Se puso húmeda, necesitada, salvaje de codicia. Lo empujó hacia atrás con su boca, hasta que ambos estaban arrodillados erguidos sobre la cama.

Sus manos acariciaron sus costados mientras ella luchaba bajo el dominio de su boca para volver a poner sus propias manos en su camisa. Antes de que pudiera desabrochar otro botón, él la sorprendió girándola sobre él y agarrando la cremallera en la espalda de su vestido sucio y arruinado. Oh, sí. Se suponía que debía cambiarse de ropa.

Escuchó bajar la cremallera y luchó para ponerse de rodillas nuevamente. Intentó salir del material, pero se le atascó en la cintura. Él volvió a ponerse de rodillas mientras ella buscaba su camisa. Estaba loca por tocar ese maravilloso pecho suyo.

Las manos de él se encontraron con las suyas en su cuello. Forcejearon juntos un momento. Finalmente, él se sentó y abrió la camisa de un tirón. Los botones volaron por todas partes. Ella levantó los brazos y dejó que él le quitara el horrible vestido.

Él pasó sus manos por su espeso cabello rizado y saqueó su boca. Ella sintió una mano moverse hacia su espalda, luchar un momento. Su sostén se soltó. Él la presionó contra sí mismo. La sensación de su pecho contra el suyo la emocionó. Oh, lo deseaba.

La acostó nuevamente. Ahora su toque se volvió más suave, más lento. Sus dedos se deslizaron sobre su piel como una brisa suave. Se estremeció con deliciosos escalofríos.

Parker sonrió ante su rostro intenso, la salvaje masa de rizos oscuros y largos esparcidos por la cama, tan libre e indómita como su dueña. Dejó que sus dedos recorrieran su piel mientras exploraba toda su longitud, absorbiendo la sensación de su cuerpo firme y flexible bajo sus manos. Sus músculos eran femeninos, a pesar de su condición física, a pesar de sus esfuerzos por enmascarar su feminidad.

Pasó sus dedos por la suave carne de su interior. Se detuvo allí un momento, provocándola, luego se deslizó dentro de ella. La trabajó lentamente, con facilidad, luego más rápido, aumentando

gradualmente los movimientos hasta que ella agarró las sábanas y comenzó a gemir.

Al diablo con el autocontrol. Al diablo con esperar y contenerse. Ya estaba harto de eso. Esta noche se saciaría de ella. Tomaría lo que pudiera conseguir y aprovecharía la oportunidad para darle un placer que nunca había conocido. Una experiencia que sería difícil de ignorar después. La haría necesitarlo. Como él la necesitaba a ella.

—Me estás volviendo loca —susurró ella.

—Justo lo que pretendo.

Sus manos eran implacables. Ella se sintió elevarse hacia el borde. La idea de ser conquistada por él, de que doblegara su voluntad con la punta de sus dedos, debería haberla enfurecido. En cambio, estaba hipnotizada por la emoción erótica. Qué maestro de la seducción era.

Dejó escapar un gruñido largo y profundo. La sensación cesó.

—¿Quieres que me detenga?

Con la respiración entrecortada, miró fijamente sus ojos que brillaban en la tenue luz, con la ira destellando como un relámpago dentro de ella. ¿Era algún tipo de truco? Si no quisiera que la tocara, una rápida patada en el estómago lo haría parar. No, él quería subrayar el hecho de que esta era su elección.

Parpadeó hacia él, contempló ese rostro delicioso, tan lleno de emoción. Una señal de advertencia resonó en su cabeza. ¿Qué eran estos sentimientos que crecían entre ellos? Hasta ahora, ella había tenido el control. Hasta ahora, se había negado a permitirse involucrarse emocionalmente con Parker. Todo lo que eso podría significar sería dolor para ambos. Dolor y pérdida de identidad. Lo que estaban haciendo podría ser un peligroso error.

Y sin embargo, en ese momento, no podía hacer que le importara. Estaba a merced de su contacto. —¿Tienes un condón? —murmuró.

Él sonrió. —Tomaré eso como un no.

Buscó a tientas en un cajón de la mesa de noche por un momento, recuperó el objetivo. Tan pronto como se lo colocó, ella extendió la mano hacia la de él, la llevó a su pecho. —Me alegra que eso esté resuelto —suspiró mientras él la atacaba de nuevo.

Lentamente, sus enloquecedores dedos acariciaron sus pechos, descendieron por su estómago, sobre sus muslos, entre sus piernas. Se demoró allí un tiempo insoportablemente largo, trabajando con esa magia suya. Ella estaba definitivamente bajo su hechizo. Casi estaba lista para suplicar. Pareció una eternidad antes de que, por fin, él se hundiera en ella. Comenzó tan lentamente que ella quiso morderle el hombro.

Y lo hizo.

—Qué animal eres —Pero sus movimientos se convirtieron en embestidas rápidas y agresivas.

Ella se rio. —Funcionó, ¿no?

Su cabeza colgaba ahora por el lado de la cama, su cabello rozando la espesa alfombra. La fuente de bambú burbujeante estaba al revés, su flujo líquido invertido. Él estaba poniendo todo su mundo de cabeza. Sus embestidas se volvieron más duras, más fuertes. Ella se aferró al colchón, a la cabecera. Sus caderas bailaban como si juntos fueran a sacudir toda la tierra.

Justo cuando alcanzó su clímax, jadeó en voz alta, preguntándose si alguna vez recuperaría el aliento. ¿Esto era sexo *real*? ¿Qué había estado perdiéndose toda su vida? Había pasado por los movimientos, sentido la tensión, la mundana explosión de liberación ocasional, pero nunca había imaginado tal... éxtasis. Se preguntó si se podía morir haciendo el amor.

Con un grito que era mitad agonía, mitad placer, Parker se vació.

Caliente, furioso, como si hubiera tocado su alma misma con su propia fuerza vital. Nunca en toda su existencia había sentido tal poder, conocido tal dicha.

Él se retiró, se acostó a su lado. Al unísono, jadearon en busca de aire, un dueto de lujuria saciada. Ella miró hacia la cúpula esmerilada y la araña de cristal sobre su cabeza y pensó en las mujeres de la fiesta que la habían mirado con tanto desdén esta noche. Sonrió. Las había superado a todas. Por ahora, al menos.

Entonces la realidad se impuso.

—Debería irme —susurró cuando finalmente pudo hablar.

Hubo silencio por un momento. —No tienes auto.

Cierto. Dependía de él para que la llevara. El arrepentimiento ya comenzaba.

Él se dio vuelta, con mirada severa. —Te llevaré a casa —Desde donde estaba acostado, alcanzó su camisa que estaba tirada en el suelo junto con sus botones.

Parker observó cómo la irritación coloreaba sus mejillas. Ella realmente no quería irse. Era solo cuestión de esperar a que se diera cuenta.

Se quedó allí, mirando su pecho. No hizo ningún movimiento para levantarse. Existía la posibilidad de que no pudiera ponerse de pie. Sus piernas probablemente no la sostendrían en este momento. Las suyas propias se sentían bastante inestables.

Dejó caer la camisa y se apoyó en un codo. Su mano la buscó. Lentamente, rodeó su pezón con la punta del dedo.

Ella arqueó la espalda y gimió suavemente. La excitación estalló dentro de ella nuevamente. ¿Había más? ¿No había terminado, verdad?

—¿Traigo mi auto? —Su dedo no se detuvo.

—Sí —respiró, preguntándose cómo podía formar la palabra—. Te esperaré justo aquí.

Se derritió cuando su boca tomó sus labios una vez más.

Todavía era temprano. No podía irse justo en medio de este arte. Se debía a sí misma quedarse un rato y descubrir qué más tenía en su arsenal mágico.

Sus brazos rodearon su cuello. Su corazón saltó cuando él la hizo rodar y una vez más, comenzó a trabajar su hechizo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

En sus sueños escuchaba un tintineo. La suave melodía de una música alegre. Infancia. Un momento de dicha cuando su padre le regaló una caja musical y la abrazó. Otra vida, otro lugar.

Abrió los ojos. Estaba en la enorme cama, cubierta por una sábana de satén. Intentó moverse. No fue fácil. Su cuerpo estaba entumecido después de un encuentro amoroso tan intenso. ¿Fueron cinco veces? Había perdido la cuenta.

Miró hacia arriba, parpadeó. Parker se dirigía hacia ella, aún desnudo. Llevaba algo en la mano.

Ella se incorporó. —¿Qué es?

—Tu celular. Lo cargué antes. —Se lo entregó. Estaba sonando.

—Nadie me llama. —Adormilada, tomó el teléfono y miró la hora. ¿Las dos de la mañana? Presionó el botón—. ¿Hola?

Sollozos. Fuertes sollozos. —Oh, Miranda...

Se quedó helada. Era Coco. —¿Qué pasa?

—Estoy... necesito... ayuda. ¡Por favor, Dexter, no! ¡No! —Mientras su grito perforaba el oído de Miranda, la llamada se cortó.

Se puso de pie de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Parker.

—Es Coco. Nos necesita.

###

Miranda nunca había visto a un hombre vestirse tan rápido. De algún lado, encontró un nuevo conjunto de ropa, mientras ella saltaba de la cama y recogía frenéticamente las cosas del armario de su padre, que habían esparcido por todo el piso. Se puso la camiseta de un tirón, se subió los jeans de un jalón y se metió los pies en las zapatillas. El tobillo comenzaba a dolerle de nuevo, pero lo ignoró.

Agradeciendo a Dios que todo le quedara bien, siguió a Parker por el pasillo y bajó corriendo la enorme escalera de caoba, apenas observando la amplitud de la mansión.

Saltaron al Lamborghini y arrancaron.

En pocos minutos, el auto deportivo volaba por la I-285 hacia Doraville, con el GPS marcando el camino, pero cuando chirriaron en la rampa de salida, llegando a la calle de Hinsley en lo que parecía un tiempo récord de NASCAR, se preguntó si llegarían a tiempo.

Iluminada por lámparas de jardín montadas cerca del garaje, la casa de los Hinsley en Hickory Lane era una acogedora construcción de dos pisos en una urbanización tranquila y arbolada donde todas las casas se veían más o menos iguales.

Parker frenó bruscamente en la entrada. Salieron y subieron apresuradamente por el camino hasta el porche. Había sombras en la ventana. Miranda escuchó a un hombre gritando. Una mujer llorando. Coco.

Subió los escalones hasta la puerta principal. Parker llegó al mismo tiempo que ella. Golpearon la puerta al unísono.

—Abran —gritó él.

Los gritos en el interior cesaron.

Después de un minuto, la voz de Dexter llegó a través de la puerta cerrada. —¿Quién es? —No sonaba amistoso.

—El plomero —gritó Miranda—. Abre la puerta ahora.

—¿Qué quieren?

—Señor, recibimos una queja sobre un alboroto —dijo Parker con la severidad de un policía—. Estamos aquí para investigar.

Lentamente, el pestillo giró y la puerta se entreabrió. Un cabello rojo rizado y desaliñado apareció en la abertura.

—No hay nada que investigar. —Dexter Hinsley los miró con sospecha. Miranda vio que tenía la camisa medio abierta—. No son policías. ¿Quiénes son ustedes?

—Amigos de tu esposa. —Parker empujó la puerta para abrirla, obligando a Hinsley a retroceder. El asombro se reflejó en su rostro.

Una voz débil llegó desde una puerta que conducía a la sala de estar. —¿Quién es, Dexter?

Miranda entró. En el suelo, en medio de la alfombra beige, estaba sentada Coco. Su bonito vestido rosa fucsia estaba rasgado por el frente. Cuando vio a Miranda, sus ojos se agrandaron. Trató de cubrir los jirones de su vestido. Finalmente, solo se cubrió la cara con las manos. Pero Miranda había visto cómo su maquillaje estaba corrido. Había estado llorando desconsoladamente.

Se dio la vuelta, gruñéndole a Dexter. —¿Qué le hiciste, maldito cabrón?

—No es asunto tuyo. Fuera de aquí. Esto es allanamiento.

Ella se abalanzó sobre él, con las manos listas para sacarle los ojos.

Parker la agarró de los brazos antes de que llegara hasta él. —Déjame encargarme de él.

—Pero...

—Sé cómo no dejar evidencia. Ve a cuidar a Coco.

Parpadeando, se preguntó qué quería decir. Entonces vio cómo el rostro de Hinsley palidecía, mientras Parker lo agarraba por el cuello. —¿Dónde está la puerta trasera?

Débilmente, Hinsley señaló por encima de su hombro. —¿Qué vas a hacer? —chilló.

—Ya verás. —Los ojos de Parker se entrecerraron mientras su voz adquiría un profundo tono sureño que ella no había escuchado antes —. Creo que es hora de que recibas una paliza, muchacho. —Lo arrastró medio a rastras por el pasillo.

Con el corazón aún latiendo de rabia, Miranda volvió a la sala de estar. Coco no se había movido. Se agachó a su lado.

—Estoy tan avergonzada —gimió Coco, con la cara aún entre las manos.

—No has hecho nada para avergonzarte. Déjame verte.

Miranda la convenció para que bajara las manos. Tenía un corte en la frente.

—¡Santo Dios! ¿Qué te hizo?

Ella bajó la mirada hacia la alfombra, incapaz de responder.

Ni se te ocurra decir que fue tu culpa. —¿Tienes un botiquín de primeros auxilios?

Hizo un gesto con la mano señalando el pasillo.

Miranda se levantó, encontró el baño y una pequeña caja blanca en un gabinete sobre el lavabo. Regresó a la sala y se sentó en el suelo junto a Coco. Abrió la caja, encontró algo de algodón y vertió peróxido sobre él.

—Quédate quieta —presionó el algodón contra la frente de Coco.

—¡Ay! —se estremeció.

—Sé que duele. Seré rápida.

Debió ser el ardor lo que la hizo hablar. Comenzó a parlotear. —Después de la fiesta, fui a mi presentación en El Club Gecko. Dexter dijo que tenía que quedarse en Birmingham esta noche. Pero cuando llegué a casa, estaba sentado aquí en la sala. Justo en esa silla —señaló hacia un rincón.

La profesora de pelo negro en Birmingham debió haber cancelado la clase.

—Me exigió saber dónde estaba. Cuando se lo dije, se puso furioso. Nunca lo había visto tan enojado.

Pero ya lo había visto enojado antes.

—Me dijo que nunca más podría tocar en público. Se llevó mi teclado y dijo que lo va a vender. Me amenazó con romperme los dedos si intentaba tocar de nuevo.

—Dios —Miranda miró hacia el pasillo, esperando que Parker le estuviera metiendo los testículos a Hinsley por la garganta.

Coco comenzó a sollozar. —No entiendo qué nos ha pasado. Mi mamá siempre me dijo que sonriera y fuera amable, que aprendiera a hacer un buen pollo frito y té dulce, y tendría un matrimonio feliz. ¿Qué hice mal?

¿Por qué siempre nos culpamos a nosotras mismas? Miranda se había culpado durante años. —Nada —dijo con firmeza.

—Solo quería tocar el piano. ¿Por qué pensé que podría ocultárselo? Soy tan estúpida.

—No eres estúpida. Solo tienes miedo. Por una buena razón. Quédate quieta —limpió el corte hasta que dejó de sangrar—. ¿Te golpeó con algo? Lo necesitaremos como evidencia —habría pensado en eso incluso si Judd no hubiera pasado toda la semana metiéndole en la cabeza la importancia de preservar la evidencia.

—Solo con su puño. ¿Evidencia?

—Vas a presentar cargos, ¿verdad?

Coco la miró con sus redondos e indefensos ojos azules.

La ira burbujeo dentro de ella. —Necesitas aprender a defenderte.

—¿Qué?

—Es principalmente una cuestión de actitud. Nunca supliques ni ruegues. Exige. Dile que te deje en paz. Si no lo hace, ataca.

—¿Atacar?

—Usa cualquier cosa que puedas agarrar —levantó el botiquín de primeros auxilios—. Unas tijeras, un celular, un control remoto. Clávalo en un ojo o en la nuez de Adán o... —dejó de hablar.

La boca de Coco quedó abierta por la sorpresa. No estaba asimilando nada. Este no era momento para un curso intensivo de autodefensa.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. —Oh, Miranda, ¿qué voy a hacer? —de repente, echó los brazos alrededor de su cuello, se aferró a ella como si le fuera la vida en ello y sollozó.

Miranda se resistió por un segundo, luego dejó que sus brazos rodearan a la pobre mujer que lloraba. Le acarició la espalda, esperando darle un poco de consuelo. Sabía lo que sentía. Sabía lo que era sentirse indefensa y sola.

Los gritos ahogados de Dexter llegaron desde afuera. —Déjame en paz. No tienes derecho a... ¡aah! Basta, te digo.

—¿Qué está pasando? —Coco se apartó, se levantó y corrió hacia la puerta trasera.

—No salgas —dijo Miranda, pero ya estaba en el patio.

Miranda corrió hasta el lugar donde Parker estaba de pie sobre Dexter, quien estaba en el suelo gimiendo. Nunca había visto una expresión de dolor así en la cara de un hombre. —Detente. Déjame en paz —había súplica en su voz. Ya era hora de que probara su propia medicina.

—Llamaré a la policía —amenazó, protegiendo su entrepierna, tratando de alejarse arrastrándose de espaldas.

—Demasiado tarde —dijo Parker—. Acabo de llamarlos —se metió el celular en el bolsillo—. Tengo un testigo que te vio

merodeando cerca de la Academia Dogwood a la hora del asesinato de Taggart. La policía querrá hablar contigo sobre eso.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Esa niña rica que mataron en Buckhead? Yo no tuve nada que ver con eso.

—Era estudiante de la escuela. Veremos qué piensan las autoridades. Hubo otro asesinato esta noche. Otra estudiante de la Academia Dogwood. Tal vez también puedas explicarles sobre eso.

—¿Hubo otro asesinato? No sé nada al respecto —parecía que estaba a punto de orinarse en los pantalones.

Miranda miró a Parker, su corazón lleno de admiración. Sabía lo que estaba tramando. Una acusación de abuso doméstico tal vez ni siquiera pondría a Dexter en la cárcel por la noche, especialmente si Coco no quería presentar cargos. La sospecha de asesinato, por otro lado, lo mantendría encerrado hasta que Coco pudiera aclarar sus ideas y escapar.

Él se volvió hacia ella y murmuró suavemente. —Esta es una de las razones por las que dejé el trabajo policial. Demasiadas reglas y procedimientos restrictivos.

Ella le dio un codazo. —Caramba, Parker. Y todo este tiempo pensé que eras un cobarde.

Él le dedicó una media sonrisa arrogante.

CAPÍTULO TREINTA

La policía llegó y tomó declaraciones. Cuando terminaron, se llevaron a Dexter en una patrulla mientras Parker intentaba convencer a Coco de que necesitaba un lugar donde quedarse por la noche. No fue fácil. Estaba alterada, desorientada, y presentó una serie de excusas para no abandonar su casa.

Finalmente, Miranda preparó una maleta para la obstinada chica y le dijo que subiera al auto con ellos.

—Podemos llevarla a mi casa —susurró Miranda a Parker mientras salían de la entrada.

Parker negó con la cabeza. —Demasiado pequeña para los tres.

—¿Tres?

—No voy a dejarte sola esta noche.

Estaba demasiado agotada para discutir, así que regresaron a la casa del padre de Parker en Mockingbird Hills.

Les tomó otra hora acomodar a Coco en una de las habitaciones de la mansión. Cuando por fin se quedó dormida, Miranda regresó a la habitación principal. Parker la estaba esperando en una de las sillas del rincón. Con las luces encendidas, la habitación parecía aún más grande que antes.

Ella señaló el tramo de alfombra entre la cama y un armario ornamentadamente tallado. —Podrías instalar una pequeña piscina allí.

—Creo que mi padre lo tenía planeado —miró alrededor con un suspiro—. Esta casa era una antigua mansión sureña que restauró para mi madre cuando recién se casaron. Su pasatiempo era equiparla con los últimos avances tecnológicos. El baño principal tiene pisos con calefacción, un sauna de última generación, una ducha de vapor con configuraciones programadas de presión y

temperatura —parecía que podría haber continuado, pero se detuvo —. Mi padre tiene gustos elaborados.

—Ya lo veo —no estaba realmente escuchando. Su mente estaba en Coco.

Inquieta, comenzó a caminar de un lado a otro. No podía quitarse esa sensación nerviosa. Como si algo maligno se estuviera acercando a ella. Pensó en cómo se veía Coco esa noche con su vestido rasgado. Su miedo, su humillación.

Caminaba de un lado a otro, murmurando para sí misma. —¿Cómo pudo ese bastardo hacerle eso? ¿Por qué no se defendió?

Parker interrumpió su parloteo. —¿Cómo está tu pie?

Se detuvo y lo miró. Ah, sí. La mordida del caimán. —No siento nada ahora mismo.

—Probablemente está adormecido. Debería cambiar el vendaje — se puso de pie.

—Estará bien —siguió caminando—. Si tan solo pudiera tener un momento a solas con él. —Parker le había robado esa oportunidad. Le había dado una lección, pero los de la clase de Hinsley nunca realmente aprenden—. Le destrozaría la cara. Lo haría arrepentirse de haber...

Parker la agarró por los brazos. —Cálmate, Miranda. Ya terminó por esta noche. Déjame revisar tu tobillo.

Se sentó en la cama. Él se arrodilló en el suelo y levantó suavemente su pie. —¿Te duele?

—Ajá.

Levantó el vendaje, tomó un botiquín de un cajón y comenzó a cambiarlo. —Me siento como un interno de medicina esta noche. Tal vez deberíamos convertir la casa de mi padre con todos sus artilugios en un hospital.

Ignorándolo, se frotó los brazos, sintiendo repentinamente un escalofrío. —Ella volverá con él. Siempre vuelves.

Él terminó con el vendaje y se quedó mirándola. —¿Lo de esta noche te trajo malos recuerdos? —preguntó suavemente.

Ella se congeló y lo miró. —¿Qué quieres decir?

Su rostro estaba intenso. Esa mirada directa que tenía cuando hacía una pregunta a la que ya sabía la respuesta. —¿Por qué nunca

mencionaste que estuviste casada antes?

Se puso de pie. —Si quisiera ser interrogada, podría ir a la estación de policía —se alejó, deteniéndose antes de llegar a la mitad de la habitación.

Él se acercó por detrás, intentó rodearla con sus brazos. —Miranda.

Ella rechazó su abrazo. —¿Has estado husmeando en mi pasado otra vez, detective?

Él dejó de intentar tocarla. —Un poco. ¿Por qué no me cuentas sobre eso?

Ella se dio la vuelta. —¿Por qué debería?

—Tal vez pueda ayudar.

Siempre quería ayudar. —Nadie puede ayudar. Además, fue hace mucho tiempo.

Con una mirada determinada, tomó su barbilla en su mano. —Entonces no debería doler hablar de ello. Pero evidentemente, todavía duele.

Odiaba cuando él la veía por dentro. Despreciaba cuando la gente intentaba hacerla enfrentar su pasado, sus sentimientos. Los psiquiatras hacían eso. Nunca servía de nada.

Se zafó de él, fue hacia el sillón color rosa con otomana en el rincón y se dejó caer. Miró por la ventana y pensó en la escena del crimen de esa noche. Ningún consuelo allí.

Se volvió. —¿Así que quieres que "comience a sanar" abriéndote mi alma? —hizo comillas en el aire con sus manos.

—No a menos que quieras.

Qué farsa. Él la iba a acosar persistentemente, a su manera tranquila, hasta que le contara todo.

Parker se movió hacia la pared, presionó un botón y apareció un bar. Seleccionó una botella, la abrió y sirvió dos copas. Cruzando la habitación, le entregó una. —Esto te ayudará a relajarte.

—Y a soltar la lengua —oh, era bueno. De todos modos tomó la copa y dio un sorbo. Brandy caro. No ayudó ni un poco. Lo miró fijamente. Él simplemente se quedó allí mirándola, esperando. ¿Por qué no contarle todo? A ver qué pensaría de ella entonces.

—Está bien. Sí, estuve casada una vez. Hasta hace unos trece años. Con un policía. Un verdadero pilar de la sociedad.

Él tomó asiento en la silla opuesta. —Leon Groth difícilmente era un pilar de la sociedad. No era un buen policía.

Se le cortó la respiración. ¿Cuánto había descubierto? Dejó la costosa bebida sobre la elegante mesa con un golpe. —Si sabes tanto, ¿por qué no cuentas tú la historia?

Su rostro era una roca.

Se levantó, caminó hacia el centro de la habitación, sintiéndose como un tigre atrapado en una jaula. Aunque fuera una jaula grande y lujosa. Miró la enorme cama donde habían hecho el amor unas horas antes. Sábanas de satén negro enredadas con el edredón blanco sedoso.

Su mente estaba confusa, se retorció el cabello entre las manos. —No, Leon no era un buen policía. Tampoco fue un buen esposo. Era muy parecido a Dexter, aunque no creo que me haya engañado. Era demasiado moralista para eso. Creía que las mujeres eran inferiores a los hombres. Física, mental y moralmente. Su parte favorita de ser policía era arrestar prostitutas. Decía que eran malvadas, una plaga para la sociedad.

Parker esperó en silencio, pacientemente.

Ella volvió a la silla y tomó un trago de brandy. Aún no ayudaba. —Te acostumbras después de un tiempo. A las humillaciones, los gritos, los arrebatos de ira —tomó otro sorbo y se sentó en el otomán—. Aprendes a esconderte, a estar callada. Aprendes a tragarte todo cuando te dicen lo estúpida que eres, lo fea que eres. Que nadie te querría jamás, así que mejor no...

Se aferró al brazo de la silla, apretándolo con fuerza. Él le tocó la mano. Esta vez ella le permitió quedarse ahí.

—Era demasiado débil para dejarlo. Demasiado necesitada, demasiado dependiente. Odiaba ser así. Nunca volveré a ser así —miró a Parker.

Su rostro estaba duro como el hierro. Era la misma mirada que tenía esta noche cuando sacó a Hinsley afuera. Permaneció en silencio. Sabía que había más.

—¿Quieres saberlo todo? —Apuró su vaso y comenzó.

—Fue una noche de febrero. Leon había llegado a casa alrededor de las diez y no le gustó que la cena estuviera recalentada. Estaba en uno de esos estados de ánimo suyos. Tenía miedo, pero no sabía qué hacer al respecto. Fue al refrigerador y empezó a gritar sobre el helado. Quería Rocky Road. Yo había comprado vainilla. Me agarró por los brazos, me metió las llaves del coche en las manos y me dijo que más me valía ir a la tienda y conseguirle lo que quería o si no...

Se pasó una mano por el cabello. —Así que lo hice. Me alegré de salir de la casa, de alejarme de él. Hacía frío. Había hielo y nieve en el suelo —recordó los detalles que había intentado borrar de su mente durante tanto tiempo—. La tienda habitual estaba cerrada, así que di vueltas un rato buscando un lugar que estuviera abierto y tuviera Rocky Road. Terminé en una mala zona de la ciudad.

Esbozó una sonrisa amarga. —¿Quién demonios come helado a mediados de febrero? Leon lo hacía. Yo lo sabía. Estaba enojada conmigo misma por haber comprado el sabor equivocado. Supongo que estaba pensando en eso cuando salí del coche.

Hizo una pausa y miró su vaso. —¿Tienes más de esa cosa?

Sin decir palabra, él se levantó y trajo la botella. Le llenó el vaso. Ella tomó otro trago, con la mirada perdida en el espacio.

—¿Qué pasó cuando... saliste del coche? —preguntó Parker suavemente.

Miranda respiró entrecortadamente. —Alguien me agarró por detrás. Nunca vi quién era. Llevaba un pasamontañas negro. Me arrastró detrás del edificio. Intenté luchar, pero no sabía cómo. Lo único que pude hacer fue suplicar y rogar, como una débil, quejumbrosa, indefensa... —Tomó aire, dejó la bebida—. No lo detuvo —se cubrió la cara con las manos—. No pude detenerlo.

Parker se acercó a ella. —Es suficiente —dijo—. No tienes que decir nada más.

Pero había más. —Unas semanas después, descubrí que estaba embarazada. Las cosas empeoraron. Leon no podía tener hijos. Había quedado estéril por un episodio de sarampión. Dijo que no soportaba la idea de que yo llevara una criatura que era mitad su esposa y mitad un monstruo. Odiaba la forma en que Amy había sido concebida, odiaba que un violador pudiera hacer lo que él no

podía. Decía que lo que crecía en mi vientre era maligno, producido por un acto malvado que yo misma había provocado. Quería que me deshiciera de ello.

—Pero no lo hiciste.

Ella negó con la cabeza. —No sé de dónde saqué el valor, pero me negué. No podía deshacerme de una niña inocente. Lo que me pasó a mí no era culpa suya. Luego Leon quiso que la diera en adopción antes de que naciera. Tampoco pude hacer eso. A pesar de todo, yo... amaba a esa niña. Pero Leon no quería escuchar. Decía que yo estaba sucia, arruinada, demasiado asquerosa para estar ante sus ojos. Lo único que podría purificarme... era la muerte —su voz tembló. Sintió una lágrima resbalar por su mejilla. Maldición—. Supongo que debería estar agradecida de que no me matara.

Parker le apretó la mano. —¿Qué hizo?

—Nada. Después de un tiempo, dejó de acosarme. Pasaron los meses. Entré en trabajo de parto. Me llevó al hospital y tuve a Amy. Después de un par de días, la llevamos a casa. Pensé que se había acostumbrado a la idea. Que había decidido intentar ser un padre para la bebé. Que podríamos ser una familia. Tal vez lo hubiera sido. Pero creo que cuando vio que era una niña, cambió de opinión. Debe haber sido entonces cuando comenzó a formular su plan.

Parker se tensó. —¿Qué plan?

Miranda tomó aire otra vez. Soltó la mano de Parker, buscó otro trago. Sus manos temblaban. Tomó un sorbo y dejó el vaso. Juntó las manos. —Leon nunca miraba a Amy ni la cargaba ni siquiera la tocaba. Era como si solo la dejara quedarse allí en su casa por un tiempo. Exigía que sus camisas estuvieran planchadas, sus comidas cocinadas, todo, como siempre. Como si Amy no estuviera allí. Estaba agotada la mayor parte del tiempo, tratando de cuidar de ambos, o tal vez habría visto lo que planeaba.

—¿Ver qué?

Ella se aferró al brazo de la silla. —Lo que pretendía hacer. Fue tres semanas después de que la trajéramos a casa. Me desperté una mañana y... —cerró los ojos con fuerza y apretó la mano de Parker mientras la visión de esa cuna vacía se materializaba en su mente—. Amy había desaparecido.

—¿Desaparecido? —la voz de Parker se tensó con ternura e indignación.

—Leon la había llevado a alguna agencia que conocía mientras yo dormía y la había dado en adopción.

—Dios mío, Miranda. ¿Cómo pudo salirse con la suya?

—Leon tenía conexiones. Conocía a gente poderosa. Al menos lo suficientemente poderosa para encubrirlo —se limpió la cara. Las lágrimas caían con más fuerza ahora.

Él la miró boquiabierto. Nunca pensó que vería tal conmoción en el rostro del astuto investigador. Él había asumido que ella había dado a Amy en adopción. Ella le había dejado creer eso.

Lo observó mientras sus ojos iban de un lado a otro. Sabía lo que estaba pensando. Que él también podría mover algunos hilos. Que podría encontrar la manera de recuperar a Amy. Y vio en sus ojos cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde para eso. Muchísimo demasiado tarde.

Ella continuó. —Estaba tan enojada cuando lo descubrí. Leon era tan frío. No le importaba lo que yo sentía, lo que yo quería. Entonces hice algo realmente estúpido.

—¿Qué?

—Lo ataqué. Perdí el control y simplemente me lancé contra él —Se limpió la cara, intentando detener esas malditas lágrimas—. Fue entonces cuando me golpeó y me echó de la casa.

Parker saltó de su silla y se agachó frente a ella, sujetándole los brazos con ambas manos. —¿Qué?

—Me echó —dijo ella—. Me dijo que nunca más quería ver mi cara.

—Dios mío, Miranda —repitió Parker—. ¿Qué hiciste? ¿Adónde fuiste?

Ella negó con la cabeza. —No lo recuerdo. Supongo que encontré una habitación de hotel e intenté suicidarme. Unos desconocidos me encontraron vagando por la carretera. No creo que fuera esa misma noche. Pudo ser algunas noches después. Había intentado cortarme las muñecas. Me llevaron a un hospital estatal. Me derrumbé.

Él le acarició el pelo con tanta suavidad que apenas lo sintió. —Oh, Miranda.

Sus hombros comenzaron a agitarse. —Estuvimos casados siete años. Leon era toda mi vida —Contuvo otro sollozo en su garganta —. Era un idiota. Un auténtico imbécil de primera categoría. Y aun así me quedé con él. Todavía lo amaba. ¿Por qué no pude dejarlo antes de que me quitara a Amy? ¿Por qué no fui lo suficientemente fuerte? ¿En qué me convierte eso?

—En leal.

—En débil. Estúpida. Necesitada —Se estremeció al pronunciar esas palabras—. Nunca volveré a ser así.

—No, no lo serás. Te lo prometo.

¿Cómo podía prometerlo él? Era responsabilidad suya asegurarse de eso. Había sobrevivido. Y seguiría sobreviviendo. Todo por su cuenta.

Se golpeó el pecho con la mano. —Me hice fuerte. Aprendí a pelear. Me juré a mí misma que nadie volvería a lastimarme así jamás. Nunca —le gritó—. ¿Me oyes? Nunca.

Sus brazos la rodearon. Sus manos la envolvieron con tanta compasión que le quitaron el aliento. Ningún hombre la había tocado jamás con tanta delicadeza. Ya no pudo contenerse más. Se derrumbó y lloró contra su hombro como una niña.

La cabeza le palpitaba, el corazón le dolía. ¿Por qué había ido y soltado todo así? Desnudar su alma ante Parker era como ser despellejada viva. ¿Nunca escaparía de estos recuerdos? ¿De estos terrores? Los quería fuera de su cerebro ahora. Fuera de su corazón.

Levantó la cabeza. —Estoy dejando tu camisa toda mojada.

—Recibo tus lágrimas con gusto —murmuró.

Sus besos cayeron suaves contra sus mejillas, derritiéndola. Había tanto consuelo en su contacto que la hizo anhelar el calor de su cuerpo contra el suyo. Quería sentir las sensaciones que él le había provocado horas atrás. El éxtasis que la hacía olvidarlo todo. Era una droga poderosa. Lo único que se le ocurría para expulsar a los demonios.

—Haz el amor conmigo —le susurró.

Parker se levantó, la alzó, la llevó a la cama y comenzó a desvestirla lentamente. Besaba sus mejillas, tratando en vano de

extinguir las lágrimas que no cesaban. Durante largo rato sostuvo su cuerpo tembloroso.

Su historia había demolido su corazón, pero por fin lo sabía. Lo entendía. Veía la verdad. Esta era la razón de esa ira latente que yacía justo debajo de su superficie. Este era el terror que la acosaba, que la hacía obsesionarse con mantenerse en forma y físicamente fuerte. Este era el miedo que la mantenía alejada de la intimidad.

Y sin embargo... nunca en su vida se había sentido tan cercano a una mujer.

Deseaba con todo su corazón poder borrar todo ese dolor. Hasta el último fragmento. Deseaba poder retroceder en el tiempo y cambiar su pasado. Pero no podía. Ni su pasado. Ni el suyo propio. Todo lo que podía hacer era hacerla olvidar. Por un momento.

Pasó su mano sobre su pecho, la observó sucumbir a las olas de pasión.

Oh, sí. Él lo sabía todo. Conocía la crueldad, el odio y la violencia. Conocía la desesperación, la ira, el dolor y la impotencia. Lo había aprendido todo de primera mano hace mucho tiempo cuando perdió a Laura.

Laura. Su primer amor.

Su brutal violación y asesinato tantos años atrás había sido como su propia muerte. Solo al resolver su caso había vuelto a nacer. Llevar a su asesino ante la justicia no podía traer a Laura de vuelta, pero había dado sentido a su vida de nuevo. La había encaminado en su rumbo actual. Sí, Parker sabía lo que significaba dar un giro a tu vida después de una tragedia devastadora. Tal como Miranda lo había hecho.

Con los horrores que había soportado, podría haberse encerrado en sí misma. Podría haberse vuelto taciturna y melancólica, pensar solo en sí misma, recurrir a la destrucción, usar violencia desenfrenada contra otros. Pero en vez de eso, Miranda Steele había luchado por los demás. Por los inocentes.

Pensó en el día que la observó defender a un compañero en la cuadrilla de caminos y ser despedida por ello. Pensó en la mañana en que fue a la Academia Dogwood para investigar el caso Taggart y arriesgó su trabajo con la Agencia. Pensó en esta noche, cuando se

había lanzado al lecho del arroyo para ayudar a encontrar a un asesino sin pensar en su propia seguridad. Y hace un momento, cuando había atacado a Hinsley por sus actos abominables para proteger a una mujer que la había despreciado.

Era una luchadora desinteresada, su alma empeñada en defender a los débiles y necesitados tanto como la suya. Sí, se había hecho fuerte. Sí, había contraatacado. Ya no era una víctima. Pero su propósito ahora era ayudar a otras víctimas a salir de su miseria. Y su propósito hacía eco del suyo. Era un alma gemela. Una guerrera.

Ella lo atrajo hacia sí. Él se deslizó dentro de ella, observó sus ojos brillar con deseo.

Mientras ella gemía debajo de él, toda duda cayó de su corazón. Estaba seguro de que la amaba. Más que a Laura. Incluso más que a Sylvia. Y sabía por qué. En el fondo de sus corazones, eran iguales.

Sus voluntades de hierro se habían forjado en el mismo ardiente horno de dolor, crueldad e injusticia. Eran uno solo. Eran vengadores.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

De alguna manera, Miranda se quedó dormida. Envuelta en los brazos de Parker, acariciada por el suave satén de su enorme cama, debería haberse sentido segura y protegida. Pero sus sueños la atormentaron.

Su estómago se tensó y tembló con esa horrible sensación de náusea. Esa extraña y espeluznante sensación que había experimentado en la escena del crimen esta noche. En su sueño, luchó contra los afilados dientes que le mordían el tobillo. Las manos que la alcanzaban, la agarraban, la forzaban hacia abajo. Los ojos vidriosos e inyectados en sangre, llenos de muerte. Las imágenes bizarras se entrelazaron en su cerebro hasta que la despertaron sobresaltada.

Se sentó. Parpadeó.

La habitación estaba oscura, excepto por la luz de la luna que inundaba las altas ventanas. Parker yacía a su lado. Murmuró, buscándola en sueños. Su encuentro amoroso había sido agridulce. Intenso, pero reservado. Él debía pensar que ahora ella era frágil. No lo era. Pero de repente anheló que la abrazara otra vez.

No le gustaba esa sensación. No podía permitirse necesitarlo. Y no podía molestarlo, debía estar exhausto.

Se levantó y fue a la ventana.

Apartó la cortina y miró hacia la oscuridad. Todavía había un par de luces encendidas cerca de la casa de los Ingram. Debe ser casi de madrugada.

Qué atrocidades había visto esta noche. Coco, atacada por su marido en su propia casa. Tiffany Todd, asesinada y abandonada en el patio trasero de un vecino. Una vez más, Miranda comenzó a analizar los detalles.

Una segunda niña había muerto. Su cuerpo abandonado a solo cientos de metros del lugar donde Miranda había encontrado a Madison Taggart hace tres semanas. Su cuello atado con la misma cinta blanca, sus manos y pies amarrados de la misma manera, su piel y ropa cubiertas con el mismo aceite de cocina sazonado.

Madison Taggart, Tiffany Todd, Ashley Ingram. Amigas. Tres niñas populares de once años que pasaban tiempo juntas. Ahora dos de ellas estaban muertas. ¿Habría matado Shelby Van Aarle a esas niñas? Todo lo que tenían era su zapato de golf y su reciente itinerario para probarlo. Y Antonio Estavez estaba a punto de liberarlo.

Miró a través de la oscuridad pero no pudo distinguir la mansión de los Van Aarle.

Wendy. El corazón de Miranda se afligía por la chica.

Iris estaba en camino a casa, pero esta noche Wendy estaba completamente sola. Estaba acostumbrada, se dijo Miranda. Sus padres, si es que eran sus padres, la habían dejado sola para enfrentar los horrores de la jungla preadolescente en la escuela. Pero nunca había tenido que enfrentar algo como esto. Lo que debía estar pasando. Completamente sola.

¿Habría escrito Wendy la carta a Los Buscadores? ¿Habría sido entregada su única hija a una familia así? El pensamiento le daban ganas de tomar a Van Aarle por la garganta y ahogarlo.

De repente, tenía que saberlo.

Encontró la ropa que había usado antes en el suelo. Se la puso, encontró el bolso enjoyado que había llevado al banquete y metió la carta de Los Buscadores en su bolsillo. Luego salió de puntillas por la puerta del dormitorio. Avanzó por el largo pasillo, bajó la inmensa escalera hasta el vestíbulo. Frente a las escaleras, estaba la puerta principal. Cruzó el suelo, la abrió, salió y se orientó.

Mansión Van Aarle. A la derecha.

###

La enorme casa se erguía en su grandeza europea de piedra gris, sus arqueadas ventanas de marcos blancos iluminadas por luces en el suelo, igual que la primera noche que vino aquí.

Miranda se paró en la acera de Sweet Hollow Lane y miró fijamente el coche de policía en la entrada junto al Jaguar de Van Aarle. El golfista profesional no lo estaría conduciendo a ningún hotel lujoso o campo verde por un tiempo, ¿verdad?

Suspiró. ¿Cómo iba a entrar en esa casa?

Observó la casa de los Ingram con su estuco blancuzco y su amplia entrada y pensó en la noche que había conocido a Tiffany Todd y Ashley Ingram aquí. Habían lanzado una piedra a una ventana. La habitación de Wendy.

Pasó por encima de los arbustos y cruzó el césped hasta el costado de la casa. Miró hacia la ventana de techo redondeado en el segundo piso. Una luz brillaba en el interior. ¿Wendy seguía despierta? Probablemente estaba teniendo tantos problemas para dormir como Miranda, pobre chica.

De repente apareció una silueta.

Miranda contuvo la respiración. Se acercó a la luz y agitó un brazo.

Después de un minuto, la ventana se abrió. —¿Quién está ahí abajo? —Era Wendy.

—Soy yo, Wendy. No tengas miedo.

La chica parecía desconcertada. Era difícil distinguir su rostro, pero su delineador era tan oscuro que, incluso desde esa distancia, Miranda podía ver cómo se había corrido por sus mejillas en largas marcas negras. Debía haber estado llorando toda la noche. —¿Quién es? —siseó.

—Miranda Steele —se acercó a la luz.

—¿Miranda? ¿Qué estás haciendo aquí?

Mejor confesar. —Estoy ayudando a investigar el asesinato de Madison Taggart. Y el de Tiffany.

—¿Investigar? —Su voz temblaba. Se abrazó a sí misma y miró alrededor del jardín—. Dicen que mi padre lo hizo.

—Lo sé.

—La policía se lo llevó esta noche —comenzó a llorar.

—Lo siento mucho —Miranda se jaló el cabello frustrada, deseando consolarla—. Mira. ¿Puedo entrar y hablar contigo? —Lo único que quería era sostenerla entre sus brazos.

—Él no lo hizo.

—Oh, cariño —¿Qué podía decirle? Tocó la carta en su bolsillo. Tendría que lograr que la chica se calmara antes de mostrársela. Incluso entonces, sería un mal momento.

—Él no lo hizo —repitió Wendy—. Sé que no lo hizo.

—Si es inocente, la policía lo dejará ir —Si no había suficientes pruebas, podrían hacerlo aunque fuera culpable.

—¡Él no lo hizo! —gritó.

Levantó las manos. —Está bien. Cálmate. Todo estará bien.

—¿Bien? ¿No lo entiendes, verdad? No entiendes nada.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Miró alrededor, frotándose las manos con agitación. —Encuéntrame en la puerta principal —desapareció.

Lo había logrado. Gracias a Dios. Sin tratar de entender el comportamiento de la chica, Miranda corrió alrededor de la casa hacia el porche delantero. En cuanto llegó, Wendy abrió la puerta. Debía haber bajado corriendo las escaleras.

Wendy le agarró la mano. —Ven conmigo.

—¿Qué hay de ese oficial? —No lo veía por ninguna parte. Podría estar tomando una siesta en uno de los sofás.

La chica tiró de su brazo, ignorando su pregunta. —Tengo algo que mostrarte.

Yo también. Pero esperaría su turno. Wendy la condujo por un largo pasillo de madera, sus paredes cubiertas con premios de golf y fotos de su padre. Cuando llegaron a una enorme puerta ornamentada al final del pasillo, Wendy alcanzó un pomo de bronce tallado. La puerta chirrió al abrirla. Encendió una luz y comenzó a bajar por una escalera. —Por aquí abajo.

Miranda la siguió por escalones de piedra que serpenteaban como los de un castillo medieval. El aire estaba fresco, apenas un poco húmedo.

Cuando llegaron al fondo, miró alrededor asombrada. Cientos de botellas de colores oscuros estaban apiladas a lo largo de las paredes en estantes con forma de diamante hechos de madera rojo intenso. Copas brillantes de tallo largo se alineaban en una estrecha encimera que recorría toda la longitud de los estantes. Iluminadas

por apliques en las paredes, elegantes figurillas decoraban algunas de las repisas.

Las zapatillas de Miranda chirriaron suavemente en el suelo de piedra mientras se acercaba a una puerta abierta al costado. Había más filas detrás, dispuestas como pasillos en una biblioteca. Debía haber varios cientos de botellas en la habitación lateral.

Una cava de vinos.

Van Aarle había dicho que tenía pasión por el vino. Esto era más bien una obsesión.

Regresó al área principal. Las luces eran tenues, inquietantes. Una mesa de degustación, de la misma madera rojo oscuro, se encontraba cerca del mostrador. Un candelabro reposaba sobre ella. En ese momento, a Miranda le recordaba un poco a una escena de "La novia de Frankenstein".

Abrazándose a sí misma, Wendy caminó hacia la mesa, su rostro aún manchado con maquillaje oscuro. —¿No lo ves? —susurró.

Miranda la miró y negó con la cabeza. —No realmente.

—¿No lo entiendes?

—¿Entender qué? —No tenía sentido lo que decía.

Puso los ojos en blanco con exasperación. —Mi padre no mató a esas chicas.

—¿Cómo prueba esta cava de vinos eso?

Gimió. —Él no lo hizo. Yo lo hice.

El corazón de Miranda dio un salto. La pobre chica estaba histérica. —No, no lo hiciste —extendió la mano hacia ella.

Wendy retrocedió. —Sí, lo hice.

—Solo estás tratando de proteger a tu padre. Entiendo cómo debes sentirte.

—No sabes nada. ¿Por qué los adultos son siempre tan densos? —se golpeó el pecho—. *Yo* soy la asesina. Yo maté a Madison Taggart y a Tiffany Todd. Las odiaba. Hicieron mi vida miserable.

Miranda dio un paso hacia ella, extendiendo una mano. —Ay, cariño. Solo deseabas que estuvieran muertas porque te lastimaron. Nadie puede culparte por eso.

Wendy pisoteó. —No entiendes. ¿Por qué nadie entiende? *Yo* lo hice. Escúchame. —Extendió sus manos—. Llévame contigo.

¡Arréstame y deja libre a mi padre!

—La policía tampoco te va a creer —su corazón sufría por la niña perturbada. Si tan solo permitiera que la abrazara.

—Ahí está la prueba —señaló la mesa—. Ahí es donde los até. Como un sacrificio humano.

—Claro —dijo Miranda—. Tienes una gran imaginación, niña.

—Es verdad. ¿Por qué no me crees?

Con delicadeza, extendió la mano y tocó su cabello oscuro y enmarañado. —Mira, Wendy. Sé que estás sufriendo. Esta noche debe haber sido terrible para ti.

Se apartó y fue hacia un gabinete en la esquina. Se agachó y lo abrió. —Aquí hay más pruebas. Esta es la cuerda con la que los estrangulé.

La garganta de Miranda se secó mientras miraba fijamente el trozo de cuerda que Wendy sostenía. Aproximadamente un metro, del grosor adecuado, según lo que recordaba del informe de la autopsia.

—Y aquí está el palo que usé para apretarla —mostró una pieza de madera parecida a un travesaño. ¿De dónde había sacado eso?

Estrangulamiento por ligadura. Tenía que haber escuchado cómo habían matado a las chicas. Se lo estaba inventando. Tenía que ser así.

—Y esto lo hice para ellas. Para la ceremonia —mostró una botella.

Miranda ahogó un grito. Cerró los ojos y se obligó a respirar con calma. Wendy sostenía una botella de aceite con especias y condimentos flotando en ella.

—Sal marina, romero y salvia. Para purificarlas antes de su muerte. Para que fueran felices en el más allá.

¿Cómo sabía el contenido exacto? ¿Para qué se usaba? Esa información no había sido divulgada. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. El maquillaje oscuro en los ojos, el lápiz labial rojo, la ropa negra extraña. Era más que solo una moda. Más que un pedido de ayuda. Era una declaración. ¿En qué clase de cosas raras había estado metida Wendy Van Aarle?

Tenía que haber una explicación. —Wendy —dijo Miranda con firmeza—. Tienes que dejar de fingir. Solo conseguirás meterte en problemas.

Los ojos de Wendy ardieron. Gruñó con la voz de un animal herido. —No estoy fingiendo —agarró nuevamente la mano de Miranda y la arrastró por la puerta lateral, por un largo pasillo de botellas de vino—. Aquí. Mira esto.

Había un pequeño nicho con una puerta estrecha. Giró el pomo y la abrió. Conducía al exterior. —Así es como los saqué afuera.

Con razón Judd no vio a Van Aarle.

El suelo de piedra pareció moverse bajo sus pies. Esa sensación de náusea y malestar se agitaba en sus entrañas. No podía estar viendo estas cosas. ¿Seguía soñando? Pero sabía que no. Oh Dios, era verdad.

Con el estómago contrayéndose en espasmos, Miranda metió una mano temblorosa en su bolsillo. Sintió papel. La carta de *La Hija de Otra Persona*. No había tiempo para eso ahora. El otro bolsillo. Cuando sus dedos tocaron su teléfono celular, soltó un suave suspiro, aliviada de que Parker lo hubiera deslizado ahí. Desplazó la pantalla hasta los números.

El de Parker era el primero en la lista corta. Debió haberlo registrado él mismo. Gracias a Dios. Lo presionó.

Contestó al segundo timbre. —¿Dónde estás?

—En la casa de los Van Aarle. Ven rápido. Hay algunas cosas aquí que tienes que ver.

###

Tenía que entregarla. ¿Qué otra opción había? Era lo correcto. Lo único que podía hacer.

Pero cuando el teniente Erskine y su equipo llegaron a la mansión Van Aarle por segunda vez esa noche, tomaron declaraciones y se llevaron a Wendy Van Aarle al centro de detención juvenil en East Point, Miranda estalló en lágrimas.

Nunca se había sentido tan cansada en su vida. Su mente era un borrón, su corazón un pozo de agonía. Parker la abrazó, trató en vano de consolarla, luego la llevó de regreso a la mansión de su padre y la acostó otra vez. El sol estaba saliendo cuando extendió

las sábanas de satén sobre ambos y la tomó en sus brazos. Ella se aferró a sus hombros desesperadamente y nuevamente empapó su pecho con lágrimas.

¿Era su propia hija a quien habían arrestado por asesinato esa noche? ¿Era Amy? ¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Cómo podía su hija ser una asesina a sangre fría? Después de todo, era hija de un violador. ¿Qué clase de genes tenía? Miranda lloró hasta que se le acabaron las fuerzas.

Las imágenes de esta noche la atormentaban. La bodega de vinos, la cuerda, la botella. Los ojos oscuros y suplicantes de Wendy. Finalmente, se difuminaron en su cerebro y comenzaron a mezclarse. Mientras se quedaba dormida, pensó en las palabras de Leon hace mucho tiempo. Sucia, vil, contaminada.

¿Habría tenido razón?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La suave luz del día se filtraba por la alta ventana, acariciando gentilmente su rostro. Miranda despertó, se incorporó y se frotó los ojos. Se sentía rígida y con dolor de cabeza.

Parker no estaba por ningún lado. ¿Qué hora era? Vio un conjunto de ropa limpia en el pie de la cama. Debió dejársela él. Cielos, qué considerado era.

Se levantó, se la puso y salió al pasillo. A mitad de la escalera de caoba tallada, le llegó el aroma del café recién hecho. Se le hizo agua la boca, a pesar del dolor de cabeza.

Siguió el aroma por otro pasillo en la planta baja. Al fin encontró una puerta con paneles, la empujó y vio una amplia cocina. Parker estaba en camisa y pantalones de vestir, apoyado contra una encimera bebiendo de una taza.

La recibió con una sonrisa tan triste como cálida y acogedora. Había sido una noche difícil para ambos. —Buenas tardes —dijo con aquel tono sureño profundo.

Ella miró el reloj de pared. Era pasada la una. Se pasó una mano por el pelo. —¿Por qué me dejaste dormir tanto?

—Lo necesitabas. —Se quedó observándola un momento como sopesando si darle un beso de saludo o no. Optó por no hacerlo—. ¿Te gustaría desayunar?

—Un poco de ese café suena bien.

Él fue a un armario, sacó una taza de porcelana turquesa con lirios grabados y alcanzó la cafetera de una máquina gourmet. Sirvió una taza y se la entregó.

Ella tomó un sorbo. Era el cielo. —Vaya, esto está buenísimo.

—Es de Santa Elena, de la isla donde fue exiliado Napoleón. El favorito de mi padre.

Sonaba escandalosamente caro. —Qué amable de Napoleón enviarlo. Tu familia realmente está bien conectada.

Él le sonrió con ternura por su intento de humor, sosteniéndola con la mirada.

Evitando los ojos de Parker, ella miró alrededor. La habitación era una masa artísticamente diseñada de granito negro, acero inoxidable, madera brillante y accesorios antiguos de latón. Tomó asiento en un taburete con borde de hierro junto a la gran isla de piedra. —Tu padre hizo un buen trabajo con la cocina.

—Era uno de sus proyectos favoritos, aunque no sé por qué. Nunca la usó. Supongo que era el promotor inmobiliario en él. Las cocinas y los baños venden casas, siempre me decía. Incluso las de alta gama. —Fue al refrigerador y sacó una caja de huevos—. El personal dejó algunos suministros básicos. ¿Te gustan revueltos?

—No tengo hambre.

—Deberías comer.

Se encogió de hombros. —Bueno. —No tenía energía para discutir. No pudo evitar una media sonrisa mientras él iba hacia la estufa.

Él levantó una ceja. —¿Te parecen graciosos los huevos revueltos?

—Es que no puedo ver al CEO de la Agencia Parker como cocinero de comida rápida.

Él asintió. —A diferencia de mi padre, yo sé preparar algunas cosas. —Alcanzó una sartén y se puso a trabajar.

Miranda pasó los dedos por la brillante superficie de la isla mientras lo observaba. —¿Coco sigue durmiendo? Quizás también le gustaría desayunar.

Parker batió los huevos y los vertió en la sartén. Chisporrotearon al calor y llenaron el aire con un delicioso aroma. —Cora Beth despertó temprano y me dijo que había decidido irse de la ciudad.

—¿Irse de la ciudad? —Miranda se sintió decepcionada por la noticia.

Él trabajó los huevos con una espátula otro minuto, tomó un plato de porcelana fina del armario y sirvió su creación. —Dijo que tenía una tía en Iowa donde podía quedarse por un tiempo. No quise

arriesgarme a que cambiara de opinión, así que la llevé a su casa para que empacara y luego al aeropuerto.

Colocó el elegante plato frente a ella, proporcionándole un tenedor y una servilleta de lino.

Ella bajó la mirada hacia los huevos humeantes. Miranda nunca se permitía acercarse demasiado a nadie. Pero de repente deseó haberse podido despedir de Coco. Eso es lo que pasa cuando te involucras emocionalmente con las personas. Te rompen el corazón.

Parker sacó un pedazo de papel de su bolsillo y se lo entregó. —Te dejó una dirección y dijo que te diera las gracias.

Ella lo tomó, lo miró un momento y se lo metió en el bolsillo. Así que Coco tenía la suficiente sensatez para alejarse de Dexter, después de todo. Bien por ella. Esperaba que durara.

Probó los huevos. Estaban buenos. —No están mal para un investigador privado.

—Me alegra que los apruebes. —Volvió a su lugar original en la encimera.

—Me hubiera gustado ver a Coco otra vez antes de que se fuera.

—Consideré despertarte, pero no tuve corazón para hacerlo. —Tomó su taza—. Llamé a Judd para que montara guardia mientras estaba fuera. Se fue hace como una hora. —El investigador sonaba tan casual como si estuviera hablando de recoger el correo.

Ella picoteó los huevos y frunció el ceño. Así que Parker pensaba que necesitaba un guardaespaldas. La idea la irritaba. —Me alegra ver que la caballerosidad no ha muerto —dijo con sarcasmo.

Él ignoró su tono. —De regreso, pasé por la casa de los Ingram.

Ella dejó de masticar. —¿Ah, sí?

—Hablé con Giselle. Confirmó lo que tú y Judd reportaron sobre ella y Van Aarle anoche. Han estado teniendo una aventura durante varios años —exhaló lentamente—. Me rogó que no le dijera nada a Lamar. Tiene la intención de darle la noticia a su manera, como ella dijo —la miró. Había admiración por ella en sus ojos grises, mezclada con tristeza y pesar por sus amigos—. Giselle me juró que Shelby es inocente. Insiste en que él no es capaz de asesinar, especialmente a una niña.

—Por supuesto que lo defendería —Miranda se metió el último bocado en la boca y llevó su plato al fregadero. Encontró un trapo y abrió la llave del agua, decidiendo que le pagaría a Parker por los huevos lavando los platos.

Él dejó su taza y se frotó los ojos. —También hablé con Ashley.

Ella cerró la llave del agua. —Ashley era la mejor amiga de Tiffany Todd. Debe estar destrozada.

—Está traumatizada. Lamar y Giselle están organizando consejería privada para ella. Pero pudo contarme sobre Wendy. Dijo que Wendy Van Aarle era extraña. "Rarísima" fue la palabra que usó. Ella, Madison y Tiffany la evitaban. No querían ser amigas de alguien tan bizarra.

—La odiaban —murmuró Miranda, secándose las manos—. Y ella las odiaba a ellas.

—Además de su forma de vestir, Ashley dijo que Wendy hablaba con gente extraña en Internet. Erskine ya lo ha confirmado con un escaneo preliminar de su computadora.

Miranda recordó que la policía había confiscado sus cosas anoche. —¿Qué ha encontrado? —preguntó, casi con temor.

—Una variedad de cosas. Enlaces a sitios web ocultistas. Montones de discusiones con grupos de moda obsesionados con temas lúgubres.

Ella hizo una mueca. —¿Como cuáles?

—Depresión. Soledad. Muerte. Está claro que la pobre chica está emocionalmente perturbada.

Asintió, frotándose los brazos, pensando en la mirada triste y perdida en los ojos oscuros de Wendy. Estaba tan sola y miserable. Desesperanzada, desesperada. ¿Habría tramado la pobre niña un plan para matar a sus amigas a partir de conversaciones con extraños en Internet?

Miranda necesitaba saber la verdad. —La cuerda, el palo, el aceite de cocina preparado, la puerta trasera. Todo prueba que ella asesinó a esas chicas, ¿no es así?

Él hizo una pausa, como si luchara con sus propios pensamientos. —No de manera concluyente —dijo finalmente.

Ella lo miró fijamente, su mente trabajando a toda velocidad. —El zapato de Van Aarle...

—Wendy afirma que tomó los zapatos de su padre y los usó para hacer parecer que él lo hizo. Estaba enojada con él por descuidarla y estar ausente tanto tiempo.

Miranda se frotó la cabeza. Algo no cuadraba. —Los cuerpos. Wendy no podría haber cargado los cuerpos hasta el patio por sí sola. Lo dijiste el primer día que fuimos a la escena del crimen de Madison. Serían demasiado pesados para ella. ¿Y qué hay de la droga de violación? ¿Cómo podría una niña de trece años conseguirla?

Parker se acercó, delicadamente le apartó el cabello de la cara. —Incluso después de la horrible noche que tuviste, tu mente sigue funcionando como la de una investigadora. Eres una natural, Miranda.

Ella ignoró el cumplido. —Wendy es inocente —murmuró.

—Las evidencias indican que estuvo involucrada.

—Pero podría haber leído sobre todo en el periódico. Tiene una imaginación desbordante.

—La tiene. Pero ¿por qué habría reunido todo y lo habría puesto en la bodega de vinos? Y te mostró la puerta trasera. Los hombres de Erskine encontraron huellas de zapatos que coinciden con las que encontramos cerca del arroyo.

No quería escucharlo. —Tiene que ser inocente.

Él dio un paso hacia ella, con voz severa. —Debió tener un cómplice, pero Wendy era la principal. La que tenía la intención. El motivo. La que confesó.

Ella agarró a Parker por los brazos. —Wendy tiene que ser inocente —repitió.

Sus fuertes brazos la sujetaron. —Miranda, sabes que no lo es.

Dejó que la sostuviera, aunque no soportaba sus palabras. —Parker, por favor dime que es inocente —su corazón estaba hecho pedazos. Se estaba desmoronando. Comenzó a sollozar. Dios, se estaba poniendo histérica.

Él la estabilizó, agarró un taburete para que se sentara. —Desearía que no te hubieras encariñado tanto con la chica. Es de

mala sangre.

—Oh Dios, Parker —rechazó la silla, lo agarró por el cuello, casi gritándole en la cara—. Ella es de *mi* sangre.

Su rostro se torció de confusión. —¿Qué quieres decir?

Casi se atragantó al pronunciar las palabras. —Creo que Wendy es Amy.

La conmoción lo dejó rígido. —¿Qué?

Miranda se llevó las manos a las mejillas y comenzó a llorar desconsoladamente. —Me dijo que era adoptada.

Él la atrajo hacia sí, la abrazó fuerte, la acarició con ternura mientras ella empapaba su camisa con lágrimas. —¿Anoche? —preguntó suavemente.

Miranda se limpió los ojos con el dorso de la mano y negó con la cabeza. —Volví a la Academia Dogwood hace como una semana. Hablé con ella entonces.

Él levantó su barbilla, la miró parpadeando, atónito. —¿Volviste allí después de que te dije...? —Se detuvo—. No importa. ¿Qué te dijo ella?

Ella se liberó de su abrazo, intentó recuperar el aliento. —Al principio, nada que no supiera ya. Sus padres no se preocupaban por ella. Nunca estaban en casa. Luego anunció que era adoptada y se fue. Fue entonces cuando empecé a creer que Wendy podría haber escrito esa carta que tengo de Los Buscadores. Suena exactamente como ella.

Él asintió lentamente, alcanzó una servilleta para ella. —Hay cierta semejanza entre la situación de Wendy y esa carta.

Ella tomó el paño de él, se limpió la cara, se echó el pelo hacia atrás. —Hay más. Esa noche, usé tus computadoras para investigar. Primero, traté de rastrear el celular de Wendy, pero no conseguí nada. —Retorció la servilleta—. Así que investigué a los Van Aarle. Revisé sus sitios web. La biografía de Van Aarle decía que se mudó aquí desde Oak Park, Illinois. De ahí soy yo. Tú lo sabes. Van Aarle dijo que Wendy nació allí. En el Hospital General de Oak Park en Lake Street. Parker, ahí es donde nació Amy.

Él la miró fijamente.

—Anoche iba a mostrarle la carta de Los Buscadores y preguntarle si ella la había escrito. Antes de que pudiera, confesó los asesinatos.

—Podemos visitarla en el centro de detención juvenil y mostrársela.

¿Podrían? Ella se llevó una mano a la cabeza. —¿Cómo podría creer lo que Wendy diga ahora? No probaría nada.

Él pensó un momento. —Tienes razón. Pero hay una mejor manera.

—¿Cuál?

—Le preguntaré a Iris. —Su corazón dio un salto cuando él sacó su celular y marcó. Después de un momento, habló—. Soy Wade Parker. Necesito hablar con Iris Van Aarle sobre un asunto urgente relacionado con su hija. Tan pronto como sea posible. —Dio su número.

Le había salido el contestador.

Guardó el teléfono en su bolsillo, miró el reloj. —No está en casa todavía. Lo intentaré más tarde. —Se pasó una mano por el cabello.

Ella lo miró fijamente. Él movería cielo y tierra por ella, ¿verdad? Pero, ¿sería suficiente?

—Iris también podría mentir —dijo ella—. Y cuando sepa que tú y yo tuvimos parte en el arresto de su esposo y su hija, probablemente te mandará al diablo.

—Tienes razón. —Sus ojos se entrecerraron, las ruedas girando en su cabeza—. Hay otra forma. Puedo contactar al hospital en Oak Park.

Ella contuvo la respiración. Su estómago tembló en un espasmo. —¿Puedes?

Él asintió. —Deberían tener registros antiguos. Puedo ver si hay un certificado de nacimiento original para Wendy Van Aarle. Y si no, indicaría que no es la hija biológica de los Van Aarle. Podríamos confrontar a Iris con eso y con la carta de Los Buscadores. Entonces nos diría la verdad.

Y si había un certificado de nacimiento, sabrían con certeza que Wendy pertenecía a los Van Aarle. Lentamente, ella asintió.

—Es domingo. Llamaré por la mañana. Tomará unos días para que llegue el papeleo.

Miranda presionó sus manos contra su cara. Después de todo este tiempo, en unos días finalmente podría saber quién era Amy. —Oh, Parker. Gracias.

Él extendió los brazos, la atrajo hacia sí. —No tienes que agradecerme. Quiero que encuentres a Amy. Quiero dejar esta pesadilla atrás. —Le besó la frente, le acarició suavemente el pelo—. Oh, Miranda. Quiero llevarte a algún lugar donde nada pueda hacerte daño otra vez.

Ella tocó su mano. Era fuerte, segura. —No existe tal lugar.

—Lo sé —suspiró él—. Pensé que podríamos fingir que existe hoy. Tal vez podríamos ir a algún sitio. Un paseo por el campo. Las montañas del Norte de Georgia, quizás. Podríamos quedarnos la noche.

¿Un viaje por carretera? Ella se tensó. —Tenemos que trabajar mañana. Tienes que llamar al hospital. Todavía tenemos un asesinato que resolver.

Él suspiró, tocó su rostro, anhelando llevarse su dolor. El cómplice de Wendy podría haber sido cualquiera. Un vecino, alguien con quien habló en Internet, algún desconocido. Una persona que quizás nunca encontrarían. —Podríamos volver temprano, entonces. Pasar por tu casa y recoger algunas cosas.

Ella se puso rígida. —¿Mi casa?

Él la sostuvo para poder mirarla a la cara, le levantó la barbilla. Sus profundos ojos grises la penetraron hasta el fondo. —Pensé que tal vez te gustaría mudarte aquí conmigo.

—¿Aquí? ¿En la mansión de tu padre?

—Sí. Aquí —dijo con esa voz baja y aterciopelada suya.

Ella contuvo la respiración. Agarrándose el pelo, se alejó de él, regresó lentamente al fregadero. —Vaya, olvidé terminar estos platos. —Abrió el agua, se agachó para buscar jabón en el armario.

—Hay personal de limpieza. —La decepción retumbó en su tono.

La culpa la inundó. —Ah, claro. Normalmente le doy el fin de semana libre al mío. —Encontró una botella, echó algo de detergente en el fregadero. Abrió el agua a toda potencia, agarró la

manguera de oro y acero inoxidable de la parte posterior del fregadero y apretó con fuerza. Golpeó el plato en el ángulo equivocado. El agua caliente y jabonosa salpicó la elegante encimera, corrió sobre el brillante piso de madera. Dios.

Volvió a colocar la manguera y agarró una toalla, soltando una risa hueca mientras limpiaba el desastre. —No me llaman la Diosa Doméstica por nada, ¿sabes?

—Miranda —dijo Parker en tono de orden suave—. Basta.

Ella se levantó y se dio la vuelta. Su mirada intensa le hizo aguar los ojos. —¿Qué?

—No tiene sentido negar lo que sentimos el uno por el otro.

¿Por qué estaba haciendo esto? No podía soportarlo. No ahora.

Él dio un paso hacia ella. —Estoy cansado de contenerme.

—¿Contenerme? —Ella dejó escapar un suspiro mientras se levantaba. ¿Por qué no podía dejar las cosas como estaban?—. No me contuve cuando hicimos el amor anoche. No me contuve cuando te conté sobre Leon y cómo nació Amy. Ahora veo que fue un error. —Ahora había sentimientos entre ellos que no deberían existir. Él sabía demasiado sobre ella.

—¿Error? —Su voz se quebró.

Ella miró aquellos ojos serios. —¿Olvidaste lo que te dije anoche?

—Por supuesto que no. ¿Olvidaste lo que tuvimos juntos anoche?

Algo demasiado hermoso para durar. Enderezó los hombros. —Sabes, es bastante presuntuoso de tu parte asumir que yo querría mudarme aquí.

Él se cruzó de brazos. —No asumí nada. Te lo pregunté.

Y esperaba un sí. Ella se pasó una mano por el pelo y se la mojó. Se la secó en los pantalones. —No creo que pudiera soportar vivir en una mansión lujosa todo el tiempo.

Su voz se suavizó. —¿Te gustaría mudarte a otro lugar? Mi ático es...

—No. —Estaba al borde de las lágrimas otra vez. ¿Qué le estaba haciendo?—. ¿Qué quieres con alguien como yo, Parker?

Él la miró durante largo tiempo. Nunca había visto una mirada más sincera en el rostro de un hombre.

—Me estoy enamorando de ti, Miranda.

Ella se volvió hacia el fregadero, incapaz de soportar esa mirada por más tiempo. Eso no. Cualquier cosa menos eso. —Mira, el sexo fue genial. Te debo mucho. Pero yo no, no puedo... —Las lágrimas llegaron. Detente, se dijo a sí misma. Pero no pudo.

Parker sintió que la ira se reflejaba en su rostro. Era como si ella le hubiera desgarrado la piel con sus uñas. ¿No sentía nada por él? Extendió la mano hacia ella.

Ella se alejó de su agarre. —No me toques. —La estaba volviendo loca—. Te dije que mi vida personal estaba arruinada. Tengo un pasado de pesadilla que no puedo superar. Mi hija podría ser una asesina.

—Nada de eso importa.

—Sí, demonios, claro que importa. —Lo miró furiosa. Él parecía genuinamente sorprendido por su arrebato. La culpa la golpeó. Lo estaba lastimando. No merecía eso, pero ¿qué más podía esperar de ella?—. ¿Ves? Soy pésima para las relaciones.

—Puedes aprender. Ambos podemos.

—No estás escuchando. Cuando estaba en el refugio para mujeres, me hice una promesa. Nunca volvería a preocuparme por nadie.

—¿Por el resto de tu vida?

Ella parpadeó mirándolo. —No creo en el amor, Parker.

—¿Por lo que te sucedió hace años?

—Porque el amor no es real. Nunca dura. No creo en los felices para siempre.

Él se cruzó de brazos y la miró con agudeza. —¿Te conformarías con moderadamente contenta durante un largo período de tiempo?

Demonios, qué terco era. Gruñó. —Parker, piensa. ¿Qué clase de pareja formaríamos? Mírate. Eres rico. Tienes buenas conexiones. El brindis de la ciudad. Todo el mundo te adora.

—Estás exagerando...

—Una mierda exagero. Y ahora mírame a mí. Una solitaria inquieta sin nada. Un caso perdido con más equipaje que las aerolíneas.

Había fuego en sus ojos. —No hagas bromas, Miranda. Eres mucho mejor que eso. Eres una investigadora talentosa. Eres una

mujer con pasiones nobles. Eres una luchadora. Tu pasado no me importa.

—¿Ahora quién está bromeando? —Retorció el paño de cocina entre sus manos—. Tal vez mi pasado no te importe hoy. ¿Qué hay de mañana? ¿El próximo mes? ¿Dentro de un año? Tarde o temprano te cansarías de mis problemas. —Si se permitía necesitarlo, ¿qué pasaría con ella entonces? Le señaló con un dedo —. Gen sabe quién soy. Y me odia por eso. ¿Pero sabes qué? Lo entiende. Tiene razón.

Él extendió la mano hacia ella, buscando un último vestigio de esperanza de que sintiera algo por él. —Gen no puede detener lo que siento por ti.

—Entonces será mejor que lo detengas tú mismo —gruñó ella, apartándose de sus brazos—. ¿No lo entiendes, Parker? —Luchando por sacar las palabras, agitó la mano—. Tú y yo... nunca podría funcionar. Nunca. Ni en un millón de años. —Se pasó los dedos por el pelo—. Tengo que salir de aquí. No puedo quedarme ni un segundo más.

Tiró la toalla sobre la brillante encimera y se dirigió a la puerta.

Se detuvo.

No tenía su coche. Dios, odiaba depender de él. —¿Me llevarías a casa ahora... por favor?

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El miércoles de la semana siguiente, Miranda estaba sentada en su escritorio en la Agencia, examinando minuciosamente las últimas noticias en su monitor de pantalla plana.

La cobertura mediática de los arrestos de Shelby y Wendy Van Aarle por los asesinatos de Madison Taggart y Tiffany Todd se volvió nacional. El famoso golfista profesional encabezaba los noticieros vespertinos. Su rostro aparecía en las portadas de todos los periódicos y en las cubiertas de varias revistas. Tanya Terrance, la controvertida presentadora local de programas de entrevistas, presionaba a la policía para conseguir una entrevista personal con Van Aarle y su hija.

En la Agencia Parker, nadie hablaba de otra cosa. Los periodistas acampaban en el vestíbulo, y Gen instruyó a todos los empleados a usar la entrada trasera para evitar a los gusanos —su palabra. Miranda nunca había visto a la recepcionista con aspecto de modelo tan irritada como cuando entraba para tomar un descanso de los depredadores. No importaba cuántas veces Parker les dijera a esos hurones de los medios que no haría comentarios sobre el caso, ellos seguían exigiendo conocer lo último sobre el famoso golfista profesional y su problemática hija. Era noticia candente. Estaban locos por cualquier nuevo giro en la historia.

Y lo consiguieron.

Al día siguiente, Giselle Ingram habló con los periódicos y le proporcionó una coartada a Shelby Van Aarle. Confesó que estaban en el centro en el Ritz-Carlton la noche en que mataron a Madison Taggart. Y que había volado a Pittsburgh para un encuentro amoroso

con él la semana en que una joven, cuyo nombre fue retenido, había sido asesinada en esa ciudad. También mencionó que su esposo Lamar estaba solicitando el divorcio. Al igual que los Van Aarle. Y los Todd.

Un festín para la firma de abogados de Estavez.

Después de la confesión pública de Giselle, el juez revisó el caso y retiró los cargos contra Van Aarle. Ahora el foco estaba en Wendy. La niña que había matado a sus compañeras de escuela porque habían sido malas con ella. El juez ordenó que la mantuvieran bajo evaluaciones psicológicas. Con suerte, Estavez conseguiría que la liberaran bajo fianza más adelante en la semana. Todavía no habían decidido si juzgarla como adulta.

Parker mantenía a Miranda actualizada sobre los acontecimientos por correo electrónico, pero no era necesario. Los periódicos, Internet, y Becker y Holloway ya lo habían hecho. Excepto por esos correos, Parker mantenía su distancia.

Gen parecía percibir que había tensión entre ellos y por una vez la dejó en paz. Probablemente estaba teniendo una celebración privada en su oficina.

Mientras Miranda comenzaba con otra pila de verificaciones de antecedentes, se dijo a sí misma que era mejor así. Sería incómodo incluso hablar con Parker ahora. Se había terminado. De todos modos, nunca hubo nada entre ellos. Nada que pudiera durar.

Su laptop emitió un pitido y vio que era otro correo electrónico de Parker. Exhalando su fastidio, hizo clic para abrirlo. Con su estilo lacónico, le contaba que había intentado contactar nuevamente a Iris Van Aarle sobre el nacimiento de Wendy, pero ella le había colgado en la cara. La siguiente línea captó su atención. Mientras la leía, se le oprimió la garganta.

El Hospital General Oak Park ha cooperado lo suficiente como para enviar registros parciales de los archivos de su sala de Maternidad para el período en cuestión, noviembre, hace trece años. La información debería estar llegando pronto.

¿Y qué haría cuando llegara?

###

En clase el miércoles por la mañana, el Detective Judd comenzó un repaso de sus lecciones sobre huellas dactilares. Había cubierto la historia del método a principios de la semana, comenzando con el primer caso en 1892. Mientras divagaba sobre los efectos de las secreciones naturales de las glándulas ecrinas, incluyendo sudor, sebo y ciertos lípidos, Miranda bostezó. Ya habían repasado este material. También habían practicado. Había tomado las huellas de Becker y Holloway tantas veces, que les dijo que podría chantajearlos por sus cheques de pago.

Se recostó en la silla escuchando a medias a Judd y se preguntó cuándo llegaría el informe del hospital. ¿Resultaría que Wendy Van Aarle era Amy? ¿Qué haría si lo fuera? ¿Luchar contra los Van Aarle por la custodia? Tanya Terrance querría una exclusiva sobre esa historia.

Judd bajó las luces para mostrar transparencias de muestras de huellas dactilares. Comparó varios conjuntos, señalando el arco, el arco en tienda, la presilla interna, el verticilo —los patrones de crestas de fricción de varios sistemas de clasificación.

Miranda quería apoyar la cabeza sobre el escritorio. ¿Qué estaba haciendo aquí en la Agencia Parker después de todas estas semanas, de todos modos? Se había quedado para encontrar a Amy y para ayudar a resolver un asesinato. Había ayudado, claro. Había conseguido que arrestaran a una pobre joven perturbada, mientras su cómplice seguía suelto. Deseaba que Parker nunca le hubiera ofrecido este trabajo.

Parker. Pensó en la mirada de dolor en su apuesto rostro cuando la dejó en su apartamento el domingo por la tarde. Debía odiarla después de cómo lo había tratado. Él merecía algo mejor. Toda la semana, se había revolcado en la culpa, luchando con una profunda sensación de pérdida. Había tirado por la borda lo mejor que le había pasado en su vida. Pero, ¿qué otra opción tenía? Nunca podría funcionar entre ellos.

Sintió esa familiar inquietud en sus entrañas. Era hora de seguir adelante.

Judd anunció que animaría las cosas. Puso algunas huellas famosas en la transparencia y explicó de quiénes eran. De JFK. De

Einstein. El último conjunto provocó una ronda de susurros de admiración en la clase.

Las de Shelby Van Aarle. Recién salidas de la Cárcel del Condado de Fulton.

Miranda se quedó mirando los patrones circulares que formaban las crestas mientras Judd las señalaba. Todo lo que podía pensar era en Wendy.

Pobre niña perturbada. Recordó cuando Wendy le dijo que Madison Taggart solía ser su amiga. Su mirada herida cuando dijo que todos pensaban que era rara. El mensaje de texto que le había enviado cuando Tiffany Todd le dijo a un chico que tenía piojos.

Miranda se negaba a creerlo. No importaba cuánto las odiara Wendy, no podía haber matado a esas chicas. No era ella quien había tenido la idea, como había dicho Parker. Alguien más la había manipulado. Tal vez el psiquiatra de la prisión le sacaría la verdad. Wendy no podía haber conseguido una droga de violación. No podría haber llevado esos cuerpos afuera hasta el bosque. Alguien más había llevado a esas chicas allí. Alguien lo suficientemente fuerte como para levantar a una niña de trece años. Un hombre.

De repente se enderezó como una tabla. El segundo sedán negro.

Miró hacia arriba. Huellas digitales. Quizás podría descubrir quién era ese hombre. Cuando Judd se fue a almorzar, ella preguntó si podía tomar prestado uno de los kits. Dijo que quería practicar un poco más.

###

A plena luz del día, la mansión de piedra gris de los Van Aarle tenía un aspecto alegre que parecía notoriamente fuera de lugar después de la confesión de Wendy. Cuando Miranda se detuvo al otro lado de la calle y apagó su viejo cacharro, vio que el Jaguar rojo de Shelby seguía en la entrada. Debía ser un récord que estuviera tanto tiempo en casa.

De pronto, la puerta principal se abrió y la figura alta y delgada de Van Aarle salió disparada, dirigiéndose hacia la acera. Justo detrás de él iba una mujer que tenía que ser Iris. Estaba gritando a

todo pulmón. Él le gritaba de vuelta. Miranda bajó su ventanilla, pero solo pudo escuchar fragmentos.

—Mis ventas están cayendo. Has arruinado mi negocio.

—El PGA Tour quiere mi cabeza.

—Nada más que golf, golf, golf.

Algo sobre "una maldita obsesión".

Van Aarle cerró de golpe la puerta de su coche y salió a toda velocidad del camino.

Iris regresó marchando al interior de la casa y cerró la puerta principal con un estruendo.

Encantadora pareja. Su hija estaba siendo acusada de asesinato y a ellos solo les importaban sus carreras. Miranda esperó un momento, luego tomó su kit, se acercó a la puerta principal y tocó el timbre.

Una mujer alta, de cabello oscuro, con un severo traje azul marino de pantalón abrió la puerta. ¿Asistente administrativa relegada a tareas de mayordomo? —¿En qué puedo ayudarle?

Miranda cambió su peso de pie. Asistente administrativa con esteroides. —Me envía la Agencia Parker, con respecto a nuestra investigación —Era casi verdad. Y mencionar el nombre de Parker debería abrir puertas. Al menos esta, esperaba.

La mujer arqueó una ceja. —¿Tiene una cita?

—No, me dijeron que viniera inmediatamente. —Tomó aire—. Estamos trabajando en conjunto con la policía. Puede llamar al Teniente Erskine, si quiere verificarlo —Miranda prefería no pensar en el tipo de problemas en que se metería si la mujer realmente lo hacía.

La observó un momento, luego cuadró sus ya cuadrados hombros. —Veré qué dice la señora Van Aarle. Espere aquí —Con eso, dio media vuelta y subió las escaleras.

Cuando ya no estaba a la vista, Miranda entró, cerró suavemente la puerta principal tras ella y se dirigió por el pasillo hacia la bodega. Con suerte, pensarían que se había cansado de esperar y se había ido.

Con cuidado, abrió la pesada puerta ornamentada. Ignorando el chirrido, pasó y la cerró detrás de ella. Encendió las luces y

descendió los escalones de piedra.

El lugar tenía esa misma atmósfera espeluznante que tenía la otra noche. Incluso más espeluznante después de la confesión de Wendy. Al pie de las escaleras, miró alrededor. Un polvo azul grisáceo para huellas digitales cubría todo. La mesa de cata, las botellas, las estanterías. El equipo del Teniente Erskine había desmantelado el lugar.

Se acercó a la puerta abierta del costado y echó un vistazo a la habitación detrás. ¿Habían espolvoreado los policías cada estante? Encontró otro interruptor de luz. No. Solo el primer pasillo. Había una docena más de pasillos con botellas que no habían sido tocados.

Un buen investigador piensa fuera de lo convencional, había dicho Judd. Un buen investigador no deja piedra sin remover. La hora de la muerte de Tiffany Todd podría haber dado al asesino varias horas aquí abajo. ¿Qué tan cómodo se habría sentido durante ese tiempo?

Sacó el cepillo de su kit, lo sumergió en el grafito y se puso a trabajar. Espolvoreó cada nivel que el equipo de Erskine había pasado por alto y examinó cada botella. Había muchas huellas digitales. Todas de Van Aarle. Reconocía el patrón de la huella que Judd había mostrado en clase. Obstinadamente, siguió adelante.

Tomó bastante tiempo. Varias horas después, estaba en el último estante en la parte más alejada de la habitación. A mitad de camino, se limpió la frente y dejó de espolvorear. No había encontrado nada. Las únicas huellas digitales en toda la bodega eran de Van Aarle. Con razón la policía no se había molestado. Se quitó los guantes y, con un suspiro de disgusto, se agachó y guardó su kit.

Con el corazón apesadumbrado, cerró el pestillo y se levantó. Por un largo momento, se quedó de pie con las manos en las caderas, mirando el brillo oscuro de las botellas. El futuro de Wendy se veía sombrío. Si tan solo pudiera probar que la chica era inocente. Por milésima vez, el corazón de Miranda se rompió por ella.

Entonces algo llamó su atención. Arriba del todo, en la esquina del estante final, algo brillaba. No con el resplandor rubí de las botellas oscuras. Esto era más claro. Como vidrio transparente.

Recuperó sus guantes de su kit, agarró la escalera que había usado para llegar a los estantes superiores y trepó hasta el punto. Con cuidado extrajo el objeto para no manchar ninguna huella. Era una copa de vino de la sala principal de la bodega. Lentamente, bajó la escalera, abrió su kit y la espolvoreó. Contuvo la respiración mientras quitaba la cinta de celofán y la colocaba en una tarjeta. Levantó la huella.

Esta tenía un arco distintivo. Nada parecido al patrón circular de Van Aarle. La copa todavía olía a residuos. ADN, también. Había tenido razón. Quien manipuló a Wendy Van Aarle para que matara a sus amigas en la bodega no pudo resistirse a tomar una copa.

Puso la copa en una bolsa, colocó la huella en su kit y salió de la mansión sin que nadie la cuestionara. Cuando regresó a la oficina, dejó las huellas y la copa en el laboratorio de la Agencia y se fue a casa por el día.

No estaba mal para una tarde de trabajo. No podía esperar a ver los resultados.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

A la mañana siguiente, Judd desató una tormenta sobre la precisión de los informes. Repitió los detalles sobre declaraciones juradas, formatos y estructura hasta que Miranda pensó que su cabeza iba a estallar. Garabateó en un papel, fingiendo tomar notas, pero una hora antes del almuerzo, su estómago comenzó a gruñir. Estaba preguntándose cuánto tiempo más tendría que seguir con la farsa de ser una aprendiz, cuando alguien llamó a la puerta del aula.

—¿Miranda Steele? —dijo una asistente—. El Sr. Parker desea verla.

¿Qué querría Parker? Miranda refunfuñó para sí misma mientras seguía a la mujer por el pasillo. ¿Habría descubierto que había ido de nuevo a casa de los Van Aarle ayer? ¿Iba a regañarla por eso? Esperaba que no tuviera ideas sobre reconciliarse. Una pelea en la oficina sería vergonzoso. No creía poder soportarlo.

Cuando la asistente la dejó frente a su oficina, se inquietó un momento, luego respiró profundo y cruzó la puerta.

Vestido con su habitual traje perfectamente confeccionado, con su pelo entrecano pulcramente arreglado, él estaba de pie junto a la alta ventana mirando hacia afuera. El sol entraba a raudales, iluminando los muebles de cristal con ese resplandor celestial.

Él se dio la vuelta, asintió rígidamente y le señaló una silla mientras se dirigía hacia su escritorio. —Tome asiento, Srta. Steele —. Se sentía como si la temperatura hubiera bajado veinte grados.

Él se sentó. Ella se sentó. —Vaya, qué formales estamos hoy.

Él la ignoró y estudió los papeles en su escritorio.

Observando su atractivo rostro, que mostraba una expresión completamente profesional, ella tiró de su falda. Llevaba un conjunto nuevo. Uno que había comprado esta semana con su propio dinero en lugar del adelanto que él le había dado. Era una bonita y conservadora blusa blanca de manga larga y una falda recta color beige. Sin tachuelas metálicas. Se sentía profesional con él. Casi como una verdadera investigadora.

Por fin Parker habló. —Wendy Van Aarle ha sido liberada bajo fianza —dijo en voz baja—. Ahora está en casa.

Ella parpadeó. —Eso es bueno. ¿Los cargos siguen pendientes?

Él asintió. —El alcalde quiere que el caso se resuelva lo antes posible.

Política. —¿Ella —apenas podía decirlo—, cumplirá condena?

Él frunció el ceño con profunda preocupación. —Es difícil decirlo. Antonio está luchando para que sea juzgada como menor. Sus evaluaciones psiquiátricas muestran claramente problemas emocionales.

—No es gran sorpresa.

Parker miró fijamente a la mujer frente a él, obligándose, como lo había hecho durante los últimos días, a no pensar en lo que había habido entre ellos. Lo que ella había desechado. Se veía bien con ese conjunto. De buen gusto. Había avanzado mucho en poco tiempo. Había decidido seguir nutriendo su carrera desde la distancia, ayudarla a obtener su licencia y quizás seguir adelante. Era el único tipo de relación que podían tener ahora.

Se reclinó en su silla. —¿Cómo ha estado?

—Bien.

—¿Las clases van bien?

—Bastante bien.

—¿Su pie está curado?

La mordida de caimán. Miró hacia abajo. —Está mejorando —. Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la silla—. ¿Me llamó aquí solo para charlar, Parker?

—No, no lo hice —. Viéndose incómodo, tomó un gran sobre de su escritorio—. La información del Hospital General de Oak Park ha llegado.

Ella se enderezó, tragó saliva. Así que era eso. Había pensado que ese informe tardaría más en llegar. Por un momento, miró fijamente el sobre manila. Curioso. Un simple sobre de veintiún por veintiocho centímetros podía cambiar toda su vida. ¿Finalmente terminarían todos esos años de búsqueda? No estaba segura de querer saber lo que contenía.

Lentamente Parker abrió el sobre y sacó los papeles que contenía. —Recibí esto hace aproximadamente una hora. Quería encontrar una manera de comunicártelo con delicadeza. Pero será mejor que simplemente te lo diga.

—Por favor, hazlo.

Tomó aire profundamente, hizo una pausa un momento, luego habló. —Wendy Van Aarle no es tu hija.

—¿No lo es? —Se hundió en la silla, sintiendo como si le hubiera caído un yunque encima. Parpadeó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Wendy nació de Iris y Shelby Van Aarle hace trece años, el veinte de noviembre. Estos son los registros de la estancia hospitalaria —. Le entregó los documentos oficiales.

Ella examinó la escritura borrosa, vio el nombre de Iris, el peso, la longitud del bebé y otros detalles. No eran los mismos que los de Amy. Devolvió los papeles. ¿De qué le servían? Aturdida, con la garganta oprimida, miró por la ventana el paisaje urbano. Se había estado preparando para descubrir que su hija era una niña perturbada de un golfista profesional acusado de asesinato. Ahora no sabía... nada. No más de lo que sabía cuando comenzó a buscar a Amy.

Se frotó los brazos y se estremeció, se limpió la nariz.

—¿Le gustaría tomarse un tiempo libre? —preguntó él suavemente.

¿Tiempo libre? Se enderezó. —Por supuesto que no —. Todavía tenía un trabajo que hacer—. Solo porque Wendy no sea mi hija no significa que no me importe lo que le pase. O lo de las chicas asesinadas. Quiero encontrar al verdadero asesino. El que manipuló a Wendy para que lo hiciera —. Necesitaba ponerlo al día—. Fui a casa de los Van Aarle ayer, y yo...

Él frunció el ceño. —¿Qué hizo?

—Me escuchó. Fui a la mansión de los Van Aarle.

—Miranda —dijo severamente—. ¿Por qué sigue actuando por su cuenta cuando específicamente le dije que no lo hiciera? —Sonaba más como un jefe ahora que como el amante que ella había conocido la semana pasada.

—Porque tuve una idea. Cuando Judd habló sobre huellas dactilares, yo...

Él levantó una mano. —¿Se da cuenta de que es culpable de grave insubordinación?

Ella le hizo una mueca. —Suena como Gen.

—La Agencia es responsable de usted.

Ni siquiera la escucharía. Ya no lo conocía. —Mire. Usted me asignó al caso Taggart. Dijo que yo ayudé.

—Lo hizo. Pero ahora la estoy retirando.

Quedó atónita. —¿Por lo que pasó entre nosotros?

—Porque no estás lista. Si existe la posibilidad de que el cómplice de Wendy siga acechando por ahí, es demasiado peligroso para una neófita.

—*¿Neófita?*

—Una principiante, una—

—Sé lo que significa la palabra —la ira se encendió dentro de ella —. Pensaste que estaba lo suficientemente lista cuando seguimos al viejo Dexter. Y cuando me llevaste al resort de golf y al baile de la Policía para vigilar a Van Aarle.

Su mandíbula se tensó. —Eso fue diferente. Estabas bajo mi supervisión.

Ella se puso de pie y colocó una mano en su cadera. —¿O tal vez solo querías meterte en mis pantalones?

El rostro de él se enrojeció de rabia. —Está despedida, señorita Steele.

—Bien —ella se dirigió pisoteando hacia la puerta, pero se detuvo en seco. Se llevó una mano a la cabeza.

Wendy Van Aarle no era su hija. La carta que había estado llevando consigo durante semanas probablemente era falsa. Amy podría estar en cualquier parte del mundo. Estaba de vuelta en el

punto de partida. No estaba más cerca que el día que despertó y encontró que su hija se había ido. ¿Cuál era el punto de quedarse aquí y sentarse a escuchar conferencias aburridas y hacer verificaciones de antecedentes?

Se dio la vuelta y regresó arrastrando los pies hasta su escritorio. —¿Te refieres a que estoy despedida de tu oficina o de tu Agencia?

Él frunció el ceño. —De mi oficina, por supuesto. No te estoy despidiendo, Miranda.

—Eso es bueno, porque renuncio.

Él se puso de pie. —No puedes renunciar.

—Claro que puedo. Por la forma en que actúas, Parker, de todos modos no soy muy buena detective —todo había sido una pérdida colosal de tiempo—. Atlanta ha sido un callejón sin salida. He estado pensando que es hora de seguir adelante.

Su rostro se endureció como el pedernal. —Muy bien, si eso es lo que quieres —guardó el sobre—. Adelante. Arruina tu vida.

Eso fue el colmo. Ella se lanzó hacia él y puso su dedo en su apuesto rostro. —Mira, amigo. Mi vida estaba perfectamente bien antes de que aparecieras. No te necesito a ti ni a tu elegante Agencia. Como te dije antes. No necesito un salvador.

Sus ojos ardieron, intensos con la furia que contenía. —Entonces no lo tendrás.

—Perfecto. ¿Sabes qué? Me importa un carajo —se dio la vuelta y salió furiosa de la oficina, recogió su bolso y se dirigió a los ascensores.

###

Con todo su cuerpo temblando de rabia y humillación, Miranda condujo de regreso a su pequeño apartamento en Peachtree y sacó sus maletas del armario. ¿Cómo podía Parker ser tan frío, tan diferente del seductor encantador que había conocido semanas atrás en esa celda? Sabía que todos esos cumplidos, ese aliento, eso de tomarla bajo su ala y todo lo demás era pura basura. Solo una excusa para sus motivos ulteriores llenos de testosterona.

Empujó una maleta sobre la cama y comenzó a meter ropa en ella. No podía quedarse en esta ciudad. Ni un minuto más. Había demasiados malos recuerdos. Demasiadas esperanzas que habían

sido hechas pedazos, como un martillo neumático demoliendo una acera. ¿Por qué se dejó pensar que podría resolver un caso de asesinato de alto perfil? Era una trabajadora de la construcción, no una investigadora. No era detective más que el hombre en la luna.

Fue al tocador, agarró una liga y se recogió el cabello. Todavía llevaba su ropa de trabajo. Se cambiaría en el camino. Tenía que salir de aquí.

Su carta de Amy yacía junto a su cepillo para el cabello. Su corazón se estremeció al verla. ¿Por qué había creído en esa carta? ¿Por qué pensó que podría encontrar a Amy aquí? Era una falsificación obvia. ¿Por qué se había dejado pensar que Wendy Van Aarle podría ser su hija? Se había permitido encariñarse con la chica. Y sin importar cuánto hubiera luchado contra ello, se había permitido encariñarse con Parker.

Eso es lo que sucede cuando empiezas a preocuparte por las personas. Te lastiman.

Agarró la carta, la hizo una bola y la arrojó a la basura.

No tardó mucho en empacar. Todo lo que tenía eran algunas bolsas y su laptop. Pero las lágrimas en sus ojos la retrasaron. Se limpió la nariz con el brazo mientras cerraba forzosamente la última maleta y gruñó para sí misma.

No tenía ninguna razón para lloriquear. Nunca antes había derramado una lágrima cuando dejaba un lugar. Atlanta, Buckhead, Mockingbird Hills con sus elegantes mansiones, no significaban nada para ella. Solo otro punto más en su monótona y sombría vida.

Había perdido algo de su dureza estas últimas semanas. Tendría que trabajar para recuperarla. Arrastrando la maleta hasta la puerta y bajando en el ascensor, se prometió a sí misma inscribirse en una buena escuela de artes marciales en el próximo lugar donde se estableciera. Y nada más de trabajos de oficina. Solo trabajo físico. Tenía que mantenerse fuerte. Independiente. Libre.

En una hora, tenía todo en su auto, había arreglado las cosas con su arrendador y estaba lista para irse. Se subió al asiento delantero y sacó su atlas de carreteras.

¿Adónde ir? Realmente no importaba. Hojeó las páginas. Un lugar era tan bueno como otro. Le había caído bien su jefe en aquel

trabajo en Pittsburgh. Tal vez podría recuperarlo. Por otro lado, nunca había estado en Florida. Quizás decidiría qué camino tomar cuando llegara a la autopista.

Dejó el atlas y encendió el auto.

Parker no la necesitaba. Solo era un caso de caridad para él. ¿Y Wendy Van Aarle?

Pisó el freno cuando llegó a un semáforo en rojo, mirándolo fijamente.

Esa pobre niña. Completamente sola en esa mansión con padres que no le importaba un comino. Estaba a punto de ser juzgada por asesinato. Podría necesitar una amiga en este momento.

El semáforo cambió y ella dobló la esquina. De repente, esa extraña y escalofriante sensación que la había estado acosando durante tanto tiempo se apoderó de ella como nubes oscuras antes de una tormenta. Como si alguien la llamara desde el pasado. ¿Qué significaba? No tenía idea. Pero de repente, parecía estar diciéndole que Wendy la necesitaba.

Miranda no vio el siguiente semáforo ponerse en rojo. Clavó el pie en el freno, deteniéndose a solo centímetros de chocar con el auto frente a ella.

Esas huellas digitales. Se había ido antes de que fueran procesadas.

Tamborileó con los dedos sobre el volante. No podía volver a la Agencia y enfrentar a Parker de nuevo. Además, las huellas en sí no contarían toda la historia. Pero apostaba a que podría usarlas para sacarle la verdad a Wendy.

Pasó de largo la salida a la interestatal. Tan rápido como pudo, dio la vuelta y se dirigió hacia Mockingbird Hills.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

No había coches en la entrada cuando Miranda se detuvo junto a la acera frente a la mansión de los Van Aarle. Se preguntó si Iris o Shelby estarían en casa, si siquiera le permitirían hablar con su hija. En ese momento, no estaba por encima de suplicar.

Subió los escalones de la entrada y tocó el timbre. Nadie contestó. ¿Había alguien en casa? Sería justo su suerte. Extendió la mano hacia la manija de la puerta. Se abrió.

Extraño.

Entró al vestíbulo vacío y miró alrededor. —¿Hola? —su voz hizo eco.

Sin respuesta.

—¿Wendy?

Nada. Algo andaba mal. Debería subir las escaleras, pensó. Tratar de encontrar la habitación de la chica. Pero en cambio, algo la atrajo una vez más hacia la bodega de vinos.

Lentamente, se deslizó por el largo pasillo de madera hacia la ornamentada puerta al final del mismo. Cuando llegó a ella, sus nervios se dispararon mientras un escalofrío le recorría la espalda.

La puerta estaba entreabierta.

Decidida, la abrió completamente —se mordió el labio ante el chirrido— y comenzó a bajar sigilosamente los escalones de piedra lo más silenciosamente que pudo.

Escuchó un gemido y bajó apresuradamente el resto del camino, tratando de ser sigilosa. Cuando llegó al fondo, ahogó un grito. La escena ante ella le heló la sangre.

Wendy Van Aarle yacía en la mesa de degustación, con las manos atadas juntas con una gruesa cuerda, amarrada igual que las dos chicas asesinadas.

—Wendy —Miranda corrió hacia la mesa.

Somnolienta, la chica abrió los ojos a medias. Había sido drogada. —Miranda —murmuró—. Traté de llamarte. Viniste a ayudarme.

Miró fijamente las cuerdas. No había ninguna cinta alrededor de su cuello. La chica estaba vestida normalmente con jeans y una camiseta. —¿Qué está pasando?

—Tenías razón. Sí hablé con un hombre que merodeaba por el patio de la escuela. Lamento haber mentido.

—Está bien. ¿Él te hizo esto? —Metió la mano bajo la cuerda para desatar uno de los nudos. Estaba apretado. Los dedos de Miranda temblaban.

—Mentí sobre muchas cosas. No soy adoptada —su balbuceo le rompió el corazón a Miranda.

—Lo sé. Solo quédate quieta y déjame sacarte de aquí.

Los ojos de Wendy se cerraron.

—Sigue hablando.

—¿Hablando?

Forzó una risa mientras trabajaba en el nudo. —Hazme compañía mientras hago esto —tenía que mantenerla despierta para combatir el efecto de la droga.

—Le escribí una carta a esa agencia al respecto.

—¿Agencia?

—Los Buscadores. Hace meses. Lo había olvidado hasta esta mañana.

Miranda hizo una mueca ante la confesión de la chica mientras tiraba de las fibras. ¿Por qué sus dedos no funcionaban? —¿Esta mañana?

—Cuando el Sr. Parker vino a verme.

Miranda se quedó inmóvil. —¿El Sr. Parker vino a verte?

—Sí. Esta mañana.

¿Parker había ido a ver a Wendy Van Aarle? La idea la hacía querer llorar.

—Me habló sobre la carta. Dijo que estabas buscando a tu hija. Yo dije en la carta que era adoptada, pero no lo soy. Lamento haber sido tan mala.

Wendy había escrito la carta. Y era una mentira. En este momento, a Miranda ya no le importaba. —Está bien. Nada de eso importa ahora —tiró de la cuerda. Tenía que sacarlas de allí.

Los ojos de Wendy se pusieron en blanco. —Mentí sobre Madison y Tiffany. Tenía que salvar a mi padre.

—Lo sé. Lo sé —sabía que la chica no era la asesina.

—No fui yo quien las mató. Solo las traje aquí abajo. Para él.

—¿Él?

—El hombre del patio de la escuela. Pensé que era mi amigo, pero no lo es.

—El hombre del sedán negro.

—Sí. Todo fue por Madison y Tiffany. Fueron muy malas conmigo. Pero no pensé que las mataría. En serio, no lo pensé. Solo quería que las asustara.

Si tan solo pudiera soltar los nudos antes de que el monstruo regresara. —Quédate quieta ahora. No hables más. Todo está bien ahora.

—No, no lo está —chilló—. Me va a matar a mí también.

—¿Quién? —Miranda miró la encimera de madera roja oscura y se le secó la boca. Había un carrete de ancha cinta blanca sobre ella.

—El hombre.

—¿Qué hombre?

—Ese hombre. Ahí mismo.

El corazón de Miranda se detuvo. Lentamente, se dio la vuelta y vio la oscura figura parada en la entrada de la habitación lateral. Su pecho se contrajo como si un puño gigante le estuviera exprimiendo la vida. *¿Cuánto tiempo llevaba observándola?*

—Hola, Miranda.

Su cuerpo se entumeció. Sus entrañas se endurecieron como cemento. Su lengua se secó como aserrín. Sus pulmones ardían, mientras su garganta se cerraba.

Nunca pensó que lo volvería a ver. Se veía diferente. Más delgado. Mayor. Gastado y cansado del mundo. Su cabello negro era

largo, en lugar del corte militar que solía usar. Caía en grasientas hebras a ambos lados de su cabeza. Parches de una barba desaliñada en sus mejillas hundidas estaban veteados de gris. Pero sus ojos eran los mismos. Esas hendiduras negras y crueles que la hacían sentir como si no fuera nada.

—Leon —jadeó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Un cuchillo destelló en sus manos. —Esperándote.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Parker estaba sentado en su escritorio contemplando la evidencia frente a él. En todos sus años como investigador privado, nunca había tenido un caso tan desalentador. Repasó las páginas de los informes policiales sobre Wendy Van Aarle. Sus declaraciones, las evaluaciones psiquiátricas, informes de sus profesores, compañeros de clase, los comentarios del juez. Pensó en su comportamiento esta mañana cuando le había hablado sobre la carta de Los Buscadores. Finalmente había dicho la verdad sobre algo.

Tomó su fotografía. La pobre niña perturbada. Tan solitaria y angustiada que quería matar a las chicas que la habían maltratado.

Pensó en Jackson y Cloris, Wilhelmina e Isaiah. Eran buenos padres. Pero habían estado ajenos al hecho de que sus hijas habían estado acosando a una compañera de clase. Como todos, estaban atrapados en sus ajetreadas vidas. Era difícil comprender las interacciones sociales de los jóvenes.

Él y Erskine habían intentado encontrar al cómplice de Wendy. Habían seguido montones de pistas desde la computadora de la chica, realizado verificaciones sistemáticas de antecedentes, buscado en reservaciones de aerolíneas, terminales de autobuses, transacciones de tarjetas de crédito. Parker había vuelto a peinar Mockingbird Hills, hablado con los chicos Oglethorpe que habían encontrado el cuerpo de Tiffany, así como con cada persona menor de diecisiete años en el vecindario. Sus esfuerzos no habían producido nada. Ni una pizca de evidencia. Ni siquiera la más mínima pista.

¿Quién había ayudado a Wendy Van Aarle a matar a Madison Taggart y a Tiffany Todd? ¿Un joven mayor? ¿Un adulto? Quizás nunca lo sabrían.

Miranda todavía creía que la chica era inocente.

Dejó la foto, cerró el expediente, pasó las manos por su rostro. Miranda. Su corazón sufría por ella. Anhelaba su contacto, su compañía, su audacia. Con severidad se recordó a sí mismo que los sentimientos de ella hacia él no eran como los suyos. Ella había sido demasiado lastimada, demasiado herida para permitirse sentir. No creía en el amor, había dicho. No había nada que él pudiera hacer para cambiar eso. Era un hecho. Estaba acostumbrado a lidiar con hechos fríos y duros.

Se había movido demasiado rápido. Presionó cuando debería haber esperado. Pero no habría marcado la diferencia. Debería haber sabido que terminaría así cuando ella le contó sobre su horrible matrimonio y cómo fue concebida Amy. Y cómo Leon Groth le había robado a su hija. Miranda había perdido la capacidad de confiar hace mucho tiempo.

Ahora ella había desaparecido de su vida.

Se había marchado de la Agencia sin pensarlo dos veces. No era del tipo que mira hacia atrás. Era una nómada de corazón. Una errante inquieta que nunca podría conocer la paz, como un personaje maldito en algún mito que había leído en la escuela.

Pero ¿cómo podría olvidar ese cabello oscuro y espeso? ¿Su sonrisa difícil de provocar? La suavidad de su piel contra sus manos. Sus gemidos hambrientos mientras le hacía el amor. Esas pestañas oscuras de ébano. El mar de emociones en esos profundos ojos azules. Ese espíritu guerrero que había sentido tan cercano.

Tendría que olvidar. No tenía otra opción.

Con un profundo gemido, se levantó y fue por el pasillo hacia el área de cubículos. Encontró su escritorio y lo miró fijamente durante un largo rato. Bien podría limpiarlo.

Apiló las carpetas en las que ella había estado trabajando, puso los bolígrafos en un vaso. Recogió algunos clips y abrió un cajón. Su teléfono celular. Sacudió la cabeza. Nunca aprendió a mantenerlo encendido y revisar sus mensajes, ¿verdad?

Presionó el botón. Había un mensaje. ¿De la otra noche? No. De hace una hora.

—Parker, ahí estás. Te he estado buscando por todas partes.

Parker levantó la vista hacia el rostro juvenil de John Fry, el asistente de laboratorio que llevaba varios años en la Agencia. —¿Qué sucede, Fry?

—Acabo de recibir estos resultados. Pensé que querrías verlos de inmediato.

—¿Qué resultados?

—Huellas dactilares. La señorita Steele las dejó ayer.

—¿Lo hizo?

Asintió. —Dijo que era muy importante que se procesaran lo antes posible. Me tomó todo el día, pero finalmente obtuve una coincidencia.

—¿Dónde fueron tomadas?

—En la mansión Van Aarle. La señorita Steele revisó la bodega de vinos ayer por la tarde. Le dio una mejor inspección que la policía. Mira lo que encontró.

Parker tomó la carpeta, la abrió. Su corazón dio un vuelco mientras parpadeaba ante el nombre frente a él. ¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo podía ser él? Pero encajaba en el patrón. Infancia abusiva, historial violento, la necesidad de dominar.

Miranda lo había logrado. Había resuelto los asesinatos.

Presionó el botón para escuchar el mensaje en el teléfono. Era la voz de Wendy Van Aarle.

—Está aquí. Viene por mí. Miranda, ayúdame. Ven a ayudarme. No. —Se escuchó un forcejeo—. Déjame en paz. No, la bodega de vinos no. Por favor. —Sollozos. Sollozos histéricos—. Por favor no me lleves a la bodega de vinos. —El teléfono se cortó.

Parker lo miró fijamente. ¿Había recibido Miranda este mensaje antes de irse?

Se volvió hacia Fry. —Llama a Judd y dile que vaya a la casa de los Van Aarle CUANTO ANTES. —Metió el teléfono en su bolsillo y se dirigió a la puerta—. Llama a Erskine también. —Tan rápido como pudo, corrió escaleras abajo hacia su auto, rezando para no llegar demasiado tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

—No te me acerques, Leon. Ya no soy la debilucha que era antes —No supliques. No ruegues, se recordó a sí misma.

El hombre de aspecto sombrío golpeó suavemente la hoja del cuchillo contra la palma de su mano y negó lentamente con la cabeza. —Lo sé —dijo con una mueca despectiva—. Has tomado clases de artes marciales y defensa personal durante años. Te he estado observando.

¿Qué acababa de decir? Ella se quedó mirándolo fijamente.

—Te he estado siguiendo por bastante tiempo —Su mejilla se plegó en una grotesca media sonrisa—. No fue difícil. Te encargaste de que el correo tuviera tu dirección actualizada dondequiera que fueras.

¿La había estado siguiendo? ¿Por cuánto tiempo? —¿Por qué? — El shock ahogó la palabra en su garganta.

—Porque quiero lo mismo que tú.

Unos dedos fríos le arañaron la espina dorsal. *¿Él quería encontrar a Amy?*

Sus ojos oscuros la atravesaron como láseres. —No entiendes.

—¿Entender qué?

Se movió hacia la esquina donde el carrete de ancha cinta blanca estaba sobre el mostrador de madera rojo oscuro. Lo levantó. — Unos tres años después de que te fueras de mi casa, arresté a una mujer en la ciudad. Una de esas prostitutas sin valor de Roosevelt Road.

¿Y qué? Él siempre estaba arrestando a prostitutas.

Frunció el ceño sombríamente, como si estuviera luchando con un recuerdo doloroso. —Fue una detención difícil. Hubo un altercado. La mujer afirmó que la lastimé. Insistía en que no era una prostituta —Giró el carrete, tomó el cuchillo y cortó un trozo con un movimiento rápido y violento—. Estaba mintiendo. Podía ver el mal por todo su cuerpo. Olerlo en ella.

Miranda estaba inclinada a creerle a la mujer.

Él dio vuelta el cuchillo en su mano. —Tenía familia. Deberían haber repudiado a esa puta, pero en vez de eso la defendieron. Me demandaron por uso excesivo de la fuerza. A mí —Se golpeó el pecho con la mano que sostenía la cinta—. Querían una evaluación psicológica. El estúpido tribunal cedió y ordenó una.

No podía haberla pasado. —¿Qué pasó?

Sus ojos brillaron rojos de odio. —Lo impensable. Me despidieron.

Bien por ellos. Pero Leon debió haber quedado devastado. El trabajo de policía lo significaba todo para él.

—Me derrumbé. No sabía cómo vivir, qué hacer. Tuve que mudarme con mi madre.

—¿Tu madre? —Eso no pudo haber sido agradable.

Se llevó un puño a la cabeza, como si le doliera. —Lo intenté tanto. Intenté hacer todo perfectamente, pero no fue suficiente. Madre dijo que perdí mi trabajo porque estaba involucrado con mujeres malvadas. Dijo que era mi propia culpa. Igual que cuando me casé contigo y me dio sarampión —Su voz adquirió un tono indefenso mientras se apartaba un mechón grasiento de pelo con la mano que sostenía el cuchillo.

—Eso no fue tu culpa —le dijo Miranda. Eso era verdad. Su madre era una bruja.

Perdido en sus propios pensamientos atormentados, dio un paso hacia ella, medio se rió para sí mismo. —Y entonces recordé a la niña. Ella era la respuesta a todo. Finalmente, entendí por qué estaba siendo castigado —Se volvió hacia Wendy, deslizó la cinta alrededor de su cuello, comenzó a atarla en un lazo.

Debería intentar agarrarle el brazo, pero él todavía tenía ese cuchillo, y estaba tan cerca de ella. —¿Estabas siendo castigado? —

Si podía mantenerlo hablando, tal vez podría alejarlo de ella.

—Había algo malvado que dejé ir al mundo. Seguiría siendo castigado hasta que la recuperara. Tenía que encontrarla. Para hacer eso, sabía que primero tenía que encontrarte a ti. Fue en Texas donde finalmente te alcancé.

Se le secó la boca. Apenas podía hablar. —Denton —susurró, recordando los registros que había encontrado en la base de datos de Parker.

—Sí —Dejó el cuchillo en el mostrador. Captó la luz, brillando como un diamante.

Miranda soltó el aliento que había estado conteniendo. ¿Podría llegar hasta ese cuchillo? Miró las cientos de botellas color rubí que cubrían las paredes en sus espacios de madera rojo oscuro. ¿O sería una botella rota rival para él?

Tomó la cinta y la tensó con un chasquido. —Nos mudamos con un primo allí. En una casa que él me rentaba. Madre enfermó.

—Ella murió allí.

Sus ojos se abrieron con sorpresa de que ella supiera eso. Pero continuó. —Sí. Justo después de que falleciera, te vi en un restaurante a las afueras del pueblo.

Ahora era su turno de sorprenderse. Recordó haber ido a un local de comida rápida con sus compañeros de trabajo de la plataforma petrolera. —¿Me has seguido desde entonces?

—Tenía que hacerlo. ¿De qué otra manera podría cumplir el último deseo de Madre?

¿Último deseo?

—Siempre estabas buscando información. Hablando con niños, registrándote en empresas de reencuentro de adopciones. Esperabas una carta, un correo electrónico, cualquier tipo de comunicación. Como la carta que recibiste en Pittsburgh.

—¿Pittsburgh? —¿Cómo sabía todo eso? Wendy debió habérselo dicho.

Desvió la mirada, murmuró medio para sí mismo. —Esa estúpida y vil mujer.

No estaba teniendo sentido, no es que lo hubiera tenido hasta ahora. —¿Qué mujer? —exigió saber.

Se inclinó y recogió una cuerda que había estado tirada cerca de sus pies. La levantó. —La estrangulé con una cuerda justo como esta. Fue mi primera.

Su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Aquella amable mujer de Los Buscadores que le había dado la carta? ¿*Ella* era la víctima de asesinato sin nombre en Pittsburgh? ¿La mujer que pensaban que Shelby Van Aarle había matado? Los escalofríos hicieron temblar todo su cuerpo. —¿*Tú* la mataste? ¿Por qué?

Torció su rostro en una grotesca mueca inquisitiva, como si no pudiera entender por qué a ella le importaba. —Por varias razones. Primero para que me dijera lo que te había dado. Luego porque no podía dejarla vivir después de eso. Me habría denunciado a las autoridades. Pero sobre todo, porque sentí su vil feminidad por todo mi cuerpo. Me repugnaba tanto que no podía dejarla vivir —Miró a Miranda con una expresión lastimera. Luego se movió detrás de la mesa donde estaba Wendy, la contempló casi con amor.

La chica estaba inmóvil. Las drogas habían hecho efecto. —No la toques —dijo Miranda.

La ignoró. —Cuando esa mujer me dijo lo que contenía esa carta, supe que estabas cerca de encontrar a Amy.

Ella jadeó al pensar en las extrañas y espeluznantes sensaciones que había estado teniendo durante semanas. Habían comenzado en Pittsburgh. Había sido Leon a quien había percibido.

—Te seguí hasta aquí. Te observé solicitar empleo en las escuelas. El día que aplicaste en la Academia Dogwood, me senté a mirar a las niñas jugando en el patio. Vi a esta, que se parece tanto a ti. Me quedé ahí. Ella me vio, se acercó al auto. Entablamos una conversación.

—Estabas en un Pontiac negro.

Sus ojos negros brillaron. —Sí, era yo —se acercó más a Wendy, levantó una mano sobre ella, como si la estuviera bendiciendo.

—Déjala en paz, Leon. Ella no es Amy —el cuchillo estaba sobre la mesa, pero lo suficientemente cerca como para que él pudiera agarrarlo. Quería lanzarse contra él, derribarlo al suelo. Pero no podía moverse.

—Sé que no es Amy. Encontraré a Amy algún día —lo dijo como si le estuviera hablando a una niña pequeña—. Mientras tanto, ella es un buen sustituto. Como lo fueron las otras. Esta me ayudó. Ella entendió el propósito exaltado de mi misión.

¿Misión? ¿Qué pretendía hacer? ¿Librar al mundo de mujeres una niña a la vez? —Solo estaba enojada con sus compañeras porque la molestaban todo el tiempo.

Él sonrió con suficiencia. —Ah, Miranda. Tu mente siempre fue demasiado pequeña para comprender el significado más profundo de las cosas.

—¿Qué significado más profundo? —Quería romperle el cuello.

—Eran tan jóvenes. Vi que podía rescatarlas.

Su voz se quebró. —¿Rescatarlas?

—Mamá dijo que tenía que expiar lo que había hecho. Era su último deseo. Pero tuve que encontrar mi propia manera de hacerlo —alcanzó una botella en la encimera detrás de él, donde había dejado el cuchillo—. Muchas culturas tienen ritos de purificación para las mujeres. Los hindúes, los sintoístas de Japón. Este es el mío. Wendy y yo lo inventamos juntos a partir de rituales que ella encontró en Internet.

Amorosamente, abrió la botella. —Oh, ella no quería al principio. Cuando le traje a la primera niña después de haberla mantenido viva en el maletero de mi auto durante casi una semana, estaba bastante histérica. Una reacción emocional, femenina. Pero la persuadí de que era lo mejor —comenzó a verter aceite de la botella sobre el rostro y la garganta de Wendy. Ella no se movió. Estaba bajo hipnosis.

Miranda podía oler la esencia de salvia y romero. Ahora. Sáltale encima ahora.

—Estas hierbas ahuyentan el mal, la vileza.

Comenzó a cantar, como una especie de sacerdote. —Te consagro, te purifico. Entrego tu cuerpo casto y puro al universo. Antes de que los hombres de la tierra te profanen —se tarareó a sí mismo—. ¿No lo ves? Estas niñas son tan jóvenes. Justo al borde de la feminidad. Si las atrapo antes de que crucen ese umbral, puedo mantenerlas puras. Puedo liberarlas antes de que se contaminen con la feminidad.

Estaba loco. —Detente, Leon.

La miró con furia. —No me interrumpas. Wendy me ayudó con las otras. Ahora es su turno de ser purificada.

Volvió al ritual. Ella observó cómo sus manos acariciaban la botella como si fuera más humana que la niña frente a él. Manos fuertes. Demasiado grandes para el resto de su cuerpo. Nudillos abultados por tanto tronarlos. Recordaba cuánto dolía cuando le golpeaban la cara. Las marcas que dejaban. El sabor de la sangre en su boca. Todavía le aterrorizaba.

Nuevamente miró el cuchillo en la mesa. Con insulto y repulsión retorciéndose en sus entrañas, dio un paso hacia él, recordando por fin sus años de entrenamiento. Sabía cómo pelear. Hizo que su voz sonara oscura y áspera. —Aléjate de ella, imbécil. Ahora.

Sus ojos se vidriaron con esa mirada familiar y congelada. El silencio de un barril de pólvora justo antes de la explosión. —¿Cómo te atreves a hablarme así? —con un golpe seco, dejó la botella y rodeó la mesa. Al menos, lo había alejado de Wendy.

—Ya no puedes lastimarme —se burló.

—¿Ah, no? —Con un movimiento rápido, levantó la mano y le dio una fuerte bofetada en la mejilla.

Ella tropezó hacia atrás y cayó, su rostro ardiendo. ¿Dónde estaban sus reflejos? ¿Los instintos que había perfeccionado durante tanto tiempo? ¿Podía Leon convertirla de nuevo en la mujer indefensa y quejumbrosa que una vez fue?

Pensó en lo miserable que la había hecho durante todos esos años. La habían violado por su culpa, y él la había culpado por ello. Le había quitado a su único hijo. Había matado a esa mujer en Pittsburgh por tratar de ayudarla. Había asesinado a dos niñas pequeñas, y estaba a punto de matar a Wendy. Quería encontrar y matar a Amy.

No. Diablos, no.

Lentamente, se levantó. La furia recorrió todo su ser, rugió y brotó como lava caliente que brota de un volcán. Pero esta vez no era un frenesí ciego. Estaba enfocada. Las palabras de Parker resonaron en su cabeza. *El control sereno siempre vence a la rabia, Miranda*. ¿Pero qué pasaría si se fusionaran?

Con un grito desde algún abismo profundo dentro de ella, se abalanzó sobre él, con los brazos extendidos. Antes de que pudiera moverse, sus palmas golpearon su pecho con la fuerza de una locomotora. Él cayó hacia atrás, estrellándose contra las filas de botellas. Con un estruendo brillante, media docena se rompieron, derramando su líquido rojo sobre él y en el suelo de baldosas de piedra. El aire se llenó con el olor a vino caro.

Él se tambaleó mientras luchaba por recuperar el equilibrio.

Miranda se tensó. Control sereno. Parker tenía razón. Pronto se agotaría si peleaba con toda su ira. Tomó una respiración profunda.

Leon se había recuperado. Con los ojos brillando como los de un maníaco poseído, volvió a abalanzarse sobre ella.

Estaba lista cuando él la alcanzó. Agarró sus muñecas, lo hizo girar. Él golpeó la pared opuesta, aturdido. Copas de vino se hicieron añicos en el suelo. Desconcertado, se aferró al mostrador para no caer. Ella vio su oportunidad.

Uno, dos. Ahora.

Se lanzó contra él. Como liberado por un resorte de torsión, su pie se elevó y le dio con fuerza en los testículos.

Él gritó de shock y dolor, sus pasos torpes zigzagueando hacia la mesa. El cuchillo. Iba por el cuchillo. El pánico la inundó. Corrió por él, intentó agarrarlo. Pero él le ganó.

Mientras sus dedos aferraban el mango, arremetió contra su pecho, cortando su mejor blusa blanca de par en par.

Un dolor agudo atravesó su piel. Tropezó hacia atrás, luchó por mantener el equilibrio. Él balanceó el cuchillo hacia el otro lado y volvió a alcanzarla. Ella jadeó con un dolor ardiente. De nuevo. Esta vez, le rozó la barbilla. Y otra vez. Ella se inclinó hacia un lado. Falló. De nuevo. Levantó un brazo en defensa. El cuchillo se hundió en él antes de que pudiera retroceder.

—¡Ay! —Esa no fue profunda, pero ardía como el infierno—. Detente, Leon —le gritó—. La policía te atrapará por esto.

—Pero tú ya no estarás cuando me atrapen —cortó el aire hacia la mesa con su hoja—. Y ella tampoco. Las liberaré a ambas. Enterraré sus cuerpos en el lecho del arroyo detrás de la casa.

Miró hacia abajo y vio sus pies. Zapatos de golf. Estaba usando zapatos de golf Yager.

Él sonrió con suficiencia. —Así es. Pertenecen a su padre. Ella me los trajo. El primer y el segundo par. Perdí el primero escapando de esos adolescentes en el arroyo, como sabes. La noche que el caimán te mordió.

El miedo martilleó su pecho. Él la había estado observando esa noche. Escondido en el bosque en algún lugar cuando ella y Parker encontraron ese zapato. Era un maníaco. Un monstruo. Tenía que detenerlo, incluso si él la mataba.

Nuevamente, se abalanzó sobre él.

Su mano gruesa se extendió y agarró su brazo cortado. Ella gritó de dolor, pero mantuvo la cabeza fría. Con un giro, arrancó su brazo intentando aflojar el agarre de él, pero él la sujetó con firmeza. Agitó el cuchillo en su otra mano, ahora atacando cerca de su cara.

Ella se agachó, se retorció, esquivó. Justo cuando pensaba que tenía suficiente fuerza para lanzarlo por encima de su hombro, tropezó con los pies de él y cayó al suelo con fuerza.

Él cayó encima de ella tan violentamente que casi le cortó la respiración. Su cuerpo dolía por la caída sobre el duro suelo.

A centímetros de su cara, él giró el cuchillo.

La sangre martilleaba por su cuerpo, tan fría como el agua de un lago congelado. Su pecho se contrajo con un terror que le quebraba las costillas. Había perdido. Él la tenía. La habitación, apestando a vino, adquirió una sensación onírica. ¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Cómo podía estar este monstruo aquí después de tantos años? ¿Cómo podía haberse resucitado de sus antiguos recuerdos enterrados? ¿Cómo podía estar a punto de matarla?

Su horrible cara se cernía sobre ella, su aliento inmundo abanicaba su mejilla ardiente. —Ahora te daré el destino que tanto mereces, zorra.

Sus insultos ya no significaban nada para ella. —Te hundirás, Leon —escupió entre dientes apretados—. Te freírán cuando te atrapen.

Él no respondió. Estaba en su propio mundo. Levantó el cuchillo, lo colocó sobre su pecho y rasgó el resto de su blusa.

Ella gritó. —¿Qué estás haciendo?

—Ya verás.

Dios mío. Iba a violarla. —Déjame en paz.

—No entiendes, Miranda. Es un acto de amor. Tanto como mi ritual. Es por amor que estoy liberando a estas chicas. Las estoy salvando antes de que puedan ser contaminadas. Cuando termine contigo, también te liberaré. Y a Wendy. Y luego encontraré a nuestra hija.

Hija. Amy no era su hija. Moriría antes de dejar que tocara a esas niñas. —Quítate de encima, maldito bastardo.

Él no la escuchó. —¿No lo ves, Miranda? Quiero liberarte de tu contaminación —extendió la mano libre para aflojar sus pantalones —. A pesar de todo lo que has hecho, toda tu maldad, todavía te amo.

Con un esfuerzo descomunal, ella agarró su muñeca, intentó apartar el cuchillo, pero él lo mantuvo en su garganta con la fuerza de un demonio.

Él luchaba con su cinturón. Su nariz afilada y fea se balanceaba sobre ella como el pico de un cuervo. Si tan solo pudiera alcanzar esa nariz con sus dientes, podría arrancarla de un mordisco y ponerlo en estado de shock.

Su cinturón se aflojó. —No luches —ordenó.

Ella se tensó bajo su cuchillo, su corazón latiendo tan fuerte que pensó que podría estallar en ese momento. Pero se negaba a morir antes de tener su oportunidad. Si solo pudiera llegar a su nariz. Solo girar la cabeza de la manera correcta.

—No quiero matarte todavía —suplicó él—. Será mucho más fácil si no peleas.

Su cuchillo cortó su carne, sintió la sangre deslizarse por su cuello. Si solo pudiera llegar a su nariz antes de que alcanzara la vena yugular.

—Quiero amarte, Miranda —susurró con una voz áspera que sonaba como si viniera del pozo del infierno—. Entrégate a tu destino. —Su rostro se retorció en una mueca repulsiva y contorsionada.

Y entonces lo vio. No la nariz. La muñeca. Con su último resquicio de fuerza, empujó su muñeca hacia arriba y hundió sus dientes en ella.

Él chilló mientras el cuchillo caía de su mano. —No, Miranda, no lo arruines. Tengo que amarte.

—Oh, no lo harás.

¿Eh? Miranda parpadeó.

El rostro de Leon palideció de la impresión. De repente se levantó de encima de ella, como si lo hubiera deseado lejos. Había una visión borrosa detrás de él. Un hombre alto lo tenía agarrado por el cuello de la camisa.

Parker.

Lo sostenía suspendido sobre el suelo, mientras el hombre enloquecido golpeaba el aire con sus brazos y piernas como una langosta atrapada. Luego Parker lo bajó, se echó hacia atrás y le dio un tremendo golpe. Leon cayó hacia atrás, derribando algunas figurillas. Pero Leon aún no estaba acabado. Esforzándose, se incorporó y lanzó un golpe a la cabeza de Parker. Falló.

En un estado de aturdimiento, Miranda observó a los dos hombres pelear. Leon lanzó otro golpe salvaje y volvió a fallar. Parker dio un jab con su derecha, lo golpeó de lleno. Leon se tambaleó por un instante, luego regresó con un furioso uppercut que alcanzó a Parker en la barbilla. Parker se recuperó, pensó ella, pero las imágenes en lucha comenzaron a desdibujarse. Su estómago subía y bajaba mientras las figuras borrosas danzaban extrañamente, como una película fuera de foco.

Miranda intentó sacudirse el mareo, queriendo repentinamente volver a la pelea. ¿Por qué debería Parker llevarse toda la diversión? Se puso de pie con dificultad. El suelo se inclinó.

Intentó dar un paso hacia los hombres. La habitación se movió en dirección contraria. Se sostuvo en un estante y miró hacia abajo. Su camisa estaba cubierta de sangre. La náusea subió por su garganta. Se quedó de pie, mirando hacia abajo durante lo que pareció una hora. Entonces lo vio. Un destello. En el suelo de piedra cerca de la mesa. Manchado de rojo.

El cuchillo.

Había golpes. Gruñidos fuertes y guturales. Levantó la vista y casi vomitó.

De alguna manera, Leon tenía a Parker inmovilizado contra la pared. Sus grandes manos estaban alrededor de su garganta. La cabeza de Parker rebotaba contra las botellas de vino como un balón de baloncesto. Si esas botellas se rompían, los picos atravesarían su cráneo y lo matarían.

—No —se escuchó gritar. No sabía cómo había recogido el cuchillo, pero al segundo siguiente, lo tenía en ambas manos y se abalanzaba sobre la oscura silueta de Leon. Levantando la hoja sobre su cabeza, apuntó y la hundió en su espalda con toda la fuerza que pudo.

La cabeza de Leon se echó hacia atrás en su cuello. Abrió la boca de par en par y dejó escapar un grito como un demonio del infierno. La empujó, cayó al suelo hecho un ovillo.

Ella miró hacia arriba y vio la cara magullada y ensangrentada de Parker mirándola con asombro. —Creo que lo mataste.

Sus rodillas se debilitaron, la habitación se volvió borrosa de nuevo. —¿Lo hice?

Fue lo último que recordó.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Alguien debió haber llamado a la policía. Los agentes estaban por todas partes. Los paramédicos también.

Miranda recuperó la consciencia en una camilla justo cuando la subían a una ambulancia. Un chico guapo con bata blanca y un corte de pelo elegante se inclinó cerca de su rostro y murmuró alguna jerga biotecnológica. Algo sobre haber perdido mucha sangre. Luego le conectó un suero.

Cerró los ojos.

La llevaron a Saint Benedictine's, le dieron sangre y la atendieron en urgencias durante un par de horas. Por un momento pensaron que podrían perderla.

Las laceraciones en su pecho eran profundas, requiriendo veinticinco puntos. El corte en su barbilla sanaría por sí solo. Los cortes en su brazo y a lo largo de su cuello también necesitaron algunos remiendos. La herida del cuello estaba a solo milímetros de la yugular interna y la arteria carótida. Había tenido suerte. Una enfermera le contó todo al respecto cuando despertó en una habitación horas después.

Incorporándose, se miró a sí misma y confirmó que, efectivamente, la habían limpiado, vestido con una bata y tratado sus heridas. Veinticinco puntos. Eso era un récord para ella.

Parecía apropiado, para la pelea de su vida.

La enfermera dijo que la mantendrían algunos días para monitorear su progreso. Los médicos la revisaban con frecuencia. También lo hacían un pequeño ejército de enfermeras y el psiquiatra del personal.

Curioso, le dijo a la mujer después de hablar un rato, no sentía mucho de nada. Solo entumecimiento. La psiquiatra dijo que todavía estaba en shock, y que esa respuesta era normal. Claro, Miranda lo entendía. Reacción típica después de descubrir que tu ex esposo era un asesino de niños y luego matarlo por ello.

La psiquiatra añadió que sentimientos más fuertes podrían surgir más tarde. Le dio a Miranda su tarjeta y le dijo que la llamara cuando eso ocurriera. Otra tarjeta. Miranda la guardó en un cajón.

El teniente Erskine vino y tomó su declaración. Fue suave, incluso gentil. Ella se preguntó cómo lograba mantener esa actuación. Pero también vio admiración brillar en sus ojos de mármol negro. Se sintió bien.

Jackson Taggart pasó a revisar sus puntos. Se preguntó por qué había venido hasta que recordó que era el Jefe de Personal del hospital. Le agradeció por permitirle quedarse y por cuidar de su pie la otra noche. Bromeó diciendo que la mordedura del cuchillo de Leon le había hecho olvidar por completo la mordida del caimán.

Pero el Dr. Taggart estaba verdaderamente agradecido. Quería darle las gracias por todo lo que había hecho para detener al asesino de Madison.

Ella le dijo que no lo mencionara. Lamentaba la pérdida de él y su esposa, y solo deseaba poder devolverles a su hija. Él llevaba su dolor con tanta elegancia.

###

Unos días después, dijeron que podía irse a casa.

¿Casa? ¿Dónde estaba eso ahora? Miranda se preguntó mientras se ponía los jeans y la blusa que el Dr. Taggart le había traído. Ya se le ocurriría algo. Siempre lo hacía.

Hubo un suave golpe en la puerta. Levantó la mirada.

Era Parker.

Tenía un pequeño vendaje sobre un ojo. Su mejilla derecha parecía un poco hinchada, pero seguía siendo un demonio tan guapo como siempre.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante lo que pareció una eternidad.

—Pasé para ver cómo estás —dijo por fin.

Ella se encogió de hombros. —Bastante bien. ¿Cómo estás tú? —gesticuló hacia su ceja.

Él sonrió, tocó la tira adhesiva. —Oh, estoy bien. No sufrí las heridas que tú —dijo con ese fino acento sureño suyo—. Me alegra verte recuperada.

—Gracias. —Miró alrededor de la habitación—. Bueno, me dieron el alta. Le dije a la enfermera que no necesitaba una silla de ruedas. Estaba a punto de irme.

Él parecía saberlo. Mantuvo la puerta abierta para ella. —Te acompañaré.

—De acuerdo.

Mientras avanzaban por el corredor, una enfermera se dirigió hacia ellos. Pero Parker la miró con severidad y ella se quedó paralizada.

—Yo me encargo de ella —dijo—. Puede hablar con el Dr. Taggart si tiene alguna pregunta.

Ella simplemente se quedó allí con la boca abierta, así que siguieron hacia los ascensores.

Parker presionó el botón.

Miranda resistió el impulso de mirarlo. —El Dr. Taggart ha estado cuidando de mí. Él me suturó.

—Veinticinco puntos, escuché.

—Más cinco en la garganta —dijo con orgullo.

—Es cierto. No podemos dejar esos fuera.

Tenía la sensación de que el Dr. Taggart no había sido el único cuidando de ella. —Entonces, eh, ¿qué pasó con...?

Él leyó sus pensamientos. —¿Leon Groth? Está en la unidad de cuidados intensivos en el Hospital Memorial Brandywine-Summit. Los médicos lo atendieron después de que los paramédicos lo trajeran, pero perdió aún más sangre que tú, después de esa herida que le hiciste. Le perforó un pulmón. No esperan que dure mucho. Está en coma.

—Ya veo. —Ese entumecimiento frío y muerto aún la agarraba cuando pensaba en el encuentro con él. Lo apartó de su mente.

Las puertas del ascensor se abrieron. Entraron. Parker presionó el botón para la planta baja.

—¿Qué hay de Wendy?

—Está bien, físicamente. Una vez que los medicamentos que Groth le dio perdieron efecto, no pudo recordar nada de lo que pasó.

Ella asintió. —¿Qué hay de los cargos de asesinato? ¿Su papel en las muertes de Madison Taggart y Tiffany Todd? —Se preparó para escuchar malas noticias. Cuánto tiempo mantendrían a Wendy en el centro de detención juvenil, se preguntó.

Parker hizo una pausa. Ella intentó leer su rostro. Él sonrió. —Antonio la libró.

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. —¿En serio?

Él asintió. —Convenció al juez de que todo fue obra de Groth. Él había concebido la idea. Wendy solo le había contado cuánto odiaba a Madison Taggart y a Tiffany Todd. Groth hizo el resto.

Se llevó las manos a la cara mientras la sentía invadirla el alivio, luego sacudió la cabeza. —Está lejos de ser normal.

—Es cierto. Una de las condiciones de su liberación fue continuar con la terapia.

Ella esperaba que eso ayudara a la pobre y solitaria niña. Y a su disfuncional familia.

—Oh, casi lo olvido. Te escribió una nota —sacó un papel de su bolsillo y se lo entregó.

Con cuidado Miranda abrió el papel y leyó la caligrafía que le resultaba tan familiar.

Miranda,

Lamento haber arruinado todo. Gracias por rescatarme. Gracias por ser mi amiga.

Wendy

Sonrió, dobló el papel y lo guardó en su bolsillo. Lo mejor que había hecho jamás.

Las puertas del elevador se abrieron nuevamente y atravesaron el vestíbulo, pasando junto a una fuente de mármol y un amplio mostrador de recepción.

—Los Van Aarle y los Ingram están posponiendo sus divorcios. Ambas parejas optaron por terapia familiar.

Ella esbozó una sonrisa irónica. —Se necesitarán muchas sesiones para arreglar ese desastre.

—Tienes razón. Wilhelmina Todd insiste en que no necesita terapia. Se está divorciando de Isaiah y tomará un largo retiro en Roma con Felicia para superar la pérdida de su hija menor.

Miranda apenas conocía a la mujer, pero sentía pena por ella. Leon no tenía idea del terrible dolor que había causado. Lo imaginó acostado solo en cuidados intensivos a punto de morir. Se preguntó si existía un infierno y si él estaba a punto de arder en él.

Parker le sostuvo la puerta de entrada. —Tú, por otro lado, te has convertido en una especie de heroína popular en Mockingbird Hills.

—¿Yo?

—Todos hablan de cómo rescataste a Wendy. Te están agradecidos por detener al asesino.

Todo en un día de trabajo, supuso. Pero esa noticia se sentía bien. Salieron a la calle y cruzaron el estacionamiento. El cálido sol de Atlanta brillaba intensamente.

—Parece que hoy será otro día abrasador —se protegió los ojos mientras llegaban a su viejo Lumina azul. Estaba en un lugar donde alguien lo había estacionado para ella, todavía cargado con todas sus cosas.

Parker se cruzó de brazos. —¿Y adónde te diriges?

Ella se encogió de hombros. Se suponía que debía ir a un control médico en una semana, pero podía hacerlo en cualquier lugar. —No estoy segura —no tenía idea de adónde la llevaría su búsqueda de Amy a continuación.

Él la estudió por un momento. —Sabes, el hecho de que esa carta fuera una mentira no significa que Amy no esté aquí en Atlanta. Es un lugar grande.

Enorme. Todo el país era enorme. —Amy podría estar en cualquier parte.

—Ciertamente no puedes decir que has buscado en cada rincón de la ciudad —esperó otro momento, cambiando su peso de un pie a otro.

Su corazón se enterneció mientras miraba su apuesto rostro, encontrándose con su mirada. En el encanto de las líneas de risa alrededor de sus ojos grises tipo Magnum captó el brillo de su espíritu. Defensor, rescatador, caballero sureño. Lo extrañaría.

Se volvió y miró fijamente la manija de la puerta de su auto. Finalmente, extendió la mano para abrirla.

Parker dejó escapar un largo suspiro. —No sé cómo voy a cubrir esa vacante en la Agencia. La última empleada me dejó en la estacada.

Ella tamborileó los dedos sobre la manija. —Es una lástima. Tal vez no hubieras tenido tantos problemas si le hubieras dado algo de libertad de vez en cuando.

Por un momento, él no respondió. Ella se dio vuelta y lo observó mientras se acariciaba lentamente la barbilla. —Quizás ese viejo perro maestro suyo tiene algunas cosas que aprender.

Sus palabras la humillaron. Apretó los labios. —Supongo que ella también podía ser bastante terca a veces.

—Solo apasionada. Era una de las cosas que más admiraba de ella.

—¿De verdad? —sus palabras la hicieron sonreír—. Creo que su última aventura le enseñó a escuchar mejor y a no salir por su cuenta sin respaldo —lo miró a esos ojos grises tan sexys—. Supongo que un hombre resulta útil de vez en cuando. Como cuando tu ex marido quiere matarte. Gracias por salvarme la vida, Parker.

Él sonrió. —Lo mismo digo.

Ella entrecerró los ojos mirando los edificios que rodeaban el estacionamiento. —Sabes, esto de ser detective tiene sus ventajas. Supongo que podría darle otra oportunidad, eso sí... si mi jefe se relajara un poco.

—Te prometo que lo intentará —señaló hacia la calle—. Hay un buen bistró a la vuelta de la esquina. Tal vez podríamos discutirlo durante el almuerzo. Creo que sirven jalapeños —dio un paso calculado hacia ella—. En realidad, ese jefe tuyo...

—¿Sí?

—Solo quiere ser tu amigo —extendió su mano.

Durante un largo rato, Miranda miró esa mano. Elegante, pero resistente. Firme y poderosa. Pensó en su tacto, su vigor, todo lo que había hecho por ella. Lentamente, inhaló y se acercó a él. Envolvió sus dedos alrededor de su palma, sintió su fuerza. Se sentía bien.

Miró hacia su rostro amable y paciente. Tal vez esto podría funcionar. Captó el brillo en su mirada. Si ambos pudieran mantener sus libidos bajo control. —Supongo que podría necesitar un amigo de vez en cuando.

Él le dedicó esa sexy y irónica media sonrisa.

Se giraron y caminaron lentamente, tomados de la mano, a través del pavimento hacia el bistró.

De repente, almorzar sonaba bastante bien.

###

Estimado lector o lectora,

Gracias por leer Payasos y vaqueros. Las aventuras de Miranda y Parker continúan en el siguiente libro de la serie, que se publicará próximamente.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.

FIN